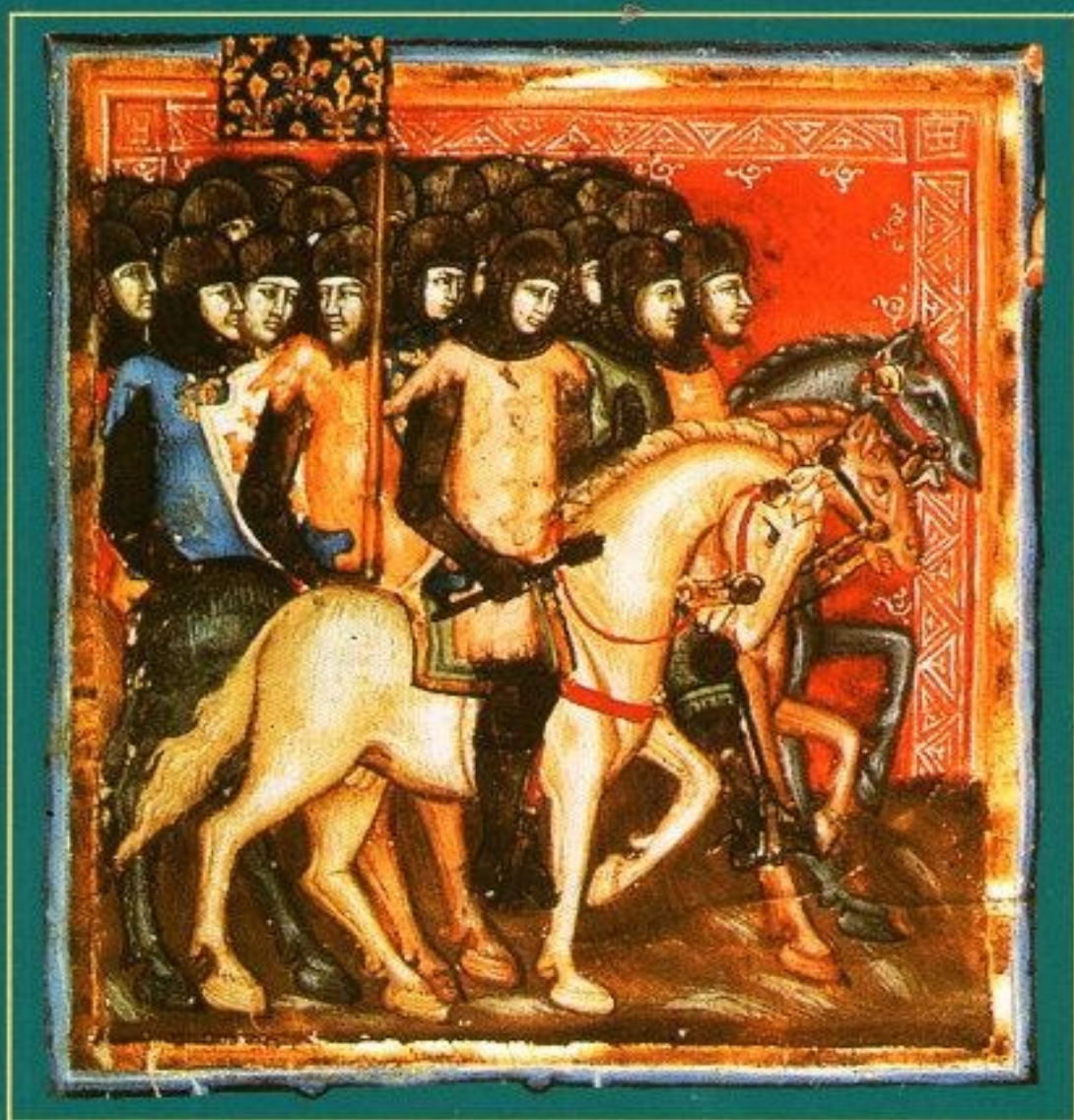


MANUEL LEGUINECHE
M.^a ANTONIA VELASCO

El viaje prodigioso



900 años de
la primera cruzada

Lectulandia

Deus vult! El grito es cifra de la quimera que durante dos siglos movió los espíritus de caballeros y villanos a lo largo y ancho de la Cristiandad. Las peregrinaciones armadas fueron, en efecto, un sueño impregnado de mística y de fe que iluminó miles de mentes y corazones, entregada la voluntad a Dios por un mismo fin: la liberación de los Santos Lugares; pero también consistieron en una pesadilla muy humana, codiciosa y sangrienta, que cegó los ojos de unos peregrinos obsesionados por conquistar el reino de Jerusalén.

La primera de las ocho peregrinaciones —bautizadas más tarde como cruzadas—, impulsada en 1095 por el papa Urbano II, fue la única que triunfó, pese a ser —o gracias a ello— un plan descabellado. Cuando en 1099 Godofredo de Bouillon entra a sangre y fuego en Jerusalén, quedan atrás tres años de cruentas batallas y taimados politiqueos, de escabrosas y sorprendentes aventuras, toca a su fin una empresa que encierra toda la imagen del mundo medieval, el tono de la vida y el ideal heroico y caballeresco, la emoción religiosa como gozne sobre el que giraba toda la existencia, los anhelos y miserias, también, del vivir cotidiano.

La crónica de ese viaje prodigioso nos llega gracias a la apasionada dedicación de dos profesionales del periodismo y la literatura. Con un lenguaje rico y directo que presenta con viveza los episodios más jugosos, y con un entusiasmo contagioso, han sabido darle a la historia una dimensión que por desgracia se nos suele ocultar.

Lectulandia

Manuel Leguineche & M^a. Antonia Velasco

El viaje prodigioso

900 años de la primera cruzada

ePub r1.0

Titivillus 05.03.16

Título original: *El viaje prodigioso*
Manuel Leguineche & M^a. Antonia Velasco, 1995

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Paco García Marquina, árbitro de esta obra.

El género humano recurre a la religión cuando ha desesperado de los socorros de la naturaleza. De ahí que las guerras de religión sean muy sangrientas y de ahí que los hombres libertinos al envejecer devengan muy religiosos.

GIAN BATTISTA VICO

Los habitantes de la tierra se dividen en dos:

Los que tienen cerebro pero no religión.

Los que tienen religión pero no cerebro.

ABUL-ALA-AL-MAARI

A mediados de agosto de 1995, la portada del *Semanario* francés llamó mi atención de inmediato. «Cruzadas, 900 años» era el titular. En efecto, hacía novecientos años que el papa Urbano II llamó a los cristianos hacia Jerusalén. Los franceses llevaron el peso de esta primera cruzada.

De pronto, el recuerdo de los textos de la infancia en la posguerra española vino hacia mí con fuerza; el recuerdo de aquellos héroes y de las estampas miniadas de los libros de la gesta cristiana: Godofredo de Bouillon, Pedro el Ermitaño, Ricardo Corazón de León... Sólo que ahora, casi cincuenta años y nueve siglos después, tenía la visión de la otra parte, el poderoso Islam con sus héroes propios y el primero de todos aquel kurdo nacido en Irak, en el mismo pueblo de Sadam Hussein, y llamado Saladino.

La historia ejerce una atracción irresistible, sobre todo si conecta con la capacidad de sorpresa de la infancia, con la escuela, con el descubrimiento. Esos textos y esas imágenes vuelven hacia ti, tiran de ti, te reclaman de nuevo. Lo has olvidado todo o casi todo, pero has estado en el castillo de Godofredo de Bouillon en las Ardenas belgas y en el centro de Francia, en Clermont, donde todo empezó, has recorrido y conocido esas ciudades que jalonan el paso de la Primera Cruzada, una empresa tan descabellada que triunfó por eso, porque era una locura.

La portada del *Semanario* francés invitaba a una inmersión en las cruzadas. Esta vez, lejos del maniqueísmo de los libros que nos imponían en los colegios católicos, el etnocentrismo, el eurocentrismo y otros ismos, podíamos aspirar a jugar limpio. Con el tiempo descubrimos que no era una película de buenos y malos, aunque unos fueran menos malos que otros, por ejemplo los musulmanes aniquilados por los caballeros cristianos en la toma de Jerusalén.

Estos recuerdos de la cruzada permanecen vivos desde el castillo de Bouillon hasta Jerusalén o hasta San Juan de Acre, el último bastión del reino cristiano de Tierra Santa perdido para siempre en el siglo XIII. En 1291 los caballeros abandonaron Acre y la gran aventura oriental de la Edad Media, de la cruz con la espada, tocó a su fin.

Hubo ocho cruzadas a lo largo de dos siglos, y de todas ellas la primera fue la única que triunfó, quizá porque era una utopía, una desmesura táctica y logística. Por cierto, que el nombre de cruzada es un neologismo: en 1095, cuando Urbano II llamó a los barones de la cristiandad a partir hacia Jerusalén para liberar la tumba de Cristo y a los cristianos de Oriente sometidos al Islam, no se habló de cruzada, eso llegó más tarde. Entonces se hablaba de peregrinos y de peregrinaciones. La Primera Cruzada, entre 1096 y 1099, duró tres años, que son los que necesitaron para conquistar Nicea, Antioquía y Jerusalén. En este tiempo los cristianos las han visto de todos los colores. Tuvieron la suerte de encontrar al enemigo musulmán dividido y en plena anarquía.

El llamamiento de Urbano II en Clermont aquel 27 de noviembre de 1095 fue un clarinazo. Sus palabras resuenan desde las brumas del norte de Europa hasta la

España que se bate con ardor en la Reconquista. Esta primera cruzada reúne todo lo bueno y lo malo del hombre, una mezcla de buenas y malas acciones, de héroes y antihéroes, de villanos y criminales, de visionarios y generosos caballeros. Nos han quedado esos castillos que hemos visitado en Oriente abrasados por el sol, como el majestuoso Krak de los Caballeros, centinelas olvidados entre Esparta y Damasco, las ruinas de Acre, las huellas de los *milites Christi*, de los caballeros de Cristo, en Edesa, en Alepo, en Antioquía, en Trípoli. En el Santo Sepulcro hemos visto las inscripciones hechas con sus cuchillos por los propios cruzados.

Europa era un océano de fervor, la explosión de la identidad y la conciencia cristianas, hace ahora novecientos años. Nos quedan huellas del *espíritu de la cruzada*, estatuas elevadas a sus héroes, imágenes y relatos. Dios lo quería. Pero los historiadores del Islam han podido reescribir esta historia unidimensional y ahora tenemos las dos versiones, sin olvidar que algunos cronistas de la cristiandad nunca ocultaron la dimensión de la tragedia causada por la cruz.

Se dice que la historia nunca se repite, que son los historiadores los que se repiten. Las cruzadas fueron un hecho histórico de tanta magnitud que marcaron en los siglos venideros las relaciones entre cristianos y musulmanes. Todavía hoy se debate si fue una guerra santa desatada por los cristianos contra el infiel. Unos y otros desde los dos extremos, fundamentalistas cristianos e islamistas, se sirven de las cruzadas, del pasado, de la historia como arma arrojada para atizar el fuego de las querellas actuales entre el Islam y la cruz.

En este sentido la herida de las cruzadas sigue aún viva. Cuando el terrorista turco Alí Agca atenta contra el papa Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro, justificará su acción porque quiere matar al «caudillo de los cruzados». Cuando ese mismo Papa viaja en el verano de 1995 a Kenia, en África, los musulmanes de Nairobi se niegan a recibirle para protestar contra las cruzadas. Cuando estallan las bombas de los terroristas islámicos en el metro de París por esas mismas fechas, sus autores lo justifican porque «París es la capital de las cruzadas». En esto abundarían las tesis del profesor Huntington, de Harvard, que contrario a Fukuyama y su teoría del «Fin de la Historia», augura un futuro plagado de guerras entre religiones e ideologías.

O sea que novecientos años más tarde la historia está aún viva, se revuelve. No es sólo gesta, Occidente reclama un papel en el mundo, pasión religiosa, drama y reliquia, murallas y ciudadelas batidas por el viento del desierto que hicieran soñar a Chateaubriand o a Lawrence de Arabia. Al recorrer esos mismos escenarios como viajero por las rutas de las caravanas, yo también soñé en sumergirme algún día en la historia y en la intrahistoria de la peregrinación armada tan llena de mística y codicia, de fe y de sangre.

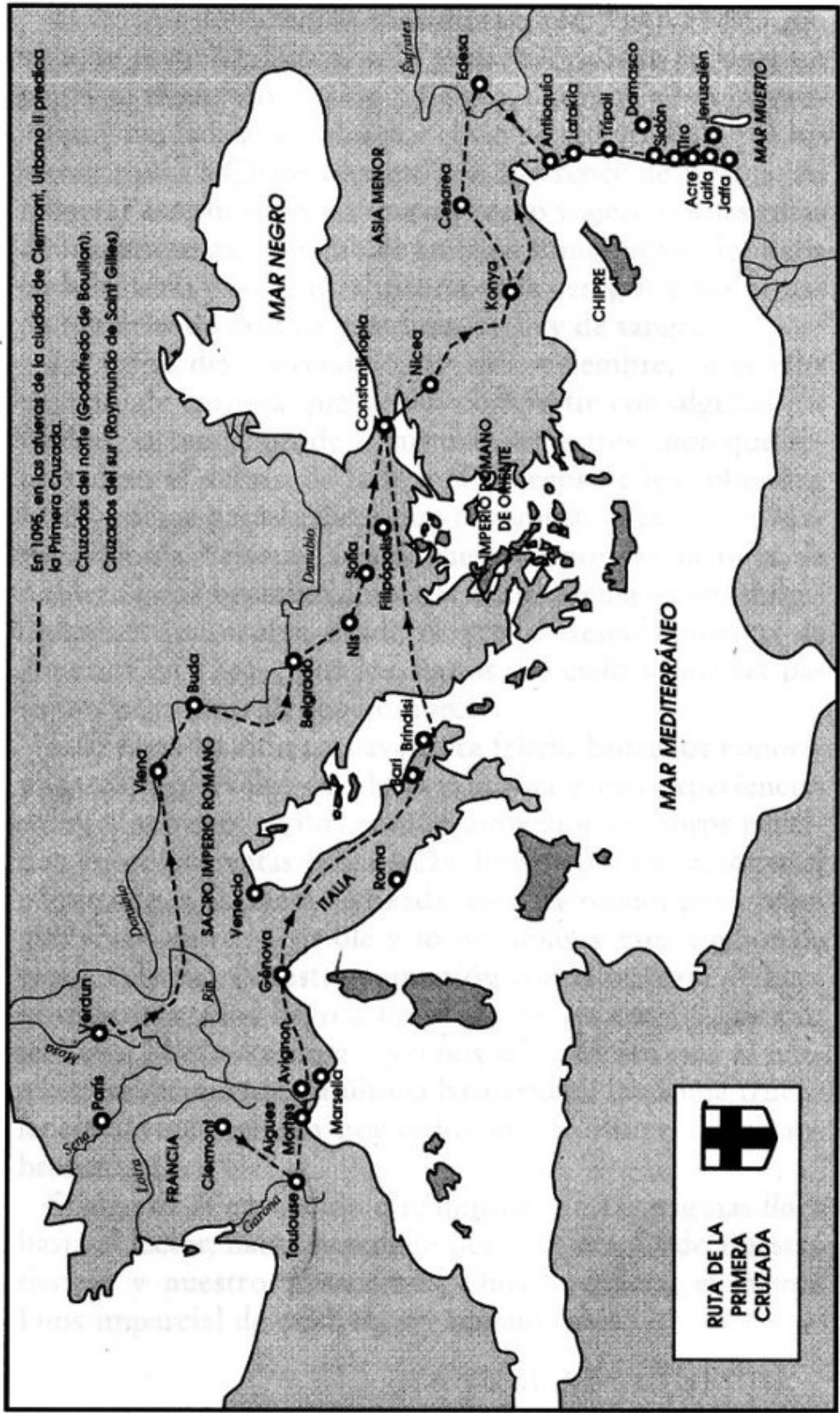
La fecha del aniversario, 27 de noviembre, se echaba encima, de manera que decidí compartir con alguien los sueños, la tentación de la historia, esos tres años que representan el delirio de la fe y el descenso a los infiernos. Nadie mejor para la tarea que mi amiga, la escritora María Antonia Velasco, atraída siempre por las brumas, la

nobleza y las brutalidades de la Edad Media —periodo indefinible que abarca desde el 476 al descubrimiento de América en 1492—, por los signos del cielo y por las pasiones primitivas de los hombres.

Este libro ha sido una aventura febril. Entre los conocimientos medievales de María Antonia y mis experiencias sobre el terreno, en una común inmersión en libros perdidos en polvorientas bibliotecas, hemos podido recoger el palpito de la Primera Cruzada, esos increíbles personajes que viven entre lo visible y lo invisible, y esos sueños de gloria celestial. Nuestra comunión con la historia de hace novecientos años llegó a tal grado de excitación que por teléfono María Antonia y yo nos comunicábamos el último descubrimiento, la última barbaridad, la última truculencia a veces salvada por el humor, el último toque sobrenatural.

Si algo de la excitación que impregna estas páginas llega hasta el lector, habremos dado por bien empleado nuestro tiempo y nuestro entusiasmo. Dios lo quiera, el mismo Dios imparcial de cristianos y musulmanes.

MANUEL LEGUINECHE



En 1095, en las afueras de la ciudad de Clermont, Urbano II predica la Primera Cruzada.
 Cruzados del norte (Godofredo de Bouillion).
 Cruzados del sur (Raymundo de Sant Gilles).


 RUTA DE LA PRIMERA CRUZADA

Preámbulo

Cómo empezó todo

Tanto la vida como la historia de los hombres están formadas por muchas facetas, pero en cada época brilla una sobre las demás, y la alta Edad Media fue la del esplendor de la fe. Los hombres de aquellos siglos fueron esencialmente religiosos y de la religión extraían sus gracias, sus dones, su meta y hasta su entretenimiento y diversión. Si ahora no nos despegamos del televisor —pues en esta época prima la comunicación y la información sobre todo—, entonces no quitaban el ojo de la teología y mientras los chicuelos en la calle se peleaban por un quítame allá esos dogmas y volvían al hogar con un ojo amoratado por ser nestorianistas o arriacenses, sus padres corrían peor suerte, pues podían ser despedidos del trabajo por no estar de acuerdo con el jefe en cuanto a las naturalezas de Cristo.

Con estos apuntes queremos llegar a la idea de que no hay nada pintoresco en la gesta que aquellos antepasados nuestros llevaron a cabo hace novecientos años: los corazones antaño hervían de puro fuego divino y por lo tanto no fue raro, ni especial, que, tras la predicación del papa Urbano II invitando a la conquista de los Santos Lugares, familias enteras con sus enseres y animales se pusieran en marcha para acudir a Palestina, tierra mítica pero bien conocida de nuestros abuelos, para los que no había mundo más importante y más real que el descrito en la Biblia. Y cuando se alimenta mucho el pensamiento con palabras, éste le presta bellísimas imágenes deseables: Jerusalén era para ellos una ciudad equidistante del cielo y de la tierra, mediadora entre la felicidad prometida y el dolor de su áspero universo cotidiano, a caballo entre el pensamiento mágico y los sueños de la voluntad. Eso explica que las cruzadas duraran dos siglos. La Primera Cruzada fue una locura tan colosal desde el punto de vista táctico y logístico que por eso salió bien.

A la llamada de Jerusalén, familias, aldeas, lugares, parroquias, ciudades enteras, dejaron sus calles desiertas, abandonaron los cultivos a los grajos —aunque creyeran que se los entregaban a los cuidadosos brazos del Señor— y se pusieron en viaje. Presos de aquella obsesión, los señores no encontraban ya nada agradable en sus castillos, los religiosos abandonaron sus celdas para acceder a una penitencia más atractiva y hasta los bandidos salieron de sus guaridas y, colocándose la cruz sobre el hombro, un poco levantada como sobre una almohadilla (pues la cruz cosida a la espalda era seña, no de que se iba, sino de que se volvía de Tierra Santa), se echaron a los caminos.

Dice uno de los cronistas de aquel prodigioso éxodo que los ingenuos hijos de aquellos padres ingenuos, ya a los pocos metros de su domicilio, en cuanto veían algún castillo o abadía caían de bruces creyendo que habían llegado a Jerusalén; no

sospechaban que entre el viajero y su destino quedaba un camino que podía ser terrible. Claro que, por entonces, todos los cristianos habían crecido oyendo hablar de los cedros del Líbano, de los rocíos de Hermón, de las rosas de Engaddi, de las corrientes del Jordán, de los sagrados espantos del Tabor y de las olivas de Getsemaní. (Jerusalén era más cierta que su propia villa). Así, los que lograban llegar a ella, recorrían un circuito turístico que incluía visita al Santo Sepulcro, vía crucis por los Santos Lugares y baño en el Jordán. La entrada en el Santo Sepulcro la hacía el peregrino envuelto en *el paño de La tumba*, la mortaja, que guardaría a su vuelta de por vida para ser enterrado con ella.

Pero aunque la razón de aquella estampida hacia Oriente fue religiosa, hubo muchas otras razones para el inicio de las cruzadas. Y sería conveniente echarles una mirada.

Las causas

El imperio griego de Bizancio, heredero del imperio romano, se derrumbaba a ojos vista. El califa fatimita de Egipto ordenaba la destrucción del Santo Sepulcro en el 1009, cuando aún no había surgido la amenaza seléucida (tribus turcas originarias del Asia Menor convertidas al Islam). Pero en 1078 estas tribus entraron en Jerusalén. Bizancio vio que no tenía suficiente poder para proteger a los cristianos frente a las peleas intestinas de Oriente, pues aunque los verdaderos problemas eran como los de hoy, entre chiítas (fatimitas) y sunitas, siempre acababan los peregrinos cristianos pagando el pato.

Además de débil en el exterior, el imperio bizantino estaba dividido por querellas e insidias interiores. El emperador griego —el Basileus— era su cabeza. Alejo Comneno tenía que pactar con los turcos seléucidas para mantenerse y desde Roma se observaban estas malas señales con preocupación creciente, y era tanta la inquietud que se creía llegado el momento de aglutinar a las fuerzas cristianas.

En este fondo político, Jerusalén era un señuelo. Un señuelo que acaparaba razones religiosas y también económicas y, desde luego, también políticas, pues en la Europa feudal los reyes y los príncipes y los señores en general estaban a la gresca, perdiendo su tiempo y su fuerza en peleas sin fundamento. El Papa creía que había que proporcionarles un objetivo único, un enemigo común y ninguno mejor que el musulmán.

La reconquista que estaba sucediendo en España era un ensayo general, unas maniobras militares de la Primera Cruzada. En 1030, sesenta y cinco años antes del Concilio de Clermont, cayeron los omeyas, el califato de Córdoba, y así se abrió un período de desintegración, surgieron pequeños estados musulmanes en la península: los reinos de taifas.

A comienzos del siglo IX la Reconquista ya era un hecho. Cuando Alfonso VI

reconquistó Toledo, la Andalucía musulmana sintió el peligro y volvió sus ojos a África, hacia las fanáticas tribus bereberes, los almorávides. Los ejércitos cristiano y musulmán chocaron el 23 de octubre de 1086 en Zalaca, cerca de Badajoz. La media luna venció en la batalla cinco años después de la derrota de los ejércitos del Basileus, el emperador, frente a los seléucidas en Malazkerd. Y tres años después de la derrota de Alfonso VI de Castilla, el Papa reinante, Urbano II, envió una expedición francesa a tierra española.

Por entonces los normandos, intrépidos navegantes, se apoderaron de Mesina, Palermo, Siracusa. Eran la punta de lanza de la cristiandad. «Llevan la aventura en el alma —escribe René Kalisky en su *Historia del Islam*— llenos de codicia y ambición, son los normandos los que empujarán a la cristiandad hacia aventuras militares que se cuentan entre las más insensatas de la historia».

Reliquias

Éste fue el momento en que Alejo pidió ayuda a la Iglesia de Roma y prometió a los cristianos algo que apreciaban mucho: reliquias. Europa vivía una *reliquiomanía*. Sobre la base de que toda guerra de religión tiene necesidad de arrancar los trofeos sagrados al otro, para dejarle sin santos ni dios, el valor de aquéllas adquiría alturas incomparables. Se cuentan anécdotas que hoy nos parecerán sabrosas, como la de Ricardo, duque de Benevento que, obsesionado por las reliquias, obligó a los napolitanos a cederle a San Genaro. Hizo la guerra a Amalfi para robar los restos de Santa Trifomena y ocultó los de San Bartolomé en las islas Lipari. Otón III reclamó los huesos de San Bartolomé y los beneventinos le enviaron —para que se calmara— los de San Paulino, que para ellos eran de un valor inferior a los de San Bartolomé, que fue uno de los doce apóstoles desollados vivos en Armenia. Otón III descubrió el engaño y puso cerco a Benevento. En este tráfico de reliquias pasaban aquellos hombres sus días.

Hay otra historia edificante en la que se cuenta que el Papa tenía la costumbre de golpear a los endemoniados y a los epilépticos —¡hay que ver!— con la cadena de San Pedro. Un hombre se fingió atacado por el mal y aprovechó para tirar y quedarse con la famosa cadena y juró no soltarla hasta que le cortaran una mano o le dieran a cambio un anillo.

En fin, el panorama sagrado parecía componerse exclusivamente de sangres, vísceras, pelos, extremidades y dedos.

Pero antes de que esto sucediera (antes de que Urbano II convocara la cruzada, influido tanto por la situación política y económica como por Pedro el Ermitaño, por Alejo Comneno, a la sazón emperador de Grecia, y por las infaustas noticias que de continuo llegaban de los cristianos de Oriente), ya Europa había comenzado un insidioso éxodo hacia los Santos Lugares y, además del afán de conocer la topografía

donde Cristo había pasado su existencia terrena y además de conocer el ancho mundo en general, aquellos peregrinos, cada día más abundantes, se ponían en viaje por dos motivos añadidos: uno, porque los confesores habían descubierto en la peregrinación una penitencia notable para los pecados notables, así que asesinos, incestuosos, parricidas y otros pecadores de fuste inundaban los caminos del Asia Menor en busca de indulgencias; y dos, porque los objetos más deseados en aquella sociedad tan cristianizada no eran las joyas o las pieles o los coches —de caballos— o las casas de campo, sino las reliquias de los mártires y los santos y mejor si eran de un mártir santo, cosa muy frecuente entonces, pues casi todos los de verdad buenos acababan en manos de los de verdad malos y, por tanto, en el martirio.

Esta costumbre o moda no era gratuita. Las guerras que los heraldos declaraban a los pueblos eran las *pura et pia bella* que llamaban a la lucha a los mismísimos dioses enemigos —expresado de una manera elegante y espléndida— e involucraban a aquellos dioses en la contienda. Si perdía el pueblo, perdía también el dios, y al mismo tiempo que los vencidos quedaban privados de todos sus derechos —civiles y divinos— la verdad de ese dios, a efectos morales, desaparecía. Por eso se trataba de saquear sus reliquias santas que los propietarios escondían en lugares recónditos como la más cara de sus pertenencias. No sólo aquellas reliquias engrandecían a quienes las poseían, sino que carecer de ellas significaba que habían sido vencidos y que eran clientes de un dios desprestigiado y débil. Como nota curiosa diremos que aquellos pueblos vencidos y despojados de sus reliquias tenían la obligación, para reponerse, de arrebatarse de nuevo a los generales vencedores todas sus campanas.

Toda familia de importancia era feliz poseedora de un dedo o un diente de algún santo o beato, y los más rumbosos donaban esas reliquias a sus parroquias y eran tan veneradas que eclipsaron el poder de la propia Biblia y sobre ellas juraban los príncipes y reyes respetar la ley y la verdad.

Comercio y turismo

Pero también eran muy deseados otros objetos no tan píos: el vino de Gaza era muy afamado en Francia y se consumía en la corte de Gontrando, las piedras y adornos orientales eran ansiados por las damas más elegantes y hasta San Eloy, residente en la corte de Dagoberto, solía vestirse de muselina, o sea, tela de primera calidad, traída, como su mismo nombre indica, de la ciudad de Mosul, en Irak, y sus santas túnicas eran la envidia de los otros cortesanos menos pudientes.

El comercio con Asia era frecuente y fue costumbre de los reyes de Francia tener a su lado un negociante judío al que mandaban todos los años a Oriente a por género: ahí está el judío de Dagoberto, citado por Gregorio de Tours, y el judío de Carlomagno, citado por Silverio Galo. Por entonces, los mayores importadores de géneros para Europa residían en Venecia, Amalfi y Marsella y todos tenían sucursales

en Alejandría, en las ciudades marítimas de Fenicia y en Jerusalén.

Dice otro cronista —el monje Bernardo, cuyas informaciones, junto con las de los muchos cronistas espontáneos que por entonces había, nos han sido muy útiles para documentar este libro— que allí en Jerusalén, delante de la iglesia de Santa María la Latina, existía una gran plaza de mercado llamada de los Francos y que todos los años el día 15 de septiembre se celebraba, en el monte Calvario, una feria donde se intercambiaban géneros de Europa y Asia. Este trato asiduo entre cristianos y musulmanes pone al descubierto que no existía entonces entre las dos religiones dominantes un enfrentamiento, sino al contrario, una permisividad propiciada por el trato.

Por entonces Jerusalén estaba en manos árabes, pues el califa Omar, sabedor de que su profeta Mahoma había comenzado su famoso Viaje Nocturno desde la Ciudad Santa, no tuvo más horizonte ni más sueño que conquistarla. La verdad es que en el primer año de la hégira los árabes conquistaban mucho: todo, excepto aquellas ciudades a las que hubiera que ir por mar, pues desconocían el arte de la navegación; pero en cuanto lo aprendieron, dominaron la totalidad del mundo entonces conocido. Hay que decir que aquellos árabes fueron muy amables con los cristianos que entonces infestaban el Oriente (y especialmente Siria, donde había gran densidad de curas, monjes, eremitas y estilistas) y no les privaron de sus prácticas religiosas e incluso no profanaron sus iglesias. Ciertamente también que cuando Omar entró en Jerusalén, su patriarca cristiano, a la sazón Sofronio, salió a recibirle con lágrimas y musitó el imponente —aunque poco oportuno y menos diplomático— salmo de Daniel: «La abominación de la desolación entra en el Santo Lugar»; pero incluso con esa incorrección, las cosas no se pusieron mal de momento, aunque escenas como ésta muestran que eran más amplios de miras los musulmanes que los cristianos. Abú Bekr, el sucesor de Mahoma, prefería la oración a la guerra. El primer califa, o sea, el vicario, el representante había impartido consignas humanas: «Sed valerosos y justos. Morid antes que rendíos. No toquéis a los viejos ni a los niños. Ahorrad los árboles, el ganado y el trigo. Proponed a los infieles la conversión: si la rechazan que paguen un tributo; si no lo pagan, matadlos».

También su sucesor, Aarón, gran propulsor de artes y ciencias, tuvo trato amable con los cristianos, pues como dice un historiador árabe, no ignoraba «que los que se dedican a fomentar los progresos de la razón son elegidos de Dios»: esto da idea de su buen talante y le distancia de sus actuales descendientes, de mentes mucho más cuadradas.

Por entonces los peregrinos eran bien recibidos en Tierra Santa y de mediados del siglo IX nos llegan noticias de que éstos habían construido una hospedería que constaba de doce casas o posadas a cuyo piadoso mantenimiento estaban agregados campos, viñas y un gran jardín, todo ello situado en el valle de Josafat, que, al cambio, es casi como decir primera línea de playa. Esta hospedería de lujo tenía siempre abierta una gran biblioteca y cerca de la fuente de Siloé poseía un cementerio

para peregrinos, y entre las tumbas de los fieles —dice quien nos lo ha narrado, exactamente el monje Bernardo— vivían los siervos de Dios. Aquel paraje —remata San Antonino, uno de sus más reconocidos clientes— tenía frutales, sepulcros y celdas, o sea, concluye: reunía a los vivos y a los muertos en una pintura al tiempo lúgubre y risueña. Puntualicemos diciendo que había dos tipos de hospederías: unas llamadas *Mutaciones* o lugares de parada donde te daban un bol de vino especiado, o te dejaban secarte y esperar a que escampara, y otras donde podías hacer noche, llamadas *Mansiones*.

Anécdotas de peregrinos

En los dos siglos anteriores a la Primera Cruzada hubo muchas peregrinaciones y algunas famosas y curiosas. De ellas se tiene exacta noticia, pues los peregrinos tenían, a su vuelta, el derecho a ser escuchados y los que se habían quedado tenían, por tanto, la obligación de prestar oídos al peregrino, de manera que si uno de aquellos recién llegados se paraba en un camino o plaza para contar su viaje, los caminantes o viandantes tenían la obligación de detenerse y escuchar. Si no se paraban, alegando obligaciones, citas e incluso entierros familiares, y el peregrino no hallaba público, podía denunciar a los renuentes al obispo y entonces el obispo les multaba, buscaba a menesterosos y les pagaba con la multa, a condición de que escucharan al peregrino hasta que se hartara de narrar.

Quizá por este original sistema han llegado a nuestros oídos muchos detalles sabrosos. Sabemos, por ejemplo, de San Porfirio que, a pesar de tener un horrible escirro de hígado, se puso en camino y, después de penalidades sin cuento llegó a Palestina, se le apareció Jesucristo escoltado por el buen ladrón, le regaló un madero de la Cruz y le curó su dolencia hepática. Éste, en agradecimiento, se hizo zapatero —lo que él consideraba el oficio más vil.

Otra peregrinación conocida fue la de San Eusebio (el cual, según su biógrafo, era experto en «virtudes raras»), que la hizo en compañía de San Gerónimo (éste era experto aún en virtudes más raras, pues lo era en instruir a las jóvenes vírgenes); la de Santa Paula y San Antonino (el que nos dejó la descripción de la Hospedería), al que le ocurrieron un sinfín de milagros complicados, sobre todo uno consistente en que un madero de la Cruz levitaba mientras el santo oraba y una estrella del firmamento venía a posarse sobre él (sobre el madero). Este santo se admiraba de corazón de que, acercando aceite al madero y a la estrella (hay que ver qué ocurrencia), el aceite hirviese, lo que no es, de todo ello y en absoluto, lo más sorprendente. También nos ha dejado San Antonino una observación personal muy típica de varón: lo fascinado que había quedado por la belleza de las muchachas de Nazaret. Y cómo había sido informado de que tal don se debía a que la Virgen María, que era nativa del lugar, había conseguido de su Hijo que premiara a las de su pueblo con ese beneficio.

También San Arculfo se pasmaba de sorpresa porque, tras la feria del Calvario — de la que hablamos antes—, y a pesar de la gran abundancia de asnos y camellos, al día siguiente no quedase en el lugar inmundicia alguna, aunque investigando este hecho en apariencia milagroso llegara a la conclusión de que se debía a que por la noche llovía mucho y el terreno estaba en cuesta, por lo que dedujo que, si no milagro, al menos podía decirse que aquello era debido a la sabiduría de Dios.

Más tarde peregrinó un tal Frotmond, en penitencia porque en la discusión de una herencia había reducido materialmente a pedazos a su hermano, a su tío y a un par de parientes que le disputaban el legado. Atado de manos fue a Tierra Santa por tres veces; dos porque su confesor no estimó perdonado del todo con una sola vez tan gran pecado y una tercera porque él mismo, acabada la segunda, no quedó del todo satisfecho.

Otro reincidente fue Foulques de Nera, que había ido por tres veces a Jerusalén porque padecía una enfermedad de mal genio que le hacía ser intemperante y, por más que iba y venía, siempre acababa siendo cruel e infligiendo malos tratos a sus vasallos, a sus mesnadas, a sus iglesias y a sus monasterios. Desistió de la cuarta porque comprendió que no era él culpable de sus barbaridades, ya que se trataba — dijo— de una violencia temperamental innata.

Y en fin, entre otros muchos que sería prolijo hasta nombrar, fueron Santa Elena, viuda sueca con su hija núbil; San Macario; Lethaldo que, nada más llegar a Jerusalén, pidió al Señor morir allí mismo y, retirándose tras el almuerzo a descansar, murió en la siesta; el conde de Anjou, al que unos bárbaros obligaron a orinarse sobre el Santo Sepulcro; San Bonino, que en medio de una tempestad oró para salvarse él y la tripulación, pero puso a ésta la condición de que se convirtiera al cristianismo; Ricardo, abad de Viton que fue con varios caballeros en una excursión colectiva durante la que sucedieron muchos milagros, siendo los más notables: uno, que al caérsele al mar un trozo de la Santa Cruz que le había sido donado por el patriarca Sofronio y éste ponerse a rogar para recogerla, la Cruz se acercó nadando; otro, que tuvieron ocasión de ver muchos cocodrilos en una charca, y un tercero consistente en la reiterada conversión del agua en vino dentro de sus copas, por lo que aquellos santos varones, que de ninguna manera querían beber líquido tan pecaminoso, hubieron de acabar bebiéndolo y en cantidad. Y también peregrinaron San Popom, Ulderico de Cluny, Lietberto...

Hubo también la «cruzada de los pastores», a cargo del monje renegado Jacobo, que aseguró al Papa haber recibido por correo ordinario una carta de la Virgen indicándole que fuera a salvar el Santo Sepulcro. Jacobo, dejado al albur de sus caprichos y visiones, hizo de todo: denunció a clérigos, mató a quien interrumpía sus sermones y hasta realizó un milagro muy complicado consistente en que, durante un banquete al que asistía, las viandas aparecían sobre la mesa a tanta velocidad que no podían ser consumidas.

Algunos iban a la peregrinación sin ningún propósito de enmienda, como el

trovador Guillermo de Poitu, hombre licencioso y ladrón al que el obispo de Angulema le invitó a cambiar de conducta en la ruta de Jerusalén: «Me corregiré cuando tú te peines», respondió Guillermo al prelado, que era calvo como una bola de billar. Guillermo se dirigió a Tierra Santa con un ejército de juglares y amantes.

Una minicruzada

Pero la primera minicruzada sería, ya a pocos años de la auténtica cruzada, fue la célebre de los siete mil hombres.

Ocurrió en 1064, sólo veintiún años antes que la verdadera cruzada, y corrió a cargo de Sigfredo, obispo de Maguncia; Guillermo, obispo de Utrecht; Guntero, obispo de Ramberg, y Otón, obispo de Ratisbona. Junto a ellos se reunieron piadosos caballeros normandos y hasta siete mil soldados de sus huestes y salieron en el otoño, desde Alemania.

Los peregrinos tenían, según dicen las crónicas, un exterior magnífico, eran jóvenes y guapos, muy valientes y conocedores de las armas y los deportes; vástagos de casas ricas que llevaban vestidos soberbios: el oro brillaba en los ornamentos sagrados de los orgullosos y apuestos obispos, sus ambladores (o caballos para la marcha) lucían brillantes y altísimos y mostraban máscaras de terciopelo y arreos de oro y plata, por lo que no es de extrañar que causaran admiración por donde pasaran.

Pronto se fueron reuniendo a su alrededor tropillas de sarracenos (palabra que significa «los hombres de Oriente») que deseaban esquilmarles, con las que se entabló la eterna disputa entre la riqueza y la codicia, siendo al fin los prelados y sus caballeros sitiados en unas ruinas del camino. Viendo éstos que ya poco podían defenderse, pues en el exterior se habían reunido más de catorce mil avariciosos con muy malas ideas, llamaron a parlamentar y recibieron a una delegación de aquellos facinerosos, con la intención de ofrecerles sus riquezas a cambio de sus vidas.

Según se cuenta, el jefe de los parlamentarios infieles, nada más verse en presencia de los caballeros, se quitó el turbante y le echó la tela al cuello al obispo de Maguncia, que, con ser el más joven, era también el que capitaneaba a los suyos. A esta afrenta el obispo le respondió con un puñetazo de categoría en pleno rostro y entre todos se hicieron con los sarracenos parlamentarios a los que ataron con cuerdas y, según cuentan las crónicas, tan apretadas que se les reventaban las uñas. Cuando estaban en conciliábulo de qué hacer con los que ya rugían afuera esperando a su delegación, se presentó un emir, el de Rambla, enemigo de los enemigos de los obispos, que se congratuló de todo, incluido el puñetazo y las ligaduras. Les cobró a los cristianos, eso sí, la liberación y puso a su disposición un contingente de custodia —que también les cobró— y de esta manera, un poco mosqueados, con menos humos y menos exhibicionismo, llegaron los apuestos obispos a Palestina.

Pero vayamos hasta la fecha que nos importa: 1095. Por entonces las cosas en

Oriente se habían complicado pues los califas abasidas, corrompidos por el lujo, habían abandonado el gobierno y tribus bárbaras de origen turco iban conquistando las prósperas ciudades: al imperio de la razón y al refinamiento se imponían el capricho y la crueldad.

Los cristianos, dejados de la mano del emperador —Alejo reinaba en Bizancio más atento a su confort que a los problemas del menguado imperio de Oriente— y casi estamos por decir dejados de la mano de Dios, sufrían constantes provocaciones y los patriarcas de las ciudades conquistadas eran a menudo cargados de cadenas y padecían un horror de humillaciones. Para acabar de arreglarlo, Hakem, tercer emperador fatimita de Egipto, olvidó o ignoró la política de convivencia que de antiguo tenían los musulmanes con los cristianos y arremetió contra ellos, los persiguió con saña y destruyó la iglesia del Santo Sepulcro hasta los cimientos.

Los peregrinos eran a menudo atacados y molestados o muertos, y cumplir la santa misión se hizo poco menos que imposible. Consideremos que aquellas peregrinaciones se habían vuelto peligrosísimas: el paso de Bulgaria era atroz, a lo que cuentan los cronistas, por ser los naturales del lugar feroces y sanguinarios, sin Dios ni patria; más tarde aparecían los turcos armados hasta las muelas y pobres como las ratas y, para coronar la expedición, se encontraban a Hakem y a su guardia real, empeñados en diezmar a los ya varias veces diezmados.

Política romana

Por esto los peregrinos, que a la vuelta iban a Roma a dar cuenta al Papa de su excursión, lloraban con lágrimas amargas ante el trono de Pedro y se lamentaban de que los suyos no les defendieran. El Papa estaba más que harto de mandar recado a Alejo Comneno sin resultado alguno y éste estaba también más que harto de pedir al Papa refuerzos sin ningún resultado. Fue la fe y la tozudez de un peregrino, Pedro el Ermitaño, la que puso en pie de guerra al Pontificado, entonces regido por Víctor III. A punto estuvo de enviar aquel Papa una expedición, pero el solio de Roma se hallaba metido en una de las muchísimas guerras a las que de continuo atendía y hubo de dejarse la cruzada para mejor momento. Muerto Víctor III, y con el intermedio de Gregorio VII, subió a la Silla Urbano II, Papa de mucho carácter, hábil estratega y político, eficaz y buen gestor donde los haya, además de guapo mozo, dicho con todos los respetos.

Animado por las desgarradoras conversaciones que tenía a todas horas con Pedro el Ermitaño y molesto con Alejo (y Alejo con él), decidió poner en marcha una gran guerra, una guerra inesperada, romántica, un motivo ecuménico que moviera y removiera las brasas que parecían dormir en los corazones cristianos, más entregados a la disquisición teológica, a las quisicosas teóricas y a la herejía que al Reino de Dios.

Era la única semilla que podía arraigar en el corazón de una Europa ciertamente corrompida donde la única seguridad estaba en torno a los castillos donde se reunían las mesnadas. Las ciudades populosas eran un cepo, pues la vida de un hombre valía exactamente nada, los jueces se compraban, los testigos falsos eran profesión y se prefería, antes que acudir a la justicia, interrogar al agua, o al cielo, o al fuego, o al hierro. En Europa sólo se entendía de guerra, y guerra era la política que practicaban los muchos príncipes con que se adornaban los Estados; pero aun así, la barbarie de Europa era una barbarie semicivilizada; en Oriente no reinaba ni siquiera la ley de la selva, sino exactamente ninguna ley.

CAPÍTULO I

¡Dios lo quiere!

Clermont, en Auvernia

La mañana del 27 de noviembre de 1095 amaneció azul y heladora. Clermont, en Auvernia, tenía aspecto de feria y apenas se vio una cinta de luz por oriente cuando ya la campana mayor de la catedral empezó a tañer con su voz sombría y de inmediato se añadieron a ella los repiques más alegres y ágiles de las de Santa María y las de la Colegiata de Cluny y, en fin, las de las cincuenta y cuatro iglesias que por entonces había en Clermont. Con el sol, todos los cristianos se levantaron de sus lechos tras una noche de insomnio y nervios e hicieron las oraciones.

Auvernia era por aquellos tiempos tierra de cereales y vides, de muchos pastos y flores y sus montes se veían decorados con ganado vacuno y, de vez en vez, entre el oscuro follaje sobresalía la blancura de una hermosa oveja merina. Bien; así había sido hasta hacía poco tiempo, hasta que el granizo, el hielo a destiempo y la falta de lluvia habían acabado con las despensas de los vasallos y a punto estaban de terminar con la de los señores.

Había, por tanto, en la región —sacudida por guerras locales con el cercano Limosin— sólo hambre y malas pulgas. Sus habitantes, de natural belicoso, estaban a la que salta y precisamente era ése el talante que quería hallar Urbano II para desatar una guerra. Un concilio extraordinario había sido convocado para noviembre y la temporada era fría pues, según los cronistas, el otoño de 1095 fue muy desapacible.

A pesar de ello, la población, sabedora de que llegarían legaciones de todo el mundo, se preparó para recibir a los extranjeros y al mismo Papa y, en varias leguas alrededor, se colocaron tiendas y pabellones; se montaron tinados para las caballerías y casas de comida para el pueblo llano. Alrededor de la pequeña ciudad se extendían cientos de tiendas coronadas de gallardetes y muchas con los colores papales. Las había de todas las categorías, desde las lujosas que habían enviado los nobles para no perder su cotidiano confort, a las más humildes donde se amontonaban los escuderos de los barones de segunda y los hijosdalgo más desfavorecidos. Trescientos clérigos entre los que se encontraban las más altas jerarquías eclesiales habitaban aquella ciudad colorida y efímera y formaban el Concilio que Urbano II había convocado en Clermont.

Los trescientos clérigos (entre prelados y abades) inauguraron el concilio cantando *a cappella* el Veni Creator. Dicen los cronistas que para que el papa Urbano entrase en la ciudad se abrió una brecha en la muralla que tras él fue cerrada para que nunca nadie pasara por donde el Pontífice había pasado. Ésta fue una orden de

Ademaro de Monteil, obispo de Puy.

Entre aquellos abades y prelados que acudieron a Clermont estaba un grupo de clérigos españoles que, por provenir de un país en plena lucha con los sarracenos —la Reconquista—, era el centro de la reunión. Se nombran en las crónicas a algunos de ellos, como el obispo de Tarragona, Berenguer de Rosanes; Pedro Auduque, obispo de Pamplona; Bernardo de Serinac, exmonje de Cluny enviado por San Hugo a España. Este Bernardo de Serinac era abad de Sahagún (León), abadía que se consideraba el «Cluny español». La presencia de los españoles en Clermont estaba sustentada por la experiencia, pues ya en 1063 se habían formado en España las primeras brigadas internacionales —cristianas— contra el sarraceno, cuando en la toma de la plaza fuerte de Barbastro (Huesca) habían intervenido junto a los del país caballeros borgoñones, provenzales y aquitanos. Aquello se podía considerar como un ensayo de las cruzadas.

El día veintiséis, en la última sesión celebrada en la catedral, sin apenas más luz que la de las oscilantes candelas de la gran araña central y los cirios ya medio consumidos de los altares, se anunció para el día siguiente una sesión extraordinaria en la que el pontífice proclamaría una noticia sensacional que había guardado con gran secreto: todo el pueblo ardía en interés emocionado. Nadie había podido dormir bien aquella noche.

Al calor de esta noticia, infinidad de seglares y religiosos habían tomado el camino de Clermont y por todas las lomas, a eso de las siete de la mañana, se veía bajar peregrinos, clérigos en borrico y familias enteras a pie o en carromatos de bueyes, con los chicos medio dormidos en los brazos de las madres. Todos querían escuchar a Urbano y ser testigos de algo de suma importancia para la cristiandad.

El concejo de Clermont y su clero, suponiendo que se iban a encontrar con una muchedumbre incalculable, habían decidido sacar el sínodo de la catedral, donde los días pasados se habían celebrado las sesiones, para ubicarlo en el exterior, a extramuros en un lugar llamado Campo de Herm, cerca de la puerta del Levante. Allí se preparó apresuradamente una explanada y en el centro se erigió un trono para el Papa, un estrado para el colegio cardenalicio y una tribuna lateral para los obispos y señores laicos. Los carpinteros que lo habían levantado durante la noche se habían ido a casa un minuto antes de que irrumpiera el pálido sol de aquel día frío de otoño.

El espectáculo que observaban los que iban llegando les admiraba, pues por todas partes se encontraban con ricas tiendas y pabellones coronados por preciosos y caprichosos gallardetes, ondeando al viento helado de un invierno algo prematuro. Los aldeanos se paraban, boquiabiertos, al ver grandes señores cubiertos de pieles de zorro que bajaban paseando por la vereda hasta el pueblo y los más jóvenes rodeaban, mudos de emoción, aquellos caballos enjaezados con mantas bordadas y arreos de plata, señal esta última de que se encontraba uno ante un príncipe. Los días anteriores, a Urbano II le había entrado la fiebre de las inauguraciones y había puesto en servicio templos y catedrales que aún hoy están en pie.

Lo cierto es que la ciudad se había puesto en marcha y, al poco, del palacio episcopal surgió la comitiva del pontífice. Urbano II iba en el centro rodeado de los cardenales y departiendo con Ademaro de Monteil, obispo de Puy, que hacía de anfitrión.

El papa Urbano II

Urbano era francés, se llamaba en el siglo Odón de Lagery; era un hombre alto y esbelto, joven aún y de anchos hombros, barbado y de poblado mostacho y melena rubia. Su rostro era apacible pero firme, la boca ligeramente carnosa y los ojos grises y duros. Llevaba en la piel el color dorado de quien vive poco en los despachos y más en el exterior, de quien hace muchas leguas a caballo. Enseguida se vio cuán cierta era esa observación, pues, cuando un paje trajo los dos caballos —blanco el del Papa, tordo el del obispo—, Urbano montó de un salto con la ligereza de un jinete experto.

La multitud le adoraba en silencio, y a su paso se quedaban las buenas gentes con la boca abierta y las mujeres más jóvenes se enternecían y suspiraban ante aquel hombre de Dios, tan poderoso como bello. Era un hombre al que los columnistas de prensa de hoy llamarían «carismático con poder de convocatoria».

Vestían todos los eclesiásticos verdugos rojos bajo los sombreros episcopales y cardenalicios y se cubrían las ropas talaras con amplias capas de piel de ardilla o comadreja (bordeada de armiño la del Papa) de la que sobresalían las botas de cuero con hebillas de plata. Urbano se acomodó en la silla, miró al cielo, sonrió a quienes le aplaudían y sostuvo las riendas del caballo con sus guantes purpúreos. Luego se puso en marcha y, tras él, toda la comitiva de cardenales y obispos. Las campanas cubrieron con su repique los valles; el pueblo de Dios atestaba la explanada a la que se dirigían los obispos encabezados por el pontífice.

Quizá nos interese conocer cuáles eran los motivos por los que Urbano II iba a declarar el 27 de noviembre de 1095, en Clermont, una especie de guerra santa. Lo cierto es que esta idea la venía acariciando tiempo atrás, pues, como ya dijimos, empujado por los desórdenes de Oriente, por las quejas de Alejo y por las excesivamente frecuentes llantinas de Pedro el Ermitaño, el papa Urbano, aprovechando que acababa de convocar un concilio en Piacenza, quiso meterle el diente al asunto de la cruzada. Pero pronto vio que no era oportuno hablar en Piacenza de ello, puesto que había temas del día que ya habían sido aplazados con anterioridad y necesitaban remedio rápido. Entre ellos estaban las reclamaciones de la emperatriz Adelaida, los anatemas que tenía que echar sobre el emperador de Alemania y la excomunión de un antipapa molesto —Guiberto—, asuntos, como se ve, de urgencia.

Además Urbano sospechó que Piacenza no era el lugar idóneo para arengas guerreras, pues las tierras de Italia eran entonces prósperas y sus gentes muy

entregadas al comercio, mientras que en otros lugares más miserables —como Francia, donde a la hambruna acababan de añadir un lúes horrible que llamaron Fuego de Santa Gertrudis— cualquier ideal, hasta el más utópico y peligroso, les parecería infinitamente más deseable que su cenagosa paz.

Por ello, estando en Piacenza convocó un concilio extraordinario que se celebraría en Clermont, Auvernia: en el centro de Francia; un concilio en principio monográfico, es decir para tratar exclusivamente el inicio de la guerra santa. Luego no fue tal, pues, antes de pasar a los asuntos de Oriente, Urbano hubo de ocuparse de dos temas candentes: la prohibición de los combates particulares —la agresividad social era tanta y la autoridad civil tan poca, que sólo la Iglesia podía dominar a las gentes de naturaleza insurrecta— y la declaración bajo protección eclesial de las viudas, huérfanos, labradores y mercaderes que eran habitual e impunemente asesinados por capricho de los poderosos. Declaró también territorios de asilo inviolables los templos y las cruces colocadas en los caminos. Una vez cumplidos los trámites obligados, el Papa, que no había comunicado más que a los muy íntimos —y desde luego a Ademaro de Monteil— cuál iba a ser la buena nueva, la noticia explosiva y sensacional, anunció para el último día la sesión extraordinaria.

Y es la que comenzó tras la celebración de la santa misa en la explanada extramuros, en el momento en que Urbano, desvistiéndose de la ropa de celebrar, tomó asiento en el trono, sobre un largo paño rojo con sus armas bordadas en oro.

Pedro el Ermitaño

Una —la primera— de las sorpresas fue que sentado a los pies del Papa pudo verse —muchos lo veían por primera vez— a un hombrecillo extravagante de piernas retorcidas y cubiertas de pelambre, vestido con una especie de falda negra atada a la cintura por cuerdas y sobre la cabeza, a modo de capilla, un saco pardo que tapaba una melena rala y sucia: era Pedro el Ermitaño que, al cambio, sería hoy considerado el Mahatma Gandhi de la Edad Media, pero un Mahatma Gandhi descerebrado.

Dejemos el cuadro medieval de Clermont para ocuparnos un momento del personaje. Pedro —según los historiadores de la época, Orderico Vital, el cronista del duque de Anjou y Guillermo de Tiro— se llamaba en realidad Pedro de Aqueris y descendía de una familia de abolengo. Este Pedro tenía un aspecto grosero y sucio y, por su manera de comportarse, hoy podríamos pensar que padecía alguna enfermedad mental o, al menos, que su conducta era claramente patológica. Lloraba y reía sin recato y sin tregua, vivía inmerso en una ansiedad que confundía con piedad y que comunicaba fácilmente; había probado, sin descanso y en un afán exaltado, los cuatro estados de la vida, de manera que había sido soltero y casado y viudo y monje y además se había entregado a la cultura, a la filosofía, al arte y, por fin, definitivamente, a la religión. Y era su religión una especie de patetismo cruel y al

tiempo sensiblero, de manera que mientras trataba de ser justo y misericordioso, se comportaba como un fanático y tan pronto se sacudía pedradas a sí mismo, o se magullaba con el crucifijo que nunca abandonaba hasta encardenalarse, como arremetía contra el vicio para salvar al vicioso, sin conocer la máxima de Plinio el Joven que afirma que quien odia el vicio odia de hecho a la humanidad.

Sea como fuere, inflamado por el amor a la violencia divina y ansioso de verter sangre infiel, Pedro, que ya había hecho más de una vez la peregrinación a los Santos Lugares (al menos eso decía él), decidió estimular al Papa para que éste a su vez recalentase al pueblo y desde que empezaron sus conversaciones con el pontífice no se separaba de aquél. No nos ha llegado noticia explícita de que Urbano II le aborreciera, pero parece ser que todos en secreto le aborrecían aunque nadie se atreviera a dar pábulo a sus sentimientos, pues este hombrecillo de Amiens tenía entre las masas gran predicamento. Dicen los cronistas que por donde iba —e iba por todos lados, su vida era una peregrinación *stricto sensu*— las gentes le besaban los pies —casi siempre mugrientos—, le arrancaban al borrico en el que montaba mechones de pelo para hacerse reliquias y guardaban su orina —la del asno—, que consideraban milagrosa. En su celo por la ortodoxia, Pedro casaba a las prostitutas y hasta les hacía un regalo de bodas.

Escribieron cronistas mordaces que Pedro y su burro tenían un extraordinario parecido físico, como si de parientes se tratara. Este misterioso vínculo facial, que une con frecuencia a los animales con sus dueños, es una de las bromas de la naturaleza que a veces gusta de enseñarnos su lado irónico.

En fin: parece mentira que un ser de exterior tan innoble y que no levantaba una palma del suelo (Ana Comneno le llamaba *Cucupietre*, o sea, piedrecita) levantara sin embargo tal adhesión y tan inflamados sentimientos de simpatía. Hay que reseñar que la Iglesia no canonizó a este curioso sujeto, campeón de la cruzada, a pesar de que arrastraba a la masa, que ante sus discursos se comportaba como los espectadores ante una película de indios, murmurando, aplaudiendo, excitándose, entusiasmándose. O sea que Pedro, como se dice ahora, comunicaba.

El Ermitaño, tras hablar con el Papa, había atravesado Italia, los Alpes y Francia entera a bordo de su burro calvo —calvo de los cuartos traseros, pues Pedro no permitía que se le arrancase pelo de otros lados—. Iba de ciudad en ciudad en brazos de la caridad de aquellos ignorantes que se quitaban el alimento de sus bocas y de las bocas de sus hijos para pagar así las larguísimas charlas de Pedro aderezadas de milagros y sueños y llantos e imprecaciones, en un éxtasis sentimental y agresivo muy del gusto de la época.

Bien; éste es el personaje que se sentaba a los pies de Urbano II en la plaza de Clermont aquella mañana heladora de noviembre de 1095. Y además fue el primero que habló aunque había allí muy notables prelados, y no sólo el Colegio Cardenalicio en pleno: entre ellos estaba el obispo de Puy, Ademaro de Monteil, que habría de ser el jefe espiritual de la cruzada y a quien, en apoteosis final, Urbano II iba a entregar

su espada.

El discurso papal

Sin embargo Urbano movió muy bien la escena: visto desde la mentalidad actual, podríamos decir que aquel Papa era un gran coreógrafo. Dejó que Pedro iniciara la cuenta atrás de lo que iba a ser un acontecimiento cumbre en la historia de la humanidad, pues Urbano II, muy moderno, sabía lo que quería su audiencia y no se lo regateó.

Y sólo después de una arenga a cargo de Pedro el Ermitaño, que hizo llorar a todos, se levantó Urbano. La pieza oratoria la recogió Baronio y aunque asegura que el Papa habló en latín, hay que recordar que por aquella época el pueblo seglar era iletrado y se entendía en dialectos, parecidos uno a otro como gotas de agua. Por más que se empeñe Baronio, parece ser que el Papa habló en francés vulgar. El vídeo de promoción de la cruzada fue Jerusalén, aquella tierra santa y ombligo del mundo, patria de la cristiandad, palabra mágica en los relatos de escatología popular. El papa Urbano —y volvemos con paralelismos de la actualidad— era el telepredicador del siglo XI.

«¿Habéis oído, queridos hermanos, lo que no podemos recordaros sin derramar lágrimas, a qué espantosos suplicios son arrojados en Jerusalén, en Antioquía y en todo Oriente nuestros hermanos cristianos? Sí, son vuestros hermanos..., ¡se sientan a la misma mesa que vosotros y han bebido la misma divina leche...!» Desde sus casi dos metros de altura Urbano contemplaba encantado el efecto de sus palabras. Se diría que oía palpar los corazones de sus oyentes.

«¡Cuando os digo esto, mi corazón se rompe!: las iglesias en las que desde hace tantos años se celebraba el divino sacrificio, son, ¡oh vergüenza!, convertidas en establos impuros. ¡Los turcos inmundos son dueños de nuestros hermanos cristianos! ¡Hoy los infieles celebran sus ritos impíos en la Iglesia de Dios y expulsan la religión de Cristo de los lugares consagrados al Señor!»

Peregrinar —propone— es la solución. La peregrinación a Jerusalén, a Compostela, a Roma, es una manera de blanquear los pecados. Recordemos que estamos en un siglo de pecado que arde en deseos de penitencia. Y no olvidemos que la obsesión del hombre medieval es el pecado. Según escribe Guillermo de Tiro: «No había en occidente ni religión, ni justicia, ni equidad, ni buena fe. Eran saqueados los monasterios y los templos. No había seguridad en ningún punto. Quedaban impunes los más horribles desmanes. En el interior de las familias estaban corrompidas las costumbres, hollados los vínculos del matrimonio, dondequiera se ostentaban el lujo, la embriaguez, el juego. El clero era desarreglado: se dedicaban los obispos al desorden y a la simonía».

Urbano II estaba ofreciendo a aquel universo de pecado una sublime salida hacia

delante, un baño purificador. Y mucho llanto:

«¡Lloremos, hijos míos, lloremos de continuo! ¡Que nuestros gemidos se eleven como los del salmista, oh desdichados de nosotros!».

Y nadie se reprimía, así que todos los asistentes lloraron a mares.

Les expuso los enormes sufrimientos de los cristianos de Oriente, les describió desgarradoras escenas de sangre y martirio y les arengó:

«¿No es acaso mejor morir en la guerra que soportar este horrendo espectáculo? Lloremos todos juntos nuestras culpas que han armado la cólera divina; lloremos por las desgracias de Jerusalén, pero que nuestras lágrimas no sean como semilla tirada a la arena, que la guerra santa encienda el fuego de nuestro arrepentimiento: que el amor por nuestros hermanos nos anime al combate y sea *más fuerte que la muerte misma*... ¡Guerreros que me escucháis!, vosotros que buscáis sin cesar pretextos para la guerra, ¡regocijaos, porque ésta es una guerra legítima!..., vosotros que fuisteis tantas veces el terror de vuestros conciudadanos y que vendéis por un vil salario vuestro brazo al furor ajeno, nuevos macabeos: ¡id a defender *la casa de Israel, que es la viña del Señor de los Ejércitos!*».

Y cosas parecidas, unas veces sacadas de la Biblia, como las que van en cursiva, otras, las más, de cosecha propia. A la vista del éxito obtenido podríamos considerar a Urbano como un gran psicólogo de masas, un intelectual izquierdizante para la época. Un pacifista que desencadena el imperialismo militar del feudalismo. La cruzada es una coartada moral para bandidos, delincuentes comunes, salteadores de caminos, etcétera.

Este discurso fue interrumpido en numerosas ocasiones por los gritos que ya serían decisivos (*Deus vult! Deus vult!* y en otros idiomas, *Diex le vol! Dio lo vuole! Die li volt!*), y por aplausos y llantos. Cuando la tensión estaba en su ápice, el obispo Ademaro, revestido de pontifical, todo él enorme y dorado, cayó de rodillas a los pies del Papa y pidió con un gran grito ser el primero que se apuntara a aquella expedición.

Todo el pueblo, puesto en pie, expresó su emoción y su adhesión. La multitud estallaba en llantos y cánticos y, a lo que parece, aquella escena magnífica no debía de tener nada de espontánea, debía de estar muy bien ensayada, porque entonces Urbano, sacando bajo su ropa eclesial la espada de soldado, la puso sobre las manos de Ademaro que la recibió de hinojos.

El cardenal Gregorio (más tarde también sería Papa), que ahora sostenía el arma ya bendecida sobre un almohadón rojo, cayó también arrodillado con su carga en alto y empezó a rezar a grandes voces el confiteor y el pueblo de Dios lo rezó con él, dándose sonoros golpes de pecho. A continuación el Papa, puesto en pie, dio la bendición y la absolución de todos sus pecados. Nadie de los que atestaban la plaza, por bandidos o criminales que fueran y por muy endurecida que tuvieran el alma, dejaron de llorar. Allí todos se conjuraron para salvar a los cristianos de los sarracenos y otros enemigos de Nuestro Señor y todos se perdonaron y abrazaron.

Lo único que no le había salido redondo a Urbano era la calidad de los espectadores, pues, aunque había condes y barones, no vio a ningún príncipe, ni siquiera el de Tolosa, señor de aquellos dominios. Pero la semilla estaba en la besana y todos los que formaban aquella muchedumbre eran ya sus apóstoles.

Promesas y pactos

¿Qué les prometió además de la pura acción virtuosa?

Pues además de la propiedad del fruto de sus conquistas y todas las riquezas que encontrarán en Asia, les condonó el tributo personal durante el primer año de su viaje, se les dispensó de los impuestos que se estipularan mientras su ausencia, se les perdonaron las deudas al menos mientras estuvieran guerreando, y los intereses no corrían; sus posesiones se colocaron bajo amparo de la Iglesia, no estaban sujetos más que a los tribunales eclesiásticos... Pero si esto sobre el papel era una bendición, la verdad es que nadie quería prestar a familias que no devolvían lo recibido por tener al jefe en la cruzada, así que muchos de los que fueron, renunciaron por escrito a estos beneficios.

Pero —volviendo a Clermont— la verdad es que cuando Urbano dejó de hablar, y conmovido y excitado volvió al solio, la ciudad ardía de emoción y el que no lloraba estaba embargado por violentos sentimientos santos.

Allí mismo se apuntaron a la cruzada muchos señores y multitud de vasallos. Raymundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa, se disculpó por escrito de no estar presente en el concilio, pues se hallaba combatiendo al infiel en España —Raymundo se había casado con Elvira de Aragón y batallaba para la familia—, pero también se ofreció para tomar la cruz. El nombre de cruzados fue un invento posterior, aunque no el concepto. El concepto «cruzada» se ha utilizado después con ese mismo espíritu: lo de Franco fue cruzada y también es cruzada la lucha contra el tabaco o contra el alcohol... También a la Reconquista española la consideran los franceses cruzada, exactamente «cruzada a domicilio».

Decidieron distinguirse por la cruz que se cosieron al hombro y esa misma tarde acataron como jefe a Ademaro, pues Urbano no podía dejar el asunto del antipapa Guiberto, con quien andaba guerreando en casa.

Se prometió a los cruzados la entera remisión de los pecados (Montesquieu, siglos más tarde escribió con ironía: «todos tenían crímenes que expiar y como les prometían satisfacerlos siguiendo su pasión dominante, tomaron pues la cruz y las armas»), se decidió que toda violencia cometida contra los soldados o sus familias sería causa de anatema y, temiendo que pasado aquel fervorín alguno decidiera seguir en su casa, amenazó el Papa con excomunión a quien no cumpliera la promesa y se fijó la fecha de salida para la festividad de la Asunción del año siguiente.

Al atardecer el frío arreciaba en Clermont. Los obispos y cardenales ya tenían sus

manos cubiertas con los mitones purpúreos y sus criados les acercaban las grandes capas de pieles y las capuchas de lana negras. Los señores, envueltos en paños ricos, iban dejando sus asientos, pero aún se oía en el crepúsculo otoñal, el grito monótono, unánime *Deus vult! Deus vult!* Sí, Dios parece que lo quería.

Europa se mueve

Toda Europa se puso en marcha, preparando la nueva vida, esa estrecha senda hacia la acción y hacia la salvación que era la senda de la conquista, esa senda tantas veces recorrida por el hombre *viator* al calor de la religión. Pero ¿se puso en pie sólo por celo religioso?

No: la religión era una fuerza que integraba todos los demás sentimientos, esa misma fuerza que empujaba a los árabes. Los árabes no sólo se empeñaron en llevar a los confines del mundo el estandarte verde de Mahoma, pues la fe es una fuerza motriz pero se implementa mucho conjugándose con la ambición de poder y la conquista económica. El árabe que se había curtido en el desierto, irrumpió en la escena de la historia con un aliento irresistible, liberando de pronto una energía acumulada durante siglos «para pasmo de un mundo sorprendido por la violencia del choque a la velocidad de un huracán». Al árabe (palabra que significa «árido») le bastaban con la orden del Profeta, con un odre de agua, un puñado de dátiles, un caballo o un camello, un alfanje y el Corán. La vida en el desierto era —y es— dura, precisa un respiro, precisa la imagen de un paraíso, se añoran ciudades extrañas para poderlas conquistar. *La guerra es hermosa pero incómoda*, dicen los italianos: a los árabes les basta con que sea hermosa, les basta con la vanidad, con el *pathos* de la acción. Si falta agua, las mujeres y los niños de la tribu llorarán para poderse beber sus lágrimas. Y además tienen el camello. El camello es para el árabe un animal imprescindible y multiuso, con un exterior desconcertante. Hay un dicho inglés preñado de humor y exactitud: dicen los británicos que el camello es un caballo diseñado por una comisión.

En el idioma árabe hay mil palabras para designar al camello, el trasatlántico del desierto. Los batallones árabes atraviesan países enemigos a la velocidad del rayo y a la grupa de sus camellos. Viven de su carne, se cubren con sus pieles, sus excrementos les sirven de combustible, de su orina extraen la crema que los protege de los insectos, de su giba sacan el agua haciéndolos vomitar de manera artificial.

Y si esto bullía en el interior del Islam, parecida ansia empujaba a los de la Cruz. También los caballeros de la Cruz perseguían como los árabes un trozo de cielo y un trozo de tierra. Y algo más también: el liderazgo del Papa en occidente, el alto el fuego entre los belicosos príncipes europeos, un asiento para la explosión demográfica de principio de milenio, un orden nuevo (¡cómo nos suena esto!). Total: la Iglesia como árbitro supremo. El expansionismo europeo, sofocado durante mucho

tiempo por las invasiones bárbaras, volvía por sus fueros: llevaba el camino hacia Jerusalén por un antiguo itinerario, el mismo que seguiría nueve siglos después un tren de lujo llamado Orient Express.

Y como los aliados de la guerra del Golfo con respecto a Irak y Sadam Hussein, el astuto papa Urbano había exagerado el peligro enemigo. La alarma es buena yesca para la guerra.

La vida celestial

Y entonces la vida subió de tono. Pocos se contentaban con colocarse una cruz cosida a la ropa y muchos se la tatuaron a fuego en el pecho o en el rostro. Todo el mundo dejó su trabajo y abandonó la defensa de sus intereses y al momento la vida celestial se ubicó en los hogares de Europa: pocos eran a los que no se les había aparecido un ángel o un santo y, según la imaginación y la categoría, se les aparecían Carlomagno o Jesucristo, el arcángel San Gabriel o San Jorge en compañía del dragón. No era nada extraordinario esta mezcla de personas humanas y divinas, pues la vida de aquellos hombres y mujeres iletrados era un *continuum* sin costuras entre los sueños, la tierra y los dioses. En esta sencillez sin fisuras unos vecinos a otros se comunicaban los mensajes que las apariciones les habían dejado y los que cuidaban rebaño al raso veían por las noches en el firmamento escenas del paraíso terrenal o el templo de Salomón o lluvias de meteoritos, o auroras boreales o relámpagos inmóviles o se les abría el firmamento y aparecía la corona de la gloria, el trono de Dios o un túnel constituido por las dominaciones, los tronos y las potestades.

De los sepulcros salieron los muertos que se paseaban por la calle dando recados jeroglíficos y las estrellas bajaban hasta las fuentes y mil fuegos recorrían las madrugadas y las nubes manaban sangre. En las más altas regiones del firmamento y en días muy claros se podía ver Jerusalén al detalle o grandes ciudades imaginarias llenas de murallas y castillos coronados de banderas. Sólo para el hombre de talante filosófico quedaba como espectáculo el de sus conciudadanos enloquecidos.

Y total que a aquellos sencillos cruzados les pareció un año mucho tiempo para la espera. Inmediatamente decidieron salir, después de emplear el invierno en preparativos: fue aquél un invierno singular en el que apenas hubo robos ni crímenes estando como estaban los ladrones y los criminales haciendo las maletas para acceder a otra vida llena —suponían— de riquezas y felicidad.

En todas las parroquias se bendecían las armas y las banderas; llegaba el caballero, agachaba la cerviz mientras el sacerdote le hacía la cruz sobre el occipucio y después era despachado con las palabras: «A pelear por la gloria de Dios y que este signo os haga triunfar sobre los peligros».

Todos hervían de entusiasmo y se enviaban de un castillo a otro, de una torre a otra, embajadas para instar a la salida e informarse de cómo iban los preparativos del

vecino. Y cuando llegó la primavera nadie se podía contener y todos se pusieron en marcha para acudir a los lugares de cita desde donde, juntos, iban a iniciar el viaje.

Sólo los verdaderos señores y los príncipes y los clérigos de más alcurnia, o sea, el verdadero ejército, esperaba paciente la salida marcada y acordada en el Concilio de Clermont. De manera que, de forma natural y espontánea, la cruzada se dividió en dos. Una primera, acaudillada por decisión popular por Pedro el Ermitaño y su general, un tal Gualterio sin Haber —o Sin Tener, que tanto da: indicaba que no tenía herencia— a la que asistía el pueblo llano, los clérigos pobres y algunos señores — pocos— de menor importancia, y el verdadero ejército, acaudillado por Ademaro de Monteil y del que después nos ocuparemos.

Casi todos iban a pie, excepto algunos caballeros que marchaban en caballería, bien sobre ambladores, bien sobre hacaneas o jacas, llevando el equipaje en asnos o mulas y un caballo —los pocos que podían— grande, un destrero para el combate. Otros iban en carros tirados por bueyes herrados; algunos costeaban el mar o bajaban en barco por los ríos. Iban armados con azagayas, venablos, arcos, mazas. Iban muchas mujeres, esposas, damas pías y prostitutas y tan pronto se bailaba, se fornicaba, se rezaba o se cazaba y los chicos cantaban a coro con vocecitas leves salmos bíblicos, mientras los hombres, a menudo borrachos, desentonaban con letras soeces. Había cascos e imágenes benditas, beatas y jóvenes hermosas.

Acampaban en las afueras de las ciudades y extendían una red de chamizos, tiendas y altares y tan pronto se oían misas como risas. Los curas habían llevado todos sus ornamentos y a menudo paseaban por el campo de casulla y los señores habían llevado sus artes de pesca, sus jaurías y aves de cetrería, así que se organizaban o triduos o juegos o cacerías o concursos de pesca.

Total que desde el Tíber hasta el Rin no había más que personas en marcha con una cruz sobre el hombro y gritando sin desmayo: *Deus vult!*, *Deus vult!* Sí, parece que Dios lo quería.

CAPÍTULO II

Peregrinos y mendigos

Escenas edificantes

Zyzza se había estado haciendo la coleta mientras rezaba sus oraciones antes del sueño. Oyó dos golpes en la puerta. El padre aún estaba en el establo atando al asno y la madre trajinaba en la otra habitación, una de las dos de las que constaba la choza. Zyzza volvió a oír los golpes, ahora más fuertes, pero supuso que sería su vecino más próximo y que pronto descubriría la luz del candil del padre al lado, en el establo, y se encaminaría allí. Además la noche era glacial, de cielo alto y azul, con muchas estrellas temblorosas, y se había levantado un finísimo viento, astral, como una gasa húmeda.

Zyzza tenía frío y pocas ganas de abrir, pero los golpes eran ya tan sonoros que, al mismo tiempo que la madre asomaba la cabeza en el marco de la puerta, ella abandonó la coleta y con esfuerzo —pues aunque Zyzza tenía ya catorce años, era muy débil y muy rubia— levantó la tranca.

Los dos hombres entraron de un salto hasta la mitad de la habitación y quedaron quietos, casi en cuclillas, tensos ante las llamas que aún no habían acabado de consumirse. Se recortaban sus dos perfiles negros: uno enorme, con una sombra que el fuego alargaba y el otro rechoncho, apenas cubierto por una piel pequeña, con una especie de calzas y sandalias de cuerda y, eso sí, con la hoja pálida del cuchillo en la mano derecha.

El alto levantó un palo grande y Zyzza se refugió con un grito en los brazos de su madre.

Pasado un minuto de parálisis, durante el cual sólo los ojos trabajaban —los de los intrusos buscando señales, peligros, presencias y los de las mujeres oteando la negrura exterior de donde provendría su única esperanza: el padre— ellos iniciaron un violento trajín ansioso. Abrieron las puertas del armario y se metieron dentro de las bolsas que llevaban al hombro lo poco que había, una tira de tocino, la leche en un odre, un pan casi duro, un saquete de harina, un racimo de uvas pasas.

Zyzza aún no había respirado cuando el más alto se acercó a ella —que se incrustaba en el cuerpo amplio de su madre— y suavemente le levantó el pelo que le caía por el rostro. Vio sólo una gran palidez y ni siquiera pudo reconocer el horror en sus ojos azules porque estaban cerrados, ni la mella en ese diente que aún le dolía. Luego, sin contemplaciones, de una manotada le arrancó la saya y agarrándola por un brazo la tiró al fondo de la habitación, sobre la tiniebla de la cama.

El pequeño se limitó a poner la punta del cuchillo en el cuello de la madre, de

donde a duras penas salió un grito, el último grito.

Tras un intervalo de silencio, el padre ya estaba en el umbral con una brazada de leña, la boca abierta y el aliento entrecortado, y ya iba a abalanzarse sobre el pequeño, y aún tuvo ocasión de escuchar su nombre en la boca de Zyzza, cuando de la negrura de la alcoba salió el gran hombre rubio y sucio y de un palo lo tumbó en el suelo.

Después, sin escuchar el llanto de Zyzza o despreciándolo, ambos escarbaron con los pies en un rincón, hasta encontrar la trampilla de la cueva y, cuando salieron de la casa, ya no había en ella más que muerte, dolor y pobreza. La puerta quedó abierta; batió luego con el viento que ya era huracanado y la luna iluminó por un instante el llanto cansado de la pequeña. Sí; los peregrinos de Pedro el Ermitaño cruzaban Bulgaria. Eran los *hierosolymitani*, la gente de Nuestro Señor («ost de Notre Seigner»), que se dirigían hacia el Sepulcro de Cristo entonando su canto de guerra, que no era otro que un himno litúrgico, el *Vexilla Regis Prodeunt*.

Siglos después afirmó Voltaire que los peregrinos se movían por la religión, la avaricia y la inquietud. Piadosamente llamó a aquella mezcla básica en la Primera Cruzada «furor epidémico». Claro que Voltaire maldecía de los cruzados pero tenía sus dineros puestos en el comercio de esclavos. Váyase lo uno por lo otro.

Lo que había empezado como una pintoresca romería de más de veinte mil hombres, dirigidos por un lunático montado en burro y tapado por un saco en forma de capilla, se había convertido en un suma y sigue de vicios y crueldad, pues la ignorancia unida a la pobreza no son buenas consejeras para nada en la vida.

Creídos aquellos mendigos piadosos que Jesucristo atendería a sus necesidades, pronto tuvieron hambre y ninguna persona divina bajó para saciarles. Y si durante el primer tramo del camino —desde las orillas del Mosela, dice Alberto de Aix, partieron a las órdenes de Pedro el Ermitaño más de veinte mil hombres, mujeres y niños— que transcurría por las orillas del Rin y el Neckar hasta llegar al Danubio, los cristianos centroeuropeos mantuvieron aquella caravana a base de limosnas, una vez que se encontraron en Hungría las cosas cambiaron. Y la llegada a Bulgaria, donde los naturales del país eran aún más feroces que los peregrinos, convirtió la cruzada en un baño de sangre.

La pequeña Zyzza violada y huérfana no era más que una muestra, una píldora amarga de las muchas con las que los hombres de Dios iban sembrando el mundo. Además de brutales, estos hombres eran pobres. Ademaro de Monteil tuteló este concepto de pobreza, exhortando a los caballeros a que protegieran piadosamente a aquellos miserables; hizo una llamada al socorro de los pobres. «Nadie de entre vosotros —dijo— podrá salvarse si no honra y protege a los pobres»; era una mezcla de caridad cristiana y anticipo de obligación romántica de la caballería andante.

Tampoco los fracasos de Pedro el Ermitaño se saldaron negativamente en la época, pues el fracaso de la antigüedad no era un descrédito y las mismas canciones de gesta los ensalzan, elogiando y encumbrando al derrotado —no otra cosa es Roldán, el de

Roncesvalles—. Esta sacralización de la pobreza y la derrota teniendo de por medio la violencia es una receta muy medieval, que combina nobleza y brutalidad. Así como el héroe pagano era una figura, el héroe cristiano medieval es un vencido, pues no en vano su Dios es un Dios crucificado.

El ejército popular

El ejército popular se había dividido en dos cuerpos para maniobrar mejor y a fin de poder ser, al menos medianamente, controlado. Uno de los cuerpos lo dirigía Pedro y el otro Gualterio Sin Haber. Pues bien, Pedro y sus mendigos —en el ejército popular iban muy pocos señores y éstos de baja estofa— salieron la primera semana de abril, es decir, a primeros del año 1096, pues por entonces el año empezaba en Pascua (exactamente el domingo siguiente a la luna llena posterior al 21 de marzo) pues ya hemos dicho que lo único que importaba era lo que se refería a la Iglesia.

En medio de la muchedumbre, y bien defendido, iba un carro de bueyes con el tesoro —las limosnas que habían conseguido entre los fieles que se quedaban en casa y que así limpiaban sus conciencias—. Detrás los víveres para una corta temporada, pues aquellos inocentes esperaban al menos un nuevo maná y se atenían a aquellas palabras bíblicas que ensalzan la insolvencia de los lirios del campo y las aves del cielo. En el carromato de los víveres había habas, centeno, cerveza y guisantes para el grueso del ejército y trigo, carne en salazón y vino para los caballeros. La columna de jerosolimitanos en marcha, tardaba en pasar ante un espectador cinco horas.

Gualterio iba adelantado y la marcha en principio era ligera, de manera que recorrían cerca de treinta kilómetros diarios, hiciese calor o frío, lo que es mucho para una muchedumbre compuesta de mujeres y niños, ancianos y enfermos y todos a pie. Por la noche acampaban siempre a orillas de los ríos y entonces se desarrollaba entre ellos una curiosa industria de prostitución, lectura de manos, adivinación del porvenir, juegos de azar (entre los que sobresalían los naipes y el tablero de damas), y rifas. Pequeños tenderetes se desplegaban para que quien pudiera y tuviera comprara alguna galleta o un puñado de trigo —los primeros cruzados llevaban sus molinos de mano y se fabricaban el pan— y pronto aparecieron apostadores profesionales que les sacaban la hijuela a aquellos inocentes haciendo correr a un lechón.

También los oficios más necesarios trabajaban de sol a sol: por ejemplo los zapateros remendones que hacían su agosto con los pies heridos de aquellos desgraciados. La sociedad de aquel trozo de ejército se componía de más o menos ocho caballeros —ocho a caballo— y toda una larga procesión de mendicantes, una mezcla curiosa de personas pías, tahúres, mujeres de la vida, campesinos, comerciantes y curas, aunque la mayoría eran familias que no sabían muy bien adónde iban ni por qué.

El paso de Gualterio por Alemania y, sobre todo, de Pedro, que no paraba de

predicar y de hacer supuestamente milagros, fue enardeciendo los ánimos germánicos, muy toscos y violentos, lo que dio lugar a que infinidad de sus habitantes se unieran a la expedición y fueran causa, como luego contaremos, de también infinidad de iniquidades.

Mientras Gualterio iba a paso vivo y trataba de mantener una casi imposible disciplina entre aquellos bárbaros iletrados, Pedro, iluso asceta, les animaba a rezar el santo rosario de continuo y repasaba una y otra vez las filas montado en su acémila, predicando y entonando salmos, sin gran éxito.

Atravesando Europa

Lo malo empezó con la llegada a Hungría. Los húngaros procedían de Tartaria como los turcos, y eran tan formidables como los más formidables de entre los cruzados. Tan formidables y tan inocentes y tan crédulos y aún más ignorantes, así que a la vista del ejército de peregrinos, plaga que compararon con la de la langosta, creyeron que se acercaba el fin del mundo y, sin atreverse a combatirlos —como si de una aparición horrible se tratara—, se limitaron a insultarlos y los más decididos hasta les tiraban alguna piedra.

Y si al principio Gualterio y los suyos soportaron con paciencia aquellos agravios, según la comida escaseaba y según escaseaban las limosnas, los ánimos se iban encrespando —donde no hay harina ya se sabe que hay mohína— y cuando llegaron los cristianos a la frontera de Bulgaria ardían en lo que ellos creían santa ira.

Los búlgaros, a pesar de estar en teoría sometidos al imperio de Alejo, no respetaban ni esta idea ni las leyes griegas y sólo obedecían al emperador cuando Bizancio enviaba un ejército. Pero, a la vista de aquellos harapientos que ya sin recato iban desolando y saqueando tierras y casas, campo y ciudad, se les echaron encima sin miramientos.

Como todas las cosas, o por lo menos muchas de las cosas que van a ser graves, empiezan con una tontería, el primer lío en que se enzarzaron se inició porque dos soldados alemanes que no habían comido en las últimas cuarenta y ocho horas entraron en un pequeño bazar donde se exhibían (entre esterillas, ollas, sandalias y especias) pan y tocino. Arrancando una larga tira de éste, que colgaba cubierta de moscas en la pared, se hicieron fuertes en un rincón y mientras uno devoraba el otro defendía con la lanza el botín.

Alertados por el dueño, otros comerciantes acudieron y los hijos de los comerciantes, y al cabo, cuando se disolvió el barullo, de los dos alemanes y del tocino quedaban sólo los restos.

Sus compañeros, que merodeaban buscando gresca y alimento, acudieron y el jaleo se amplió hasta que todo el mercado fue un campo de batalla, como en *La taberna del irlandés*, de John Wayne. Las cosas se resolvieron mal para los cruzados,

dieciséis de los cuales se vieron atrapados en una vieja iglesia. Entonces la guardia del gobernador búlgaro echó los cerrojos a las puertas y prendieron fuego a la iglesia y los aterrorizados cruzados, que no habían corrido tan mala suerte como los de adentro, oyeron durante largo rato los horribles gritos de sus compañeros que allí dejaron la vida.

Alertado Gualterio de cómo se estaban poniendo las cosas, no quiso encenagarse en una pelea que veía perdida y puso con sus hombres los pies en polvorosa. Después de un camino duro y lleno de privaciones llegaron a Constantinopla donde Alejo, aunque horrorizado por el aspecto y el talante de aquellos hambrientos, les dejó esperar al resto del ejército que venía con Pedro el Ermitaño, pero prohibiéndoles la entrada a la ciudad.

Y llega Pedro

Las jornadas de Pedro fueron aún más incómodas que las de sus predecesores. Los húngaros estaban bien hartos de los hombres de la cruz, a los que ya habían perdido el respeto, y los búlgaros ardían de ganas de escarmiento. Pedro, al que la autoridad de aquellos facinerosos se le había ido de las manos y ya sólo él y alguna dama podía rezaban el rosario mientras los demás se dedicaban sin recato al saqueo y a la violación, se encontró sobre la muralla los despojos, trajes y armas de los cruzados que habían asaltado el bazar. Los ánimos de sus acompañantes menos pacientes se calentaron muchos grados.

Hambrientos e insultados, sin jefe y con la fe en el cielo muy debilitada, aquellos peregrinos organizaron algaradas, destrozaron cosechas, mataron ganado y dicen que el hambre llegó a ser tan espantosa que los hombres de Dios, en pandillas, se apostaban en los caminos y poniendo de cebo un huevo o una patata cazaban niños y se los merendaban a la parrilla.

Y fue durante la travesía de Bulgaria cuando se organizó una batalla campal entre los oriundos y los cruzados. Todo empezó en un mercado, durante la fiesta de Semlin.

El mercado de Semlin se ponía dos días por semana y ocupaba la plaza y la calle principal y tenía fama en el contorno de estar muy bien abastecido. Además estaba protegido de los revoltosos por la ley denominada *paz del mercado*, que prohibía desenvainar la espada. Por allí aquellos alborotadores cristianos se entretuvieron husmeando, entre los puestos de nabos —si comprendemos que aún no se conocían las patatas en Europa entenderemos mejor la obsesión que tenían los antiguos por los nabos— y en las casetas donde se expendía un aceite oscuro y espeso, la sal en bloques, los higos dulcísimos, la cera, la pimienta y los animales de pluma que alborotaban en corralillos ocasionales. Entre éstos abundaban los patos y sobre todo las grullas, que se criaban como antecesores de los pavos. Y también podían comprar queso fresco o, por el contrario, bien curado y una novedad que causó alegría y

sorpresa en todos los cruzados: la caña de azúcar que era desconocida en Europa. Gracias a la caña de azúcar sosegaron los hombres de la cruz muchas gazuzas.

Pues bien, estando en este mercado, un lugarteniente de Pedro, un tal Godofredo Burel, de genio en exceso vivo y más que orgulloso, quiso, en compañía de unos amigos, adquirir unos zapatos. Hurgaron, deshicieron, se burlaron y hasta escupieron sobre el comerciante zapatero, con lo que la gente se iba arremolinando alrededor de aquellos energúmenos enormes, alborotadores y soberbios. El pobre industrial soportó esto sin alterarse y ya estaba dispuesto a transigir con que se llevaran el par de zapatos —por supuesto sin pagar— cuando un joven búlgaro que presenciaba la escena y al que le ardía la sangre patriótica, sobrino por cierto del comerciante, dijo en un latín casi perfecto:

«Es triste que calzado tan hermoso vaya a gastarse en las pezuñas de esta bestia».

La bestia tardó en comprender aquello y, cuando lo entendió plenamente, sólo pudo contestar con onomatopeyas intraducibles y con un certero mazazo que dejó al versado en lenguas clásicas sobre un charco de sangre.

El resultado de aquel diálogo peregrino fue que los hombres de Burel, probablemente contra los deseos de Pedro, atacaron y tomaron la ciudadela que defendía la ciudad, mataron a más de cuatro mil habitantes y arramplaron con muchísimas provisiones. Luego se dieron a la fuga y atravesaron el río Sava (escenario de la guerra serbio-croata de 1995) por el sistema de talar sin compasión los bosques próximos para hacer plataformas y balsas.

A partir del asunto de los zapatos, los habitantes de las ciudades cercanas las abandonaron y prefirieron entregarse a las fieras de las montañas antes que a los brazos de los cruzados. Maniobra inútil, pues de todas maneras los cruzados saquearon después otras ciudades, y entre ellas Belgrado, e incendiaron la ciudad.

Fue a la llegada a Nish cuando, con todo el país alertado y asustado por los hechos de los cruzados, el gobernador quiso poner calma. De Constantinopla le habían llegado órdenes para que el paso del ejército de Occidente fuera lo más tranquilo y rápido que se pudiera, por lo que a pesar de lo sucedido no se les negaron los víveres y a Pedro el Ermitaño le fue comunicado que se les permitiría comprar y permanecer un tiempo en los alrededores, siempre que se entregasen rehenes para asegurar la paz.

Pedro entregó al propio Burel y a otros y, ante esta maniobra, los moradores de Nish fueron incluso pródigos con el ejército de Pedro, al que hasta dieron limosnas abundantes.

Pero no estaba en manos de nadie la paz, puesto que la autoridad tampoco estaba en manos de nadie. Ya salían los cruzados hacia Sofía con provisiones abundantes, cuando cien alemanes que Guillermo de Tiro llama *Hijos de Belial*, se entretuvieron despojando y prendiendo fuego a unos molinos cercanos al río a cuyos dueños asesinaron. El gobernador de Nish, enterado, mandó atacar la retaguardia y Pedro, que caminaba en cabeza entonando alabanzas divinas, ni se enteró.

Cuando el ejército supo que muchos de los de atrás habían sido cautivos, volvió y atacó a su vez y mientras Pedro, sacado del éxtasis, trataba de sofocar aquella nueva violencia sin éxito, la guardia del gobernador cayó sobre los que atacaban, los venció, los dispersó, mató a buena parte de ellos y puso cadenas a muchas mujeres y niños que acabaron sus días en aquellos parajes sirviendo de esclavos a los búlgaros.

Para colmo y en el barullo, los búlgaros les robaron la carreta de bueyes donde iba el dinero y, en este desconcierto y viendo el campo sembrado de cadáveres, Pedro huyó —cosa que hacía con frecuencia— y se escondió tras unos montes creyendo que sólo él y Gualterio y algunos principales quedaban vivos, pero a la mañana siguiente vio cómo se reunía con ellos lo que había quedado del ejército: unas siete mil almas.

Arruinados

Sin dinero y sin moral ya todos se entregaron a la rapiña, asolaron los campos, se quedaron con ganado y cosechas y así, a trancas y barrancas, llegaron en julio de 1096 a Sofía con la cuarta parte de los que salieran de las llanuras de Mosela en abril del mismo año. En dos meses habían muerto alrededor de trece mil cristianos y se desconoce la cifra de infieles.

Pero nada aprende el hombre cuando éste ni reflexiona sobre sus actos, ni tiene interés en lo cotidiano. Aquellos iluminados sospechaban que por el mero hecho de ir a salvar los santos lugares y dado que adquirirían indulgencia plenaria, podían y debían darse prisa en cometer todos los crímenes que les diera tiempo. Y, además, la mayor parte de las veces el mal es un aliado de la tontería; así, a lo tonto, de error en error, la santa peregrinación dirigida por Pedro el Ermitaño consiguió hacerlo todo rematadamente mal.

De esta manera, cuando llegados a Constantinopla comprobaron que aún Alejo no había ardidado en cólera y todavía estaba dispuesto a perdonar las muchas barbaridades cometidas que habían llegado a sus oídos, en vez de enderezar su mal camino, erre que erre se hundieron más y más en los despropósitos. Y mientras el Emperador recibía a Pedro, por quien sentía una secreta curiosidad y un no tan secreto desprecio, los peregrinos siguieron robando hasta las piedras de los alrededores de Constantinopla; y no es una metáfora lo de las piedras, puesto que, según las crónicas y los apuntes de la propia Ana Comneno, los peregrinos, una vez sin objetos que llevarse al saco porque todo el vecindario estaba esquilmado, levantaron los tejados de los templos de los alrededores —a la ciudad no se les había permitido la entrada— y se llevaron la plomería de las iglesias.

Gualterio y los que le acompañaban habían ya pasado por Constantinopla y ahora se encontraban al otro lado del Bósforo perpetrando sus conocidos delitos de robo, asesinato y violación. Además entre ellos también se peleaban, pues los alemanes insurrectos y levantiscos, muy brutos, provocaban las iras de los francos y los

italianos y todos estaban de duelo y de bronca. Tanta era la violencia y el desorden dentro del ejército que éste acabó dividiéndose en dos facciones: una compuesta de alemanes e italianos, siempre unidos contra los franceses (que eligieron como jefe a un tal Reinaldo), y otra fiel al Sin Haber.

Unos y otros recalaron en el campamento de Civitot a la espera de Pedro y desde allí cometieron, ya sin prisas, todos sus acostumbrados delitos. Y era inútil que Alejo estimulase a Pedro para que impusiera la disciplina: Pedro no tenía ya mando efectivo en su ejército, que se había entregado a sus pasiones con la inocencia y la dedicación de los salvajes.

En este paisaje sincrónico no nos podemos olvidar de Europa, donde la cruzada, el ejército de los príncipes y prelados esperaba la salida. Mientras esto sucedía, clérigos romanos habían acudido a Alemania a predicar la cruzada y lo hacían con un éxito sin precedentes. Entre estos predicadores estaba un tal Gottchalk, catecúmeno de Pedro el Ermitaño, al que los nuevos cruzados alemanes tomaron como general. Un nuevo ejército se puso en pie y a fines del verano llegó a Hungría.

Se puede comprender el desagrado de los húngaros al recibir aquella tercera remesa, pues con tanto cruzado atravesando con su característica vesania el país, éste iba de mal en peor. Los alemanes, inmersos en la violencia sagrada de la fe y la cerveza, se entregaron de corazón al pillaje y cuando un general del rey húngaro Colomán fue al campamento de los peregrinos y estrechó sus manos y les suplicó que, en nombre de Dios, dejaran las armas y tomaran a cambio su amistad, los alemanes, tan ingenuos como feroces, le creyeron: dejaron sus armas y fueron pasados a cuchillo por crédulos. Estas artes eran muy propias de Colomán, rey que ha pasado a la historia por ser el más erudito del mundo, un bibliófilo de nota al que sus súbditos llamaban Koníves, es decir, el *bibliófilo*. Pero toda esta sabiduría no le impidió a nuestro rey lector sacarle los ojos a su hermano Almos que le disputaba el trono.

Cruzada contra el judío

Cuando esto se supo en Alemania, una nueva cuadrilla de cruzados aún más terribles y belicosos y ardiendo de afán vengador se reunió en las orillas del Mosela. Los predicadores entonces dieron un vuelco al mensaje y dejaron caer la idea de que si de lo que se trataba era de matar infieles, no había por qué llegar tan lejos y exponerse a un viaje desconocido cuando allí al lado tenían a los peores infieles: los judíos.

Dicho y hecho: Todo buen alemán cristiano se echó a la calle y pronto las ciudades se bañaron de sangre; familias enteras eran degolladas y robadas y dicen los historiadores que las madres ahogaban a sus hijos mientras los amamantaban para que no cayeran en manos de los cruzados, y los viejos usureros se tiraban con sus cajas llenas de oro atadas al cuello en las profundidades del Rin, y las mujeres pedían

a sus maridos que les dieran muerte antes de caer en el suplicio de sus vecinos, pues hasta ese momento vecinos todos habían sido. Ese mal se extendió y sólo los obispos cristianos fueron los defensores de los judíos a los que prestaban sus palacios para esconderse. Schlomo bar Simeón y Eliezer bar Natha escriben en sus crónicas del siglo XII: «El Papa infame de Roma ha lanzado un llamamiento para marchar sobre Jerusalén y ha puesto en pie a una horda feroz de franceses y alemanes hacia el sepulcro del bastardo crucificado. Llevan en sus vestiduras un signo abyecto, una cruz. Satán se ha venido a mezclar con ellos. Su voz es la de la tempestad. Acusan a los judíos de haber crucificado a Cristo y dicen “vamos a vengarnos primero de ellos y matémosles si se niegan a convertirse”». Terribles palabras llenas de odio hacia los autores de los pogromos de 1096, inicio de un antijudaísmo cristiano que durará siglos.

Aquella barbaridad la dirigía un soldado llamado Emicón, alto y pelirrojo, lleno de odio santo y amante apasionado de la cerveza. Cuanto más dañaba y ultrajaba, se sentía más feliz y realizado. Su ejército llevaba como símbolos una cabra y un ganso, a los que trataba como a sus jefes, y —según decía a sus soldados— por ser de origen divino, había que cumplir sus deseos.

Avanzaron, pues, dirigidos por su ganso y su cabra hasta llegar a su Waterloo, Mersburgo, ciudad situada sobre el río Leyte, defendida por pantanos. Allí sacaron sus arietes y torres y dieron la señal de asalto. Colocaron las escalas sobre las murallas y, siguiendo las órdenes de la cabra, iniciaron el ataque.

Parece que los resistentes estaban esperándolos con verdaderos torrentes de aceite hirviendo, así que la primera acometida acabó en un denso olor a fritanga y, si los primeros cruzados quedaron achicharrados, a los siguientes les esperaba un alud de escombros. Destrozadas las murallas por el daño hecho por los arietes y la posterior caída de piedras, la fortaleza se desmoronó y entre sus ruinas fueron a los pantanos los cruzados de Emicón.

Dicen los historiadores que una vez que los habitantes de Mersburgo vieron que la victoria era cosa hecha, salieron de la ciudad a perseguir a los que quedaban, y cuentan las crónicas que aquellos leones valientes que tanto mataron y con tanta saña cuando las cosas les iban bien se dejaban ahora degollar por mujeres y niños sin poner resistencia, entre súplicas y lloriqueos.

La mayor parte de aquella cruzada acabó su suerte y sus días en la profundidad de los pantanos, aunque algunos siguieron camino y, tras los padecimientos propios de la época y la ocasión, alcanzaron el ejército de Gualterio o de Pedro y se reincorporaron a la conquista de los Santos Lugares.

Dicen los que entienden que, cuando a los hombres no les contiene ningún freno, los más corrompidos son los que ejercen mayor imperio y los malos ejemplos hacen ley. Siguiendo esta máxima, los elementos recién salidos de la batalla de Mersburgo insuflaron belicosidad en las huestes famélicas del Ermitaño y pronto, desde Civitot, la fatuidad y la tontería recorrieron juntas su conocido camino.

Aquellos pobres soldados de Cristo, envalentonados y hartos de penalidades — por entonces los turcos les cegaron los manantiales y no podían beber más que la sangre de sus cabalgaduras o sus orines—, decidieron tomar Nicea. Pero, corriendo un tupido velo sobre ilusión tan vana, tenemos que volver a Europa. Toda la pompa de la cruzada verdadera estaba por empezar.

CAPÍTULO III

Los príncipes

Hugo el Grande

Era una noche blanca de final de primavera. El día había sido caluroso y una tenue bruma se agarraba aún al horizonte obstinadamente. Por los nocturnos caminos de montaña se oían esquilas, pues las ovejas, según murmuraban los pastores que hacían noche al raso, estaban intranquilas. Y aún no se había ennegrecido el fondo del firmamento, cuando tras los árboles surgió una luna enorme, amarillenta y densa, que asustó a las bestias e hizo que los pastores que se reunían ante una hoguera se refugiaran en las parideras cercanas. Todos suponían que algún prodigio iba a acontecer, pues abajo, en las faldas del monte, estaba la ciudad donde los barones de Francia discutían bajo el mando de Hugo, conde de Vermandois, hijo de Enrique I de Francia y de la princesa Ana de Kiev y hermano del soberano reinante, la partida para la cruzada.

Esa luna fue invadida por una sombra espesa y la noche se profundizó hasta el horror. Todo hubiera quedado en un mal presagio —o poco bueno— si no hubiera sido porque del filo lunar que quedaba aún, como de un gajo finísimo, empezó a caer sangre roja, brillando con una luz temblorosa, de pesadilla.

Toda la noche —una larga noche para los habitantes cercanos a París— sangró la luna y por el día el horizonte brotó rojo como fuego, y todos los que no durmieron —o sea, todos— coincidieron en que era el infierno que por orden de Satán cercaba el reino. La luna y el sol, ya durante la aurora, disputaban el firmamento fieros, él como un disco de oro, ella como una muerta degollada: no es de extrañar que aquello revolucionara los corazones; no hubo discusión entre los barones. Dios llamaba a Francia a la guerra santa y el señalado para dirigir a los pares era Hugo.

A la mañana, cuando el prodigio desapareció por el lado de Aquilón, las campanas voltearon y los barones regresaron a sus feudos a preparar con urgencia la salida; si alguna duda quedaba, la luna sangrante la había disuelto.

Hugo quería ir a la cruzada. Su hermano Felipe, el rey de Francia, era en realidad el rey de París y un poco más, pues todo el Estado era un rosario de feudos y todos los señores batallaban entre sí. La cruzada sería buena para el monarca —pues la lejanía de los caballeros beligerantes robustecería su poder— y mala para los caballeros que perdían así la ocasión de lograr su hegemonía.

Nada de esto, sin embargo, sospechaba Hugo —ni los demás, por supuesto; todos tenían la cabeza llena de ardor y para llegar a estos análisis se precisaba un poco de frescura mental— y sólo se daba cuenta de que ya no iba a cumplir los cuarenta años,

que el reino daba mucho linaje pero poco dinero y que Tierra Santa era una ocasión pintiparada para enriquecerse y hacerse santo —si era posible— de una sola tacada.

Así que el asunto de la luna sangrante facilitó mucho las cosas. Hugo, fanfarrón y valiente, vanidoso y engreído de su apellido —a pesar de que el Papa acababa de verter sobre tal apellido un anatema, excomulgando a su hermano el rey—, brioso y obstinado, consiguió una dote no tan cuantiosa como hubiera deseado y preparó su salida en dirección a Italia para fines de agosto. Todo lo preparó con detalle, en especial los festejos de despedida, consistentes en juegos, justas y sobre todo en grandes banquetes de más de ochenta platos y bailes nocturnos; pero ni aun con la alegría de la fiesta Hugo olvidó lo que más le importaba: lo preclaro de su linaje. Así que hizo a los secretarios enviar cartas al emperador Alejo para que se le preparara un recibimiento acorde con sus apellidos y categoría.

Llegó el momento de la partida. Convocó en París a sus acompañantes, nobles de la corte de su hermano y vasallos del reino y ya cuando su ejército atravesaba Francia se dio de cara con unos caballeros que volvían de la penosa cruzada alemana de Gottschalk, entre los que se encontraban Drogo de Neslé, Clarambaldo de Ventreuil y Guillermo de Melún, alias *el Carpintero*. Todos decidieron acompañarle y, volviendo grupas, reiniciaron el camino a Tierra Santa.

Había dejado a su esposa Adelaida llorando su ausencia desde la ventana de sus aposentos, pero pronto Hugo elevó su ánimo al comprobar cómo le querían los habitantes de las villas por las que atravesaba. Por donde pasaba la real comitiva, las buenas gentes la bendecían y la despedían con sus pañuelos blancos llenos de lágrimas. Muchos caballeros se les iban uniendo y Hugo relucía de orgullo delante de sus hombres; se sentía elegante y generoso al frente de las reliquias, estandartes y pabellones de su ejército.

Roberto de Normandía

En Normandía la mañana era casi dorada y para ser espléndida le hubiera sobrado una calima formada por tamo y calor que se mantenía por Oriente. Roberto, duque de Normandía, hijo primogénito de Guillermo el Conquistador, vio la mañana (esa mañana) desde su lecho, en lo alto de la torre que habitaba. Luego examinó el interior de sus dominios con algo de sorna: los dos halcones descansaban en sus perchas, silenciosos como estatuas. El dosel de lana era inexistente, y por la parte de los pies se limitaba a dos harapos largos; en el suelo se veían algunos trapos, casi andrajos, y un zapato, único y roto; cerca de la puerta, se apoyaba en la pared el arco de su infancia y poco más. Eso era todo.

Pronto aparecieron los vencejos atravesando la ventana y una campana de la cercana aldea tocó con pereza a misa. Habría ido Roberto de Normandía con gusto a la parroquia de haber podido, pero le era imposible: fuera de la manta con la que se

cubría, nada tenía sobre el cuerpo. Desechó con una mirada los harapos y el zapato y centró sus pensamientos en su desdicha.

No era nueva para el príncipe la situación. La noche anterior había perdido a los naipes su propiedad —por lo tanto y en estricta justicia, ni la cama, ni siquiera los harapos, eran ya suyos— y después, en casa de una muchacha de la villa, le habían quitado entre unos bárbaros, y aprovechando que estaba algo ebrio, sus vestidos, para cubrir —dijeron— otras deudas antiguas que sentía no recordar. No tenía ropa, pues, y por ello no podía ir a misa ni a ningún sitio mientras no viniera a recogerlo su tío Odón, obispo de Bayeux, quien andaba haciendo bolsa para la cruzada.

No fue Odón quien entró de repente en el aposento sino el bufón de palacio, y una dama rara, a falta de dientes y con el pelo ralo y rubio. Los dos riendo mucho tiraron sobre la cama real unos calzones y una camisola y así Roberto, duque de Normandía, pudo acercarse a la ventana desde la que contempló pensativo su reino.

El palacio hervía de carreras y risas, pues Roberto, joven dilapidador, daba asilo y cama y mesa a todos aquellos que le caían en gracia, sobre todo a enanos y jóvenes plebeyas; a aquéllos con tal de que hicieran chistes y a éstas con tal de que fueran guapas.

Roberto, frente a frente con la mañana normanda, meditó un poco, con ligereza, sobre su vida tan azarosa, compuesta en esencia por la pelea con su padre por el ducado de Normandía, por la desidia con la que había perdido el trono de Inglaterra y, sobre todo, por su repentino deseo de acudir a la cruzada. No lo hacía, como muchos otros príncipes, por dinero, pues Roberto sólo amaba el juego y el amor, ni lo hacía como los más píos, por la religión, pues, aunque creía en el Ser Todopoderoso, despreciaba al clero, que le parecía hipócrita y ruin. Y no lo hacía por afán de caballero, pues se burlaba de la pantomima que era la caballería andante. Lo hacía por cambiar de aires.

Lo malo de ir a la cruzada es que, sin tener ya ni un dinero en sus arcas —un príncipe que no tiene vestido ni para ir a misa es un príncipe total y absolutamente arruinado—, había tenido que recurrir a la venta de lo que aún le quedaba: Normandía. En una turbulenta sesión había vendido el ducado a su hermano Guillermo el Rojo, temible duque odiado por su impiedad. Como de su hermano, hábil negociador, había sacado poco, se había visto en la necesidad de cargar de impuestos al clero, al que había arrancado hasta la última moneda de sus repletas bolsas y después había redondeado, despojando a las imágenes de las iglesias de sus alhajas —antes despotricó contra la necedad del ornato en las imágenes sagradas y había advertido que el pueblo era de su misma opinión—, de cuya fundición obtuvo la pingüe cantidad de diez mil marcos de plata.

Roberto se iba a la cruzada como Mambrú se fue a la guerra. Y la mayor parte de sus nobles, jóvenes amigos llenos de vigor y de ansia de aventura, le acompañaría. Y, aunque no era de su gusto, su ejército iba a unirse con el de su cuñado, Esteban de Blois, marido de su hermana Adela.

Era bueno Esteban para la paz; su mesa estaba bien surtida y cazaba a las mil maravillas, pero era un hombre dominado por su esposa, sin carácter y, más que las armas, amaba los libros. Conocía a todos los mejores copistas de Europa y tenía cuenta en muchos monasterios. Se carteaba con agentes literarios residentes en Tréveris y Roma y en Gerona y Barcelona, donde adquiría textos que pagaba o en metálico o en especies, pues a veces se intercambiaban entre los aficionados libros de viejo.

Sin embargo era la vida de Esteban una continua sucesión de renunciaciones, pues su temperamento le llamaba a la soledad, aunque no a la profesión religiosa; lo cual para un hombre de aquellos años era una maula, pues ningún señor que se preciara podía vivir solo sin perder categoría. Un caballero viviendo solo era considerado insignificante y todos los de importancia se rodeaban de sus mesnadas, que no eran únicamente sus soldados, sino su esposa, hijos, sirvientes, capellán y hasta bufones y juglares. Estaba tan mal considerado vivir solo que un manual de urbanidad de aquellos años aseguraba que era una grosería sentarse a la mesa en solitario. Quizá esto se debía a que el final de la comida solía tener un carácter simbólico, pues el señor «hacía sopas» en su copa de vino con el pan sobrante y se lo ofrecía a sus acompañantes en recuerdo de la Última Cena. No podía pasarse sin hacer sopas ningún momento solemne, pero ¿cómo hacer sopas si no había nadie para compartirlas? No tuvo más remedio Esteban que casarse para quedar bien socialmente y para que todos supieran que era un señor, y para poder hacer sopas en su momento.

De hecho Esteban iba a la cruzada por imperativo de Adela; de muy mala gana, por lo tanto. No nos quejemos nosotros sin embargo de esta desmesurada veneración y obediencia de Esteban hacia su mujer, pues gracias a ella obra en poder de los historiadores una extensa colección de cartas que este fiel marido escribió a su amadísima y dominante esposa contándole pelo por pelo lo que sucedió en aquella ocasión.

Roberto de Flandes

Sin embargo, Roberto de Normandía estaba encantado con la compañía del otro Roberto —*los dos Robertos* a los que se refieren siempre los historiadores de la cruzada—, Roberto de Flandes, también conocido como Roberto el Frisón, más joven y de genio muy vivo, quizá demasiado protegido por una imponente familia y con buenas relaciones en Oriente. Ya antes su padre, Roberto I de Flandes, había servido a las órdenes de Alejo, y los dos Robertos desde niños habían tenido ocasión de escuchar las batallitas bizantinas del viejo rey, en las tardes oscuras de invierno, cuando la mesnada del castillo se reunía alrededor de la lumbre.

Con ellos partía la flor y nata de las noblezas respectivas; además de su tío, el

obispo Odón, iría el conde de Saint-Valery, los de Montgomery y Montagne, Hugo de Saint Pol, Everardo de les Puits y otros muchos. En el grupo de Esteban de Blois iba Fulcher o Fulqueiro de Chartres (más conocido como Fulco de Chartres), su capellán, cronista que sería de la cruzada y de quien hemos sacado muchas de estas noticias.

Esteban de Blois estaba considerado como el príncipe más rico de su tiempo y se decía que tenía más castillos que días el año. Si aguantaba de grado a su mujer, posesiva y mandona, podría ser por su constitución (era lo que ahora llamaríamos un hipogenital) que unido a lo que (también ahora y en lenguaje freudiano) llamaríamos afán sublimador, le inclinaba a la serenidad de las letras; de manera que mientras ella gritaba, él descifraba en su extensa biblioteca las últimas teorías de Mamerto o seguía los pinitos teológicos del joven Roscelín, filósofo que fue más tarde de prestigio.

Y si Esteban de Blois dejaba su casa en las férreas manos de su esposa Adela, Roberto de Flandes las dejaba en las muy inteligentes de Clemencia de Borgoña, con la que se acababa de casar.

Sólo Roberto de Normandía no dejaba nada: esta idea le daba a su espíritu unas alas levísimas, le dejaba en los labios el regusto de la verdadera libertad, de la independencia salvaje por la que siempre había luchado. No poseer nada, descubrió aquella mañana Roberto, era el secreto de la libertad.

Estos tres —los dos Robertos y Esteban— tenían pensado reunir un ejército común y salir a principios de septiembre. Irían a paso rápido hasta Constantinopla, aunque esperaban encontrarse en Italia con Urbano II para recabar su bendición.

Esta expedición era muy familiar y pocos habían logrado dejar a los parientes en casa. La tropa hervía de señoras, damas de compañía, niños y ayos. Multitud de jaurías y carromatos con aves de cetrería y aparejos de pesca les acompañaban. Roberto de Normandía, elegantísimo ahora gracias a los dineros reunidos para la santa cruzada, iba feliz amparando sus banderas: iniciaba una vida nueva y aquella pasada mañana, en la que no tenía para vestirse más que los harapos que colgaban del dosel, era agua pasada.

Todos los francos juntos —pues al sur se unieron con Hugo de Vermandois— se encaminaron una madrugada de septiembre hacia Italia. Allí presenciaron sorprendidos un teatro inimaginable.

Llegados a Roma y reunidas las tropas francas fuera de la ciudad, los jefes quisieron pedir la bendición de Urbano y éste se la dio en medio de una encarnizada batalla contra el antipapa Guiberto. En las escalinatas de San Pedro, en el interior de la basílica, en los corredores de la residencia papal, montones de cadáveres hacían difícil el tránsito.

Urbano, metido en sangre hasta las corvas, se quitó la coraza un momento para poner sobre sus frentes la señal de la cruz y entregar a Hugo de Vermandois su estandarte papal para que lo representara civilmente en la cruzada, pues su autoridad espiritual se la había legado a Ademaro, obispo de Puy.

En aquel fregado de soldados y clérigos a espada desnuda, apenas pudo Urbano

cruzar palabra con los duques que se iban a Tierra Santa y la rápida conversación estuvo plagada de ataques y contraataques, de manera que la reunión se disolvió de inmediato.

Dice Fulco de Chartres que aquel espectáculo trastornó a muchos cruzados que decidieron volver a casa y abandonaron el ejército, pero los más siguieron hasta Bari donde hizo acto de presencia un invierno furioso, tanto que decidieron los soldados esperar a que pasara, antes de ponerse en camino.

Bohemundo de Tarento y Tancredo

Si Hugo era vanidoso y Roberto de Normandía pródigo y Esteban acaudalado y culto y el Frisón joven, Bohemundo, hijo de Roberto Guiscardo *el Astuto*, de origen normando y príncipe de Tarento, era alto, bello, rubio, de dulcísimos ojos azules, fuerte, inteligente y sereno. Ana Comneno, que ha dejado una semblanza muy precisa de los caballeros que pasaron por la corte de su padre, Alejo Comneno, perdió el resuello al encararse con Bohemundo del que dice, textualmente, que le quitó la respiración.

Pensaba como un filósofo, hablaba como un retórico y luchaba como un héroe. Tenía sin embargo un alma duple y si acudía a la cruzada no era para salvar los Santos Lugares, era por darse el gustazo de atravesar Bizancio a la cabeza de un ejército, porque odiaba a Alejo. Además había echado sus cuentas y pensaba hacer fortuna y conquistar un reino sin necesidad de llegar hasta Jerusalén.

Bohemundo lo tenía todo medido. Y como hombre completo que era y viendo que el ducado de Tarento no tenía bastante dinero ni bastantes hombres para levantar el ejército imponente con que soñaba y orgulloso de su pico de oro, decidió él mismo predicar la cruzada y con un grupo escogido se acercó a todos los lugares donde se celebraban guerras locales —cualquier sitio, por lo tanto— y allí predicaba entre los caballeros, con tanto acierto que levantaba los asedios y hasta hacía que salieran los sitiados y se unieran a sus deseos. Teatral y astuto —como su padre— se arrancaba la cota de malla y de ella hacía pequeñas cruces que imponía *in situ* sobre los convencidos, de manera que por donde él pasaba se oía el grito de moda: *Deus vult!*, Dios lo quiere.

Por ese sistema logró embarcarse para Grecia con diez mil caballos y veinte mil infantes, acompañados por los más ilustres caballeros de Calabria y Sicilia: Ricardo, príncipe de Salerno, con su hermano Ranulfo, Roberto de Hansa, Honfredo de Monteagudo, Hernán de Cani y, sobre todo, por el valeroso Tancredo, cuyas hazañas han sido muy comentadas por todos los asistentes, historiadores y cronistas de la cruzada.

Tancredo era orgulloso y bastante brusco, combinación psicológica que los del siglo al parecer estimaban mucho y llamaban «gravedad llena de aspereza». Todo, los

anales de la caballería, la poesía épica de la época y la historia, lo celebran y lo ensalzan. Era pues el prototipo de héroe al gusto, el hombre de moda.

El obispo de Puy y Raymundo de Tolosa

La comitiva que avistamos ahora era la más colorista. Estaba dirigida por Ademaro de Monteil, obispo de Puy, y por Raymundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa. Con ellos iban los franceses meridionales, a saber: los gascones, languedocianos, provenzales, los del Limosin y los de Auvernia.

El obispo, enorme, de gran nariz y pelo claro, llevaba sobre las ropas talaes una piel de oveja, lo que le daba un aspecto chocante, de energúmeno. Esta piel aún se conserva en su actual escudo, flanqueada por armas.

Raymundo, ya no muy joven, era por lo demás exquisito y exquisitos eran todos, su familia y sus caballeros. Además de armas, perros y víveres, la comitiva de los provenzales llevaba un carro de sastres y otro de peluqueros, pues las gentes de Auvernia y Provenza eran famosas de tiempo atrás por «sus vestidos extravagantes y sus costumbres tan depravadas como sus trajes».

Los antiguos a veces nos sorprenden con adjetivos que hoy nos parecen fuera de lugar, por ejemplo éste de «depravadas», aplicado a las vestimentas de los provenzales. ¿Qué querían decir? En el presente caso, la depravación parece ser que consistía en que aquellos caballeros mostraban excesivo lujo en los jaeces de los caballos y en que habían sacado la moda de «cortarse el cabello a media cabeza, la barba afeitada como los histriones y zapatos y calzas indecentes». Este párrafo que corresponde a un moralista de la época nos ha preocupado —no comprendemos hoy cómo las calzas y zapatos pueden llegar a ser indecentes— y, rebuscando, hemos dado con la descripción de unas calzas que sí se pueden considerar muy indecentes, pues para colmo las llevaba un clérigo joven: «sus calzones medían seis pies» y la finura del tejido «dejaba adivinar sus partes pudendas».

Bien, por lo que refiere a las calzas estamos de acuerdo en que eran un poco atrevidas, pero ¿qué les pasaba a los zapatos? Pues los zapatos, a nuestro entender, se limitaban a ser horribles: «muy estrechos y largos —había que rellenar la punta con trapos— y con orejas». ¡Tremendo! Algo parecido, en zapatos, a aquellos ominosos pantalones campana de nuestro siglo.

Por otra parte, los provenzales introdujeron la moda de la túnica corta y el cinturón muy apretado, con la intención inequívoca de mostrar su trasero. Esto hizo que un abad de prestigio entre los francos los amenazara con un anatema, pues en su opinión aquel atuendo impedía la entrada en el paraíso por ser, sin duda, de inspiración diabólica.

Lo del anatema preocupó mucho a aquellos elegantes porque un anatema era superior a la excomunión, ya que consistía en una especie de maldición que le

perseguía a uno hasta la tumba, pero, ¡oh frivolidad mundana, oh poder inigualable de la moda!: ni siquiera esta amenaza consiguió que los provenzales se taparan el culo o recortaran el largo de sus zapatos.

Por el contrario, la vestimenta de las mujeres no hace protestar tanto al moralista pues, al parecer, sobre un vestido bordado y escotado, de amplias mangas y estrecha cintura, aquellas damas se colocaban una especie de *pallium*, velo de lino que les cubría de cabeza a pies, rodeado de un borde de oro. Lo que había debajo de aquel guardapolvo o mosquitera, quedaba velado y sólo se exhibía en la intimidad.

Total, que sus vestimentas —estas vestimentas— relucían entre el polvo de los caminos y eran la admiración y la envidia de los otros señores más clásicos. También las costumbres eran más refinadas y, en las paradas, los provenzales almorzaban con elegancia —muy lejos de las barbaridades contra la urbanidad que cometían otros príncipes menos civilizados— y su charla estaba plagada de ingenio, juegos de palabras, referencias y neologismos. Así eran aquellos meridionales llamativos.

Además de ser mundano y elegante, Raymundo también sobresalía en las armas y había peleado en España al lado del Cid, lo que le aureolaba de leyenda. Dice un historiador que la edad no había apagado en él el fuego ni las pasiones de la juventud, o sea, que era mujeriego, presumido y ardiente y amaba el juego, el lujo y la política, es decir, que era aficionado a lo que hoy llamamos la erótica del poder. Los amigos le adoraban y los enemigos le envidiaban, lo que traducido indica que le aborrecían pero con hipocresía; esto nos hace pensar que debía de ser una persona singular y de categoría, pues nadie, en ninguna época, ha envidiado a los vulgares.

Ademaro por su parte era un obispo de una pieza, que mantenía en serio sus promesas de castidad y pobreza y por ello, y en las muchas ocasiones que los cruzados bordearon el abismo de la perdición, Ademaro fue el faro y el guía que siempre estaba presto para atraerlos al buen camino. Ciertamente es esto, pero también de las crónicas se extrae la conclusión de que era Ademaro de Monteil un obispo algo pesado, muy dado a la homilía y si le daban la mano se tomaba el brazo, o sea, que le hacías una inocente pregunta y te soltaba el Sermón de la Montaña.

Estos provenzales fueron famosos en los campamentos por las lujosísimas tiendas que desplegaban, alguna de ellas capaz para más de mil hombres y adornadas de riquezas sin cuento y muebles que eran la admiración y la envidia de jefes quizá más poderosos pero menos refinados.

Como algún defecto tienen que tener seres tan privilegiados, se contaba de Raymundo que en el fondo era frívolo y que le aburrían tanto las frecuentes misas y novenas como las batallas y encontronazos continuos con los infieles, actos de los que procuraba zafarse, y no era difícil que, mientras Ademaro dirigía un *Te Deum*, Raymundo, pretextando enfermedad, se quedara en sus aposentos jugando a Damas. Y es que a Raymundo le gustaban las cosas grandes y espectaculares, lugares en los que se le viera y acontecimientos con la pompa necesaria. No estaba para pequeñeces.

Con estos personajes iban sus casas en pleno, incluidos bufones y cortesanos y

también una enorme cantidad de nobles, como el conde de Polignac, Poncio de Balazan, Raymundo de Lyla, Cufiero de Lastrudes, Guillermo de Montpellier, el conde de Fox, el de Clermont, Gaston de Bearné, los obispos de Orange y de Toledo, Guillermo de Urgel y otros muchos. Entre soldados y pompa, Raymundo dirigía un ejército de cien mil cruzados.

Godofredo de Bouillon y su hermano Balduino

Pero la estrella de la cruzada, su jefe natural y supremo (a pesar de que el mando residiera oficialmente en Ademaro), era Godofredo de Bouillon, duque de la baja Lorena, lo que hoy es Bravante. Muchas de sus indudables ventajas residían en una estatura gigantesca y una fuerza descomunal. Esta fuerza era muy celebrada y anécdotas referidas a ella corrían por el ejército. Guillermo de Tiro cuenta que, siendo Godofredo rey de Jerusalén, fueron muchos emires a visitarle y le rogaron que les hiciera una exhibición de la fortaleza legendaria de su brazo. Él lo hizo con gusto cortando al cercén de una sola cuchillada el cuello a un camello.

Por parte de madre era descendiente de Carlomagno, con lo que su linaje era también incontestable y, en aquella época, cuna y fortaleza física eran las virtudes más sobresalientes. Ante tales prendas no es de extrañar que los de su tiempo, muy dados a mitificar héroes, dijeran que Godofredo había nacido del amor entre un caballero y un cisne. No parece que fuera muy letrado, pero eso carecía de importancia. Godofredo, a sus veintisiete años, tenía ya una hoja de servicios intachable: había combatido en Alemania e Italia por el Sacro Romano Emperador Enrique IV y había sido recompensado como se merecía. Sus territorios se extendían por Flandes y Luxemburgo. Desde su castillo de Bouillon en las Ardenas (en la actual Bélgica fue escenario en 1945 de la última batalla firme librada por Hitler contra los aliados en la Segunda Guerra Mundial) Godofredo se encontraba por entonces en el pináculo del éxito. Le faltaba la gloria celestial y ésta la iba a obtener como caudillo cruzado.

Otras virtudes menores que le adornaban eran la austeridad y sencillez que le igualaban a los cenobitas, el poco ardimiento de carácter, lo que le hacía difícil perder la cabeza y, además, ni era temerario ni cruel, con lo que, al cambio, podía considerársele muy inteligente. Los otros caballeros, muy peleones, siempre acababan solicitando el consejo de aquel sangre de horchata, cuya serenidad semejaba a la de Salomón en sus momentos más lúcidos.

Supo que para movilizar un ejército debía reunir sumas enormes y de aquellas operaciones económicas que daba el sistema bancario europeo, por entonces, sólo valían el oro y el hierro, todas sus propiedades las transformó en estos metales, a fin de aprovisionar bien a su ejército. Las señoras de su corte le entregaron sus ricas telas y sus muebles y sus piedras preciosas, y Godofredo las convirtió en hierro y oro.

Vendió hasta la camisa y dicen los cronistas que en su tienda se acumulaban los lingotes de oro en cantidades nunca vistas.

Por este procedimiento enroló ochenta mil infantes y diez mil caballeros y salió para Oriente con la familia: sus hermanos Eustaquio y Balduino, su primo Balduino del Burgo, su cuñado Balduino, duque de Henao y, entre otros no llamados Balduinos, el famoso Dudón de Contz, inmortalizado por Tasso en su *Jerusalén libertada*.

De los hermanos de Godofredo se decía que rabiaban por envidia de su hermano, guapo y afortunado, y se pasaban el día tramando maneras de zafarse de su magnánima generosidad. Balduino, el pequeño, era un ser hosco y silencioso pero amante del lujo más desmedido y ambicioso. Había fracasado en la vida clerical — pues era el menor de la familia y, sin herencia, estaba destinado al claustro— por culpa de un temperamento en extremo sensual que le había devuelto al mundo. Pocas palabras o ninguna salían de su boca. Como veremos más adelante, la excursión a Tierra Santa le dio ocasión de rebelarse contra el yugo familiar y en Asia desarrolló Balduino al completo sus vicios y virtudes. Y también una personalidad acusada que eclipsó la de su hermano.

Lorena cruzó Centroeuropa con estos hombres y este ejército disciplinado, rico y modélico, por lo que tanto los alemanes como los húngaros y búlgaros que acababan de sufrir el paso de los cruzados de Pedro y Gualterio se quedaron asombrados del orden y el concierto de los príncipes y perdieron la mala idea que se habían formado de los de Occidente. Godofredo de Bouillon restableció el honor de los meridionales en Europa.

Como se ve, en la galería de personajes de la Primera Cruzada figuran adonis y quasimodos, Richard Geres y Peter Lorres. Si Bohemundo y Godofredo —y desde luego Urbano II, Raymundo y Normandía— son Richard Geres, verdaderos bellezos, Pedro el Ermitaño es Peter Lorre. En esta gesta se encuentran todos los elementos para una acción emocionante, para un películón intenso. Aquellos hombres singulares representan en cierto modo todos los vicios y virtudes de la humanidad.

Todos juntos en unión

Tenemos a los principales de la cruzada en marcha. Todos estos hombres y sus ejércitos, más los mendigos que aún quedaban en el campamento de Civitot a cargo de Pedro el Ermitaño, más otros francos del Norte que en un goteo se acercaban a Asia, más algunas ayudas que ocasionalmente Alejo les enviaba en forma de barcos con víveres y caballos o tropas de apoyo, fueron los protagonistas que revolucionaron en aquel 1095 el mundo conocido con sus hazañas. Después de su paso por Asia, ni la geografía ni la historia volvieron a ser las mismas. Oriente fue un astro que se apaga y Europa otro que se enciende. Las cruzadas ocuparon dos siglos de la historia de la

humanidad y son uno de esos pilares sobre los que se sustenta —para bien o para mal — nuestro mundo.

Pero además de su proyección histórica, también es interesante la peripecia personal de quienes las protagonizaron. Este libro quiere ser más una crónica de aquellas vidas perdidas en el otro lado del planeta que un ensayo sobre movimientos bélicos, migraciones sociales y sus causas. Vamos a seguir a los cruzados paso a paso por la gesta de la conquista y por la gesta que fue su vida particular: un delirio.

De ellos, los más no volvieron y encontraron allá, en el fondo de sus ilusiones, sólo una tumba. Los menos no volvieron porque ya nada tenían en este lado del planeta, pues sus amigos, sus mujeres, los días de su vida estaban allí enterrados e hipotecados. Los menos de los menos volvieron, pero quizá nunca volvieron del todo.

En esta enorme desbandada occidental hacia Oriente, y aunque los motivos hayan quedado dichos más o menos en estas páginas, había un impulso, un nervio oculto indescifrable. El espectáculo de ciudades enteras levantadas y dejadas desiertas, sin más movimiento en sus calles y plazas que el caprichoso del viento; estirpes completas que desaparecieron de su lugar de origen para morir en una lejanía insospechada; fortunas dilapidadas y sangres vertidas en aquel lugar de nunca jamás, elevan esta gesta al reino de lo ininteligible.

Con aquellos ejércitos que cambiaron el mundo iba todo lo que existe. El cielo fue pródigo en apariciones y por el firmamento corrían los ángeles y arcángeles en pos de los caballeros; los santos fueron descolgados de la gloria para acompañar aquella gesta; el infierno colaboró con un alud de tentaciones; la tierra vomitó a sus muertos, que se codeaban con los vivos con impudor; la naturaleza se empeñó en el prodigio: hubo cometas, tormentas, auroras boreales, eclipses, nubes sangrientas, temblores de tierra y hasta ovnis; incluso los historiadores de todos los tiempos acompañan a esta *troupe* mágica tratando de explicarnos lo inexplicable. Todos pusieron en aquel gran empeño, el suyo.

Nunca se vio mayor piedad y crímenes más abundantes y, en cuanto a los vicios, los hubieran envidiado Sodoma y Gomorra. Total: el mundo entero estaba en Oriente, basculando sobre Jerusalén. Quien no acudió a la cruzada se perdió una ocasión completa porque sólo allí se concitaron todas y cada una de las fuerzas universales, junto a los hombres de Europa y los del Oriente Próximo.

CAPÍTULO IV

Política bizantina

Bizancio-Constantinopla-Estambul

Bizancio fue la ciudad del general Byzas, que vivió en el siglo VII a. C. Fue luego Constantinopla por Constantino y más tarde Estambul. Los griegos —cordiales enemigos de los turcos— la llaman aún Constantinopla, sabiendo que el peor insulto para un turco es llamar Constantinopla a Estambul.

Ya no es la capital de Turquía; el padre de la patria de los baños turcos y de las camas turcas, Mustafá Kemal Atatürk, se llevó la capital a la desolada meseta de Ankara para huir de los vicios y corruptelas de Estambul. Prohibió los derviches danzantes de Konia, aquellos que derramaban con sus bailes los calderos en el patio de Topkapi (aunque los dejan ahora bailar un solo día de diciembre), y prohibió el fez.

Hemos visto las celosías tras las que las odaliscas espiaban el paso de los transeúntes en el barrio de Pera (Beyoglu), donde se instalaron los cruzados, y también las murallas que presenciaron la llegada de aquellos ejércitos.

Estambul es una ciudad vieja y no lo oculta, es la ciudad de los sultanes; evoca esos tiempos de pantalones bombachos, cojines de plumas en los divanes, jardines de tulipanes, jenízaros, crímenes de serrallo, el mundo sensual de los baños de mármol, de los minaretes dorados. Es el Estambul de los viajeros románticos de Lamartine («si me permitieran una sola mirada al mundo, yo escogería Estambul»), de Lord Byron, que murió en defensa de los griegos, de Pierre Loti, que tiene aún un café con su nombre sobre el Cuerno de Oro.

Estambul tiene la cabeza en Europa y los pies, a lo largo del Bósforo, en Asia. Vuelven hoy a verse mujeres con velo en sus jardines y los judíos expulsados de España te reciben con preguntas como ésta: «¿Dónde moras?». El hotel donde Mustafá Kemal entretenía sus ocios, el Pera Palace, donde meditaba sus crímenes Agatha Christie, está hoy lleno de turistas. Los coches suben a toda velocidad hacia el centro en medio de una atmósfera que huele a salazón, café, especias, sudor, carne cruda y gasolina de bajo octanaje. El oso que vimos bailar por aquí —donde crecen comercios europeos, hoteles rutilantes, agencias de viaje— está a punto de morir de asfixia.

La belleza de Estambul, mórbida, tiene algo que intranquiliza, que perturba, con su porquería acumulada de siglos, su bisutería de Topkapi. La ciudad que sucedió a Roma en el dominio del mundo tiene algo de museo decrepito y de cementerio. Y es sin embargo indestructible, una superviviente de lujo a pesar de las basuras y de la

cochambre bajo las alfombras y de los muros cuarteados por la humedad. Los cargadores —faquines— circulan con pesos inverosímiles a la espalda por el puente Galata; los zocos, el Gran Bazar, las alfombras desplegadas, miniaturas persas e iconos griegos, los bordados de harén, los zapatos como góndolas venecianas, las turquesas —cuyo nombre señala bien su origen, como el de los gatos de Angora (Ankara)—, son este país. Aquí huele a esturión, a pistacho o a limón o al humo de la pipa de agua o a la grasa del cuerpo oleaginoso de los forzudos de la lucha libre.

Durante quince siglos fue el centro de dos grandes imperios: el bizantino cristiano y el otomano musulmán. En tiempos de Solimán el imperio se extendía desde el golfo Pérsico hasta las puertas de Viena, desde Varsovia a El Cairo y, bajo el mando de Barbarroja, su flota controlaba el Mediterráneo. El imperio otomano sobrevivió hasta el final de la Primera Guerra Mundial. Santa Sofía fue la primera gran iglesia cristiana del Este y luego fue mezquita hasta que Atat Kemal Atatürk la convirtió en museo en 1935.

Los peces con manchas parduscas de Santa María ad Fontem conmemoran todavía la toma de Constantinopla, en 1453, por los turcos de Mohamed. Un monje freía pescado en aquel lugar durante el cerco de Mohamed el Conquistador, cuando le comunicaron que la ciudad había caído. Incrédulo, exclamó: «¡Lo creeré cuando este pescado salte de la sartén para volver al agua!». El pescado, a medio freír, saltó y a partir de aquel día quedaron todos los peces manchados de color pardo.

A la sombra de esas murallas o en el sopor de la parte asiática de sus bazares, en las *kafanas* (cafés) o junto a Hagia Sofía, hemos sentido, entre el humo de los narguiles, eso que los turcos llaman *kayef*, un vacío mental, un abandono corporal que se identifica con el placer.

La muralla bizantina, sobre la que flotan las antenas parabólicas, fue reconstruida por Teodosio en el siglo v y fue la que se encontró Godofredo de Bouillon. Sigue en su sitio con sus noventa y seis torres. Aquella ciudad de seiscientos mil habitantes tiene hoy diez millones, más dos millones de turistas ávidos de emociones y temerosos de alguna bomba de los kurdos y de todos sus ruidos inclasificables.

Constantinopla, cuando Godofredo entró por la puerta de Gyrolymne, era una civilización refinadísima al otro extremo de China. Los cruzados se encontraron con vajillas de oro, sábanas doradas, estatuas de pórfido, animales absurdos y esclavos «negros como el pecado».

Los cruzados, que habían recorrido seis mil kilómetros desde las brumas de Europa, se frotaban los ojos ante tan voluptuosa ciudad. Pero el emperador sólo les dejaba penetrar en ella en grupos de cincuenta y con escolta. Eran antes los «hermanos de Oriente», y resulta que son ahora «esos griegos pérfidos y medrosos, esos griegos afeminados». El emperador al que van a socorrer no se fía de ellos; los encuentra burdos, toscos, inestables y versátiles.

Estampa de Constantinopla

Constantinopla fue para los latinos un pasmo. La ciudad se levantaba colorida entre el Cuerno de Oro y el Bósforo y gentes de tres continentes paseaban sus calles, colgaban sus mercaderías inesperadas en los fastuosos jardines y de sus muchos palacios surgían a veces comitivas de sueño, damas enjoyadas rodeadas de pajes coronados de plumas y portadores de enormes sombrillas brillantes; negros colosales semidesnudos, eunucos en formación y principitos vestidos como en un cuento de *Las mil y una noches*.

En las orillas del Bósforo saltimbanquis y feriantes de Egipto, Persia y hasta de la lejana India hacían sus gracias; había tiendas con toda clase de comidas exóticas, bazares atestados de olores indescifrables, elefantes y aves y monos y hasta tigres rayados en jaulas rodantes.

Tras las tapias de los espesos parques se escuchaban las risas chillonas de los bufones y, en las llanuras cercanas al mar, a menudo jóvenes vestidos de colores vivos celebraban carreras sobre negros caballos árabes, bellísimos y nerviosos. Los uniformes de la guardia, los embajadores extranjeros, las caravanas que llegaban o partían, resultaban admirables.

Los occidentales, que traían hasta aquí y con orgullo su lujo grosero, se encontraban apagados en la comparación y se admiraban hasta el estupor para caer muchas veces en un enfurruñamiento propio del complejo de inferioridad. Era demasiado Constantinopla para los latinos.

Este lujo deslumbrante era trasunto de otro lujo espiritual, de un recargamiento moral laberíntico, para el que tampoco nuestros compatriotas estaban preparados. Muchos años de cultura llevan a un aprecio por lo estético que nunca los ignorantes comprenden, y Alejo, al borde de ser un Emperador corrompido, era al menos un esteta. Además, en las decadencias se confunde el poder con el dinero, y Alejo estaba perdiendo su imperio pero, para olvidarlo, se rodeaba de lujo y riqueza: su reino moría de pobreza, pero su corte era fastuosa.

Y como también en las decadencias se alimenta la idea de que todos los hombres son de por sí corruptos, o sea, todo decadente es obligadamente cínico, pues Alejo, que tanto necesitaba de los caballeros latinos para contener a los musulmanes, estaba preparado y con las arcas llenas para comprarlos.

Ana Comneno

Su hija Ana recibió una educación digna de una emperatriz. Conocedora de Homero, Aristóteles y Platón, cultísima y enterada de todo lo que se pensaba y llevaba en el

mundo civilizado (entendía de matemáticas, física, medicina y teología), mostró todo ello en su libro *Alexiada*, pues era una gran escritora y magnífica observadora.

Aunque cuando los caballeros de Occidente pasaron por su corte ella no tenía más de trece o catorce años, tomó buena nota de todo lo que vio y años después escribió sobre ellos con gran agudeza psicológica. Llama a los cruzados «esos celtas ardientes y fogosos». Es evidente que se flipó por Bohemundo y podemos comprobar que lo dice sin ambages: «Jamás se había visto en la tierra de los bizantinos un hombre como éste, ni bárbaro ni griego, pues su vista engendra admiración y su fama terror. Es tan alto que sobrepasa en un codo a los más altos; es delgado, de hombros anchos, cintura pequeña, pecho amplio y brazos musculosos. Su figura no es demacrada ni corpulenta, sino, por decirlo de algún modo, conforme a los cánones de Policleto...».

Ana era la primera de las *fans* de su padre, al que pinta como un príncipe modelo mientras que los cronistas de los latinos lo describen como un príncipe pérfido y cruel. Quedémonos con un príncipe débil —todo el que se corrompe y quiere corromper es débil— y enamorado al tiempo de la gloria y de la comodidad, amores imposibles donde los haya. Pero, como era versado en la parte bizantina de la política, pretendía conjugar estos afectos haciendo que la gloria cayera en sus manos gracias al esfuerzo de los demás. Por eso hizo las cosas que hizo y actuó como actuó.

De momento diremos —y ni siquiera su hija nos contradice, pues estos pasajes los describe confusos, con lo cual se delata— que, al mismo tiempo que envió embajadores llenos de regalos para recibir a los príncipes que se acercaban, envió también tropas disfrazadas para que los acometieran por el camino. Y que a Hugo de Vermandois, al que le había prometido un recibimiento propio del hermano de un rey, lo mandó apresar junto con el vizconde de Melún y lo tuvo secuestrado pensando que así él estaría al abrigo de las fechorías de los latinos. Buena política para Oriente pero excesiva —como excesiva era Constantinopla— para Occidente.

El asunto de los juramentos

Enterado Godofredo de la suerte del de Vermandois y del de Melún, montó un pollo a su paso por Filipópolis, ya cercano a la corte. Arrasó a hierro y fuego las tierras por las que pasaba y dio guerra a los del lugar durante ocho inagotables días, sólo interrumpida durante el domingo (que era considerado como «tregua de Dios») para asistir a la santa liturgia.

Sólo así Alejo se dio cuenta de con quién trataba. Lo imaginamos paseando histérico por sus aposentos, profiriendo insultos en griego y cayendo en la cuenta de que no trataba con pérfidos orientales sino con brutos occidentales. De inmediato deshizo lo hecho —regla número uno de cualquier política bizantina—, soltó a Hugo y le cubrió de regalos y lo mismo hizo con los que iban llegando, con Godofredo y con Bohemundo y con los Robertos, que llegaron muy tarde (y que a punto

estuvieron de no hacerlo, pues si no hubiera sido por Adela, la mujer de Esteban de Blois, que le envió a Bari una carta conminatoria, los tres se habrían vuelto a haraganear a sus castillos).

Hugo se conformó enseguida, pues el oro llena mucho el ojo, no así Godofredo que había dejado de matar pero que estaba aún muy sulfurado.

El segundo plan de Alejo, a la vista de que fallaba el primero, era arrancarles a los príncipes un juramento de lealtad. Éste era un escollo difícil de sortear, pues entonces un juramento era un juramento y comprometía mucho. Naturalmente que nadie cumplía luego el juramento y nada pasaba a no ser una batalla, lo que era cosa corriente, pero el hecho material de pronunciar las palabras pretendidas era ya casi un insulto, una humillación, una ofensa.

Vermandois juró encantado mientras se deleitaba con el ruido del oro, pero Godofredo, que iba de puro, se negaba. Entonces Alejo volvió por sus fueros y les negó víveres, con lo que el ejército de Godofredo pasó unas navidades putas, fuera de las murallas y en ayuno forzoso. Dice Ana que, llegada la Natividad y por amor al hijo de Dios, todos se volvieron a amigar y griegos y latinos participaron juntos en las cuchipandas y banquetes bizantinos.

Una amistad complicada

Pero no era fácil la amistad entre unos y otros. Unos comían haciendo ruido y otros con cuchara de oro, unos se bañaban y se perfumaban todos los días y los otros hedían con sus vestimentas pesadas a las que no había tocado el agua ni el jabón en lo que iba de siglo, y hasta la Comneno escribe —en el colmo de la cursilería— que no quiere ensuciar su lengua griega pronunciando el nombre de aquellos bárbaros.

Claro que también los latinos se reían de unos señores cuyos títulos de nobleza tenían nombres absurdos, más propios de un jeroglífico que de un Gotha, como Curopalato, Logoteta, Paraquimómeno o Protovestiario. El mismo Alejo era un Curopalato; hay que comprender que pronto se hacían chistes con tales cosas. Por las esquinas del palacio había siempre corrillos de latinos riéndose de otros corrillos de griegos que se reían en otra esquina. La cosa estaba muy tensa.

Y lo que es peor: se entabló una lucha feroz entre los teólogos occidentales y orientales, griegos y latinos, y muy cerca estuvieron del cisma. Mientras duró la estancia de los príncipes en Constantinopla, volaban por encima de las cabezas las sutilezas venenosas, los puñales y los anatemas.

Mientras unos y otros discutían, Alejo, obsesionado, se empeñaba en que Godofredo jurara. Por las buenas conseguía sólo aburrir al de Bouillon y por las malas a punto estuvo el emperador de perder hasta Constantinopla, porque Godofredo por dos veces se levantó en armas contra la ciudad.

Todos estos tira y afloja llegaron a oídos de Bohemundo, que se acercaba, y este

italiano sutil imaginó que era el momento de animar a Godofredo y, juntos los dos, tomar definitivamente Constantinopla. Alberto de Aix, que es quien cuenta estos sucesos, dice que Bohemundo envió una carta a Godofredo con esta insidia pero que aquél, hombre de honor, le recordó que habían venido a Oriente no a reventar el Sacro Imperio Bizantino, sino a arrebatar de manos infieles la ciudad sagrada. Bohemundo agachó las orejas y, conector Alejo de la nobleza de su enemigo, depuso sus intenciones, invitó a todos los príncipes que habían llegado a vivir a su palacio y les dio como rehén —para que vieran que ahora sí que iba en serio— a su propio hijo.

Y después, para contentar al insobornable Godofredo —no es que fuera insobornable, es que su precio era más alto—, lo adoptó como hijo propio en una ceremonia que nos ha llegado descrita por Alberto de Aix y también por el monje Guiberto y que consistía en que el adoptado, desnudo, pasaba por entre el cuerpo y la camisa del adoptante. Esta adopción no era propiamente la romana ni tenía las mismas consecuencias; era más de tipo sentimental, como quien sella una alianza de sangre para socorro mutuo. También la ejerció más tarde el emir de Edesa que acogió como hijo a Balduino, hermano de Godofredo, pero en aquella ocasión sí trajo consecuencias, pues Balduino fue desde entonces Príncipe de Edesa a efectos prácticos.

Suspica y orgulloso

Pero aún no había llegado a la corte el más conflictivo de los príncipes, suspica y orgulloso: Raymundo de Tolosa. Cúpole al provenzal la desgracia de equivocarse el camino y, en vez de cruzar en barco el Adriático —dicen que por razones de economía—, se empeñó en hacer las jornadas a pie, atravesando Dalmacia, en lo que hoy es Croacia.

Nunca la roñosería es buena consejera y, por ahorrarse unos marcos, Raymundo cayó —por tierras de Sarajevo— en manos de unas gentes rudas y hostiles, como eran los dálmatas y algunas pequeñas tribus eslavas, que molestaban con insistencia su retaguardia, con lo que apenas adelantaban teniendo de continuo que defenderse de aquellas moscas cojoneras. Y menos mal que llevaban abundantes provisiones, porque al llegar a Skodra no les quedaban ni las migas y se pusieron muy alegres de que Bodino, el príncipe serbio, les dejase adquirir en los mercados... que estaban vacíos.

Por ello, hasta llegar a la frontera del imperio fueron en ayunas y muy próximos al desmayo. Raymundo con todo esto estaba de muy mal genio y Ademaro llegó allí con fiebre y malestar general. También el hermano de Ademaro, que le acompañaba, estaba enfermo y ambos se quedaron reponiéndose en Dirraquio mientras el ejército se encaminaba a Constantinopla.

Y aquí empezó a funcionar otra vez la política bizantina. Alejo, no escarmentado con lo sucedido, rodeó al ejército franco de espías y vigilantes, con lo que los provenzales, muy orgullosos e irritables como buenos meridionales, iban de mal en peor genio. Para colmo, aquellos mercenarios pechenegos de Alejo confundieron al de Puy con un clérigo de menos fuste y le asestaron un par de golpes con lo que los hombres de Raymundo ya no pudieron soportar la cólera y al grito de «¡Tolosa, Tolosa!» atacaron las murallas de la ciudad por donde transcurría su marcha, a la sazón Roussa, y la saquearon.

Lo malo fue que cuando Raymundo, llamado con amabilidad a la corte para evacuar consultas, abandonó el ejército y se adelantó, los pechenegos del emperador siguiendo sus órdenes bizantinas, cayeron sobre éste y lo derrotaron. A pocas millas de Constantinopla le llegó a Raymundo esta mala nueva e, hirviendo de rabia, llegó a galope al palacio, entró dando patadas a las puertas y empujones a los guardias y, en medio del silencio helado del salón del trono, todo de mármoles y brillos (bizantinos), en medio de una multitud de adoradores comprados, entre los que se encontraban los mismos héroes de la cruzada, Raymundo, tirando su manto a la revolera, le espetó a Alejo con grandes voces y mucho desprecio que no había venido a Oriente a buscar amo, y que no toleraba sus agravios y que ni mucho menos esperara de él un juramento de lealtad.

Momento de gran tensión que aprovechó un conde de París (otro de los muchos Robertos) para, sentándose al lado de Alejo, en el mismo trono, añadir al malestar general otra gota envenenada.

—¡Ved aquí a este extravagante palurdo —dijo señalando a Alejo que llevaba una vestimenta muy acertadamente descrita con el adjetivo «extravagante»— sentado mientras permanecen de pie tantos ilustres capitanes!

Pocas veces se crea más tensión que cuando se hacen observaciones personales. Meterse a criticar el aspecto físico de otro es poner la afrenta muy alta. Bien, pues el bizantinismo de Alejo era tan acendrado que, tragándose el insulto, aún sonrió, tranquilizó al airado Raymundo y convenció con serenidad al conde de París de que su atuendo no era extravagante sino más bien sofisticado y de que él ni de lejos era un palurdo. Y, para apaciguar la tensión, hizo a su mayordomo traer una nueva ración de oro que repartió entre los occidentales, que ya se llevaban la mano a la espada, y un rico refrigerio de buen vino y almendras garapiñadas.

Ostentación y sobornos

En general, los príncipes estaban maravillados de tanta prodigalidad y esto queda claro en las cartas diarias que Esteban de Blois enviaba a su amada esposa Adela. En

la tocante a aquel día escribió: «Amor mío: tu padre ha sido muy generoso pero no es ni la sombra del emperador. En verdad que no he visto hombre generoso bajo la capa del cielo como él». No sabemos cómo le sentaría a la señora de Blois este apunte sobre su padre.

Raymundo, retirándose a sus aposentos, masculló un odio general y, si por un lado no quería jurar lealtad al emperador por no igualarse con los demás —puesto que él se creía por encima de todos al llevar de su lado a Ademaro, representante papal—, por otro su odio iba más bien dirigido contra Bohemundo, pues durante aquel refrigerio de vino y almendras había comprendido que este último —o sea Bohemundo— era de parecido talante al de Alejo y estaba a punto de conseguir del emperador que le nombrara general o al menos que lo distinguiese más que a él. Alejado de Ademaro circunstancialmente, la categoría de Raymundo parecía apagada y su misma entrada brusca en palacio le ponía en desventaja.

Durante los días siguientes, el de Tolosa comprendió que no iba por buen camino y que todos —hasta los occidentales— estaban en desacuerdo con su actitud desafiante. Decidió por tanto jurar, pero modificando algo la letra, comprometiéndose sólo a respetar la vida y la hacienda del emperador, pero sin entregar nada suyo a cambio.

Entonces llegaron a la corte Ademaro y su hermano, ya repuesto de su dolencia de hígado y de sus heridas y, aunque emplearon su tiempo más en visitar al clero griego y a asistir a sus ceremonias fastuosas, también departieron con el emperador y le expresaron su admiración por las prendas personales de Raymundo, así que éste volvió a brillar como las candelas, pues, como decían los suyos en coplas y versos, «*Tolosa se eleva sobre todos como el astro rey lo hace sobre las estrellas*». Estas cosas populares reconfortaban mucho al egregio señor.

Al fin solo

A pesar de todas estas incidencias y de las muchas tiranteces, Alejo no estaba descontento. Los príncipes occidentales le habían costado mucho oro, pero esperaba resarcirse con las conquistas que hicieran. Por otro lado, Alejo, que sólo había esperado de Europa unos grupos de mercenarios, se encontraba con verdaderos ejércitos y verdaderos caballeros y esto le agradaba.

De momento sólo quería alejarlos de la ciudad, pues no pasaba día sin que sus súbditos no vinieran a quejarsele de las correrías de los soldados de la cruz, por más que ninguno entrase en la ciudad más que en grupos pequeños y vigilados.

Pero los campamentos eran extensos fuera de las murallas y hervían de agitación, escándalo y algaradas; lo que ya se imponía, creía el emperador, era hacerles atravesar el Bósforo.

Y en el último momento, cuando ya empezaba el éxodo hacia Asia, apareció el

noble Tancredo metiendo la pata, pues se escandalizó de que sus compañeros se hubieran dejado regalar en demasía, presumió de su virtud hasta hastiar a todo el mundo y dejó claro que él sí era un caballero sin tacha; tanto que hasta se disfrazó de mendigo para que Alejo no le reconociera y tratara de corromperlo. Lloró con lágrimas abundantes la perdición del mundo en general y la particular perdición de sus compañeros y, negándose con orgullo a estrechar la mano del emperador, salió de estampida seguido de unos pocos como él.

El paso de Tancredo por la corte puso una gota de hiel en la alegría general, pero pronto Alejo comprendió que siempre hay una excepción a las reglas y se afanó en volver a llenar las arcas para los muchos cruzados que, procedentes de Dinamarca y Suecia y del norte de Francia, aún tendrían que pasar por Constantinopla y a quienes sí tenía que comprar. Lo cierto es que de todos los caballeros de la cruz el único que a Alejo le salió baratísimo fue Tancredo.

CAPÍTULO V

La campaña de Nicea

Volvamos a Pedro

Por pura piedad, en el capítulo II corrimos un velo sobre los insensatos sueños de Pedro el Ermitaño y Gualterio sin Haber que, desde Civitot y al frente de sus mendigos, pretendían tomar Nicea. Vamos a levantar, aunque sólo sea una punta de aquel velo para observar lo que encontraron los ejércitos cruzados que acababan de pasar el Bósforo cuando, atravesando la Bitinia, se acercaban a su capital Nicea, con intención de asediarla. Esta ciudad es la actual Iznik, en Turquía. Sus murallas perduran intactas y sus habitantes siguen siendo los mismos que hace nueve siglos: diecisiete mil.

La magnífica región llena de verdor y agua, justo en la estación que más resplandecía por ser final de la primavera, estallaba de sol y brillo. Los ánimos de los soldados se hubieran ensanchado ante la delicia de la temperatura y el gozo de la vista si no fuera porque de aquí y de allá empezaron a surgir miserables y mugrientos cristianos sobrevivientes de la cruzada de Pedro y Gualterio.

Unos habían quedado de esclavos en las cercanías y su aspecto era lamentable, otros vagaban sin plan ni proyecto robando y malviviendo y algunos, los más afortunados, esperaban en grupos la llegada de los cruzados para unirse a los ejércitos.

No eran, sin embargo, éstos los que peor suerte habían corrido, pues el camino estaba empedrado de huesos humanos y hasta los naturales del país empleaban los huesos más largos para atar las tomateras. Incluso los peregrinos que vivían en pequeños campamentos usaban los huesos para hacer murallas y paraguas, y los ejércitos de los príncipes, cuando acamparon, también dividieron sus nacionalidades con huesos, de los que, por lo que se ve, había excedentes.

Tan bella región como describíamos era un osario y a poco que se escarbara, entre la retama y las vides, los juncos y la salvia, aparecía un substrato humano que era magnífico abono. Quizá por ello la estación ese año fue especialmente espléndida.

A esta profusión ósea cristiana se unía la de los propios habitantes del país, pues los peregrinos de Pedro, en los peores momentos de sus aventuras y conocedores de que los autóctonos tenían la costumbre de enterrar a sus muertos con sus joyas y armas, se dedicaron a desenterrarlos, así que más nos vale soltar la punta del velo que levantamos unos párrafos más arriba para tapar tanta porquería. Dejemos, pues, descansar a los cadáveres y volvamos con los vivos.

Armas para la guerra

En las últimas conversaciones que sostuvieron Alejo y Godofredo, quedó claro que había que apresurarse en tomar Nicea, pues estando tan reciente la derrota de los cristianos de Pedro, el sultán de Nicea, el seléucida Kilij Arslan, estaba despreocupado hasta el punto de que había abandonado la ciudad para dirigirse a Metilene, en la frontera oriental, donde algunos príncipes guerreaban queriendo conquistarla.

Y tan tranquilo estaba que había dejado en Nicea a su mujer y a sus hijos y, sobre todo, su tesoro, de incalculable valor y que jamás abandonaba, pues se cuenta de él que guerreaba llevando atado a su caballo carros y mulas cargadas de oro y plata: el que ahora se hubiera alejado de él significaba que estaba muy confiado.

Alejo había prestado a los cruzados unas cuantas máquinas de asedio, torres y ballestas y un grupo de especialistas zapadores que se adelantaron al ejército explorando, alisando obstáculos y marcando con cruces —¿de hueso?— los caminos para que los soldados occidentales no se perdieran. Algunos aseguran que los más cultivados de los cristianos levantaron mapas de la zona, de pulcritud y detalle asombrosos.

Dirigía a los hombres de Alejo un tal Manuel Butimite, experto guía o *sherpa* imperial.

Avanzaba el poderoso ejército cristiano precedido de la pompa de la guerra y de la no menos lujosa pompa de la iglesia —pues alrededor del ejército solían celebrarse preciosas procesiones, que entre himnos e incienso trataban de elevar la moral de los combatientes— camino de la ciudad de Nicea.

Eran las armas de los soldados mazas o espadas o lanzas, hondas o ballestas y casi todos llevaban al cinturón un cuchillo corto llamado *misericordia*. Los caballeros llevaban loriga de anillas, cascos —de plata los príncipes, de acero los caballeros y de hierro los soldados— y broqueles redondos los de a caballo y alargados los infantes (para construir con más facilidad el testudo).

Los cascos eran en forma de pilón de azúcar o un poco más altos y llevaban baberoles para protegerse la boca. Los jaeces de las cabalgaduras corrientes estaban hechos de cuerdas. Los caballos de combate, enormes, eran destreiros —estaban dirigidos con la mano derecha— y llevaban muy bajos los estribos para poder combatir erguidos sobre ellos.

Las banderolas que portaban los directores o reyes de armas se decoraban con leones, castillos o colores particulares y servían para reunir a los soldados durante la pelea o en las huidas.

Al frente sonaban los clarines, las trompetas y los añafiles, y dice Ana Comneno —que tan poco proclive era a alabar a los latinos— que jamás la Bitinia vio un espectáculo más majestuoso y terrible. El numeroso ejército llevaba más almas de las

que cabían en las ciudades grandes y, rodeados por los muchos desperdigados peregrinos de Pedro el Ermitaño, que a partir de entonces parasitaron al ejército como una corona de espinas, avanzaba por las llanuras una muchedumbre de pesadilla.

Los turcos que asomaban la jeta por las montañas se asombraron de ver más de cien mil caballeros y quinientos mil infantes dispuestos a asolar toda el Asia si fuera necesario. Naturalmente estas cifras parecen hoy muy hinchadas, pero son las que nos dejaron los historiadores de entonces.

Manos a la obra

No es que el imperio seléucida estuviera en muy buen momento, pero sus guerreros aún eran temibles. El reino turco seléucida se llamaba el Rum y se extendía desde las inmediaciones del Bósforo hasta el Orontes y el Éufrates y comprendía casi toda Asia Menor, al menos la parte más rica.

Los turcos sólo pensaban en guerrear y en Dios, o sea, eran unos temibles fanáticos y era su jefe Solimán, alias *Campeón Sagrado*, y era el gobernador de Nicea, como ya dijimos, Kiliç Arslan, alias *La espada del león*. Nicea era la capital del Rum y estaba —como toda Asia Menor— plagada de cristianos, además de musulmanes (árabes, egipcios y turcos), judíos y gentes de todas las religiones.

Diecinueve naciones

Nicea se recostaba por el oeste en el lago Ascanio y todos sus otros puntos cardinales estaban resguardados por montañas. Los habitantes habían cavado amplios fosos que circundaban sus murallas de trescientos setenta torreones y de una anchura tal que, dice Guillermo de Tiro, «por ellos podría correr un carro».

Fulco de Chartres cuenta que la sitiaron diecinueve naciones diferentes, con cultura y lengua distintas. Se encerraban estas naciones en cuarteles hechos de empalizadas —de hueso muchas de ellas— y en cada cuartel se levantaba la magnífica tienda de su príncipe y las más vulgares de barones y jefes y también se levantaban los altares de su iglesia, con sus estatuas e imaginería, sus retablos y sus alfombras.

El espectáculo debía de ser sorprendente, pues todo el campo estaba decorado como un interior y el lujo se codeaba con la miseria de manera peregrina. Todo estaba salpimentado de estandartes y banderas a cual más llamativa y curiosa, pues los caballeros, según adelantaban por los caminos, elegían lo más exótico que observaban —en general plantas o animales— para decorar sus armas y en especial pájaros viajeros, que cambiaban al paso de las estaciones y según avanzaba el viaje, dando con estas imágenes idea de que la vida entera es sólo una larga peregrinación.

Estas señales fueron luego distintivos de la nobleza europea, pues los escudos de armas no existían antes de la cruzada, ya que sólo había blasones pero no escudos de armas. Las cruzadas generalizaron una costumbre que estaba restringida a los caballeros. De ahí, según los expertos, vienen los esmaltes del blasón: azul, gules, sinople y sable.

El azul sería el *cerúleus pigmentum* de los árabes, gules el encarnado entre los orientales, sinople el nombre de una ciudad de Asia Menor y sable, que viene de *savellina paellis*, animal común en la travesía de Bitinia.

El Consejo de los jefes

Pues bien, todo era orden en el ejército y las disensiones aún no habían hecho acto de presencia. Todo se regía por un consejo de notables al que pertenecían los príncipes en su totalidad y algunos jefes parciales en ocasiones y a veces también participaban en él especialistas, como los expertos en fuego griego (el antecedente del napalm), avisperos, constructores de torres, directores de arietes, etcétera.

También en este consejo tenía voz, de cuando en cuando, una mujer, Florinda de Borgoña, hija del conde Eudes I de Borgoña y prometida de Suenón, príncipe de Dinamarca, pues las mujeres no sólo iban a las batallas a llevar agua o a vendar a los heridos, sino que muchas tomaban parte con los hombres en los combates (como la Monja Alférez); la esposa normanda de Roberto Guiscardo, llamada Sichelgäite, iba armada como un soldado, de la misma manera que otras esposas de normandos que batallaban con cascos y cota de malla. La margrave Ida de Austria luchaba al lado de su marido, Wolfe de Baviera, y Florinda de Borgoña, o bien se ocupaba de la artillería, llamada maganel, o bien dirigía una tropilla móvil que atacaba de lejos, y que era de utilidad cuando los caballeros, por su pesada impedimenta se veían atrapados.

El problema más importante de la táctica guerrera occidental era su pesadez en la media distancia, y su gran eficacia era en el cuerpo a cuerpo; pero como los turcos nunca se estaban quietos y corrían de acá para allá cubriendo al enemigo de flechas, esta Florinda con los suyos —otras mujeres o adolescentes— iba también de acá para allá sembrando la confusión entre el enemigo.

Todo era orden, por lo tanto, y piedad. Los obispos y clérigos iban y venían echando sermones y leyendo vidas santas por el campamento para edificar a la tropa, y así pasaron los últimos días de aquella primavera fragante, alrededor de Nicea.

Los jefes estaban atentos a las noticias que llegaban de Kilij Arslan, pues una tupida red de espías rodeaba al ejército; espías a veces dobles y triples, como los topos de John Le Carré, en los que nadie confiaba pero que se ofrecían para cualquier servicio. Por ellos se enteraron de que el sultán venía de camino con todos los guerreros que había conseguido reclutar. Diez mil caballeros musulmanes se le

habían reunido, todos bien armados de arcos de cuero y armadura de hierro.

Los príncipes habían rodeado Nicea según habían ido llegando: primero y al norte, Godofredo; al este, Bohemundo con Tancredo; al oeste, los dos Robertos y al sur, el último llegado, Raymundo de Saint-Gilles con Ademaro de Monteil.

La primera batalla

Sobre éste cayeron los hombres de Kilij Arslan, justo en el momento en que acababa de levantar tiendas. Parecía que a trancas y barrancas los provenzales iban defendiendo el sitio, cuando he aquí que por el horizonte turbio de polvo aparecieron cincuenta mil sarracenos a alfanje descubierto gritando como cochinos desde los altozanos.

Esta pelea la describe con pelos y señales el cronista Mateo de Éfeso; nos cuenta que el griterío era espantoso y que sólo se oía chirrido de hierros, trompetas y aullidos de agonía. La tierra temblaba bajo el horrible choque de los caballos que no cedían palmo y el cielo se nublaba de la polvareda levantada mientras que la tierra se ocultaba bajo la sangre vertida.

Los turcos empleaban siempre el mismo y eficaz movimiento de acercamiento y acoso y posterior alejamiento y asaeteamiento, de modo que, cuando sus caballos galopaban hasta las laderas —la batalla se desarrollaba en las llanuras anteriores a Nicea—, los cristianos ya podían suponer que les lloverían saetas hasta nublar el sol.

Avisados los demás jefes de que Raymundo y Ademaro solos no podían contener tan numeroso enemigo, acudieron allá a donde hacían falta y, con movimientos rápidos, causaron una gran mortandad, por lo que los musulmanes se apercibieron de que aquella batalla en nada se parecía a la que habían mantenido con los de Pedro el Ermitaño.

Se peleó de la salida del sol a la puesta, sin parar entre los dos crepúsculos, y cuando los enemigos de la cruz se alejaron, quedaron sobre el campo más de dos mil cristianos y cerca de cinco mil muertos infieles. Entonces los cascos de los caballos sarracenos resonaron durante un rato apartándose hacia sus guaridas de las montañas.

Hay que comprender que la alegría de aquella su primera victoria hizo enloquecer a los cristianos y, en todo caso, lo que hicieron luego no era más que el plagio de lo que hacían siempre los musulmanes. Sea como sea, lo cierto es que en el derroche de fiestas de la victoria, los cruzados cortaron las cabezas de sus enemigos y cada soldado ató una a la silla de su caballo corriendo con algazara y con gritos de felicidad. En esta fiesta se utilizaron mil quinientas cabezas, más otras mil que metieron en sacos y llevaron hasta el pie de las murallas de la ciudad sitiada y, con ayuda de máquinas, las enviaron a Nicea por encima de las almenas, a ver si los habitantes reconocían entre aquellos despojos los rostros de sus deudos y amigos.

Con las que sobraron —otras mil quinientas más o menos, si es que llevamos bien

las cuentas— hicieron paquetes y las enviaron a Constantinopla como ofrenda a Alejo que, aunque hizo algunos mohínes de asco, hubo de alegrarse de corazón, pues eso significaba que pronto iba a tener expedito el camino de su gloria personal.

Después ya todo fue más sencillo, pues los cruzados tuvieron tiempo de organizar unos artilugios de madera recubierta de zarzas y espinos, semejantes a bóvedas, en los que se ocultaban y así se acercaban a la ciudad sitiada tirando dentro avispas o piedras. Y los carpinteros ya tenían preparadas altas torres de pisos en las que iban soldados: los del piso superior podían ver lo que pasaba dentro de la ciudad y los de los pisos inferiores trataban de herir las fuertes resistencias de los muros con herramientas y arietes de mano.

Aun en aquellos asaltos a la ciudad —muchos e insistentes— posteriores a la batalla con el ejército de Kilij Arslan, murieron algunos occidentales, pues desde dentro respondían con aceite, piedras y pez hirviente, y entre ellos falleció Balduino de Gante y otros caballeros de renombre. Su óbito no hizo más que encabronar a los vivos que ya se atrevían a formar el testudo y acercarse así cruzando los fosos, y golpeaban las murallas con arietes recubiertos de hierro o socavaban las piedras con azadones curvos que arrancaban con facilidad los cantos.

De vez en cuando el fuego que arrojaban los sarracenos prendía en alguna de aquellas máquinas rodantes y se veía a los caballeros precipitarse ardiendo a la profundidad de los fosos.

Además de los sitiados y los sitiadores, el escenario se componía de los peregrinos de Pedro, que contemplaban los movimientos de la guerra desde las lomas y colinas cercanas, como quien asiste a una representación de la que no conoce el desenlace final.

En éstas, un sarraceno de más de dos metros de alto, a pie y cubierto de flechas como un acerico, pero aún tambaleándose, levantó una roca enorme en sus fortísimos brazos y, acercándose a un grupo de espectadores peregrinos, empezó a machacarlos con el pedrusco, de manera que los cráneos saltaban y los miembros se les arrancaban y los ojos les salían de las órbitas cuando, advertido el duque de Bouillon, se abrió paso precedido por dos escuderos con los broqueles levantados y él lanzó un venablo en medio del pecho de aquel gigante con toda la fuerza de su brazo vigoroso.

Mudos de espanto los sitiados vieron cómo su campeón caía muerto al suelo, mientras todos los peregrinos y los presentes que habían presenciado la hazaña aplaudían sin reservas el valor de Godofredo.

Cuando el astro rey se puso bajo un cielo de polvo, las murallas mostraban muchas heridas y los llantos de los de la ciudad entristecían la noche. Entonces los peregrinos de Pedro el Ermitaño, con un chillido menudo, bajaron de sus puestos de observación para tratar de arrancar a heridos y muertos todo lo que ellos necesitaban: ropas y zapatos y, desde luego, armas y —si era posible— joyas o dinero.

De nuevo en la brega

Pero a la mañana siguiente los tozudos habitantes de Nicea ya habían levantado nuevos muros y rehecho las brechas más peligrosas. A cualquier acercamiento de los cruzados volvían con los enjambres de avispas y con el fuego y las piedras, y era tanto el cansancio de los caballeros de la cruz, por el esfuerzo realizado hacía pocas horas, que nadie se atrevía a aproximarse a la muralla para empezar de nuevo una tarea que parecía que ayer estaba hecha.

Dice Alberto de Aix que entonces un caballero se acercó para dar ejemplo, e inmediatamente fue alcanzado por una gran piedra, y que su cuerpo, recogido por los sarracenos con ganchos, fue paseado por las murallas como si de un pelele se tratase. Después fue lanzado abajo por medio de una máquina y los compañeros, avergonzados de no haberle prestado auxilio, le declararon mártir y le lloraron, pero asegurándose unos a otros y felicitándose porque habían conseguido entre todos enviarle a la vida eterna.

No estaba muy completo el cerco de la ciudad, pues el lago Ascanio no era difícil de violar y por allí recibían los sitiados provisiones. Enseguida los estrategas latinos enviaron al cercano Civitot a por barcos y, a la mañana siguiente, estaba el lago atestado de bateles y navíos grandes y pequeños colmados de soldados y banderas. A esto se añadió la añagaza de un normando que, apoyando una enorme torre rodante al otro lado de la muralla, estuvo dando batalla toda la tarde sin que sospecharan los sitiados que, bajo aquella torre, una cuadrilla cavaba la tierra.

Fue por la noche cuando el torreón horadado cayó al suelo con tan gran ruido que toda la ciudad tembló de espanto y la esposa y los hijos de Kilij Arslan, creyendo que ya habían entrado los cristianos, huyeron yendo a caer precisamente en sus manos.

Y aparece Alejo

Pero aquí hay que volver al pasado y recordar la política de Bizancio. Mientras los caballeros se peleaban a pecho descubierto abriéndose paso por la muralla, Alejo abría otras brechas diplomáticas, mucho más eficaces: su hombre de confianza, Manuel Butimite, el *sherpa* imperial y jefe de los zapadores bizantinos, había pedido a escondidas audiencia con el general que defendía la plaza y había conseguido que se rindiera a Alejo. De manera que, cuando los príncipes estaban a punto de penetrar en Nicea, aparecieron sobre las almenas y torreones los pendones y banderas de Constantinopla y hasta el pendón real de Alejo ondeaba en la ciudadela.

La indignación crecía como la espuma entre las filas del ejército cruzado al ver este engaño, y los príncipes volvieron a sus tiendas cubiertos de sangre y temblando

de furor. La política bizantina se había demostrado más sabia que los fuertes brazos de los campeones de Dios.

El ejército entonces, ahito de ira —pues se había quedado sin el saqueo de la ciudad, que era su mejor paga—, quiso pelear contra el emperador, pero Alejo se presentó de improviso con más oro y plata para todos, y tanto les regaló que, en la correspondencia amorosa entre Esteban de Blois y su señora Adela, aquél expresa su sorpresa a ésta y le dice que está asombrado de las montañas de oro que le han tocado en el reparto.

Como Nicea estaba muy lejos de Jerusalén, y los príncipes sabían muy bien que la distancia no guarda las conquistas, no se quejaron mucho, pues no tenían manera de conservarla. Así que se contentaron con aquellas montañas de oro. Pero Alejo, obsesivo, volvió con la cantinela del juramento y recordó que Tancredo aún no le había jurado lealtad. Tancredo, nuestro héroe, respondió que si no le daban la tienda del mismo emperador llena de oro y el doble de la suma que le habían dado a los príncipes, él no juraba.

Parece ser que, al oír esto, un cuñado de Alejo apellidado Paleólogo, lo agarró por la camisola y le llamó patán. Tancredo ya iba a sacudirle, cuando Bohemundo reprendió con ira a su sobrino (¿hemos dicho que Tancredo era sobrino de Bohemundo?):

—¿Vienes aquí a hacer de gallo donde no es tu corral? ¿O es que acaso tu santa madre y tu padre nobilísimo no te enseñaron que hay que tratar de buenas maneras a los superiores y con piedad a los inferiores? ¿O es que quieres restregarnos tu exceso de virtud declarando así nuestro vicio? ¿Quieres mostrar nuestra ambición como mayor que tu decencia? O más bien ¿no será que tu fama siempre precisa alimentarse de víctimas que la engorden?... En verdad, sobrino, que aquí sólo se trata de saber que el emperador está fuera de tus bravatas y le debes respeto y agradecimiento a su hospitalidad y que nosotros, los presentes, los príncipes y barones que venimos en esta expedición contigo, somos también tus superiores y nos molesta tanta exhibición virtuosa. Si desprecias el oro hazlo a escondidas como la mano derecha que no ha de saber lo que hace la izquierda, pero no siembres con tu empachosa virtud el malestar entre los tuyos.

Y el insurrecto, tragándose sus palabras, salió del salón con las orejas gachas.

Contra las costumbres de los cruzados, Alejo trató con tanta benevolencia a sus prisioneros como si hubiera suscrito la convención de Ginebra. Permitted que se comprara la libertad de los oficiales, encarceló a los soldados con una condena limitada y recibió en la corte a la mujer y a los hijos de Kilij Arslan según correspondía a su categoría. Esto les sorprendió y Esteban de Blois pudo contar a su esposa, entre lo más sobresaliente de la jornada, que Alejo les había dado una lección de cortesía y civilización.

Los cruzados permanecieron algún tiempo en la ciudad descansando y reponiéndose, pero no tanto como para crear pereza, pues su misión en Oriente no

había hecho más que empezar.

CAPÍTULO VI

Encuentro con Kilij Arslan

El turco no perdona

A cubierto, acostado entre la aspereza de las retamas, Kilij Arslan espiaba el horizonte. A su lado dos generales, emboscados como él tras las telas de sus turbantes, dejando ver sólo las rayas brillantes de sus ojos, esperaban. No pasó mucho tiempo, cuando a los oídos acostumbrados del sultán empezaron a llegar los muy débiles sonos de una marcha que el viento, tranquilo pero continuo, acercaba.

El paisaje que Kilij Arslan contemplaba era un hermoso valle cruzado por un riachuelo, el Gorgoni, y cerrado al norte por la montaña In Eegni, negra como la pez por una vegetación boscosa y por los muchos senos ocupados por profundos manantiales, que la hacían estar escondida a la luz del atardecer. A pocas leguas tras la In Eegni, una pequeña nube de polvo, como una seta lejana, delataba la ciudad de Dorilea.

Pero no era en la belleza del paisaje en lo que estaba interesado Kilij Arslan, de bruces sobre lo más alto de un otero, sino en el ruido monótono y ya cierto que se acercaba. Si sus espías y expedicionarios no se habían confundido, el ejército cruzado se aproximaba y, para mayor suerte, dividido en dos.

Miró tras él, poniéndose en pie. Las tiendas de los guerreros que había reclutado, predicando la *yihad* por toda la región, se extendían como una mancha multicolor, desde la cumbre hasta otro pequeño valle trasero. La colina tras la que se apostaban los ocultaba del valle principal por donde pronto llegarían los enemigos. Gallardetes de muchos emires flameaban al viento y Kilij Arslan tenía una confianza ciega en la victoria, porque aquéllos eran guerreros expertos y porque —sobre todo— habían comprendido por fin que los cristianos eran un peligro muy serio que había que detener cuanto antes.

Cerca de doscientos mil hombres, según los historiadores árabes, se reunían para dar escarmiento a los cruzados por la batalla de Nicea. Kilij Arslan, herido en su orgullo y despojado de su gran tesoro —que a estas horas estaría en manos de Alejo— ya no degustaba más que una cólera fría como hielo, una desesperación sedada, un deseo cruel de exterminio. Creía —pensó mientras contemplaba sus tropas— que ahora la suerte estaría de su lado.

Con parsimonia destapó su rostro, hasta ahora cubierto por la seda azul plomo del turbante, y dejó a la vista unas finas facciones oscuras, la barba puntiaguda y bien recortada, los dientes de oro, la melena negra y lacia y un aro azul colgando de su oreja. Escudriñó el cielo: el día era de verano, el viento soplaba a favor, la luna,

porosa, empezaba a revelarse en el azul ya pálido. La noche les daría tiempo para repasar la estrategia y para reponer fuerzas. Por la mañana, cuando los cruzados estuvieran en lo más profundo del sueño, atacarían.

Volvió a acostarse sobre los matorros, de bruces, asomando las rayas inquisitivas de sus ojos: no se había equivocado. El ejército cristiano entraba en el valle con sus reliquias y estandartes, entre una nube de polvo y entre los gritos de orden de los reyes de armas. Era el atardecer del día 30 de junio de 1097.

Un momento de debilidad

Tenían razón los espías de Kilij Arslan: el ejército cruzado se había dividido. En el consejo de jefes se decidió esta medida pues, aunque su fuerza estaría debilitada ante un ataque enemigo, la intendencia se facilitaba con la división y ahora, que acababan de conquistar Nicea, creían que era más peligrosa la falta de víveres que una batalla que suponían de momento improbable, estando como estaba el sultán vencido y huido.

Hicieron, pues, dos ejércitos, uno de ellos al mando de Godofredo, Ademaro, Roberto de Flandes, Hugo y Raymundo, que atravesaba la llanura de Dorilea y otro, comandado por Roberto de Normandía, Bohemundo y Tancredo, que seguía las márgenes de un riachuelo: el Gorgoni.

Bohemundo dirigió, en la tarde del 30 de junio, las maniobras de acampada, mientras Tancredo y Roberto, que habían vigilado la marcha, descansaban en su tienda tomando un refrigerio. Ya Bohemundo, cuando los luceros salieron, escudriñó el cielo con un mal presagio, pero pronto él mismo convino que era en exceso suspicaz, que el tiempo era inmejorable y que estaba en jornadas de celebrar lo hecho —la victoria de Nicea era reciente— y no de preocuparse de lo por venir.

Sin embargo, cuando se acostó en su tienda, su espíritu estaba inquieto. Sabía, pues sus espías se lo habían comunicado, que el sultán de Nicea no pensaba dejar las cosas en el estado lamentable —para él— en que estaban y sabía que hervía de ansias de venganza. Sabía también Bohemundo que el sultán iba de ciudad en ciudad predicando la *yihad* y enrolando voluntarios —no tenía con qué pagarlos— para una batalla decisiva, pero, pensó el príncipe dándose una vuelta definitiva en su lecho, la batalla no podía ser inmediata.

Tras el sueño de Bohemundo el silencio reinó en el campamento. Los hombres precisaban descanso después de la larga marcha. La luna velaba, muy blanca, su sueño.

Empieza el jaleo

Los primeros gritos le despertaron, y con alegría vio que no eran gritos turcos sino voces cristianas: algo sucedía en el campamento. Envueltos en sus paños, los caballeros salieron de las tiendas y pabellones y supieron la mala nueva: estaban cercados por las tropas —innumerables según lo que decían los excitados exploradores, quitándose uno a otro la palabra— de Kilij Arslan. Había que iniciar las defensas.

Todo fue velocidad y eficacia. Habían acampado entre el río y un pantano de cañas, y el príncipe de Tarento mandó cercar las espaldas con las mismas estacas que sostenían las recién levantadas tiendas. Tras esta empalizada colocó otra de carros y allí se refugiaron mujeres, niños y enfermos, todos a cubierto de la infantería. La caballería la dispuso en tres cuerpos para defender el paso del río. Uno lo mandaba Tancredo, otro Normandía y el tercero Bohemundo.

Ya bajaban los sarracenos enloquecidos, con horribles gritos. Una nube de alfanjes relucía a la luz de la aurora y tras ellos una multitud de arqueros que, en un decir amén, cubrió el cielo con una manta de flechas.

Pero no se acercaban: iban y venían veloces, cubriendo de venablos y certeros dardos el campamento que, paralizado, inútilmente enviaba las flechas que los ballesteros, honderos y arqueros cristianos disparaban, pues los turcos siempre se mantenían a una media distancia imposible. No sólo era que los jinetes árabes y turcos iban más ligeros de impedimenta, sino que sus caballos eran pequeños y ágiles.

Algo sobre caballos

Respecto de los caballos árabes, cuenta Chateaubriand, el escritor francés, que son tratados por sus dueños con más o menos honor según sea la nobleza de su raza, pero siempre duramente. Jamás ponen los caballos a la sombra; los dejan expuestos al sol atados a una estaca con las cuatro extremidades, así que no pueden moverse; no les quitan nunca las sillas, no les dan agua más que una vez al día y cebada, una poca cada veinticuatro horas. Este trato, dice el viajero francés, en vez de matarles los hace sobrios, sufridos y ligeros. «Muchas veces he admirado al caballo árabe atado de este modo en un abrasador arenal, desgredada la crin, caída la cabeza entre las manos para hallar un poco de sombra y mirando de soslayo a su dueño. Pero quitadle las trabas, montadlo, y al punto se estremece, quiere tragarse la tierra; suena el clarín y dice: ¡vamos!...»

Los caballeros cristianos no tenían nada que hacer en una batalla de este tipo, donde se hurtaba de continuo el cuerpo a cuerpo, mientras los caballeros musulmanes se acercaban y se alejaban a velocidades y con movimientos inesperados, iban tirando teas ardiendo, nuevas mantas de flechas y piedras, destrozándolo todo pero siempre evitando el encontronazo. La guerra que tenía preparada Kilij Arslan era una guerra

que no convenía nada a los de la cruz.

Roberto de París, aquel indisciplinado joven que había insultado a Alejo, salió de sus posiciones sin escuchar órdenes y fue abatido por un hacha que quedó clavada en medio de su pecho, y Guillermo, hermano menor de Tancredo, cayó hacia atrás acribillado de flechas.

Hubo entonces un tiempo de duda en el que la batalla, a pesar de la incomodidad en que luchaban los cristianos, aún no estaba decidida. Pero de nuevo miles de caballeros turcos y nubes de guerreros a pie aparecieron por la loma en secuencia inacabable y ya parecía imposible otra cosa que no fuera la derrota.

Unas damas muy putas

Es el momento en que un grupo de sarracenos al mando del propio sultán penetró en el propio campamento, mientras los jefes estaban defendiendo otras posiciones exteriores. En el barullo producido, mataron a niños y viejos, respetando sólo a las mujeres hermosas, muy apreciadas en sus serrallos.

Cuenta Alberto de Aix, y si le creemos en otras ocasiones por qué no en ésta, que a la vista de lo que sucedía, las mujeres, incluso las más nobles y virtuosas, teniendo que elegir entre la vida y la muerte, eligieron la primera y, entrando en lo que quedaba de sus tiendas, se compusieron y cubrieron de afeites y se ofrecieron a los turcos, elegantemente vestidas, para salvarse. Cuando cambiaron las tornas —porque cambiaron las tornas— estas mujeres hubieron de volver con sus padres, esposos e hijos avergonzadas, humilladas y furiosas, exigiendo venganza, terriblemente manchadas por el oprobio.

Pero veamos cómo Bohemundo, que combatía en el río, observó la matanza del interior del campamento. Volando sobre su caballo, volvió y, muerto de rabia por lo que contemplaba, logró expulsar de allí a los sarracenos que aún arrastraban sobre sus monturas a las mujeres que se les habían ofrecido.

Roberto, a la desesperada, arrebató con un golpe de suerte el estandarte turco — blanco, bordado en oro— de la mano de su portador y al grito de «¡Conmigo Normandía!» destrozó, mató y, en definitiva, se alzó de nuevo con el valor casi perdido, con el valor suicida del que desespera de la victoria, dando así un giro a aquel desastre.

Gracias a Roberto y a Esteban de Blois que le secundó, gritando por todas partes «¡Sus y a las armas!», dieron nuevos ánimos a los que ya se rendían y Bohemundo que (según cuenta Rodulfo de Caen) estaba a punto de entregarse, cediendo al miedo, se rehízo y continuó sin desmayo la horrible matanza. Las mujeres, que se dieron cuenta de que habían metido la pata hasta el corvejón, volvieron con los suyos llevándoles alimentos y agua y animándoles y, en resumen, haciéndoles con descaro la pelota.

Pero poco podía hacerse; el sol fieramente brillaba en un día abrasador de julio; los enemigos eran como las hormigas, inagotables y exactos; los cristianos se veían rodeados de cadáveres y moribundos que ya sólo querían la absolución —y la querían con desesperación pues les parecía intolerable ir a morir sin haber logrado las indulgencias para los muchos pecados que llevaban cometidos—; las mujeres calculaban si habían de dar un nuevo golpe de timón a sus decisiones; los obispos no daban abasto repartiendo bendiciones y absoluciones. Entonces fue cuando un griterío nuevo sonó en los oídos: Raymundo, Ademaro y Godofredo estaban allí para socorrerlos.

S.O.S.

Hay que decir que, nada más despertar aquel fatídico primero de julio, Bohemundo, sopesando lo que iba a suceder, envió un heraldo en busca de la otra mitad del ejército. El faraute, en loca carrera, llegó sin resuello donde los otros príncipes y todos convinieron en auxiliar a sus compañeros. Ahora, por fin, estaban allí.

La llegada fue impresionante, pues el sol, que aunque en lo alto ya estaba a más de la mitad de su recorrido, cayó sobre los broqueles y cascos y los encendió de un fuego que producía pavor. Pavorosos los encontraron los turcos, que, cansados de un combate extenuante, no contaban para nada con aquellos refuerzos. Entre el brillo de las armas y los gritos de furia, se desplegaron los preciosos estandartes y banderas, sonaron tercios los tambores y amenazantes los clarines y cincuenta mil caballeros cristianos avanzaron al galope sobre los sarracenos.

La llanura era un lago de sangre cristiana y este espectáculo aún encendió más el ánimo de los recién llegados y aunque el sultán tocó a retirada y se guareció en su campamento, y aunque los que quedaban en pie del ejército de Bohemundo estaban extenuados y también estaban extenuados los recién llegados de una larga y rápida marcha, nadie quiso parar a recuperarse, pues el dolor era mucho; y sin más todo el ejército se rehízo y avanzó en busca del enemigo al grito unánime de «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!».

Los cronistas, lleno el corazón de ardor guerrero, cuentan que las montañas repetían el eco del grito cristiano y que a los sarracenos se les erizaban los pelos de miedo mientras a los cristianos se les erizaban de emoción.

Es éste el momento en que se abrió el cielo y ante los ojos admirados de muchos de ellos salió de entre las nubes San Jorge, impoluto en su armadura de plata, rubio como un dios pagano, emanando virtud por todos sus poros, y no mucho después se descolgó por aquella abertura San Demetrio, santo valedor de Godofredo de Bouillon, al que amparaba unas veces visiblemente y otras invisiblemente. Este San Demetrio era una aparición enorme y vacua, de perfil y maneras de estatua, con todo el terrible negror de la eternidad tras sus labios entreabiertos. Esta señal de las dos apariciones

metió aún más sangre en los menguados corazones y ya nadie dudó de que la ventaja sería de los cristianos.

Por fin se encontraron los ejércitos en lo alto de la montaña. El conde de Tolosa rompió al primer choque las filas inestables de los sarracenos que, dada la geografía del terreno, no podían evolucionar según sus tácticas. Los otros príncipes iban por las alas del ejército enemigo y Ademaro rodeó y cogió por la espalda a Kilij Arslan.

Los musulmanes fueron prisioneros de un bosque de lanzas y allí mismo, en esa inmovilidad, perdieron la vida veinte mil de ellos.

Encuentro con los camellos

Al instante los cruzados penetraron en el campo turco, ebrios de felicidad, y hallaron en él tiendas que quitaban el hipo —¡y habían creído que las suyas eran lujosas!—, víveres, oro y, sobre todo, camellos. Nunca habían visto camellos y se pasmaron de sorpresa y alegría y, como niños, jugaron y disfrutaron con la misma intensidad con que antes habían sufrido y se habían desesperado. Montados en los camellos y caballos persiguieron a los pocos que huían y que se llevaban las reliquias del ejército y los atraparon y los degollaron.

Fue una jornada de victoria y hay que destacar en ella algunos nombres, pues, además de los que siempre salen en las crónicas, en aquella ocasión se lucieron Balduino de Boivé, Galón de Calmón, Gastón de Bearné y Gerardo de Cherisi, al que un turco le colocó un dardo entre el hígado y los pulmones y, viendo este caballero que se había salvado por chiripa, decidió no tentar más la suerte y se retiró a la vida monástica.

El día 2 de julio transcurrió a medias entre lágrimas y risas, pues por la mañana fueron los funerales de cuatro mil cruzados y se lloró a lágrima viva, mientras que por la tarde se organizó un jolgorio algo loco, pues nadie quedó sin embriagarse. En los excesos del alcohol, los caballeros se vestían con las ropas ensangrentadas de los muertos, se ponían los atuendos turcos, sus joyas y turbantes o se pintaban como mujeres y se reían con obscenidad del lujo y las costumbres de Asia.

Pero fueron desde ese momento muy conscientes del valor de los turcos y acordaron, cuando los vapores del alcohol se disiparon, que eran valientes e inteligentes y que, si no hubiera sido porque no creían en la Santísima Trinidad, ni en la Virgen Madre, si no fuera porque no sabían que Cristo había padecido pasión ni creían en los dones del Espíritu Santo, quizá hubieran ganado aquella batalla. «Si hubieran creído en todo esto, habrían sido tan valientes como nosotros, tan prudentes y hábiles en la guerra y ningún pueblo podría comparárseles. Pero, como no lo creen, no pueden ser así de principales», escribió un tal Tudeboldo, resumiendo el pensamiento de los de la cruz.

CAPÍTULO VII

Camino de Antioquía

El perro del hortelano

No sólo era conocedor de las artes marciales el derrotado sultán de Nicea, sino hábil en las triquiñuelas de la paz para, sin guerrear, debilitar al enemigo. Huido y desesperado, Kilij ya no se vio con fuerzas para acometer de nuevo a los cruzados, pero en modo alguno pensaba dejarlos ir sin venganza. Avanzando en duras jornadas, con los sobrevivientes asoló su propio país, ya que no podía defenderlo. Era de la teoría de los maridos Victorianos burlados: «o mía o de la tumba fría» y de la conocida opinión del perro del hortelano.

Y bajo estos eslóganes ruines —dicho y hecho—, el sultán vencido no dejó en su huida títere con cabeza: prendió fuego a los campos de cereales, arrancó las viñas, taló los frutales, cegó las fuentes y, en fin, por donde los cruzados transcurrían (tras un descanso corto en Dorilea) no encontraron ni campos ni villas útiles, pues aquellos vengativos derrotados habían saqueado las ciudades y se habían llevado con ellos las mejores y más jóvenes mujeres, matando, con la excusa de que eran cristianos, a sus propios súbditos, a los hombres y hasta a los niños.

Como el ejército, tras la mala solución de ir separado, había vuelto a unirse exponiéndose así a la dificultad de abastecimiento como mal menor, los campos de exterminio y mustios collados que encontraba sólo servían para castigarlo aún más de lo castigado que ya iba por el calor. La euforia de la reciente batalla iba apagándose según aumentaba la sed y el sofoco y, al fin, se disolvió en el olvido cuando llegó el hambre.

Primero agotaron las provisiones secas que alguna vez les llegaban por mar, como galletas y pistachos o almendras, y enseguida tuvieron que comerse sus caballos que morían en un horrible e imparable goteo, gracias a la falta de agua y al fuego del sol. De las raíces de las plantas —porque plantas no quedaban— sacaban algo de jugo y un engaño para el estómago, pero pronto empezaron a notar tal debilidad que no soportaban el peso de las armas y éstas fueron abandonadas por el camino: un largo rastro de lanzas y hondas y esqueletos de caballos iba mostrando, a quien lo contemplara, el paso de los cruzados por aquel desierto sin fin.

Los caballeros montaban asnos o bueyes, perdido el empaque y hasta el prestigio, y los soldados cargaron los equipajes sobre cabras y carneros y puercos, aunque cada día disminuían estos medios de locomoción, pues los que no morían de hambre iban directos a los platos de los peregrinos. A las armas y los esqueletos se unía, en la decoración del camino, las maletas, baúles y bultos abandonados.

Salieron de la parte de la Frigia que llamaban «Frigia Quemada» y se adentraron en la aún peor Isauria, donde la sed era ya un tormento y sólo los más fuertes soportaban semejante calamidad.

Delirios

Los prodigios y visiones, entre delirio y deseos, aumentaron; las mujeres se restregaban por el seco suelo, desnudas y a la vista de quien quisiera, y las preñadas parieron monstruos y las fiebres y retortijones les quemaban las entrañas de manera que día por día morían, según escribió Guillermo de Tiro, más de quinientas personas.

En la desesperación de encontrar agua, observaron que los perros, que siempre iban por delante buscándose el sustento, volvían una mañana mojados y encenagados, con lo que los soldados interpretaron que habían encontrado agua, así que siguieron su rastro hasta llegar a una pequeña laguna oscura sobre la que se tiraron alabando a Dios. No duraron mucho las alabanzas, pues a los pocos días morían entre vómitos y diarreas. Cuenta un cronista que en una sola tarde murieron trescientas personas.

Pero mientras ellos padecían este infierno, su fama y la leyenda de la pasada batalla había recorrido Oriente. En todos los palacios y gobiernos cundió el pánico y los astrólogos pegaron los ojos al cielo en busca de presagios. Unos dijeron que alguna estrella grande anunciaba que los frany —así les llamaban a los francos y en general a los cruzados los musulmanes— se volvían a casa, pero casi al unísono otro astrólogo vio un gran cometa suspendido que anunciaba lo contrario.

Tropas se concentraban aquí y allá siguiendo las profecías de sus augures para comprobar que los frany no se presentaban. En aquel mundo de supersticiones, esta ausencia, por otro lado completamente explicable, les elevaba más y más a los ojos de los empavorecidos sarracenos que, además de fuertes e invencibles, empezaban a creerles magos.

Pero sí que estaban en Asia los cruzados. A punto de la extenuación llegaron en pleno verano a Antioqueta, ciudad rodeada de fuentes y jardines, plagada de verdor y de alegría. Todos los males parecieron desaparecer como por ensalmo y allí comprobaron con sorpresa que no sólo estaban libres de las acometidas de la naturaleza, sino que la fama de su fortaleza era tan grande que muchos embajadores de lugares distantes, y para ellos desconocidos, se habían dado cita en la ciudad para ofrecerles a cambio de nada la llave de sus reinos. Prefirieron regalarles el poder antes que sufrir la guerra.

Sonrisas y lágrimas

Recibieron allí muchos principados y nombramientos que nunca llegaron a conocer. Además la población de Asia Menor era en su mayoría cristiana, con lo que por todos lados les saludaban y reconocían como libertadores.

Los aldeanos que acompañaban a Pedro, ante tanta bonanza, olvidaron sus llantos y volvieron a sus juegos, lo que, aunque parece mucho mejor, resultaba ser mucho peor pues se les veía en grupos, entretenidos y riendo por cosas que les gustaban, como el concurso de matar a un gato —atado a un árbol— a cabezazos, o perseguir a un lechón con la maza de picos. No deben extrañar estos juegos de cruel inocencia, pues por allí se contaban costumbres aún más graciosas y chocantes. Se encontraba entre el pueblo de Dios un grupo de vecinos de un pueblo normando que se ufanaban de sus fiestas patronales. Parece ser que la culminación de la juerga era la adquisición, en las poblaciones vecinas, de algún criminal, para así tener el placer de asistir a su descuartizamiento.

Pero no todas las cosas iban a ser siempre buenas. En aquel lugar paradisíaco, Raymundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa, cayó enfermo de consideración. Su gravedad era tanta que no reconocía y, desesperados los médicos de poder salvarlo, estaban ya pensando en colocarle sobre la ceniza y le estaban dando los óleos, cuando un noble sajón de acendrada religiosidad y muy proclive a maravillas vino corriendo y con alborozo contó que, por intermedio de San Gil (que era el santo que protegía al conde), acababa de tener una penosa conversación con la Muerte y ésta había optado por dar una tregua a Raymundo.

Todos respiraron aliviados y se cantó un *Te Deum* y le fueron retirados todos los remedios médicos a Tolosa y entonces, milagrosamente, resucitó. Lo pusieron los lexicarios sobre una parihuela y lo asomaron a la vista del ejército, con lo que todos, levantando las manos al grito de «¡Tolosa, Tolosa!» y «¡Dios lo quiere!», celebraron aquello como un milagro.

Tampoco le sentaron bien los aires de Antioqueta a Godofredo que, saliendo de cacería una madrugada, halló a un soldado en fea pelea con un oso y el de Bouillon quiso socorrerlo con tan mala fortuna que el oso le partió una pierna y le dejó sin sangre, por lo que Godofredo llegó moribundo al campamento.

Con los dos egregios enfermos en tan mal estado, la alegría no hizo acto de presencia y hasta los tahúres y las putas hacían su trabajo sin alborotar. Mucho tardaron en reponerse del todo y, aun cuando el ejército partió, ambos príncipes tuvieron que hacer muchas leguas en retaguardia, llevados en literas.

Aunque peores cosas les esperaban. La suerte, no contenta con volcar sobre ellos hambre, sed, enfermedades y osos, les preparaba la gran tragedia de la discordia.

Pero dejemos la discordia para el siguiente capítulo y tratemos de seguir el paso del ejército por el trozo más endiabladamente duro de su trayecto: la cordillera del Antitauro, camino obligado para Antioquía.

Enfrentados por la geografía

¿Hemos dicho camino obligado? No, ciertamente; era aquél un camino que tenía alternativa y fue por esa disputa —por ir a Antioquía bien por el espantoso Antitauro, bien por las horribles Puertas Cilicianas— por lo que se originó el cisma.

Si malo era el uno, peor era el otro, pero los consejeros y guías mandados por Alejo que acompañaban a los de la cruz recomendaron, a la hora de elegir entre la peste y el cólera, del mal el menos, o sea, el Antitauro. Sin embargo, y por venir la recomendación de los hombres de Alejo, Tancredo y otros señores hostiles al emperador se emperraron en seguir la otra ruta. Con Tancredo estaba Balduino, el hermano de Godofredo, y entre ambos comandaban grupos de italianos y flamencos. En fin que, negándose a seguir la opinión de los más, se aventuraron ellos por las Puertas Cilicianas. De las consecuencias de esta decisión ya decimos que nos ocuparemos en otro lugar.

El grueso del ejército ascendió por una montaña situada entre Coxon y Marash, llamada por los del lugar Montaña del Diablo, con lo que se ve que era del todo desaconsejable; muy escarpada, no tenía más paso que un sendero estrecho por donde, entre fatiga y terror, tenía que pasar una fila de soldados y de carga.

El calor era espeso, el suelo terroso, los hombres desfallecieron pronto y las mulas y caballos apenas se mantenían en pie por aquellos senderos de cabras. Muchas veces en la escalada se oía un horrible ruido que no era más que la caída al abismo de una cuerda de mulas con toda su impedimenta.

La misma suerte que las mulas la corrían los soldados que, desesperados de verse en tan gran aprieto, primero tiraban sus pertenencias, luego sus armas, más tarde su dinero y en ocasiones se tiraban ellos mismos detrás. Fulco de Chartres cuenta que lloraban y se mordían las manos y las mujeres se mesaban los cabellos hasta arrancárselos y lloraban a gritos y hasta blasfemaban porque, si se movían, caían y, si se paraban, eran empujados por los que venían detrás y caían también.

En este trabajo insufrible emplearon muchos días y la mayor parte de esos días carecieron hasta del descanso, pues en ciertas partes del camino no había ni sitio donde tumbarse o recostarse. La noche les aterrorizaba, pues oían las fieras que bramaban en lo hondo y la luna cubría la sima de luces y sombras asustándolos con su inocente juego.

Pero todo mal tiene un fin y, una vez superado aquel peligro, los cruzados pudieron ver a sus pies los umbríos valles de Siria. Muchos cayeron de hinojos dando gracias al cielo en pleno o a los santos de su devoción porque les habían mantenido con vida, pues sólo con volver la vista atrás y contemplar lo pasado —el negror adusto del monte Tauro que acababan de superar— lloraban de alegría y hacían promesas y votos locos que no parecían posibles de cumplir; sólo los más sensatos se limitaron a cantar salmos y recitar oraciones; por cierto que para aquella ocasión escribió Ademaro de Monteil la *Salve Regina*, canto que ha llegado a nuestros días y

que aquellos cruzados estrenaron, ante el paisaje de Siria, en rigurosa exclusiva.

Siria la bella

Ademaro enseguida mandó montar los altares y concelebró misa desde las cumbres de la Montaña del Diablo.

Siria era un país que reunía la delicadeza del paisaje, la benevolencia del clima y la cercanía de Palestina. Siria era esencialmente cristiana y estaba cuajada de columnas donde no hacía tanto tiempo habitaban los estilitas y de cavernas donde los cenobitas se lapidaban el pecho en penitencia y de tumbas de santos a las que se hacían romerías. Estaba llena de ermitas y templos.

Contemplaron la geografía de aquel lugar mítico: el territorio de Alepo hacia Oriente y más lejos, en la falda del Líbano, vieron titilar, entre la bruma del verano, Damasco.

Habían entrado en otros dominios. Aquí ya reinaban los sultanes de Persia y más allá, sobre la costa, se levantaba Laodicea, Trípoli, Sidón, ciudades regidas por emires del califa de Egipto.

Durante el camino nuestros cruzados se batieron con muchas cuadrillas sarracenas, vencíéndolas siempre. Ademaro de Monteil aprovechó la bonanza para animar a los soldados con discursos y sermones y así, en marcha triunfal, llegaron los cristianos ante Antioquía, magnífica ciudad conocida como la perla de Oriente. Antioquía era —lo sabían muy bien los jefes— la llave de Jerusalén. Aquí fue donde por primera vez los cristianos fueron llamados cristianos. Esta ciudad era de obligada conquista, y también sospechaban o sabían los jefes que era en Antioquía donde con alta probabilidad se dirimiera el éxito o el fracaso de la expedición. Los turcos y árabes iban a dar su mayor batalla allí.

Parecería que, tras tantas penurias, los cruzados deberían estar diezmados: no era así, por lo visto. Alberto de Aix dice que llegaron a la capital de Siria seiscientos mil almas y Guillermo de Tiro, más parco, asegura que fueron no más de trescientas mil. Sea como fuere, el episodio de Antioquía es uno de los más complicados y gloriosos de los producidos por aquella extraordinaria tropa.

CAPÍTULO VIII

Balduino, príncipe de Edesa

Charla ante las murallas

Tancredo ardía de ira. La conversación con aquel turco le estaba costando la salud. El turco, un rechoncho moreno, con un ojo tapado y un gorro absurdo, ladeado, en nada parecido a los que llevaban los de su raza, se inclinaba entre dos almenas, en lo alto de la ciudadela, sonreía y reía sin razones, cuando no se precisaban risas ni sonrisas y, por el contrario, a cada noble ofrecimiento de Tancredo, se airaba y daba puñetazos y, a lo que parecía (pues desde abajo dejaba de vérselo cuando se retiraba), unos saltos iracundos sobre la muralla.

El diálogo versaba sobre una posible rendición de aquel imbécil; el imbécil no llegaba a comprender —o hacía como que no comprendía— que si de inmediato no abría la ciudad a Tancredo que esperaba, tratando de ser paciente a los pies de la muralla con sus hombres, éstos entrarían a la degollina y sin miramientos.

—¡Te estoy ofreciendo la paz, perro! —gritó por centésima vez Tancredo y ahora en latín—. ¡Y si no la acatas pronto, te sacaré a lanzazos tu alma impura, se encuentre donde se encuentre dentro de tu menguado cuerpo!

El turco, al oír esto, rió y aplaudió, lo que denunciaba su escaso seso.

Tancredo se impacientaba. Su situación, hablando de abajo arriba y ya por largo rato, era incómoda y humillante. La cordura le aconsejaba continuar las negociaciones, pero la impaciencia le estaba insuflando la idea de dar guerra a aquel idiota.

Una bandada de gorriones tremoló en el centro del diálogo. Por el camino avanzaba un carro. Más lejos, mujeres se inclinaban sobre un pequeño campo de vides, recolectando las uvas. Era octubre y la ciudad, Tarso, se preparaba para pasar el invierno bien aprovisionada.

Tarso era una vieja ciudad, cuna de San Pablo y escenario de un amor mundano famoso: allí Cleopatra había seducido a Marco Antonio. Era la primera villa importante que Tancredo había hallado desde su escisión con el ejército, ante las Puertas Cilicianas. Desde aquella bronca, Balduino, hermano de Godofredo, y él, habían tomado la decisión de hacer la campaña por su cuenta. Hartos los dos del emperador que iba saqueando y administrando todo lo que los cruzados conquistaban con su esfuerzo, ambos hombres habían decidido poner en práctica una ambición antigua; la razón más secreta y viva que ocultaban sus corazones: ganar un reino en Oriente.

Hay que comprender que todos los segundones, por noble que sea su carácter y

piadoso su corazón, ocultan una pequeña flor del mal en las dobleces del alma. Balduino parecía prudente y equilibrado; su escasa conversación era interpretada como cordura y sensatez y sólo un observador avisado advertía que no es que fuera escasa, sino inexistente. Balduino no pronunciaba palabra, pues cualquier cosa que dijera era agua al agua: la razón la tenía siempre su hermano.

Y Tancredo. Pues Tancredo había cultivado con esfuerzo la leyenda de su honestidad y su coraje pero este bastión de su alma perdía importancia cuando se le comparaba con su tío Bohemundo; con la belleza y gracia de su tío Bohemundo, con la categoría de su tío Bohemundo y con los ojos azules de su tío Bohemundo. Ambos, pues, estaban rabiando por destacar y hacerse un sitio en el mundo.

—¡Eh, turco —insistió Tancredo más que harto—, tienes la mitad de la carrera del sol para pensártelo! O te entregas o no llegarás a cumplir el día. Piénsatelo mientras repostamos.

Y se alejó a una umbría bajo los árboles, seguido de sus hombres, mientras el turco de las almenas recitaba muy deprisa una cantinela en su lengua materna; lo que debían de ser quejas entre lloriqueos.

A la hora de mediodía, cuando los cruzados dormitaban entre una pinada, volvieron a escucharse los alaridos del turco de la muralla. Allá se fueron Tancredo y sus tenientes y de nuevo se estableció un diálogo ridículo, llantos y risas y aplausos y puños levantados y súplicas y promesas. Tenía de bueno el diálogo que, al ser ininteligible, cada uno de los interlocutores insultaba al otro en la impunidad. Pero, cosas de la vida y de la guerra, ambos se entendían a la perfección.

Tancredo, entre los gestos y los lloriqueos, comprendió la propuesta sutil del turco de la muralla: si a la hora nona no le habían llegado refuerzos para batallar, se rendiría encantado —dijo— a Tancredo. Éste, que ya conocía la enrevesada lógica turca y su especial sentido de la urbanidad —entregarse encantado si no conseguía hacer la guerra era una proposición al menos peregrina—, aceptó. Y al poco de la hora nona, Tancredo tomó Tarso, que se le abrió sin lucha y colocó sus pendones sobre las murallas.

Llega Balduino

Pero hete aquí que Balduino, que se había retrasado algo al ejército de Tancredo, llegó ante las murallas, ya de noche, y acampó al raso. En la oscuridad no vio las banderas que tremolaban, sólo supo que Tancredo, tras abrazarle como a un hermano y darle la bienvenida, le indicó la conveniencia de que durmieran esa noche allí, pues aunque ellos tenían ya sus equipajes dentro de Tarso, era muy tarde para trasladar a los recién llegados; que acamparan por esa noche al pie de las murallas para hacer el traslado al día siguiente.

Y fue al despuntar el sol cuando Balduino vio el estandarte de su compañero de

armas erguido sobre los torreones.

Prorrumpió en juramentos y tildó, a gritos, de sayón y follón e hijo de nadie y otras muchas groserías a Tancredo que precavidamente ya había mandado cerrar la ciudad y le escuchaba de pie sobre la muralla. Dicen los cronistas que lo que le sentó peor a Tancredo fue un parlamento de Balduino, el segundón, que hasta ahora no había abierto el pico, y que imaginamos más o menos así:

—¡Tu valor es aire cuando se prueba y tu origen más incierto que el de los corderos de los rebaños! —le espetó—. Tienes a bien lo que es mal y ello es porque perteneces a la raza inicua de los aventureros normandos. Eres una sombra de la grandeza de tu tío y si se te llega a ver es porque la sombra se aprecia siempre que brilla el sol; tus juramentos son vanos, tu piedad es falsa, tu valor deleznable, tu brazo no sostiene la espada ni tu alma la virtud y tus gestas son robadas a otro, ¡oh infiel amigo, más digno del vientre de un buitre que del seno de una mujer...!

Etcétera. Y de ahí en adelante.

Este discurso airado fue muy aplaudido por el moro del ojo tapado, que escuchaba junto a su depuesto gobierno y por otros muchos que asomaban la gaita por las almenas. También fue escuchado por la ciudad en pleno, que no quitaba oreja al duelo de los caballeros y que, de repente, se inclinó más por la recién adquirida facilidad de palabra de Balduino y también, desde luego, por el ejército que le acompañaba, que era al menos el doble que el de Tancredo.

De manera que cuando, interrumpiendo su perorata, el hábil Balduino, orador recién estrenado, preguntó a los mirones a quién preferían, a él o a Tancredo, la opinión fue casi unánime —si exceptuamos a unas jóvenes con las que Tancredo había pernoctado—: ¡a Balduino!

Toda la población corrió entonces a la ciudadela y, cogiendo a Tancredo y sus banderas, los arrojaron fuera de la ciudad de mala manera y, colocando las de Balduino, dieron —por lo que a ellos respectaba— por terminado el rifirrafe. No hay quien se resista a una buena pieza oratoria y más si ésta viene acompañada de unos millares de espadas.

Podemos imaginar los truenos y centellas que se escucharían en el seno del ejército formado por italianos y normandos. Pero Tancredo quiso ser moderado y esperar su hora para la venganza y con el rabo entre las patas se perdieron él y sus caballeros por un lateral de este asiático escenario.

Un feo asunto

Mientras tanto, sabedor Bohemundo de que Tancredo estaba tratando de conquistar Tarso (las noticias llegaban con retraso, y no podía el de Tarento suponer cómo había acabado la cosa) envió un grupo de tropas de apoyo a su sobrino, que llegaron a las murallas de la ya ciudad de Balduino pidiendo acogida, pues les seguía un ejército de

turcos para asesinarles. Balduino, que estaba inaugurando, además de la retórica y oratoria, la ambición, se negó a darles cobijo pues al fin y al cabo consideró que eran aquellos hombres proclives a Tancredo.

La horrible catástrofe ocurrió durante la noche, cuando los turcos vieron que los cristianos de Bohemundo pernoctaban al raso sin defensas, en medio de la llanura. Los atacaron a traición y los mataron sin dejar uno. La mañana mostró esta escabechina a los soldados de Balduino, que de pronto se dieron cuenta de la categoría moral de su jefe y, odiando de corazón al de Borgoña, le persiguieron a flechazos por las murallas hasta donde él se hizo fuerte, hasta la ciudadela.

Después, y para sosegar sus ánimos y templar su pena, pasaron a cuchillo a muchos turcos de la ciudad. Pero el peor disgusto aún estaban por llevárselo y, cuando cayeron transidos, fue al ver cómo de entre los árboles cercanos —de esa pinada donde Tancredo se retiró al principio de este capítulo con sus soldados— emergió un grupo de mujeres cristianas (de las que venían con las tropas enviadas por Bohemundo), a las que los turcos, además de violarlas, les habían cortado la nariz y las orejas.

Como los más ruines tienen siempre suerte, fue esta visión espantosa la que hizo que el furor de los soldados se volviera contra los turcos y dejaron en paz a su jefe, que cuidadosamente salió de la ciudadela y, viendo que habían cesado los flechazos y los insultos, se reincorporó a la lucha que ahora sería definitiva. Con Balduino al frente, el ejército pasó a cuchillo a todos los habitantes turcos de Tarso.

Amistades peligrosas

Tras este episodio, de nuevo la fortuna vino a manos de Balduino, que recibió por mar la visita de unos corsarios holandeses capitaneados por un tal Guymmer, con quien enseguida hizo nuestro príncipe muy buenas migas, pues ambos eran de la misma condición ambiciosa.

Hay que decir que en la antigüedad la condición de corsario no era una condición afrentosa, y Giambattista Vico, que estudió muy bien estas cosas en su obra *Ciencia Nueva*, nos relata cómo los héroes antiguos tenían a honor ser llamados ladrones y cómo más tarde consideraron corsario como título de señorío. Todo lo que ahora nos parecen barbaridades emanaba como de una fuente del derecho antiguo, que a su vez brotaba del manantial de las religiones.

Era de derecho saquear —robar— al enemigo porque un vencido estaba considerado por su vencedor como un animal, ya que al perder la guerra perdía también a su Dios (ésta era la razón de la guerra de religión, derrotar al dios del otro), y con esa pérdida perdía también la categoría humana. Los héroes, pues, eran ladrones, corsarios.

Los mismos Platón y Aristóteles entendían el latrocinio heroico como una especie

de caza y un arte, y César asegura que no sólo no es infamante, sino una virtud del ejército y «sirve para huir del ocio a quienes por costumbre no se dedican a ningún trabajo».

Hay en lo tocante a esto un pasaje en Tucídides que cuenta que, cuando un navegante o caminante se encontraba con otro, se preguntaban uno a otro si eran ladrones o corsarios, lo que era lo mismo que preguntarse si eran extranjeros. Esta idea heroica del saqueo y del robo se fue perdiendo y justamente se siguió llamando bárbaras a las naciones que la conservaban. Pero no es menos cierto que el espíritu de esa desconfianza sigue vigente y esta huella leve aún no se ha borrado, pues ninguna nación del mundo admite la entrada en su territorio de extranjeros que no muestren una licencia escrita para hacerlo.

Y volviendo a lo que se celebra: después de dejar en Tarso una guarnición, salió el ejército de Balduino junto con los corsarios en pos de los pasos de Tancredo, que iba conquistando pequeñas villas y ciudades y que ya estaba en Mamistra, a punto de tomarla.

Tancredo está gafado

Pero no era aquel año el de suerte para Tancredo. Estaba casi vencida la ciudad que él asediaba, cuando le llegaron noticias de que Balduino se acercaba y, aconsejado mal por los amigos —en especial por Ricardo, príncipe de Salerno, que le musitaba al oído su vileza por soportar tanta humillación— y recordando el ultraje que había recibido, olvidó los planes sensatos que abrigaba y, rojo de cólera, reunió a sus hombres y los lanzó contra Balduino que andaba aquella mañana cavando zanjas para levantar su campamento en una pradera cercana.

Para remate, perdió Tancredo la batalla contra los otros cruzados, pues en el calor de la ira no tuvo en cuenta que aquéllos le doblaban en número.

Por cierto que, tras la efusión de sangre, aquellos caballeros pensaron que habían quedado en paz con su alma y bien sedadas sus iras. Cosa rara, pues Tancredo ahora había sido vencido de nuevo y, sin embargo, no se incrementó su cólera, como era de esperar, sino que, por el contrario, consideró que ya había hecho lo suficiente para restaurar su honor perdido y se avino a perdonar a Balduino.

El que quedó malparado fue el insidioso Ricardo de Salerno que fue hecho prisionero, cargado de cadenas y encerrado en las mazmorras de la ciudad.

Como entonces eran las cosas por lo menos la mitad de complicadas que ahora, y para no dar ninguno el brazo a torcer, de los dos campamentos —del vencedor y del vencido— salieron heraldos al mismo tiempo para negociar la paz en el campamento contrario, y se convino que unos y otros habían sido enviados por indicación del cielo. Aquellos dos jefes, que tantas marrullerías se habían hecho uno a otro, se abrazaron en presencia de la tropa y sus capellanes celebraron misa para celebrar el

reencuentro.

Pero Tancredo estaba tocado de ala. Pronto supo que sus aventuras personales no le llevarían más lejos y que su gloria estaba destinada a la literatura y a la posteridad. Tancredo volvió al ejército grande aunque, eso sí, sin parar de batallar con todos los que encontraba a su paso y tomando pequeñas villas sin descanso, para luego, con la ausencia, volverlas a perder. Quedaba claro que, de aquella pareja que salió del ejército, sólo estaba de Dios que Balduino hallase fortuna.

Balduino viudo

Incluso en su vuelta tuvo mala suerte Tancredo, pues cuando llegó al ejército que estaba mayoritariamente a su favor —pues las noticias de las feas chapuzas de Balduino habían llegado hasta los príncipes y todos las reprochaban— se encontró con que Balduino había llegado antes y, siguiendo su nueva costumbre de hablar por los codos, ya se había hecho la cama a su favor.

En realidad el viaje de Balduino al ejército no fue por gusto, sino obligado por el qué dirán. Su esposa, Godvere de Toesny, dama pía y muy respetable, estaba a las puertas de la muerte y no parecía de recibo que ni una sola visita recibiese la señora de su esposo durante tan larga agonía. Empujado por sus consejeros, y de muy mala gana, se había presentado Balduino a poner un beso de compromiso sobre la frente de la madre de sus hijos. Y aquella visita la había aprovechado al máximo nuestro nuevo estratega para tergiversar los hechos y calmar los ánimos que estaban calientes contra él.

Por todas partes se veía a Balduino de charla dando muchas y falsas explicaciones sobre lo pasado.

—Un caballero de bien —le reprendió su hermano, el noble Godofredo— no tiene más norte que su juramento ni más proyecto que los proyectos de Dios... Has de abandonar ese pecado capital de orgullo del que tira como de un carro tu avaricia; has de enterrar la ponzoña de la ambición y regresar al seno de los tuyos, donde te esperan hazañas colectivas y la gloria celestial de libertar Jerusalén, amén de los brazos amantes de tu agonizante esposa Godvere.

A lo que respondió Balduino:

—Perdona que te diga, noble Godofredo, que tus palabras me suenan a música celestial, pues el mundo me llama y mi sangre me pide que sea rey de un reino exótico y mis descendientes nonatos me suplican desde el limbo que acreciente mi honra para ellos y que mis gestas sean infinitamente mayores que las vuestras, por más que yo haya tenido la mala suerte de ser un segundón. Perdona que te diga, noble Godofredo, que la sangre me late en las venas y no pienso doblegarla al mandato caprichoso de nadie. Por otra parte, sé que tú ocultas deseos aún más ambiciosos que los míos (que a mí no me engañas, vamos), y, sin embargo, a ti nadie te sermonea. En

cuanto a mi esposa, ¡qué te diría, gran Godofredo!, que para mí está muerta y, si he venido hasta aquí desatendiendo mis posesiones, es por no quedar mal. Además en cuanto le dé tierra ya tengo pensado casarme con una bella princesa siria, pues mi reino será sirio, que es lo que he soñado desde la infancia y mi cuerpo, a qué negarlo, arde en ansiedad por meterse en el lecho de la princesa de mis sueños, así que, noble Godofredo, puedes olvidarme para los restos.

Diálogo que, con ligeras variantes, sostuvo Balduino con todos y cada uno de los príncipes de la cristiandad.

Balduino llamaba poderosamente la atención por su físico, sobre todo si se le veía al lado de su hermano Godofredo, éste rubio y blanco, Balduino de pelo negro como ala de cuervo y ademanes clericales. Había sido destinado, como dijimos, a la carrera eclesiástica y de su paso por el seminario le quedaba el tacto diplomático y nada más, pues Balduino estaba siempre entre líos de faldas, aunque en materia tan delicada supo actuar con discreción y evitó siempre el escándalo..., bueno, no siempre como luego veremos.

No debemos extrañarnos de las pulsiones que dominaban el espíritu de Balduino. Por entonces, entre imperios que caían y guerras que deshacían los imperios, el mundo estaba para quien lo cogiera y aún más en Asia, que estaba repartida entre aventureros y soldados de fortuna.

Uno de aquéllos, llamado Pancracio, de mala fama, traidor y retorcido, hombre pequeño y amarillento pero rico y poderoso por el sistema de poseer muchos espías, y por tanto mucha información —un adelantado a su tiempo, como vemos—, intimó con Balduino y, si ya el normando no precisaba muchos empujones, los que le dio Pancracio fueron definitivos. Haciendo caso omiso a las honras fúnebres que se celebraban por su difunta esposa, Balduino sólo urdía y trazaba planes mentales de enriquecimiento. Y, en cuanto Godvere recibió tierra, unido a Pancracio, quiso poner en pie a su ejército; pero los más no quisieron volver con él, pues sus maniobras arteras les habían irritado. Sólo unos mil quinientos hombres se unieron a la aventura de Balduino con la esperanza, dice Guillermo de Tiro, del pillaje.

Sabido esto por Ademaro, inventó lo inventable para impedirlo, hasta propuso atarlo y encadenarlo y, por supuesto, le sermoneó noche y día hasta hacerle perder la paciencia. Tuvo Balduino duras palabras para el obispo —y para todos los obispos, pues se había formado una especie de frente clerical para impedir su salida del ejército— y, harto de tanta matraca, huyó con unos pocos hombres en las sombras de la noche en busca de su suerte.

No era un buen amigo Balduino: ni lo fue para Tancredo ni lo sería para Pancracio. Si éste era más vil, Balduino era más artero y pronto partieron peras. Pancracio se pierde en el olvido de la historia cerca de la ciudad de Ravanel, donde fue su última disputa, mientras Balduino, atravesando el Éufrates, llegó a la ciudad de Edesa, capital de Mesopotamia.

Balduino consigue un padre

Gobernaba Edesa un príncipe griego, llamado Thoros, encargado por el emperador Alejo, pero pagando tributos a los sarracenos y sufriendo continuas acometidas de las tribus turcas. La llegada de Balduino, que venía precedido de la fama de los cruzados, fue para Thoros una satisfacción, porque no sabía en realidad con quién se jugaba los cuartos.

La población salió al camino cuando supo su venida y rodeaba cantando hosannas a aquel grupito de libertadores; recibido por el gobernador, pronto vio Thoros que no quería aquel príncipe cristiano riquezas ni cobijo y que lo que ansiaba era arrebatarse el trono. Y visto que Balduino, rechazando sus ofrendas, amenazaba con irse —mientras la ciudadanía ansiaba que se quedase—, optó el griego astuto por una fórmula intermedia: la famosa adopción.

Se realizó la ceremonia y Balduino pasó por entre la camisa y la piel de Thoros restregándose los pechos, rito que repitió más tarde con la esposa de Thoros, como era preceptivo.

Ya era hijo de un príncipe —y esta vez no segundón— y se aprestó a defender la ciudad que en el futuro iba a pertenecerle.

Iba a pertenecerle mucho antes de lo que suponía. Cuando Balduino volvía al frente de un ejército con el que había mantenido unas escaramuzas en una ciudad cercana, se encontró con el germen de una revolución en el interior de Edesa; vio pronto que se trataba de una conjura contra Thoros, al que acusaban de connivencia con los turcos y de desatender la ciudad para dedicarse a la holganza y al lujo. Fuera como fuere y por lo que fuere, los habitantes, descontentos de antiguo, perdieron el freno y se echaron a la calle pidiendo el destierro de Thoros, que, viendo que peligraba su vida, anunció que al día siguiente partiría para Constantinopla, dejando el gobierno de la ciudad en manos de su hijo adoptivo Balduino.

Balduino huérfano

En principio se aceptó y se cerró este trato, pero, durante la noche, elementos agitadores fueron enardeciendo a los ciudadanos y exigiendo para Thoros un castigo más severo. Éste, que no podía pegar ojo y que observaba desde sus aposentos las carreras y los corrillos que se sucedían en las calles de la ciudad, en los portales y esquinas, abrigados por las sombras de una noche sin luna, huyó de su palacio y fue a encerrarse en la ciudadela. Balduino, que no perdía comba, supo enseguida lo de la conjura y se presentó para hacer de mediador: fue una traición en toda regla.

Se dirigió al castillo, parlamentó con Thoros y le convenció de que aquellas voces estridentes podían calmarse mediante la distribución de riquezas. El viejo temblaba de miedo y, sin rechistar, entregó a su hijo la llave de sus tesoros. Tan sólo pidió que

le salvara la vida. Balduino, sin empacho alguno, juró sobre las santas reliquias «con arcángeles, ángeles y profetas» como testigos.

Lo que sucedió después muestra la catadura del futuro primer rey de Jerusalén: los vecinos lo lincharon ante la impasibilidad de Balduino, que no movió un dedo para salvar de aquella muerte atroz a su padre adoptivo. «Ataron una cuerda a sus pies y lo arrastraron por la calle. Fue así como Balduino de Bolonia se hizo dueño de la ciudad de Edesa». Así lo narra Brusset.

El cuerpo ensangrentado y descuartizado de Thoros apareció a la mañana siguiente colgando de las almenas y todo el pueblo de Edesa proclamó a Balduino libertador y le nombró príncipe de la ciudad.

Balduino, que podía ser ambicioso pero no tonto, comprendió que le tocaba en suerte un pueblo cruel y levantisco y, sentado en su trono ensangrentado, fue más cruel y dictador de lo que sus súbditos esperaban, por lo que pronto su reino estuvo en orden. Sin más espera nuestro hombre se casó con la princesa de sus sueños, Arda, y como su codicia era insaciable sangró a todos los ricos de los contornos con impuestos hasta el punto de que empezaron a echar en falta al pobre Thoros. Se habían encontrado la horma de su zapato.

Así fue como maquinaron una conspiración de notables de Edesa en contra del caballero franco, astuto, brutal y valeroso que vino para salvarles de un viejo inofensivo. Habían metido el lobo en el aprisco. Balduino tenía ojos y oídos en todas partes y ponía una neurótica atención en cada detalle, en cada movimiento falso, en cada rumor; de ahí que conociera enseguida la conjura que se preparaba contra él.

Doce de los principales responsables del complot fueron detenidos por sorpresa en una operación que hubiera hecho feliz al general Pinochet. A los doce les sacó los ojos al estilo bizantino y al resto de los confabulados, más misericordioso, se limitó a cortarles la nariz, las manos o los pies y los expulsó de la ciudad. Como dijimos, el orden reinaba en Edesa.

Por eso quizá muchos caballeros cruzados, sabedores de la suerte de su compañero, dejaron entonces el ejército y fueron hasta Edesa, la primera corte cristiana en Asia; entre ellos estaban Drogo de Neslé, Reinaldo de Toul y Gastón de Bearné. Este último al poco decidió volver con el ejército cruzado y lo volveremos a encontrar en el asedio y la batalla de Jerusalén.

En cuanto a Balduino, les colmó de riquezas y de nombramientos. Pero no todo puede ser felicidad para un hombre en la vida. La felicidad es siempre un recuerdo infiel, un sabor que se desvanece y, ni siquiera para favorecer a Balduino, la felicidad violó sus reglas: su matrimonio fue un fracaso y no tuvo descendencia. Pero, eso sí, el principado de Edesa fue el primer bastión de la cristiandad en Asia y acabó siendo durante muchos años de gran ayuda para los occidentales. Y a su príncipe le esperaba al final una nueva historia de amor que no dejaremos de narrar.

CAPÍTULO IX

El asedio de Antioquía

La perla de Oriente

Sólo el río Orontes se interponía entre Antioquía y el ejército y por ello, ante el Puente de Hierro, a pocas millas de la ciudad, los sarracenos habían levantado defensas. El ejército cristiano surgía por el horizonte como una gran mancha móvil. Los sarracenos, aterrorizados pero sin abandonar posiciones, lo avistaron y sus corazones iniciaron una loca carrera.

Fue Normandía quien, seguido de Flandes —los dos inseparables Robertos—, rompió la fila de arqueros que defendía el puente y entró al cuerpo a cuerpo con la segunda fila de caballeros.

Ademaro, subido en unos troncos y a corta distancia de los combatientes, pero sin tomar parte en la pelea, aullaba una arenga pía para que entre el fragor de la batalla y el ruido de los hierros tuvieran los soldados consuelo y recibieran ímpetu de sus palabras.

Entre aquel estruendo y barullo, los sarracenos fueron puestos en fuga por el brazo armado de los Robertos y el verbo encendido del obispo y, pronto, el ejército, que esperaba, franqueó el último obstáculo que le separaba de la capital de Siria.

Vieron Antioquía y muchos se hinojaron. Los peregrinos lloraban a su vista, pues era una ciudad mítica donde Pedro fundó su primera cátedra y donde estaban enterrados infinidad de santos. Los milagros eran cosa corriente en Antioquía, quizá porque su subsuelo estaba atestado de mártires, vírgenes y obispos y allí era adorado sobre todos San Babylés, de quien contaban los hagiógrafos que había mandado callar a los oráculos de Apolo. Durante tiempo ostentó el nombre de Ciudad de Dios (Theópolis) y era respetada como otra Jerusalén. Hoy Antioquía se llama Antakya y está sumida en el más negro integrismo musulmán, como todo el país; prueba de ello es que en los últimos años se han levantado en Turquía más de diez mil mezquitas. Para no estar del todo enfrentada a los tiempos que corren, en Antakya se acaba de abrir... ¡un sex shop!

Se colocaba Antioquía entre un lago hermoso y repleto de pesca, comunicado con el río Orontes, y la famosísima Fuente de Dafne, importante durante la época pagana. Al frente estaba la montaña llamada Negra, por lo tupido de sus bosques, en donde las villas de lujo se salpicaban, suntuosas. Al lado, una montaña casi gemela —a la que llamaban del Agua por estar cuajada de manantiales—, y abajo la ciudad se envolvía en la gran curva del Orontes. Este río era conocido entre los oriundos como El Loco, porque corría en dirección contraria a todos los demás ríos.

La ciudad estaba muy bien fortificada, con dos farsaj —equivalentes a tres leguas o a doce mil metros— de muralla y trescientas sesenta torres fortísimas. Bajo esa terrible muralla, la ciudad se arropaba con fosos o con pantanos y, por donde no había ni una cosa ni otra, estaba el imponente río, defendiéndola.

Dentro de la muralla la villa se erigía sobre cuatro colinas (en una de las cuales se alzaba la ciudadela), divididas por un torrente que se precipitaba en el río. La ciudad, como se ve, parecía inexpugnable.

Pero no era tan inexpugnable, pues contra hecho no vale teoría y el hecho era que había sido tomada muchas veces por los árabes, por los griegos y por los turcos.

En la actualidad estaba gobernada por Yaghi-Siyan, emir turcomano, y habitada por gran gentío, pues, a la noticia de que se aproximaban los cristianos, todos los habitantes de las villas cercanas se habían encerrado con sus tesoros en Antioquía. La guarnición constaba de veinte mil infantes y siete mil caballos.

El emir de Antioquía

Yaghi-Siyan no estaba desprevenido. En realidad todo el país parecía soliviantado con la presencia de los frany y el emir de Antioquía había tomado sus precauciones, pues no dudaba de que sería asediado. Dedicó a huertos muchos barrios que ahora estaban deshabitados; recolectó toda clase de vituallas y armas y tomó la precaución de poner fuera de la ciudad a los muchos cristianos —griegos y armenios— que hasta ahora eran vecinos habituales de la villa.

Los echó a todos menos al patriarca cristiano, llamado Juan, al que encerró en una gran jaula para, de vez en cuando, exponerla sobre la muralla y hacer rabiar a los sitiadores. Este espectáculo excitaba mucho a los cristianos, que ardían de ira al ver al santo varón colgando en su jaula.

Una vez hecho esto, racionó el aceite y el trigo y envió a su hijo, de complicado nombre árabe (Shams ad-Dawla) que traducido viene a ser Sol del Estado, como embajador a las cortes cercanas a solicitar ayudas.

Pero esa embajada y esas cortes precisan un capítulo aparte, pues desde este momento los movimientos de los cristianos llevaban parejos los movimientos de los musulmanes y sólo en esa dialéctica se puede comprender cómo se desarrolló la contienda. Abandonaremos a los árabes ahora, para contemplar el principio del asedio de Antioquía por parte de los cruzados.

Consejo de jefes

Sin acercarse a las murallas de Antioquía, los caballeros decidieron convocar el Consejo de jefes para deliberar y, en su caso, tomar decisiones.

—No temo a los enemigos de la cruz, sino al invierno —Esteban de Blois inició así su parlamento—. Quien reflexiona sobre lo hecho observará sin duda que las mayores afrentas las hemos recibido de la madre naturaleza y que, entre hambre, frío, penurias y enfermedades, hemos perdido más tropa que en batalla. El invierno se acerca y soy de la opinión de que nunca es mala la prudencia de la espera.

Pero Ademaro no era de ese parecer.

—¿Qué quieres ser, gallina ponedora que olvida su huevo para otra? —y, como nadie pareciera entender el símil, hubo de explicarlo, aunque de mal genio—. Quiero decir que, si esperamos mejor ventura, los refuerzos del emperador llegarán y se alzarán con la gloria. Pienso que debemos confiar en Dios que nos ha de proteger como hasta ahora...

—¿Cómo? —saltó de su sitio Bohemundo—, ¿como protegió a Stepon de Gante, Temaro de Brujas, Vagón de Arras...? (y aquí se extendió en una nómina larga de muertos durante la travesía de la Montaña del Diablo). ¿Así quieres que nos proteja Dios?

Pero Ademaro, levantando su humanidad y su alto brazo, iba dando vueltas iracundo entre los asistentes al Consejo, al grito de «¡Blasfemia, blasfemia, blasfemia!», así que Bohemundo hubo de retractarse de lo dicho.

—¡Bien, no han muerto estos caballeros por mano de Dios, lo admito, pero sí por insidia del diablo! ¡Protejámonos contra él con el ejercicio de la prudencia!

El Consejo, dubitativo y alterado, murmuraba sin acordar nada.

Raymundo también era de la opinión de iniciar el sitio. Mientras todos gritaban, él observaba displicente una de sus uñas, rota. Por fin pareció salir de un ensueño y se levantó, digno y elegantísimo, con su barba recién peinada y el pelo dorado y brillante.

—Los soldados de Jesucristo —dijo pausadamente— son capaces de soportar los rigores del invierno, pues no vivieron mejor en sus casas. Pensar lo contrario es una injuria a su valor. El tiempo corre a favor de los de adentro, pues el emir sin duda espera refuerzos. La abundancia y la riqueza nos aguardan tras los muros de Antioquía, mientras la ruina nos espera en la holganza. ¿Alguien rebate mis argumentos?

O por la voz tonante con que el príncipe había dicho las últimas palabras o porque nadie se atrevía a parecer más cobarde de lo que era, la temeridad triunfó sobre la prudencia y quedó fijado el momento del asedio para el día siguiente por la mañana.

Empieza el asedio

Cuenta Alberto de Aix que, a la mañana siguiente y en solemne orden, el ejército se acercó al pie de las murallas para iniciar el sitio. Los cruzados, dice este cronista que tanto gusta del detalle, marchaban cubiertos con sus escudos dorados, verdes,

encarnados y revestidos de sus trajes de hierro, uniformados para la guerra. Al frente de cada batallón ondeaban las banderas de oro y púrpura y llenaban la mañana los gritos marciales de los soldados, los tambores y trompetas y los clarines y el nervioso relinchar de los caballos. Y añade este mismo historiador con su conocida megalomanía para las cifras: «El Orontes vio entonces un ejército de seiscientos mil hombres de los cuales trescientos mil estaban armados».

Se siguió en el asedio el orden que había dado el Consejo, a saber: Bohemundo y Tancredo se situaron a oriente, enfrente de la puerta de San Pablo; a la derecha los dos Robertos y Blois con los normandos, los bretones y los flamencos; al norte los francos con Hugo y el conde de Chartres, delante de la puerta llamada del Perro, y por fin Raymundo de Tolosa, Ademaro de Monteil y Godofredo, que extendían sus campamentos desde la puerta del Perro hasta donde el río, torciendo su curso, se pega a la muralla de Antioquía.

Todo a su alrededor estaba en sazón: las viñas repletas de racimos, la tierra preñada de nabos y zanahorias, las cabras, abandonadas por los que habían acudido a la ciudad rezagados, esperaban ser ordeñadas, y el ganado mayor pastaba en las riberas del Orontes. El lago parecía inagotable y todas las lujosas villas de los ricos, abandonadas, fueron pronto asaltadas por los más miserables de los peregrinos, los que no pertenecían al ejército y se sustentaban del pillaje.

Era de ver a aquellos desaliñados bañándose en pilas de ágata y mármol italiano o a los chicuelos llenos de mocos sentados en las magníficas alfombras de seda. Todo aquello fue inmediatamente expoliado y los muebles más delicados se empleaban unas veces para sentarse pero las más para encender fuego y cocinar.

Esta abundancia y el otoño cálido y dorado relajaron la disciplina, y los de dentro de Antioquía, que se habían encerrado muertos de miedo y en un silencio de tumba, creyeron que ejército tan desordenado y tan dado al derroche y al lujo no era realmente de temer. Y por ello empezaron a hacer salidas nocturnas por los trozos de muralla que no estaban vigilados —pues los peregrinos, que se habían hecho hábiles negociantes, pronto abrieron establecimientos de bebidas y juego e inauguraron lujosos burdeles en las villas más elegantes— hasta el punto de que a los asediados nada les faltaba y hasta los turcos, envalentonados, cazaban a soldados o clérigos borrachos y los degollaban. Eso le pasó al joven arcediano Alberon, hijo de Conrado, conde de Lunenburgo, al que apresaron una madrugada, le rebanaron el pescuezo y llevaron en triunfo su cabeza, enviándola al campo de los cruzados con una máquina.

Estas cosas enardecieron a los peregrinos que por unos días abandonaron el camino de la perdición para dedicarse a taponar las vías por donde los turcos salían, que eran en particular las que daban al lago; así que primero llevaron hasta allí y sobre barcazas una enorme torre de madera, pero no hicieron más que acercarla a la muralla cuando una gran bola de fuego griego les fue arrojada y el artilugio ardió y entonces ya, ciegos de ira, los cruzados taponaron con rocas y árboles los portillos.

Todos estaban iracundos, pero más que nadie Tancredo que utilizaba las horas de

luz para repasar la muralla y las nocturnas para vigilar, perdiéndose el sueño. Así, en esa estrecha vigilancia obsesiva, tuvo muchos encontronazos y, de una tacada, se cuenta que mató a setenta turcos que huían. Y era tan meticoloso Tancredo con su virtud que, una vez que él solito degolló a un montón de infieles que encontró forrajeando, luego hizo jurar a su escudero que no contaría la hazaña para no caer en el pecado de envanecimiento. Pero, a lo que se ve, el escudero lo contó y así aquel perjuro colaboró con su delito a aumentar la fama de su señor.

Sin máquinas

Pero llegó el invierno y, como la cigarra de la fábula, los cruzados se encontraron con que no habían sido previsores y, por lo tanto, no tenían ya casi nada que llevarse a la boca. Además, entre juergas y alegrías, habían olvidado construir torres y escalas y todo lo necesario para un asedio en regla. Cuando decidieron empezar estas labores, la naturaleza, a la que tanto temían, se les puso de espaldas y cada día soltaba sobre ellos una manta de agua de tal calibre que vivían en una perpetua inundación.

Con hambre, mojados y oxidados —toda su impedimenta era puro orín— se dieron cuenta de que no tenían ropa adecuada y empezaron las enfermedades. En las villas de la montaña Negra no cabía ya un alfiler y la mayoría de los peregrinos pobres carecía de choza o abrigo alguno. En esta situación todos vagaban de una aldea a otra, robándolas y deshaciendo lo que luego les hubiera sido de necesidad.

Tal era la miseria —y el invierno no había hecho más que empezar— que los jefes se reunieron de nuevo en Consejo y se acordó mandar expediciones a las provincias contiguas. Veinte mil peregrinos recibieron la absolución y la comunión y, dirigidos por Tarento y Flandes, salieron a los caminos, donde abatieron a muchas pandillas turcas y a pequeñas mesnadas y, cuando volvieron al ejército, de nuevo iban cargados de víveres y caballos. Aunque los que les esperaban se alegraron de ello no pudieron alegrarse tanto pues, al parecer, durante la ausencia de los enviados un grupo de turcos había salido de la ciudad y en una escaramuza había robado el estandarte de Ademaro de Monteil, que desde ese día no levantaba cabeza.

Quizá nos parezca ahora que lo del estandarte no era para tanto pero, por lo que cuentan los cronistas, el ejército vivió el hecho como una tragedia y Ademaro, como diríamos hoy, estaba que bramaba.

El país estaba en muy mal estado. Cuando aquellas provisiones se acabaron, fue difícil encontrar más, primero porque los turcos y los cristianos devastaban el campo cada uno por un motivo, segundo porque los auxilios de Grecia se habían suspendido y por más que se enviaban tropillas al puerto de San Simón, distante unas cuantas leguas de Antioquía, nadie llegaba, y tercero porque los mismos corsarios holandeses, que a veces les habían vendido ropas y alimentos, estaban presos de los griegos.

Muertos de hambre y apestosos

Total que, bajos de calorías, para colmo eran a menudo vapuleados por aquellos que tenían sitiados. Suenon, príncipe de Dinamarca, estando de viaje con su novia Florinda de Borgoña, la mujer soldado —pareja por lo que cuentan casta, y que aunque vivía junta y viajaba sola esperaba para realizar la coyunda llegar a Jerusalén donde se había propuesto celebrar el santo matrimonio—, fue descubierto, y ambos alanceados y muertos en un descampado.

Y cómo no, apareció también la peste. La peste, el turco y el lobo son tres de los espantos de la Edad Media. Los vivos no daban abasto para enterrar a los muertos y los enfermos eran un peligro para los sanos. La peste adoptó en su momento de auge una forma horrible, de manera que no sólo se les deshacía el vientre en continuas deposiciones sino que les crecían horribles bubones en el arranque de los miembros, tan negros y purulentos y enormes que, a veces, llegaban a perder los brazos y piernas como ramas desgajadas.

Ademaro se multiplicaba para confesar y untar del santo aceite y Bohemundo, hábil de lengua y versado en silogismos aristotélicos, paseaba entre los enfermos, que al saber su mal caían en la desesperación y en las blasfemias.

—¡Cuidad la lengua, víboras, hombres pusilánimes y sin dos dedos de frente! ¿Acaso es Dios quien os puso oro en las manos cuando saqueasteis ésta o la otra ciudad? ¡No lo considerasteis así sino fruto de vuestro valor! ¿A qué, ahora, culpáis al Hacedor de vuestra enfermedad si os habéis perdido en placeres de la carne que acarrear siempre corrupción y muerte? Ya que no agradecisteis el oro, no mareéis ahora al cielo con vuestras quejas. Ya que vais a morir —pues eso es seguro—, al menos, ¡no corrompáis vuestra alma como corrompisteis vuestro cuerpo!

Y argumentos de este tenor.

Los que no morían ya no querían saber nada de las armas y si muchos se limitaban a tumbarse en el barro desnudos, otros paseaban como sonámbulos buscando raíces y cardos. Como por no tener ni tenían sal, los cardos les abrieron las encías que se les abultaban y desprendían los dientes. Cuando pasó la hambruna, el ejército, que había llegado con sesenta mil caballos, era poseedor de dos mil rocines desmedrados y aún podía dar gracias por ellos.

Los primeros desertores

No puede llevarse a los hombres impunemente a la desesperación. En este estado, tocando un fondo más bajo cada día —lo que por la noche parecía imposible—, se iniciaron las deserciones. Muchos marcharon a Mesopotamia, el reino de Balduino, a buscar asilo; otros volvieron grupas hacia Nicea y Roberto de Normandía, delgado como un huso y atacado de diarreas, se retiró a Laodicea y no volvió aunque se le

mandaron dos amenazas en nombre de Cristo. Volvió a la tercera, porque veía gravitar sobre su nuca una enorme excomunión incluso con efecto retroactivo.

Guillermo de Melún (*el Carpintero*, llamado así por el vigor de su hacha) desamparó sus banderas y se hizo fuerte en una granja de gansos. Pedro el Ermitaño también huyó en el secreto de la noche, pues no podía soportar el que, de continuo, los más zarrapastrosos le culparan de todas sus desgracias. Estos desesperados mendigos iban sin despegarse donde Pedro fuera, insultándolo y contándole terribles historias que creían que les sucedían por culpa del apóstol de la cruzada.

Pero esta ausencia les era intolerable a los peregrinos. Gritando de rabia pidieron ayuda a Tancredo y éste salió de estampía alcanzando a Pedro en su trote borriquero y lo devolvió al campo junto con el de Melún, al que había sacado a lanzazos de tras una cerca. No hubo más remedio, a la vuelta de éstos, que legislar para el caso: todo aquel que escapara tendría el castigo de los homicidas, o sea, el suplicio.

Pecados y pecadores

Por otra parte estaba la corrupción de la carne a la que se refería Bohemundo en su incontestable argumentación lógica. Las casas de putas eran abundantes, pues ya las únicas que tenían algo con que ganarse la vida eran las mujeres. Naturalmente, y en aquella holganza obligada y triste, tampoco los hombres tenían mejor cosa que hacer que fornicar y eso hacían a todas horas, lo que es de maravillar pues, estando tan débiles, no se sabe de dónde extraerían las fuerzas para el comercio de la carne.

Dicen los historiadores que los vicios eran inauditos, complejos y abundantes. El desenfreno era total y esto era la mayor amargura de Ademaro de Monteil que, entre la pérdida de su estandarte y los terribles pecados de los soldados, se pasaba los días de hinojos y llorando.

Pero nos preguntamos con curiosidad qué es eso de vicios complejos e inauditos. Estudiando las penas penitenciales de la época, se observa que entre los pecados más castigados y mejor descritos estaban la sodomía y la masturbación. Si un hombre casado tenía este tipo de desviación —hablamos de la sodomía— una o dos veces, tenía que cumplir diez años de penitencia a pan y agua, y si lo tenía por costumbre debía estar en ese régimen dietético doce años, y quince si lo hubiera cometido con su hermano. Pero si el contacto había sido superficial se estipula que estaría a pan y agua cuarenta días, mientras que cuando se tratara de una mutua masturbación sólo estaban los cómplices penados con veinte días. Vemos que las diferencias son abismales y mal dispuestas, pero ellos sabrían el motivo que a nosotros se nos oculta.

Si la masturbación era solitaria se penaba con diez días a pan y agua, pero si «en vez de mano se utiliza una madera perforada», entonces son veinte.

Mejor le sale a un hombre que tenga una polución por abrazar a una mujer, que le basta con estar un día a pan y agua, aunque si la abraza en un templo suba la pena a

diez días.

Otro pecado horrible era la satisfacción carnal con yegua, vaca o burra, pues si se cometía tal atrocidad siendo niño tendría que pasarse el penitente cien días en ayuno pero si se era adulto serían siete años y, si además de ser adulto fuera casado, entonces la cosa se pone en diez.

Vayamos al aborto: si se es mujer pobre, tres años de penitencia y el doble si es por frivolidad de ricas. Y también la pena dependía de si el embrión tenía alma o no la tenía, pues para el que tenía alma la penitencia era de tres años y para el que no la tenía era de uno. Pequeña diferencia para estatuto tan distinto y sobre todo, y por más que investigamos, en ningún momento se señalaba desde qué momento o por qué sistema podía conocerse la condición de desalmado en el embrión.

Otro pecado feo era aparearse con la esposa «como lo hacen los perros», tras lo cual tenían que estar ambos pecadores sin comer cinco días. Pero lo más castigado era el incesto, que se extendía no sólo a los consanguíneos sino a los parientes políticos, a los ahijados y hasta a los parentescos espirituales.

El cielo y el obispo

Volvamos al obispo. Era mucho obispo el obispo de Puy. Aprovechando una ayuda que le prestó la naturaleza, enmendó por la vía legislativa a aquella tropa descarriada.

Ocurrió que una mañana el cielo amaneció verde y por los bordes se colaba una luz fluorescente morada y sangre; el firmamento se hizo vidriera y las nubes bordaron de oro el centro, que ahora se enturbiaba y se ennegrecía. El día se superpuso a la noche en monstruosa combinación y, sobre esa locura, los astros manaron sangre y plata como una lluvia infernal.

Los peregrinos gritaban de pavor y estuvieron seguros de que acababa el mundo, por lo que pidieron al momento el sacramento de la penitencia. Y ya estaba el santo hombre Ademaro y los obispos auxiliares preparando una confesión general, cuando la tierra empezó a moverse, se volvieron locos los montes y el lago se dividió, tragándose en sus entrañas toda el agua, y dicen que una tienda lujosa que quedaba cerca de allí, donde se practicaba la prostitución, se desarticuló y arrastró en un instante hacia el abismo a todos los que estaban pecando.

Entonces los peregrinos sintieron el temor de Dios, o mejor, el terror de Dios: se dieron cuenta de que, tras tanta penuria y por su mala cabeza, iban a perder su alma inmortal pues tenían la ciega confianza en llegar a ganar la indulgencia antes de morir y, aunque veían morir al prójimo, como es propio de la condición humana, todos creían que con ellos no iba.

Estos prodigios espeluznantes que nos cuentan los cronistas culminaron en la aparición de una estrella enorme —que no era la primera vez que veían—, una estrella quieta que antes de iluminarse era como una enorme bola ovalada suspendida

sobre sus cabezas en un silencio profundísimo.

La estrella, que estuvo así largo rato, de pronto variaba de posición y sentido a velocidades incomprensibles, pero con gran suavidad y dulzura como si danzara. Y luego, aquella bola de plomo se acercó sobre el campamento e iluminándose desde dentro pasó un rayo redondo sobre los cruzados como observándolos y después, inesperadamente, dio un giro rápido y desapareció en la claridad del día.

Bien, esto que de sí habría sido suficiente para redimirlos por el momento, supuso Ademaro que precisaría algún soporte legal que le diera duración y, reuniendo al Consejo, instó a los príncipes para que legislaran de manera que a los embriagados les cortaran los cabellos, a los blasfemos y jugadores se les pusieran marcas de hierro al rojo blanco y, tirando por lo alto y como medida precautoria, a todas las mujeres malas y buenas las encerraran en corrales.

Asando espías

Se nos olvida decir que a estos males se añadía un exceso de sirios que se acercaban al campamento con la excusa de que eran cristianos, cuando en realidad eran espías.

Bohemundo, harto de predicar y de no dar trigo, mandó encender una gran fogata para poner los cuerpos de algunos de estos espías a asar. Cuando los otros vieron que no quedaba aquello en meras palabras, huyeron y dejaron descansar a los cruzados. Contaron por todas partes lo sucedido y ya no hubo arrestos en ningún otro espía para volver a molestar. Al menos por un tiempo.

Ademaro, aconsejado por alguien sabio, puso un buen remedio a tanto desmán: hizo sembrar los campos cercanos con el poco trigo que quedaba, de manera que los sarracenos supieran, ante aquellos campos bien trabajados y sembrados, que no se iban a mover los cristianos del sitio y por otro lado para que la espera de la germinación y la recolecta llevara a los ánimos de los cruzados la idea, que parecían haber perdido, de un futuro. Nada estimula más la impresión de que hay un mañana como la práctica de la agricultura.

Y de repente todo fue aplacándose. Los males del cuerpo iban desapareciendo cuando el invierno cedió, y los del alma, gracias a los manejos agrícolas y legales de Ademaro. Además, y mejorado el tiempo, los socorros volvieron y el príncipe de Edesa envió víveres y dinero.

Una visita inoportuna

Estaban levantando cabeza los peregrinos, cuando se acercaron unos expedicionarios a anunciarles que los embajadores de Egipto venían en comitiva al campamento.

¡Horror! Lo último que querían los cristianos era que un posible nuevo enemigo

viera su desventura y su debilidad. Entonces los más sabios del Consejo tuvieron la idea de presentar a los de Egipto un decorado, algo que engañase el ojo y no les dejase advertir su deterioro.

En un decir amén se escondieron los más feos y estropeados, y los mejores sacaron vestidos del fondo de los baúles y simularon danzas y festejos. En el centro del campamento se alisó un terreno para justas y se adornó con gallardetes y banderolas. Todos los víveres que guardaban por si volvían las privaciones fueron exhibidos en mesas muy elegantes y adornadas y, total que, cuando llegaron, los fatimitas quedaron asombrados de tal esplendor y supusieron que lo que sus espías les habían narrado —escenas de hambre y desolación— era para halagarles los oídos.

Si los egipcios quedaron admirados, para qué contar cómo quedaron los cristianos. El embajador, de un cutis de bronce y vestido en blanco y oro, montaba en un elefante casi cubierto por entero de plata labrada y plumas exóticas y telas teñidas de auténtico púrpura, color llamado en Oriente *tokelet*, que sólo se fabricaba en Tiro a base de unos caracoles de difícil obtención y que era propio de gentes muy principales.

Estos egipcios, ladinos y retorcidos, iban con la intención de mantener el peligro cristiano alejado, pero al mismo tiempo para alentarles en sus luchas contra los turcos, enemigos de los egipcios por ser aquéllos sunitas, mientras que éstos se proclamaban orgullosos fatimitas y veneraban el linaje de Alí.

Pero su tono distante y altanero no gustó a los cristianos (para altanería y distancia tenían de sobra con las suyas) ni tampoco gustó la evocación que los embajadores hicieron del emperador Hakem que en el pasado había arrasado la iglesia del Santo Sepulcro hasta cenizas y había perseguido con saña a los cristianos sirios. Fue una mención irritante y descortés.

Con más orgullo si cabe que el de los orientales, se levantó Bohemundo y les dijo verdades como puños, pero tratando de mantener la corrección diplomática, pues una posible alianza con los egipcios no era del todo desdeñable.

Cuando los embajadores, que se alejaban con su pompa, aún no habían llegado a sus bateles que les esperaban en San Simón, un emir que desde tiempo atrás vigilaba a los cristianos —Ducac, de quien hablaremos luego largo y tendido— se les echó encima, pero entre Bohemundo y Roberto de Flandes deshicieron su ejército en un minuto, enviando a todas prisas los despojos de los soldados muertos sobre cuatro camellos, para que los egipcios, antes de embarcar, supieran cómo se las gastaban los de la cruz.

Aún antes de la entrada en Antioquía tuvieron los occidentales que mantener una batalla más seria con otro de los emires de los que hablaremos —el emir de Alepo, Ridwan—, pero con suerte pues, tras vencerlo, le requisaron muchas riquezas y se cuenta de aquella escaramuza que un sarraceno de tamaño colosal arremetió contra Godofredo y le propinó un golpe rompiéndole la coraza; pero el noble Godofredo, como un ángel exterminador, se volvió y de un tremendo y único tajo partió a aquel

sarraceno enorme en dos, y cuentan que el caballo penetró en Antioquía al galope y con sólo medio sarraceno encima.

Como los peregrinos de Pedro observaran que tras la batalla los musulmanes enterraban a sus muertos con todo lo que llevaban encima, a la mañana siguiente violaron todas las tumbas y a cada uno se le veía despojando a un muerto que luego no se entretenía en volver a enterrar. Volvió con esto la fiesta de las cabezas y casi dos mil fueron arrojadas al Orontes que se atascaba a fuerza de despojos y cadáveres enteros que a él habían caído en la batalla del día anterior.

Viendo los príncipes que el populacho exultaba y estaba hiperactivo, encauzaron aquel exceso de energía para su provecho y les indujeron a arrancar piedra a piedra una mezquita de mármol que había cerca del cementerio. Con los materiales de aquella construcción levantaron una fortaleza delante de la puerta de la muralla por la que solían escapar los sitiados. Este fuerte fue financiado por Raymundo de Tolosa, que estaba en horas bajas, pues los demás le criticaban por atender más a su arreglo personal y a juegos cortesés y conversaciones de gabinete que a sus obligaciones bélicas y religiosas.

Para acallar la murmuración, pagó él solo la fortaleza que fue conocida, por tanto, como Fuerte Raymundo. Y Tancredo, envidioso de ello y no teniendo dinero para levantar otra propia, salió a los caminos, desvalijó a los comerciantes quedándose con caballos y víveres que vendió, consiguiendo así levantar él otro fuerte muy cerca del anterior y similar a él: Fuerte Tancredo.

El Rey Pordiosero

Para que el orden y el concierto fueran exquisitos, Ademaro, siguiendo los consejos de un sirio hábil, nombró entre los civiles un Rey Pordiosero, llamado así porque reinaba sobre los de esta condición; su obligación era enseñar a cada uno un oficio o, al menos, ponerles a trabajar en limpiezas, cocina, enfermería y mantenimiento de las tiendas, pagándoles durante el aprendizaje una pequeña cantidad para su digno mantenimiento. Estos mendigos, una vez que se colocaban a sueldo de algún señor o se hacían soldados del ejército cruzado —una vez graduados en sus respectivos oficios—, dejaban de estar bajo la soberanía de este Rey Pordiosero; pero si no realizaban su aprendizaje o seguían siendo haraganes y groseros, el Rey Pordiosero podía castigarlos con azotes o ayunos o prisión.

Pero Antioquía seguía intacta. Los de dentro, aunque desde las murallas veían y sufrían por las continuas derrotas de los que venían en su ayuda, se limitaban a sacar al patriarca cristiano metido en su jaula para humillar así a los cristianos, que veían a aquel representante de Cristo en las últimas, con grilletes y harapos. Toda la Navidad pasó el buen hombre colgando de la muralla, con lo que las fiestas les supieron a hiel a los cristianos.

Pero ¿qué sucedía en realidad en el interior de Antioquía? ¿Cuáles iban a ser los motivos por los que iba a caer la ciudad? ¿Qué maniobras políticas estaba llevando a cabo Sol del Estado, hijo de Yaghi-Siyan? Pues todo esto se sabrá leyendo el siguiente capítulo; se sabrá cuando penetremos en los secretos y dobleces de la política oriental.

CAPÍTULO X

Política oriental

Yaghi-Siyan el prudente

Fue en octubre cuando los cruzados rodearon a Yaghi-Siyan en Antioquía. Este emir, de luenga barba blanca y sabiduría probada, tuvo claro muy pronto que aquellos cristianos no eran meros enviados del emperador, como todos los otros emires creían, sino que pertenecían a una casta —como la suya— de señores altivos que no iban a por limosnas sino que ansiaban el poder y la gloria.

El duelo entre los turcos y los cristianos era un duelo muy antiguo enraizado en las mismas palabras, en el alma del lenguaje. Los cristianos, cuando querían despreciar a los orientales les llamaban turcos, voz que quiere decir «perros». Hacía mucho que no se dirigían a ellos llamándoles musulmanes, que es la fórmula cortés, pues musulmanes significa «creyentes de la verdad».

Por otro lado los turcos llamaban ordinariamente a los cristianos «puercos». Este desprecio idiomático llevaba implícita una declaración de guerra en todos los órdenes de la existencia.

Convencer a los demás emires que todavía no se sentían amenazados, para que le socorrieran, entrañaba una suprema dificultad. Dificultad porque sus vecinos eran sus enemigos y sólo las tensiones, los contrapesos y la habilidad le mantenían en el trono y porque, si aquéllos accedían a ayudarle, iba a ser siempre con la idea final de arrebatarle el trono.

Su más cercano enemigo —disimulado— era Ridwan, sultán de Alepo (una de las más antiguas ciudades del mundo después de Jerusalén y Damasco) que, además, era su yerno.

Ridwan de Alepo

Este yerno, muy joven, de afiladas y casi téticas facciones, oscuro y delgado, que aún no había cumplido los veinte años, era el centro de una leyenda horrible, pues se murmuraba que en sus sótanos escondía a un sujeto indefinido, brujo y astrólogo, conocedor de ciencias ocultas, muy poderoso y al que nadie había visto el rostro. En estas condiciones puede imaginarse que la gente murmuraba que a Ridwan lo protegía el diablo.

La biografía de este príncipe cruel y frío como el mármol, estaba abigarrada de crímenes en los que se estrenó ya en la infancia, pues a sus hermanos menores los

había asesinado sin llegar, ni él ni ellos, a la pubertad, por temor a que le menoscabasen su herencia; y, siguiendo con su carrera de delincuente juvenil, era en la actualidad el jefe de una banda temida en toda la región —y que luego tuvo mucho predicamento en las siguientes cruzadas— que por ser consumidores de una droga llamada hachís se les conocía como los Hachesinos, es decir, los Asesinos. En realidad sólo una parte de esta famosa banda habitaba en la corte de Ridwan, estando el grueso de ella en el castillo de Alamut, en Persia.

Los Asesinos procedían de Persia y era su jefe supremo el Señor de la Montaña. En la época de Ridwan la secta de los asesinos (también llamados ismaelitas) estaba en su principio y no sería hasta los años posteriores cuando estos especímenes tendrían un papel estelar. Aquí reseñaremos algunas de sus características más generales.

Vivían en un castillo inexpugnable —Alamut— alto y escarpado, como un nido de águilas, dominados en cuerpo y alma por el Señor de la Montaña que se servía para esclavizarlos de engaños y drogas. El Señor de la Montaña conducía a los suyos hasta el éxtasis. Los adormecía con opio y los despertaba después con una ducha de vinagre. Mientras estaban dormidos los llevaba cargados sobre sus espaldas hasta un lujoso aposento donde atendían su despertar esclavos jóvenes de los dos sexos: «Somos las huríes y los hijos del paraíso», susurraban a los oídos del futuro asesino. «Sueña, no tardarás en despertar».

El candidato entonces respiraba un aroma a musgo e incienso, descubría un espléndido jardín decorado para tal fin, un verde paraíso con sus bestias y sus pájaros de vivos colores, su agua cristalina, sus fuentes, sus árboles. «¿Estaré soñando?», sospechamos que se preguntaría el catecúmeno. Pero enseguida advertía que no, pues mientras los esclavos le agasajaban él seguía escuchando la voz de su amo, es decir, del Señor de la Montaña que le leía la cartilla: «Debes saber que Alí, tu Señor [se refería al yerno y sobrino de Mahoma pues estos ismaelitas eran chiítas, antecesores de Jomeini], me ha mostrado el lugar que te ha destinado en el paraíso».

Aprovechando que estaba hambriento, los esclavos le servían las más exquisitas viandas en platos de oro y las huríes regaban su cuerpo con agua de rosas. Tras unos días dedicado al amor y al lujo le servían de nuevo deliciosos líquidos opiados y, al quedarse dormido, volvía el Señor de la Montaña y cogiéndolo en brazos lo depositaba en el primitivo aposento y lo duchaba con vinagre, con lo que aquel desgraciado, al despertarse, no podía menos que exclamar: «No hay más Dios que Dios, Mahoma es su profeta y Alí es grande».

Entonces el Señor de la Montaña se ponía pedagógico: «Lo que has soñado es un milagro de Alí que ha inscrito tu nombre entre los de sus amigos. Si guardas tu secreto serás feliz, pero si faltas a él conocerás la cólera del imán. Si mueres a su servicio serás mártir de su causa, pero si traicionas sus secretos serás expulsado de su casa».

Así se recolectaba a estos eternos fumadores de hachís, que bajo su influjo y las

mentiras del Señor de la Montaña —también conocido como Anciano de la Montaña— se convertían en una especie de esclavos morales dispuestos siempre a cometer las más espantosas tropelías.

Bajo la influencia de esta sustancia mataban sin remordimiento, de encargo y con altas tarifas, como en Chicago, con lo que vivían en la opulencia y en una especie de sueño eterno.

Este angelito —nos referimos a Ridwan, al que dejamos unos párrafos más arriba—, por descuido o por incompetencia, había dejado con vida a uno de sus hermanos, Ducac, en la actualidad emir de Damasco. No se piense que Ducac era mejor; ni mucho menos. Ducac, temblando de odio contra su hermano, abrigaba sólo la intención de arrebatarse el poder y después asesinarlo y, como a su talante ruin y rastrero añadía una mala salud, Ducac había jurado llevarse por delante a su consanguíneo antes de que le visitase la Parca, con lo que Ridwan, conocedor de la condición enfermiza de su hermano, no las tenía todas consigo. Siempre estaba informado de si se acatarraba o padecía mal de intestinos y uno y otro tenían espías en las cortes contrarias, pues en realidad sólo estaban atentos el uno del otro.

De las relaciones entre Yaghi-Siyan y su yerno da idea el hecho de que, cuando aquél mandó a su hijo Sol del Estado a pedir ayuda, evitó enviarle a la corte de Ridwan y con esto queda dicho todo. El hijo del emir de Antioquía, tras el asedio de los frany, salió a galope una noche por la puerta que daba al lago y, seguido de tres de sus capitanes, se dirigió a la corte de Damasco en busca de Ducac, al que también odiaban padre e hijo, pero era su odio un odio tolerable.

Ducac de Damasco

La corte de Ducac le pareció al de Antioquía tétrica y angustiosa. Faltaban hasta las mínimas trazas de alegría y se vivía en el castillo del emir como en un hospital castrense. Los soldados estaban siempre armados vigilando los barrios; rara vez se escuchaba música o risas y había grandes penas para los que hicieran ruido.

También el palacio era angustioso; la luz apenas penetraba para que los ojos de Ducac —siempre inflamados y enrojecidos— no sufrieran, y a nadie le estaba permitido no ya tocar, ni siquiera rozar al príncipe. En estas condiciones y por muy bien que Sol del Estado le explicara el peligro que corría Antioquía rodeada de los frany, incluso aunque se esforzó en hacerle comprender que también pronto serían los frany un peligro para Damasco, el emir, envuelto en suave manta y tratando de sudar para eliminar un mal de huesos que solía padecer en otoño, sólo al final de la larga perorata de su huésped se sacó con la punta de sus flacos dedos una gasa de su dolorido oído para preguntar medio afónico.

—¿Eeeh?

Sin embargo, hubo suerte. Su consejero de guerra, sacando una trompetilla de oro

le musitó al doliente su conseja: que debía ayudar a Yaghi-Siyan antes de que éste recurriera a Ridwan, antes de que vencieran ambos a los extranjeros y antes de que, ya formada una fuerza grande entre los dos, quisieran tomar Damasco. Como se ve por esta argumentación del ministro de la guerra de Alepo, lo que de verdad les importaba a aquellos emires eran los otros emires y no los guerreros de la cruz. El enemigo estaba en casa: quizá sea esto lo que más aleja de la mente la idea de guerra santa. Este concepto debió de ser posterior; en aquella actualidad en la que estamos instalados, los verdaderos enemigos eran internos.

Y como la vida de los príncipes seléucidas era un infierno de trampas, traiciones y crímenes —rara vez uno de ellos moría en su lecho—, el hipocondríaco Ducac comprendió que su ministro tenía razón y, viendo que era inevitable pero sin ganas, anunció a Sol del Estado que pondría en marcha un ejército con la intención de rodear por sorpresa a los frany antes de Navidad.

Pasemos volando por los dos meses de espera durante los que Sol del Estado soportó las vacilaciones, vueltas atrás, enfermedades y reproches de Ducac que nunca veía el día para empezar a armar el ejército prometido. Por fin el ejército se puso en marcha el día 31 de diciembre de 1097, con Ducac en litera y bien abrigado y se hicieron a buen paso las jornadas hacia Antioquía.

Batallar sin ganas

Pero Sol del Estado veía cómo a lo largo del camino el ánimo del emir iba decayendo y poco podían hacer sus generales instándole para que presentaran la prometida batalla. Poco a poco el paso se hacía más lento, los soldados iban aflojando y de esta manera absurda —pues absurdo es ir a una guerra con desgana— en una revuelta del camino, ya cerca de la ciudad sitiada, se dieron de bruces con Tarento y Flandes que, al mando de aquellos veinte mil peregrinos recién comulgados de los que hablamos en el capítulo anterior, habían salido a forrajear (y a robar, dicho sea sin rebozo).

Pues sí, fueron aquellos desesperados los que en un instante saquearon el ejército alicaído de Ducac —éste huyó a bordo de su litera, a hombros de sus lexicarios en cuanto vio a los frany en la lejanía— y los cristianos hambrientos, sin pararse a batallar, se limitaron a despojarlos de dinero, armas, víveres y caballos.

Ésta fue la primera aventura guerrera de Ducac, absolutamente ridícula como puede comprobarse. Y Sol del Estado en lamentable postración y hondo pesimismo, volvió a Antioquía a contar a su padre el fracaso de sus gestiones.

Pero no en balde era emir Yaghi-Siyan. Para ostentar aquel título en el mundo revuelto de Siria, se precisaban unas virtudes entre las que estaba la tenacidad. El viejo príncipe hubo de volver, aunque de mala gana, los ojos a su yerno.

No lo hubiera hecho ni siquiera un día antes porque a Ridwan la suerte de cualquier otro que no fuera la suya le traía simplemente al fresco; pero dábese la

casualidad de que los hambrientos cristianos habían ido en sus correrías hasta muy cerca de la ciudad de Alepo. Un grupo de caballeros había hecho una razia brutal en algunas villas de Ridwan y éste estaba furioso. Precisamente en aquella ocasión fue en la que murieron el joven Suenon y su prometida Florinda, pero también habían muerto muchos de los vasallos del emir y, lo que era peor, le habían robado varios rebaños muy hermosos de su propiedad. Estaba, pues, abonado el terreno para que Sol del Estado lograra lo inimaginable: la ayuda de su cuñado.

Después de soportar lo soportable —las burlas y groserías de su cuñado, sus engaños y patrañas— Sol del Estado, que desde el primer momento se había dado cuenta de que Ridwan sí estaba preocupado con los frany, logró que el emir de Alepo armase un ejército numeroso y saliera a dar batalla a los de la cruz.

Era aquel tiempo de espías y éstos iban de corte en corte y de ellas al campamento de los cruzados con las noticias. Todos conocían así, aunque fuera por aproximación, los movimientos de los otros, de manera que Yaghi-Siyan pronto supo que Ridwan y su hijo tenían como fecha del ataque el 9 de febrero y se apresuró a armar e instruir a los caballeros e infantes que defendían la ciudad para aprovechar el ataque de su yerno y reforzarlo a retaguardia con una salida inesperada. El plan consistía en coger a los frany en una tenaza y, como se ve, era —al menos como plan— de una eficacia grande.

El príncipe miedoso

Por fin se acercaban los de Alepo. Los frany habían sido informados de ello y, como estaban en tan mala situación y por el invierno se habían comido prácticamente todas sus cabalgaduras, pudieron alinear no más de ochocientos caballeros. Ridwan traía miles, pero también traía algo que desconocían los hombres de la cruz: miedo. La leyenda hinchada de la crueldad y el valor de los cruzados asustaba a Ridwan, cuyas ambiciones eran de orden local y no veía más peligro cierto que el proveniente de su propia familia y amigos.

Según se acercaba el ejército seléucida a Antioquía más temía Ridwan cosas raras, como que, después de vencer él a los cristianos y aprovechando el cansancio del combate, saliera Yaghi-Siyan a rematarles o que aquello fuera una trampa tendida entre su suegro y su hermano, y otras sospechas de esa especie. Iba, pues, muy recalcitrante, de manera que, en vez de embestir a los cristianos sin contemplaciones, mandó levantar un campamento y tomarse tiempo para meditar. Pero como ya vimos antes, los cristianos, sabedores de que un emir estaba cerca, y viendo lo menguado de las fuerzas propias, aprobaron en consejo no esperar a que los atacasen sino aprovechar al menos la sorpresa. Así que se pusieron en marcha y cayeron sobre ellos en un terreno en el que los turcos no tenían movilidad para su conocida táctica de guerra.

Resumiendo: que a pesar de que les doblaban en número, los de Ridwan sufrieron una auténtica carnicería y el emir, al poco de empezada la batalla, huyó perdiéndose en las brumas de un horizonte de lamentos y cadáveres.

Pero Yaghi-Siyan cumplió lo convenido y sus tropas salieron al galope y con grandes gritos de la ciudad sitiada. Se echaron de repente sobre los que quedaban en el campamento y todo parecía indicar que la suerte iba a inclinarse a su favor cuando los frany que tendrían que estar peleando con Ridwan volvieron entre vítores y alegría y cargados con las cabezas y los caballos de sus enemigos.

Este lamentable espectáculo (espectáculo lamentable para el emir, claro) aflojó el afán guerrero de los de Antioquía que acabaron replegándose y encerrándose de nuevo en la ciudad. Caídos en profunda tristeza y melancolía por la derrota, los antioqueños escucharon las burlas de los de afuera, los silbidos despectivos y, lo que es peor, soportaron otra lluvia de cabezas entre las que muchos reconocían a sus hijos y esposos y hermanos.

La última baza: Kerbogá

¿Qué podía hacer Yaghi-Siyan ahora, con sus dos vecinos vencidos tan afrentosamente? Sólo le quedaba una esperanza, y era remota: enrolar para su causa al gran Kerbogá, emir de Mosul.

Kerbogá era el emir más importante de la zona. Mosul también era una ciudad no sólo prestigiosa sino rica y su riqueza iba en auge gracias a su industria —la muselina se exportaba a todas las esquinas del mundo— y a una sustancia de la que el historiador y viajero árabe Ibn Yubayi habla con admiración: las fuentes de nafta, el futuro oro negro.

Este viajero célebre describe muy acertadamente un manantial de petróleo, habla de sus utilidades —entonces lo empleaban tras desecarlo para hacer betún, para bañarse en él, para curar enfermedades y para construir casas— y conviene en que esta rara presencia que surge del centro de la tierra es un prodigio que Alá crea para premiar a los de la orilla del Tigris. Alabado sea por lo tanto Alá el grande, Alá el misericordioso, que no sospechaba —al hacerles aquel regalo venenoso— en qué fregado estaba metiendo a los suyos para un futuro lejano...

Además Kerbogá era un atabeg, un mameluco, o sea, un esclavo.

Era muy corriente entonces, y entre los turcos, que las ciudades más importantes y los ejércitos más poderosos estuvieran dirigidos por esclavos ilustrados, pues como ser príncipe era tan difícil y tan poco duradero —por las guerras y enfermedades— la mayor parte de los adultos morían jóvenes y dejando hijos tan pequeños que precisaban tutores. Los esclavos pronto adquirieron prestigio y eran ellos los que, en la infancia de los verdaderos príncipes, administraban el reino. Eran, en la teoría, los regentes del real mamoncete.

Y ¿cómo acababa aquella simbiosis? Pues tenía dos formas de resolverse; una: si el pequeño vástago real conseguía llegar a la adolescencia, liquidaba a su atabeg con veneno, emboscada u otro tipo de traición; y otra: lo más frecuente era que no llegara el pequeño a la edad de merecer y ya su mameluco se encargaba de ello.

Era Kerbogá, pues, uno de aquellos esclavos mamelucos reinantes. Su inteligencia debía de ser extraordinaria ya que, además de hábil político, financiero astuto y estratega admirado, era el emir un campeón de ajedrez, juego al que dedicaba muchas horas de su vida.

Cuando le llegó a Kerbogá la petición de auxilio de Yaghi-Siyan, no lo dudó ni un minuto. Comprendió que los frany eran un terrible enemigo, pero también comprendió que aquél era el momento para hacerse con el mando en todo el territorio de Siria.

Era ya abril de 1098 cuando Kerbogá puso su ejército al pie de las murallas de Mosul. Con todo el pueblo presente se leyó el firmán del emir por el que se declaraba la guerra, oficialmente y en nombre de un bebé envuelto en pañales que quedaba en Mosul entre los brazos de su madre.

El emir estaba tranquilo al frente de un ejército disciplinado y rico, aunque lo que más le preocupaba era la falta de noticias pues había llegado a sus oídos que los espías habían abandonado, empavorecidos, el campamento frany ya que un energúmeno rubio y grande como una torre —según contaron los que llegaban, refiriéndose sin duda a Bohemundo— había asado a un par de ellos en espetón y luego se los habían comido en agradable francachela. No querían ya los espías nada con los frany y por ningún oro del mundo se atreverían a infiltrarse de nuevo en el ejército cristiano.

Esta falta de noticias no le gustó a Kerbogá, quien lo último que supo fue que los cruzados temblaban de pensar que él pudiera caer sobre ellos. Pero había otra cosa que intranquilizaba aún más a Kerbogá y que durante las primeras etapas del camino no dejaba de ir mascullando: la presencia del príncipe de Edesa, Balduino, que al avanzar Kerbogá hacia Antioquía iba a quedar a sus espaldas. ¿Y si Balduino, aprovechando que Mosul quedaba desprotegida, intentaba tomarla?

No quería el emir dejar enemigos a retaguardia por lo que, ya en camino, decidió cambiar el rumbo y, contra todos los consejos, el gran ejército de Kerbogá abandonó la ruta de Antioquía y se dirigió hacia Edesa. Sólo cuando destruyera a Balduino —se empeñó el emir— iría en defensa de Antioquía.

Un ejército en dirección equivocada

El ejército, vestido de blanco inmaculado, enarbolando sus banderas y pendones todos negros, avanzó hacia Edesa, hermosísimo y temible, como una pesadilla.

Pero Kerbogá se había equivocado, cosa rara en él. Asediando Edesa comprendió

que Balduino podía hacerse fuerte en su ciudad durante meses o años, pero que no tenía ejército para tomar Mosul: estaba por tanto Kerbogá perdiendo el tiempo.

Claro que estaba perdiendo el tiempo. La primavera como vimos, había mejorado mucho las condiciones de los cruzados y hasta por el puerto de San Simón les había llegado una enorme nave llamada *uxer* cargada de caballos, con lo que, si no repuestos del todo, sí que estaban ya en condiciones de defenderse.

Pero la sorpresa saltó sobre Kerbogá, cuando se encontraba ya a pocas leguas de Antioquía. Entonces un correo le llevó la fatal noticia: la ciudad estaba en manos de los cristianos. Había caído por traición y su población había sido saqueada y pasada por las armas. Yaghi-Siyan —le dijeron—, horrorizado y aterrorizado, había abandonado a los suyos —hasta a su esposa e hijos— y como un cobarde había huido en compañía de algunos generales, dejando la ciudad en manos de sus enemigos y ardiendo por los cuatro costados. Sólo Sol del Estado había tomado la ciudadela y desde ella se defendía.

También le informaron de que a pocas millas de Antioquía el venerable Yaghi-Siyan, derramando amargas lágrimas por su traición y transido de dolor, cayó de su caballo sin conocimiento, muriendo en el acto. Se contó que los suyos le abandonaron y que un pastor armenio que le reconoció por sus ropas cortó la cabeza al cadáver y se la llevó por unos dineros a los frany. Era el 2 de junio de 1098.

CAPÍTULO XI

Una victoria de doble filo

Diálogo sobre cometas

La noche era sucia como hollín a causa de unas nubes bajas y muy amenazantes. Por septentrión soplaban un viento desbarajustado que levantaba remolinos y en ocasiones dejaba ver la luna, alta, muy pequeña, rápida. Y de nuevo la oscuridad grisácea volvía y, mientras los soldados —un grupo elegido— daban diente con diente por la barbaridad peligrosa que iban a acometer, dicen que un cometa de gran tamaño, como la estrella de Belén, atravesó el firmamento por bajo las nubes —lo que se consideró enorme milagro— y se posó un instante sobre la torre de las Dos Hermanas, justo sobre el punto en el que iba a violentarse Antioquía.

Bohemundo, impaciente y muy nervioso, veía que a la dificultad de la hazaña se añadía la tormenta que ya soplaban. El viento enseguida trajo olor de tierra mojada y luego trajo agua y, sin tregua, pedrisco. Los granizos repicaban sobre las corazas de los soldados —unos sesenta—, que sólo esperaban la linterna del guardián de la torre —Firuz— para iniciar, así, de tapadillo, el asalto a Antioquía.

La luz rojiza fue avistada entre la espesa lluvia. Era la señal, pero nadie se movió excepto Bohemundo que, en silencio y haciendo muecas y con el rostro desencajado y azuzando a los soldados con la espada, trataba de ponerles de pie. Los soldados, arrugados, suponían que iban a una muerte más que cierta —lo suponían por el presagio del cometa— y empapados y deprimidos se apretaban uno contra otro sin dar un solo paso.

Y fue Bohemundo quien, acercándose a la muralla por el lado de la linterna, encontró la escala y subió por ella dándoles ejemplo. Bajo la luz siniestra de un rayo, le vieron subir y aún se divisó en un instante el rostro de Firuz, su uniforme, la linterna que se balanceaba por el viento.

Un capitán llamado Covell, que comandaba la tropa, con patadas e insultos hizo poner en pie a los soldados y asustados unos en cuclillas, otros a cuatro patas, los setenta corrieron bajo la furiosa lluvia hasta el pie de la muralla. Ahora tenían que ascender la escala; este Covell, conocedor de sus hombres, entabló un diálogo rápido con los cobardes, les afrentó y se rió de los cometas en general y de aquel que habían visto en particular, pues era por el augurio del cometa por lo que aquellos rufianes se habían arrugado.

Pronto se dio cuenta Covell de que entre la tropa elegida se encontraba un listillo más leído de lo preciso, que estaba envenenando a los otros desgraciados con leyendas antiguas. Le oyó mentar al cometa Typhon, de antes de Jesucristo, cuya

presencia —afirmó— significaba que vendría una pléyade de fantasmas para arruinar las iniciativas de los humanos.

—¡No hay fuerza contra los cometas, no hay fuerza humana! ¡No podremos subir la muralla, el cometa hará que se desplome y moriremos horriblemente bajo las piedras, para acabar condenándonos! —aseguraba en voz baja y excitada el leído.

Y ante el silencio temeroso de los otros volvía a la carga:

—¿Es que no sabéis lo que pasó a Haroldo de Inglaterra en la batalla de Hastings, donde fue vencido por Guillermo de Normandía? Pues apareció un cometa cuando ya estaban seguros de la victoria y le soltó un pedrusco ígneo que le hizo salir los ojos de las órbitas y dicen de otro en Tracia que rasgó una montaña y brotó de ella un torrente de sangre...

Covel vio que la toma de Antioquía iba a fracasar gracias al deslenguado y, como era hombre de seso, no paró a discutir más de cometas, pues era ridículo en tan apurada situación. Viendo que había que obrar rápido y con exactitud, se limitó a asegurar que Bohemundo daría trescientos mil besantes a los primeros cincuenta que treparan la muralla. Y el listo del cometa dicen que fue uno de los quince primeros.

El mismo Covel inició la ascensión para que vieran los del cometa que la torre estaba expedita, que Bohemundo les esperaba arriba y que iban a ser ellos los libertadores de Antioquía y, por tanto, sus primeros y más agraciados saqueadores.

Firuz el cornudo

Poco a poco, empujándose y castañeteando los dientes, subieron los primeros soldados, cuando ya otro retén, emboscado en la oscuridad, se acercaba a la muralla. Como ratas treparon sesenta y luego cien más en el silencio de una noche ya más despejada, donde la tormenta bramaba a distancia y un suave olor de tierra húmeda daba fragancia al campo. La luna salió al centro, magnífica y fiera, y las nubes recorrieron su telón.

Entonces se pudo ver cómo aquellos torpes, apelotonados y sin atreverse a saltar de la escala al interior de la ciudad, hicieron que la almena se desprendiera y cayeron los primeros sobre las lanzas de los últimos que subían, dejando sus vidas en ellas: está claro que no hay que fiarse de los cometas.

Aquella victoria empezó con muchas muertes cristianas. El derrumbe despertó a todos y alertó a la ciudad, pero ya infinitos soldados cristianos subían por torres y escalas y ya los de dentro abrían las puertas de la ciudad y entraban por ella Raymundo y Godofredo y Ademaro y todos los demás jefes de la cruzada: Antioquía estaba ocupada. Como un clarín rotundo sonó el grito cristiano: «¡Dios lo quiere!».

Pues bien, todo aquello había empezado unas semanas atrás, cuando un caballero de las mesnadas de Yaghi-Siyan, llamado Firuz, hijo de un fabricante de corazas, de origen armenio, cristiano apóstata (dicen que por inconsecuencia de carácter y deben

decir bien, pues tras convertirse al Islam y de nuevo al cristianismo, se desdijo y se volvió a Mahoma), se había encontrado a la orilla del Orontes con Bohemundo. No habían tratado de pelear —los encuentros entre unos y otros no siempre eran bélicos— sino que, poco a poco, se comprendieron y se habían confiado sus cuitas.

Firuz le había comunicado a Bohemundo que estaba bastante harto del emir, de las privaciones de Antioquía, de las enseñanzas del Corán, de su señora, y de la vida en general. Bohemundo, aprovechando su labia, había extraído de aquel marido cornudo —porque lo que le pasaba a Firuz en realidad era que su señora le engañaba con un turco y todo lo demás eran superfluidades— las noticias que le interesaban.

Más veces se habían visto a escondidas Bohemundo y Firuz y el interés del príncipe por aquellos encuentros se basaba en que aquel cuitado le había comunicado que estaba, él solito, al mando de una de las más importantes torres de las murallas —la de Dos Hermanas— con lo que la imaginación del italiano empezó a maquinarse en su provecho. Pronto vio que aquella posibilidad —que Firuz le franquease la entrada por su torre— no sólo ahorraría vidas y tiempo al ejército, que en tan mala situación estaba, sino que al ser él quien encabezaba esa operación de indudable éxito, sería también él quien quedase al mando de Antioquía. En definitiva, Bohemundo, como casi todos los combatientes, había venido a Asia a salvar el alma, pero también a por fortuna y gloria, y veía que tenía la ocasión servida en bandeja.

Por otra parte, al estar Alejo en la distancia, la toma de Antioquía —si es que él conseguía convencer a los otros jefes— no sería disputada por el emperador y además —este además era el trascendental— el ejército sabía que el emir de Mosul, el terrible Kerbogá, se acercaba acompañado de otros veintiocho emires, entre los que se encontraban los de Persia, Palestina y Siria, el príncipe de Jerusalén y los de Alepo y Damasco (que estaban deseando vengar su derrota) a darles batalla. Si no habían entrado los cruzados en Antioquía antes de que tan poderoso ejército se echara sobre ellos, es que ya nunca entrarían en Antioquía.

A Firuz le habló un día con franqueza de sus planes y le ofreció un cargo relevante en su futuro gobierno. El armenio, que sólo quería éxito para sacarse la espina de su derrota conyugal, se avino. Sólo quedaba convencer a los cruzados.

Una idea poco digna

Cuando Bohemundo les propuso la idea, Raymundo de Saint-Gilles rabió en su interior, aunque se lo tomó a chanza. Es de suponer que el conde de Tolosa sospechase que si Antioquía se la quedaba Bohemundo ya no iba a quedar mucho para él, estando de por medio Godofredo, que era —lo reconocía a regañadientes— de más categoría que él a pesar de llevar en su tropa al delegado papal.

El Consejo —que se había convocado a instancias de Bohemundo para proponerles aquel plan— secundó la chanza de Raymundo pero, como siempre, quien

ríe el último ríe mejor; a Bohemundo no se le movieron los pulsos ante tanta broma, ya que sabía que Kerbogá estaba a sólo siete jornadas de la ciudad y por lo tanto no tenía dudas: o alguien proponía un plan mejor, lo que era casi imposible, o se aceptaría el suyo.

Vamos a hacer un excursio para informar de que Bohemundo dominaba la retórica, tercera arte del *trivium* (que englobaba la gramática, la dialéctica y la retórica) lo que no quiere decir que no dominara, y admirablemente también, las otras dos.

Hablar bien era, en aquella época de iletrados, la llave del éxito. La gente analfabeta esencial de entonces fiaba de la palabra hablada como la gente analfabeta funcional de hoy fía de la escrita. En cuanto oían a un pico de oro caían transidos. No por otra cosa gastaban tanto tiempo en arengas, ni por otro motivo triunfaba tanto Pedro el Ermitaño, que —siendo sinceros— no tenía más prendas que su pico.

La retórica era un arte mayor. La única manera de ser un experto en retórica era haber tenido en la juventud buenas lecturas y Bohemundo había estudiado a fondo a Virgilio, a Estacio, a Juvenal y a Terencio. Tras una adolescencia airada, había intentado acabar su interrumpida educación metiendo el diente a Cicerón, pero este autor se le había resistido, sin duda porque su seso ya estaba endurecido con el riego hormonal, aunque este hueco lo había rellenado el príncipe con sus aptitudes innatas para la charla a la que era muy aficionado.

Y así fue. Convenció con su labia al grueso del ejército y los propios soldados hablaron a su favor delante de Ademaro de Monteil que era quien en definitiva tomaba las decisiones últimas. La parte fea del asunto —que la victoria fuera de la astucia y la trampa y no del valor— era lo que contenía a Ademaro, pero como cuando una cosa mala se opone a otra peor siempre triunfa la mala, se aceptó el plan de Bohemundo, incluido que la ciudad quedara bajo su dominio, pues ya se encargó el de Tarento de correr la especie de que aquel proyecto le había costado mucho dinero en sobornos.

Quedó estudiado el modo, empezando por el necesario engaño que debería hacerse a Yaghi-Siyan. Inventaron la añagaza de que se retiraban al saber que se acercaba Kerbogá. Y habría de verse a toda Antioquía de fiestas cuando presenciaron la solemne retirada del ejército que llevaba meses sitiándoles.

Desde las murallas el pueblo en pleno presenció el levantamiento del campamento cruzado y vieron cómo aquel ejército, encabezado por sus estandartes, se perdía en el horizonte.

Claro que no se perdía en el horizonte, sino que, una vez traspasados los montes próximos, se escondieron los cruzados a su abrigo, esperando la noche.

Hubo entonces un problema en el interior de la ciudad pues la mujer de Firuz, conocedora del plan de su esposo, se fue de la lengua y se lo contó al turco con quien tenía amores y éste lo chismorreó por allí y por allá hasta que llegó a oídos del emir que mandó llamar a Firuz. Pero era éste un armenio muy sutil y un mentiroso de tantos quilates que no sólo logró que no sospechasen tal cosa de él, sino que de la

entrevista con el emir salió con su autoridad reforzada, pues se le encargó una investigación de todos los guardianes de las torres para aumentar la seguridad de la plaza.

Firuz, entonces —ya estaba entrando el día en su crepúsculo—, se fue a hablar con su hermano, que dirigía la torre contigua a la suya, y le contó ce por be lo tramado ofreciéndole dinero y ascensos si secundaba a los cruzados.

Dicen algunos cronistas que el hermano se puso de patas al oír tal infamia y quiso volver al emir con el cuento; que le afeó con palabras desagradables a su hermano tan afrentosa comisión, y que llorando se separó de él para avisar a la guardia, por lo que nuestro armenio no tuvo más remedio que agarrar por el cuello a su pariente y mandarlo a mejor vida. En resumen, la ronda de guardia pasó por el puesto de Firuz, bromeó con él durante un rato mientras el cadáver del hermano se ocultaba bajo la mesa y se fueron tan ternes sin sospechar lo que horas después se les vendría encima.

Por la puerta de atrás

Pero habíamos dejado a los caballeros tomando Antioquía. Nada más entrar, los trompeteros se apostaron en las almenas y toda la noche fue un trueno, un cántico y un despertar, pues los habitantes de la ciudad, que dormían, salieron de sus lechos para ser degollados: las trompetas del juicio final sonaron para esos pobres y allí, en esa gran carnicería nadie preguntaba al otro de qué religión era. Los armados se limitaban a rebanar el pescuezo a los inermes; «matadlos a todos que Dios reconocerá a los suyos», dicen que dijo Ademaro de Monteil; puede que no lo dijera, pero eso es lo que hicieron. Los cruzados mataron a todos y San Pedro, a la puerta del cielo, los fue clasificando.

Algunos de los peregrinos subieron a las torres de los templos y pusieron las campanas en rebato y los soldados, tras una victoria sin heridos, desfilaron por las calles al redoble de los tambores. Fue una noche de fiesta y muerte muy del gusto de aquellos antiguos, que sucedió a un día de tensión y que a su vez fue pórtico a otra jornada de barbarie, pues, no contentos con matar y saquear todo, los de la cruz se entretuvieron incendiando barrios enteros.

Sólo Bohemundo iba al lado práctico: a colocar su pabellón rojo sobre la más alta torre de Antioquía. Y el piadoso Ademaro se apresuró a sacar de su jaula al patriarca para reponerlo en sus funciones.

Un final infamante

Los que buscaban al emir pronto supieron que se había comportado con cobardía abandonando tierra y familia, pero su hijo Sol del Estado, valentísimo, se hallaba

dentro de la ciudad y se había hecho fuerte en la ciudadela con un grupo de caballeros sarracenos. Fue imposible sacarlos de allí, pues en las escaramuzas que sostuvieron morían muchos cristianos por estar aquéllos altos y protegidos, en evidente ventaja. Los cristianos optaron por dejar al hijo del emir y sus caballeros encerrados, aunque rodearon la ciudadela con un cordón de vigilancia.

Del emir supieron la suerte al día siguiente, cuando les entregaron su cabeza. El pastor que la trajo para entregársela a Bohemundo vendió a un caballero la vaina de su cimitarra y su cinturón por sesenta besantes —moneda bizantina de oro y plata— cada cosa.

Realmente las cifras de muertos que dieron en esta ocasión los cronistas son quizá las más reales y menos exageradas ya que se limitaron a escribir que, al caer la tarde, no quedaba un turco vivo en Antioquía.

Quizá extrañe esta impiedad en hombres tan religiosos pero la práctica había demostrado que la misericordia con los vencidos daba pésimos resultados y los antiguos no asesinaban por capricho a sus enemigos, sino en defensa propia.

Mejor muertos que prisioneros

Además, los príncipes que, como escribe Vico (filósofo e historiador italiano del siglo XVIII), no tienen otra escuela que las costumbres del siglo, solían estar bien informados de las novedades introducidas en estos dominios. Por ello se extendió por toda Europa la noticia de cómo los plebeyos habían burlado con ingenio la caritativa misericordia del emperador germánico Conrado, alias *el Sábico*, el cual, movido por la piedad y tras conquistar una ciudad que se le había sublevado, decidió pasar por el cuchillo a todos pero, a causa de una mala digestión, tuvo un momento de debilidad y autorizó a las mujeres a atravesar la frontera con todo lo que llevaran encima.

No conocía el emperador la fortaleza de aquellas hembras, ni sospechaba su imaginación y desparpajo, ya que la cruzaron llevando encima a sus padres, hijos y maridos (amén del dinero) y las que no tenían demasiada familia se las compusieron para sacar de la ciudad un par de cabras y un gorrino y hasta hubo una gorda que se puso a los lomos la cabaña en la que vivía con todos sus habitantes. No, estaba claro que en aquel mundo repleto de caraduras, los príncipes no podían permitirse la frivolidad de ser compasivos.

En Antioquía fueron más serios. Aunque las calles estaban soladas con cadáveres y el calor veraniego pronto levantó el hedor de la carroña, la alegría irrefrenable que les produjo aquel acontecimiento —llevaban asediando la ciudad casi diez meses— se convirtió en fiestas, banquetes y desmadre general. Por los dos extremos pecaban los cruzados a lo que se ve y con la misma aplicación: o por defecto o por exceso, y es admirable que la naturaleza de aquéllos siempre fuera a celebrar las tristezas y las alegrías con lo mismo: con comida y mujeres.

Pero todo era nuevo, comida y mujeres incluidas, pues las mujeres eran ahora paganas y la comida la que aún quedaba en los sótanos del emir difunto. Largas mesas estuvieron día y noche repletas y las jóvenes bailarinas sarracenas acompañaron al ágape. Total que en ese derroche los hombres de la cruz volvieron a manchar su alma y consumieron todo lo que luego les volvería a ser de necesidad.

La verdad es que el futuro era aún más oscuro que lo fue el pasado, por más que en el delirio de la victoria no lo imaginaran: a pocas jornadas avanzaba un enorme ejército y además, ahora, de asediadores habían pasado a asediados, sólo que con el pequeño detalle de que también dentro de su ciudad tenían al enemigo, pues Sol del Estado no tenía aspecto de rendirse y, por el contrario, tenía aspecto de molestar bastante.

Kerbogá en el horizonte

Con horror vieron los cruzados el imponente ejército de Kerbogá que extendió sus tiendas por las faldas de las montañas cercanas. Y con mayor horror si cabe observaron que no tenían nada con lo que alimentarse; que estaban sobre un cementerio en el que nada quedaba que no fueran muertos.

Sería inútil hacer un detallado examen de la situación: diremos que entre todas las hambrunas que habían soportado aquellos desventurados, ésta fue la peor. No sólo se comieron todas sus bestias, sus cinturones y escudos y zapatos ablandados con agua y hasta las más miserables de las hierbas, sino que recurrieron a la antropofagia, devorando a los muertos y hasta a los ya enterrados.

Los príncipes y señores pedían limosna por las calles a aquellos a quienes aún les quedaba algo, y el valor de todo se incrementó hasta cifras de fábula. Como era de esperar volvieron las huidas y los soldados y jefes se escapaban de noche tirándose con cuerdas por las almenas, de donde salió el ignominioso título *saltadores de cuerda* para señalar a aquellos despreciables.

Huyeron primero los mismos de siempre, como el señor de Melún, apodado *el Carpintero*, que al momento puso los pies en polvorosa pues, aunque soportaba los combates más duros, era incapaz de tolerar el hambre. Pero se nos había olvidado decir que el buen Esteban de Blois había desertado antes de la toma de Antioquía, en cuanto supo que Kerbogá estaba en marcha.

Este esposo obediente llegó a su domicilio y allí estaba la terrible Adela, roja de ira por lo mal que había quedado Esteban y, sin dejarle ni siquiera pasar a descalzarse, lo envió de nuevo a Tierra Santa a ver si conseguía que quedase como un hombre. Pero también diremos que, en el viaje de huida, Esteban encontró a Alejo que se acercaba a ayudar a los asediados de Antioquía —creían ambos que aún continuaban los cruzados cercándola, no tenían idea de la traición de Firuz— y aquél se lo pintó a éste tan negro que el emperador dio la espantada y se volvió a Bizancio

asolando de paso sus propias tierras para cortar una imaginaria incursión de los turcos.

Morir en Antioquía

Volvamos al hambre y la desolación que embargaban la ciudad, que eran tantas que se llegó a dos extremos hasta ahora desconocidos: por un lado Ademaro tuvo que suspender los actos litúrgicos, pues las gentes iban a las iglesias a blasfemar y a escupir, y por otro se apoderó tal tristeza de la ciudad que las gentes se encerraron en sus casas y un profundo silencio, impresionante, reinaba sobre aquella especie de tumba. Tal era la desesperación que Bohemundo mandó incendiar la ciudad para hacer que los soldados salieran de las casas y, según cuenta Rodulfo de Caen, allí ardieron los palacios construidos con cedros del Líbano y en los que resplandecía el mármol del Atlas, el cristal de Tiro, el cobre de Chipre y el hierro de Inglaterra.

Algunos jefes quisieron implorar a Kerbogá proponiéndole entregar la ciudad a cambio de sus vidas, pero los provenzales y Ademaro, orgullosos y señores hasta el final, lo impidieron. Y como cayeran en manos del gran emir unos cristianos desmedrados cuyas armas estaban inutilizadas por el orín, envió éste dichas armas al califa de Bagdad con una carta así de arrogante:

*A nuestro Califa apostólico, a nuestro rey
señor Soldán guerrero animosísimo, y a
todos los valientes guerreros, salud y
honor inmenso:*

Regocíjense todos en la concordia, entréguese todo el país a los placeres de la mesa y de la conversación; que se feliciten por haber dado a luz hijos que van a luchar contra los cristianos y que reciban estas tres armas quitadas a los francos y sepan quiénes son los que pretenden medirse con nosotros, ¡cuán buenas y perfectas son estas armas!, ¿cómo quieren estos francos disputarlas con las nuestras, de oro y plata...? Sepan todos que tengo a los francos encerrados en Antioquía y que les haré sufrir la pena capital o los llevaré cautivos. Juro por Mahoma, y por todos los nombres de Dios, que no me volveré a presentar ante mi Califa sin haber conquistado por la fuerza de mi brazo, en honor de lo dicho, y de todos los turcos, la ciudad real de Antioquía, toda la Siria, la Romanía y la Bulgaria hasta la Pulla.

Tanta chulería e insolencia iba a tener un fin bastante ridículo. Y lo iba a tener como colofón a una retahíla de milagros que empezarían casi de inmediato, pues no

se puede llevar a los hombres a lo más profundo de la desesperación sin esperar consecuencias. En esas honduras existe el peligro de que se aúnen las fuerzas divinas con las de la fantasía. Hay enemigos que el hombre fatuo desconoce.

CAPÍTULO XII

La Santa Lanza

Pedro Bartolomé

Ante la tienda de Ademaro esperaba un peregrino de unos cuarenta años, calvo y enjuto, vestido sin atención ni cuidado. Tan de mal gusto era la ropa como su expresión, poco noble y de mirada huidiza, que traslucía un carácter siniestro. Lo introducía Jofredo, el mayordomo de Godofredo, cuya protección había ido a suplicar por ser éste de su pueblo y por pensar que así le recibiría el obispo de Puy, que ya repetidas veces se había negado a hacerlo.

Este peregrino, llamado Pedro Bartolomé, era bien conocido entre los barones de la cruzada, pues tenía fama de enredador, insidioso, jugador y borracho. Quizá por estos dones era por lo que Ademaro no quería concederle audiencia pero, después de escuchar lo que le tenía que decir Jofredo, aceptó perder un minuto con el tal Pedro Bartolomé.

La tienda de Ademaro se adornaba en los primeros corredores con estandartes y cofres con armaduras y casullas y en el salón principal, donde ahora había introducido a Pedro Bartolomé, sobre un sitial cubierto de paño púrpura descansaba la espada del papa Urbano.

Con un ademán, Monteil le animó a soltar su historia y aquel hombre de apariencia innoble, transfigurado, la inició así:

—Señor delegado papal Ademaro: soy criado del civil de la Provenza, Guillermo Pedro, y llevo padecidas las mismas penas que su eminencia con lo que, aun conservándome a infinita distancia de vos, nos igualamos en eso y por ello no puedo dejar de poner en su conocimiento el secreto que me pesa.

Aquí el hombrecillo soltó dos lágrimas e hizo unos hipos. Un clérigo que asistía a la conversación, y a señas de Ademaro, le entregó un pañuelo de lino que el pobre miró con respeto y sin osar tocarlo se sonó sobre el suelo, utilizando los dedos, como hacen —o hacían— algunos jugadores de fútbol.

Más recuperado, se centró en su historia.

—Señor Ademaro: la horrible noche del 30 de noviembre pasado, en el peor momento de aquel movimiento de tierra que casi acaba con el ejército, estando yo abrazado a un árbol y rezando en silencio para salvar mi vida, apareció sobre la copa de dicho árbol un anciano de cabello plateado acompañado de un joven de subyugadora belleza. El anciano que me habló dijo ser San Andrés me pidió que a no tardar le comunicase a su eminencia lo que sigue.

Lo que seguía era que, según la aparición, en un lugar de Antioquía se encontraba

enterrada la Santa Lanza con la que los judíos atravesaron el costado de Cristo.

—Sería conveniente saber —comentó el obispo con sorna, tras un silencio espeso— cuál es el motivo para que San Andrés haya tenido que darte a ti ese recado, pudiendo aparecérseme a mí, sin interpuestos.

Pero a Pedro Bartolomé nadie le había encontrado nunca sin argumentos:

—Eso me atreví a preguntarle, eminencia, a aquel radiante santo.

—Bueno, ¿y qué contestó?

El hombrecillo miró con angustia a un lado y otro de la sala, retorciéndose los dedos.

—¿Sí? —tronó amenazadora la voz del de Puy—. ¿Se puede saber qué contestó?

Con la mirada más huida que nunca y un hilo de voz, aquel Pedro Bartolomé se vio en la necesidad de responder:

—El santo, eminencia, dijo que vos teníais abandonados los deberes, que vuestros sermones escaseaban y que era esa desidia lo que le hacía emplear otros caminos...

El obispo se puso en pie, iracundo. Dio luego un puñetazo en la mesa.

—¿Osas decirme que soy un vago, bellaco? ¿Osas insultarme diciendo que los santos prefieren hablar contigo, desvergonzado? ¡Quiten de mi vista a este miserable...!

Pero Raymundo, que acababa de entrar en la estancia, rogó al obispo que contuviera su comprensible ira y que dejara a aquel estúpido llegar al final de su narración. Ademaro volvió a tomar asiento, pero se colocó de espaldas, indicando así que despreciaba todo cuanto oía.

Apariciones celestiales

La historia era compleja y algo pesada, pues, a lo que dijo Pedro Bartolomé, se le habían aparecido el anciano plateado y el joven radiante hasta siete veces, el joven siempre silencioso y en el anonimato y el anciano siempre instándole a que pusiera en conocimiento de Ademaro lo de la Lanza. Se decoraba esta historia con pasajes en los que Pedro Bartolomé levitaba, iba de un lado a otro medio desnudo —sólo tapado con la camisa— y entraba en las catedrales y templos lejanos y distantes.

Por último la aparición se le había mostrado iracunda por su reiterada desobediencia y le había castigado con una severa conjuntivitis. Y le había anunciado que, si encontraban aquella lanza vencerían a los sarracenos, y que el cielo ayudaría en todo lo que estuviese en su mano y que era mucho, pues tenía en la gloria celestial muchos santos esperando reencarnarse en los cuerpos de los soldados que murieran para nunca menoscabar el número de combatientes. Y que había una tropa de ángeles que estaría dispuesta a colaborar si los cruzados iban a donde ellos les dijeran a buscar la Lanza.

Sólo Raymundo estaba dispuesto a dar crédito a aquella fantasía. Ademaro,

pronunciando unas palabras despectivas para Pedro Bartolomé y hasta para San Andrés (no podía tragarse la crítica a su falta de celo), salió de la estancia diciendo que no quería colaborar en aquella patraña.

De repente las visiones se hicieron frecuentes en el ejército y aun entre los civiles. A un clérigo se le apareció la Virgen, a un soldado San Pedro y a los más, Jesucristo.

Todos insistían en lo de la lanza y, como a los que se había aparecido Jesucristo eran más creídos y se les consideraba de más categoría, se apresuró Pedro Bartolomé a decir que el joven radiante de su aparición era Jesús, pero en sus años mozos. Que la indicación era que él, Pedro Bartolomé, tenía que ser el encargado de desenterrar el botín, es decir, la Santa Lanza.

Pero el obispo, tras el ultraje de San Andrés, no estaba dispuesto a facilitar los caprichos de aquel desgraciado y se negaba a iniciar las operaciones conducentes al desenterramiento de la lanza. Mas como vio que todos los premiados con apariciones se empeñaban en una ordalía para probarlas y las ordalías eran siempre de mucho escándalo, cedió y preparó el escenario como Bartolomé había indicado: tres días de ayuno previos (como si no estuvieran en ayuno permanente), doce hombres buenos encerrados con él, rezando y cavando a los pies del altar de la catedral —edificio que los turcos llamaban Kusián—, y luego él rescatándola de entre la tierra.

También Raymundo insistió para que aquello se llevara a cabo, pues, decía el príncipe, si nada se encontraba nada pasaría, pero si se encontraba se habría agradado a San Andrés y estimulado al ejército.

La Santa Lanza

Se eligió el día 14 y en esa madrugada ocurrió otro prodigio coadyuvante: la bola grisácea, que otras veces había aparecido, se mostró de nuevo sobre el campamento. Sostenida en vilo o a veces velocísima, estuvo un rato por allí, con lo que supusieron que era un meteoro misterioso y que era una señal definitiva.

Después de una jornada agotadora, con todo el ejército apostado a las puertas cerradas de la catedral esperando el milagro, apareció en la puerta Pedro Bartolomé —semidesnudo, lo que al parecer le encantaba— y con el santo hierro en la mano.

Indescriptible fue la felicidad que embargó al pueblo de Dios. Ya nadie abrigaba la menor duda de que vencerían y muchos locos se arrojaron por las murallas pidiendo luchar y fueron muertos al instante por los sarracenos que los cercaban. Por fin, y dominados los instintos brutales y desmedidos de la plebe, los jefes decidieron que era el momento de enfrentarse a Kerbogá y dispusieron que una legación fuera a parlamentar con él.

Pero Kerbogá estaba en dificultades porque los emires de Alepo y Damasco empezaban a abrigar un temor supersticioso y estaban pensando en abandonar el ejército. Muchos otros emires estaban recelosos del poder de Kerbogá y éste no

conseguía que aquella gran extensión de guerreros estuviera coordinada y bajo un solo mando —el suyo—, sino antes bien, todos peleaban y discutían con todos y nadie admitía más autoridad que la de sus paisanos. El ejército estaba infestado de nacionalismos encubiertos y por lo tanto no se lograba un afán general, necesario para la victoria. El aspecto del ejército sarraceno era imponente pero por dentro era una fuerza huera, sin jefe ni plan.

Para mayor complicación, les habían llegado las noticias del descubrimiento de la Santa Lanza y habían observado que de Antioquía, donde antes se oían sólo quejas o silencio, ahora salía música sacra y oraciones. Estas señales de confianza y alegría le disgustaban a Kerbogá, pues en su interior había este emir acariciado la idea de que no habría lucha, de que se entregarían los cristianos sin batallar. Pero las cosas no estaban saliendo como había supuesto.

Embajador extraordinario

Éste fue el escenario moral en el que Pedro el Ermitaño, tan olvidado de todos, volvió a tomar relevancia pues fue nombrado por Bohemundo —Raymundo había caído enfermo de cuidado y ya nadie discutía las órdenes del de Tarento— para que fuera a parlamentar con los musulmanes.

Montado en su borrico —quizá el mayor mérito de Pedro es que a pesar de las calamidades sufridas aún no se había merendado a su montura— y ataviado con sus extravagantes harapos, se encaminó con una bandera de parlamentario hasta la tienda de Kerbogá. Llevaba la misión de poner a aquel jefe en una disyuntiva: o levantaba las tiendas y abandonaba el cerco o no tendrían los cristianos más remedio que sacarle de allí a la fuerza. Y, añadió, generoso, que estaban los cruzados dispuestos a admitir un combate singular para dirimir aquella contienda absurda: que eligiera Kerbogá a los mejores de entre los suyos para que se enfrentaran con los barones cruzados. Quien gane será el dueño de Antioquía.

Hay que ponerse en la piel de Kerbogá en el momento en que escuchó aquellas necedades insensatas. Mudo de sorpresa e ira, midió con la vista a aquel inmundo hombrecillo, vestido de chiste y sucio y maloliente. Vio su cabello encrespado y enredado, sus uñas negras y rotas, la boca con apenas un par de dientes oscuros; de reojo observó su burra flaca a la puerta de la tienda, y no debió saber qué contestar.

Kerbogá había recibido a aquel individuo increíble mientras con un teniente de su ejército jugaba al ajedrez en el patio de su tienda. Pedro, encendido de fantasías sagradas, quizá no tenía atención para cosa alguna del exterior, sino sólo para su sangre ardiente, pero de haber tenido el mínimo sentido crítico habría advertido la inoportunidad de lo dicho.

Se hallaba en la tienda más lujosa que vieran ojos humanos, con cabida para más de dos mil hombres, con interiores de seda y cubierta de gruesas alfombras. Las

lámparas de cirios y candelas colgaban por los largos corredores y las piezas de marfil, las enormes fieras disecadas, las urnas con tesoros inigualables, adornaban sus salones. El mismo Kerbogá se vestía de un lujo rutilante y en la mano sostenía un alfil de oro puro. Había quedado en suspenso, con la pieza en el aire, que ahora depositaba sobre el tablero.

Y una vez repuesto y tras una risotada, Kerbogá se dirigió al peregrino:

—Vuelve a los que te envían y diles que los vencidos deben aceptar las condiciones y no dictarlas. ¡Unos miserables vagabundos, hombres extenuados, unos fantasmas que sólo pueden causar miedo a mujeres! Los guerreros de Asia no se atemorizan con meras palabras. Pero soy grande y clemente y, si reconocen a Mahoma, podré olvidar que esa ciudad asolada por el hambre está ya en mi poder; podré dejarla en el suyo y les daré armas, vestidos, pan y todo lo que no tienen: porque el Alcorán nos prescribe perdonar a todos los que se someten a su ley. Di a tus compañeros que se den prisa y que se aprovechen hoy de mi clemencia, pues mañana no saldrán de Antioquía sino por medio de la espada. ¡Entonces verán si su Dios crucificado les salva del suplicio que les aguarda!

Quiso hablar algo Pedro pero, colérico, Kerbogá mandó que le quitaran de en medio a aquel mendigo que unía ceguera a insolencia.

Pedro salió de nuevo con su mula hacia la ciudad. Iba meditando qué decir al ejército, que no fuera de qué manera había sido humillado, pues no dudaba de que esto desataría las iras de los más insensatos que saldrían rabiosos y sin orden a una muerte cierta.

Decidió hablar sólo con el Consejo, lo que, una vez llegado a Antioquía, celebró Godofredo. Los soldados tenían —más que nunca— que seguir la disciplina de la guerra, pues la batalla que se acercaba estaba muy desequilibrada y nunca se había precisado menos el heroísmo y más la frialdad de la razón.

Por la prudencia de Pedro y sus acertadas reflexiones comprendió Godofredo —y podemos comprender nosotros— que todas las desdichas por las que había pasado habían acabado haciendo a nuestro hombre medianamente sensato.

La suerte de Antioquía estaba echada. Había que dar la batalla a Kerbogá.

CAPÍTULO XIII

La batalla por Antioquía

Piedad y preparación

Toda la noche anterior a la festividad de San Pedro y San Pablo, los cruzados estuvieron atestando los templos, en recogimiento y oración. Los reyes de armas fueron de barrio en barrio preparando la posición de los soldados, el orden de la batalla y pasando revista a los combatientes, a sus armas y máquinas. La ocasión era tan grande que el cielo no regateó en milagros, de manera que, de repente, la ciudad se llenó de víveres con los que aquellos hombres pudieron saciar su hambre, aunque de manera frugal, pues tenían clara conciencia de que un herido en plena digestión era un reo de muerte. Por ello, la mayor parte del pan y el vino se empleó en la consagración y el pueblo entero se acercó a comulgar a las muchas iglesias de Antioquía que permanecieron toda la noche abiertas.

Las misas se sucedían sin pausa y allí los amigos se abrazaban, los enemigos se perdonaban y quien más tenía daba a quien tenía menos, y también se recogieron — por milagro, desde luego, pues no hacía ni veinticuatro horas que los peregrinos no tenían ni un chavo— limosnas para ser entregadas en Roma.

Por fin amaneció el día, muy soleado y caliente, con un cielo alto y fino, azul muy pálido. Ademaro, como todos los demás señores, se despertó con el alba. Aún en camisón recitó las plegarias sobre el reclinatorio. Luego su mayordomo le entró la jofaina y la toalla y el obispo hizo sus abluciones.

Sólo un sorbo de agua. Monteil nunca tomaba alimento antes del combate: ni el estómago lo aceptaría ni a él le apetecía hacerlo, pero no era raro que los jefes tomasen algo de vino y pan, aunque poco.

La ropa le esperaba sobre el cofre abierto y el mayordomo le ayudó a vestir. Directamente sobre el cuerpo, la camisa y las bragas de lino. Encima una túnica ligera, hendida. Después las medias calzas y los borceguíes. Se armó encima con la loriga de cuero cuya capucha, cubierta por el yelmo, protegería su cabeza. Se colocó la armadura y encima un amplio sobretodo que más adelante iría bajo la casulla. (La casulla sería una vestimenta circunstancial, para la arenga y las preces. Después la casulla quedaría en manos de su escudero.) Tomando su espada y su escudo abandonó la estancia.

Liturgia para la guerra

Fuera le esperaban los príncipes y barones vestidos de manera similar. Aún el obispo de Puy se persignó al pie del caballo enjaezado con silla de plata, atada al cuerpo de la bestia por una cincha y un petral de lujo pues no hay que dar al enemigo impresión de pobreza o debilidad; el lujo es un aliado del valor.

El cortejo de los jefes ya formado y encabezado por el obispo de Puy se dirigió a la catedral, precedido por los reyes de armas que enarbolaban los estandartes de los señores.

En el atrio les esperaban los diáconos y presbíteros que quedarían en la ciudad, vestidos con casullas y albas de sedas preciosas, amarillas y blancas y portando los incensarios de oro, plata y bronce. Todos rodeaban al obispo encargado de celebrar el santo misterio de la misa. Éste llevaba en alto una cruz labrada de oro y gemas.

Todo en el templo —atestado de fieles— era emoción y ya desde el atrio los que entraban podían escuchar a lo lejos las campanas repicando y, más cercana, la dulce música de muchos clérigos menores, todos con casullas y estolas, tocando cítaras y vihuelas y entonando, así acompañados, la antifona *Accipe de manu Domini*.

Fue en ese instante cuando el obispo puso en manos de Ademaro la Santa Lanza y éste, tras besarla, la entregó a su portaestandarte para que a aquella reliquia la ampararan los provenzales durante la pelea. Por fin, y en procesión, salieron los príncipes al atrio de nuevo, precedidos por los clérigos, y allí se despidieron una y otra comitiva.

El ejército cruzado

El ejército se formó al pie de las murallas en doce cuerpos, pues Ademaro quiso que así honraran a los doce apóstoles. Delante iban los franceses y flamencos mandados por Hugo de Vermandois y Roberto de Flandes, llevando el primero el estandarte de la iglesia. Detrás iban los loreneses al mando de Godofredo. Y luego los normandos con Roberto de Normandía y los provenzales al mando del obispo de Puy, pues Raymundo había quedado enfermo en la ciudad y a él y a su tropa le había sido encomendada la custodia de la ciudadela, aún en poder del enemigo. Y por fin los normandos de Italia con Bohemundo y Tancredo.

Iba Ademaro en el más alto de los caballos de combate, vestido de coraza y sobre ella, y encima del sobretodo, la piel de carnero que iba a ser su distintivo, y aún encima se revestía de capa eclesial. Se rodeaba de las imágenes de la religión y de la guerra. Y en medio del grupo de meridionales que él mandaba, rodeada de una muralla de lanzas, iba la otra lanza, la Santa Lanza.

Todos contaron, una vez terminada la batalla, que ninguno de los caballeros que estuvieron cerca del santo hierro padeció herida, y si uno de ellos —el conde de Heraclea, para más señas, portaestandarte del obispo— cayó, dicen que fue porque se

había retirado un poco.

Esta comitiva sacra se detuvo a la orilla del Orontes y todos los caballeros echaron pie a tierra y lo mismo los infantes, para que, arrodillados, su padre espiritual les bendijera y pronunciara la insoslayable arenga. Fue, a lo que dicen los cronistas, un sermón patético en el que les prometió el socorro del cielo y, en el caso de muerte, la salvación eterna.

Tras acabar Monteil, todos aquellos hombres respondieron al unísono *Amén* y luego, los obispos y resto del clero que acompañaba al legado papal, entonaron el salmo marcial *Levántese el Señor y sean dispersados sus enemigos*. Los más débiles lloraban por la emoción y los más recios temblaban por el ardor de la guerra.

Algunos enfermos y mujeres habían quedado en el interior de Antioquía y mientras los cruzados avanzaban precedidos por el canto de los clarines y trompetas, ellos entonaban desde las murallas bellos cantos litúrgicos que llenaban de emoción y piedad la hermosa mañana. Y por todos lados se escuchaba el grito de guerra de los cruzados: *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!*

Pero toda aquella pompa no disimulaba la mala situación en que los cristianos se encontraban. La mayor parte de los barones iban a pie o en mulas y asnos; Godofredo montaba un caballo de Raymundo de Tolosa que le había arrebatado casi a la fuerza; muchos hombres caminaban erguidos disimulando que apenas si podían soportar el peso de sus armas.

El ejército musulmán

Enfrente estaba el ejército sarraceno. Los veintiocho emires desparramaban sus guerreros ataviados según el color de su señor y, en medio, con sus soldados de blanco y de negro sus pendones, estaba Kerbogá «como una montaña inaccesible», según descripción de un historiador armenio.

Kerbogá estaba a punto de un ataque de nervios. Toda la noche estuvieron llegándole malas nuevas, predicciones negativas y señas nefastas a cargo de aves, astros y sueños. Por la mañana se había presentado, muy de madrugada, su madre, materializándose desde el sueño y envuelta en lágrimas, rogó a su hijo que no diese batalla a los cristianos pues no era del agrado del cielo. Como vemos, todo lo tenía en contra Kerbogá, al que ya habían dado el desayuno los hermanos Ridwan y Ducac, amenazando con volver grupas y abandonar el ejército.

Dicen los historiadores musulmanes que Kerbogá estaba tan persuadido de que los cristianos le pedirían clemencia y tan convencido de que no podrían presentarle batalla que, al principio, se lo tomó con calma. Cuando los mensajeros corrieron a su tienda a decirle que aquellos insensatos avanzaban hacia ellos, él se encontraba, según su costumbre, jugando al ajedrez (del árabe *al-sifrany*). Creía Kerbogá que todo hombre sensato y civilizado, tras adecentarse, hacer sus oraciones y tomar el

desayuno, debía entregarse a aquel juego de inteligencia y lo mismo debía hacer por la noche. Kerbogá dejó la torre de marfil y se echó a llorar y, saliendo a defender sus posiciones, pudo ver cómo Vermandois vencía y dispersaba a los hombres que él había puesto custodiando el Puente de Hierro sobre el Orontes. Este espectáculo, unido a la sorpresa y a los horrendos presagios de la noche, le hizo comprender que estaba en una situación más que difícil.

Mandó a los de Alepo y Damasco rodear por San Simón para situarse entre el Orontes y la ciudad de Antioquía, cogiendo así por sorpresa a la retaguardia; colocó a su derecha al emir de Jerusalén y a la izquierda al hijo menor del difunto Yaghi-Siyan y él dijo que se quedaría sobre un montículo para disponer y orquestar las operaciones; sin embargo, dicen quienes lo vieron que tenía un temblor tan intenso que nada le quedaba quieto en las manos y que se acobardó tanto que envió embajadores para proponer a los cruzados un combate singular.

Tarde era ya para esto, pues lo mismo le había propuesto Pedro el Ermitaño no hacía ni veinticuatro horas y él se había mostrado despectivo y desdeñoso; esta vez los jefes ni se dignaron contestarle: avanzaron con firmeza y llenos de valor y de fe en su Dios, pues llegadas las cosas a un cierto punto ya no es hora para componendas.

Ayudas y socorros

Como los soldados, entre su debilidad y la temperatura de la estación, empezaran a sudar y a marearse con la larga caminata —pues en aquellas guerras se peleaba mucho pero también se andaba una enormidad—, un clérigo rezó pidiendo brisa y el cielo le envió brisa fresca para dar y tomar. Y viendo esta obediencia de lo más alto, otro quiso refrescarse el rostro y una nubecilla soltó un pequeño chaparrón muy agradable sólo sobre el ejército de los cruzados. Y ya, puestos a pedir, pidieron un viento muy fuerte que soplara sobre los infieles, y el cielo se revolvió en ráfagas.

Pero, además de estas ayudas, hay que decir que nunca se vio más fe ni valentía que entre aquellos hombres que se dejaron la piel en el empeño y que, si caían, alababan a Dios y si vencían, también.

Según se acercaban uno y otro ejército, el silencio iba siendo más profundo, la emoción más intensa y la tensión más visible. En aquel silencio apasionado de repente se oyó una voz, la de Ademaro, entonando un himno que puso los pelos de punta a los cruzados y a cuyas estrofas sacaron las espadas, que relucieron como plata bajo el sol de junio.

Por fin estaban frente a frente. Los soldados cristianos ocuparon sus puestos y los clarines elevaron sus sonos y las trompetas y los tambores. Y, tras esta operación musical, se precipitaron sobre los infieles.

No pudieron las primeras filas soportar el empuje victorioso de Tancredo, ni el arrojado de Normandía, ni la espada de Bohemundo que hendía los cuerpos como un

rayo. Parecía fácil el avance entre las desmoralizadas filas sarracenas, cuando los de Alepo y Damasco llegaron por retaguardia con la intención —dice Rodolfo de Caen— «de estrechar al pueblo de Dios entre dos muelas».

Esta presencia hizo que los de vanguardia retrocedieran para acudir en auxilio de los de atrás, momento que aprovecharon los que con suerte se habían salvado de los ataques de los de la cruz, para revolverse como serpientes e incendiar todo un largo frente, recogiendo heno y paja de los campos, a fin de impedir la vuelta de los cristianos y esperando ahumarles y ahogarles.

Pero los cristianos, desconcertados y con la retaguardia en un gran peligro, invocaron las ayudas prometidas y desde el cielo descendió una tropa santa uniformada de blanco luminoso, dirigida por San Jorge, enfundado en su conocida armadura de plata. Los soldados eran —por lo que se verá— ángeles y arcángeles, además de beatos, y todos ellos iban acompañados por San Mercurio y San Demetrio.

Esta aparición insufló ánimos en los cristianos, que vieron que, con un esfuerzo más, los infieles ya eran suyos; no les importaban ni el humo ni el fuego y saltaron entre las llamaradas persiguiendo a los incendiarios, unos hacia el puerto de San Simón, otros hacia su campamento.

Y decíamos que aquella tropa era de ángeles porque una peregrina tuvo la suerte de encontrar una pluma perdida en la batalla por uno de aquellos seres celestiales, que se veneró como reliquia («Pluma de las alas del Arcángel San Gabriel»).

La bolsa y la vida

Esta maniobra de persecución sembró el desaliento en las huestes infieles que empezaron a perder sus posiciones, desintegrando así el orden del ejército. Y en vano trataban las trompetas y los clarines de mantenerlos en sus puestos, llamando a los fugados al combate, pues ya nada podía impedir ni el pavor de los sarracenos ni el extraordinario ardor de los cruzados, que, salvando abismos a saltos o trepando por escarpaduras, cayeron sobre el grueso de las acobardadas fuerzas obligándolas a tirar sus armas y a huir, o bien hacia la derecha, internándose en los bosques donde les esperaban las fieras salvajes o bien hacia la siniestra, cayendo en los precipicios.

Los de Alepo y Damasco, siguiendo su costumbre, ya habían huido al ver que su maniobra recibía férrea oposición. Tancredo estuvo persiguiendo a estos hermanos hasta la puesta de sol, mientras que los cristianos incendiaron muchas trincheras en las que había quedado apresada la infantería enemiga y allí, entre gritos horribles, murieron muchos miles abrasados. Cientos de miles —números de la época— perdieron la vida entre los sarracenos, mientras sólo cuatro mil cristianos fueron a llenar las páginas del libro de los mártires con sus nombres.

El botín fue formidable: quince mil camellos y aún más caballos —números de la época— cayeron en sus manos y los historiadores describen el pasmo de los más

altos jefes de cruzada cuando traspasaron el umbral de la tienda de Kerbogá, pues no sólo les asombraba su magnificencia o las riquezas que encerraba, sino su planta dispuesta en calles y sus altas torres, que más que una tienda parecía una plaza fuerte.

Esta tienda, que ya dijimos que era capaz para dos mil hombres, fue del ajuar de Bohemundo de Tarento, que la envió a Italia, donde ha permanecido muchos siglos hasta que una guerra reciente la arruinó.

En cuanto a la Santa Lanza, pronto decayó su influjo, como si nunca nadie hubiera creído de corazón en ella. Se le entregó al conde de Tolosa como premio, pues mientras el ejército luchaba en la planicie, él había conseguido convertir a la verdadera fe a los encerrados en la ciudadela, que se le habían vencido por su persuasión. Y esta lanza fue muchos años después regalada por Balduino II a San Luis, que la donó a la Santa Capilla de París, donde permaneció hasta finales del siglo XVIII. Una punta de esta lanza está actualmente en San Pedro de Roma.

Cuando volvieron a Antioquía, los soldados no podían creer lo que habían hecho. Todo desde ahora les parecía mejor y más fácil. Buen sueño para una noche, porque el día siguiente les esperaba con un nuevo afán.

CAPÍTULO XIV

Un episodio vergonzoso

Molicie oriental

Los cruzados tomaron Antioquía el 28 de junio de 1098, pero pasaron seis meses antes de que se pusieran en camino a Jerusalén, pues los barones y los príncipes, quizá agotados por tanto batallar, se dedicaron a las discusiones y a las contiendas entre sí. Mientras, los peregrinos se entregaban a la molicie oriental: los unos pasaban el tiempo en los numerosos burdeles de la ciudad, otros se dedicaban a la holganza o a tomar el sol y los más inquietos y activos aún reforzaban las murallas o salían en grupos a forrajear.

Pero como la espera estaba siendo tan larga, muchos perdieron el ímpetu de la fe, y Jerusalén, con estar cerca, se fue haciendo una ciudad lejana y casi tan utópica como cuando estaban en sus países europeos. Por eso, antes de lograr su sueño dorado —ver las cúpulas de Jerusalén—, muchos se volvieron a sus patrias. Otros decidieron quedarse el resto de sus vidas en Antioquía o Edesa, como si hubieran visto demasiado mundo y, hastiados, comprendieran que debían ya rendir viaje.

El número de soldados se había rebajado sensiblemente a consecuencia del cansancio y las deserciones, y los que habían quedado en pie, aun ansiando culminar aquella guerra, fueron los mejores. Eran aquellos cuya fe era la más fogosa y cuya salud era la más templada; los endurecidos en el combate, los resistentes.

En la dorada holganza habían tenido tiempo más que suficiente para repasar sus gestas y éxitos. Mientras los príncipes descansaban, se compusieron muchas canciones y letrillas, pues eran estas hazañas épicas las que enardecían la inspiración de los juglares de aquel tiempo.

Así que, de corrillo en corrillo, se repetían las hazañas de Bohemundo, se recordaba cómo este príncipe había cargado contra los hombres de Ridwan cuando éstos les cerraron por retaguardia. La *Gesta Francorum* le rinde justicia cuando dice que Bohemundo se presentó ante los turcos «como león hambriento». Y narra que fue tan violenta su embestida que trozos de su famoso estandarte volaban sobre las cabezas de los combatientes y que los demás soldados que ya se retiraban, al ver flotar los restos de la bandera de Bohemundo sobre las filas enemigas, volvieron al combate con tanta fuerza y pericia que los turcos se vieron en la necesidad de huir.

Mientras éstas y parecidas historias de guerra corrían por Antioquía, el ejército cristiano restañaba sus heridas y el servicio de inteligencia del enemigo, formado por armenios, no dejaba de tomar nota, aunque poca nota podía tomar, pues las filas de los francos ya estaban libres de espías. Como antes vimos, Bohemundo había

protagonizado aquel banquete ejemplar teniendo como viandas a unos espías a los que mandó despiezar y asar, unos en trozos y otros en espetón. No parece ser cierto, pero por las filas de los turcos corrió la especie de que, después de aquel castigo horrible, los caballeros cristianos se habían comido a los espías. Esto les tuvo retirados del servicio a los informadores y al menos el ejército pudo descansar de tanto cotilla.

También las proezas de Godofredo eran ya leyenda. La fuerza incalculable de este príncipe le había hecho ser protagonista de hazañas muy celebradas, como cuando abatió a aquel oso que casi le cuesta la vida o las múltiples veces en las que había partido en dos a un sarraceno, tanto de través como, en otras ocasiones, en sentido longitudinal.

Pero mientras nuestros cruzados se solazaban con sus méritos, algo había cambiado en el mapa de Palestina. El visir de Egipto, Al-Afdal, aprovechó la derrota de Kerbogá para adelantarse a los cristianos que estaban derrengados y tomar Palestina. Cuando los egipcios llegaron a la muralla de Jerusalén, por más que estuviera bien defendida, el enfrentamiento entre fatimitas y turcomanos no tuvo color. Las tropas de Al-Afdal estaban mejor equipadas que las turcas, con modernas máquinas de asedio y entre ellas cuarenta catapultas. La resistencia turca fue meritoria, pues duró mes y medio, pero al final la ciudad cayó en manos de los fatimitas.

Esta derrota complació a los reyezuelos árabes de Siria que estaban siempre siendo atacados por las tribus turcas y cuya intención era dejar paso libre a los cruzados para que llegaran a Jerusalén. No sólo eso, sino que les facilitaron guías y provisiones para que cruzaran pronto y sin daño por los territorios por los que debían pasar para llegar a la frontera de Palestina.

Los jefes se pelean

Entre tanto, en Antioquía se sucedían las broncas entre los jefes —especialmente entre Raymundo de Tolosa y Bohemundo— y cada día con más ganas los peregrinos pedían llegar a Jerusalén. El pueblo y el ejército aún conservaban su plan primigenio que era librar de los infieles los Santos Lugares, pero los jefes estaban cada vez más encanallados con sus luchas de poder: o sea, el espectáculo de siempre.

Aunque se ponían muchas excusas para permanecer en Antioquía —por temor al frío, al calor, a las enfermedades, al camino—, lo cierto es que los barones y jefes veían cómo otros ya habían conquistado sus reinos en Oriente y ellos aún no tenían nada. El pleito mayor era entre Tolosa y Lorena, pues Lorena pedía para sí Antioquía según el plan con el que había sido asaltada y Raymundo, enrabiado, aseguraba que si Lorena le había jurado lealtad a Alejo, Antioquía tenía que ser de Alejo.

En medio de estos tejemanejes sobrevino una epidemia en Antioquía, tan

espantosa que murieron en ella —números de la época— más de cincuenta mil personas en un solo mes. Primero los más débiles, viejos y niños, y luego los muchos cruzados nuevos que iban llegando, pues Urbano había pedido a Europa que volviera a movilizar a sus hombres, ya que el ejército estaba diezmado. Éstos, nada más llegar, morían como ratas.

Muerte de Ademaro

La gran desgracia para la cruzada fue que Ademaro de Monteil también murió. Cierto que en la *Jerusalén libertada* de Tasso se cuenta que Ademaro murió en el cerco de Jerusalén y a cargo de una mano femenina, pero ya sabemos cuán embusteros suelen ser los escritores y qué amantes de la mentira y la complicación y cuánto detestan la verdad monda y lironda.

El legado pontificio murió en Antioquía. Estaba ya muy débil, pues recordemos que a su llegada a Bizancio hubo de parar su viaje por unas molestias que parecieron hepáticas pero que bien pudieran haber sido unas fiebres de Malta o un paratífus. Lo cierto es que un médico fatimita de aquel siglo, el famoso Ishaq Israeli autor del *Tratado de las Fiebres*, describe muy bien estos síndromes y sus remedios. Veamos: «Si el enfermo tiene gran pesadumbre de cabeza y carga sobre los ojos que no los puede abrir, pongan el rostro sobre la boca de una olla con agua caliente y sansuco. Guárdese el enfermo de ninguna untura de leche ni cosas blandas, otrosí no pongan aceite en la cabeza pues la materia de la fiebre es muy viscosa y el aceite por su grosura taponan los poros con lo que no puede disolverse aquella materia; entonces tome el enfermo agua de garbanzos y cuando le empiece el temblor y los escalofríos y si la virtud del enfermo está muy desfallecida, dése algo bueno para el estómago si es que la fiebre es del estómago y algo bueno para el hígado si es que la fiebre es del hígado y así hasta acertar como dijo Galeno, y dependiendo del cocimiento de la orina ayudar al vómito, pero si las heces son de forma colérica entonces nada caliente. Y si tiene endurecido el bazo dadle medicinas especiales para bazos...».

En fin, que a pesar de estar así de bien tratado, Ademaro expiró santamente aunque, como Moisés, sin haber llegado a ver la tierra prometida.

Se le hicieron honras fúnebres muy solemnes y durante días el pueblo de Dios ayunó y se puso ceniza sobre la frente. Ademaro fue enterrado en San Pedro de Antioquía, en el hueco de donde se había sacado la Lanza Santa, a pesar de que él nunca creyó en tal reliquia.

Problemas de gabinete

Con la falta de Ademaro las rencillas abundaron ya sin freno pues el obispo había

sido la verdadera autoridad moral de la cruzada, el que había puesto siempre coto a las ambiciones y a los vicios. Ahora, sin él y por más que el Papa ya había nombrado —en cuanto supo la suerte de su legado— un sucesor, llamado Daimberto, de profesión arzobispo de Pisa, las cosas de aquí en adelante fueron a peor, entre otros motivos porque el sucesor no le llegaba al difunto a la suela del zapato. Al parecer era, digámoslo sin rebozo, bastante sinvergüenza, y los príncipes, ni en sus momentos más ambiciosos, se podían comparar con la codicia de este nuevo legado papal.

Y ahora se trataba de que el Consejo de los jefes se pusiera de acuerdo en la salida de Antioquía, cosa que parecía muy difícil pues Raymundo no quería que Bohemundo se quedase con la ciudad y al mismo tiempo sí quería ir a Jerusalén, pero de jefe de la cruzada en ausencia de Ademaro. Trató de comprar a los príncipes pagándoles según su categoría, pero Raymundo no era popular y no tuvo mucho éxito. Sólo la petición del pueblo de que les dirigiera a Jerusalén, hizo a Raymundo ponerse en marcha. Se dirigió, a fines de año de 1098, a Albarea en cuyas murallas colocó sus banderas tras pasar a cuchillo a la población.

Allí sucedió una anécdota que emocionó mucho al público y es que un caballero llamado Godofredo de la Tour un día encontró un león sobre cuyo cuerpo estaba enroscada una gran serpiente, por lo que el animal no paraba de dar alaridos. El caballero, compadecido de la fiera —compadecido del león, pero no de la serpiente—, con su espada partió a ésta en varios trozos y entonces el león siguió mansamente al De la Tour por donde quiera que fuese, hasta el punto de que cuando, tras la toma de Jerusalén, se embarcó este amante de los leones para volver a su patria, el reconocido animal siguió a nado a la nave que transportaba a su salvador, claro que no sabemos hasta cuándo. Esto lo aprovechó un cronista muy dado a la moraleja para comentar: «Extraña instrucción que avergüenza a los hombres, dándoles, como lo ha hecho más de una vez, leones por maestros».

Interludio amoroso

Vemos que en esta historia prodigiosa de cruzados y conquistas hay de todo... excepto historias de amor. Mucho sexo también hay, pero nada de amor romántico. Por eso nos parece que debemos reseñar una historia sentimental que ocurrió entre una cristiana y un oficial del emir de la ciudad de Azaz.

Parece ser que un caballero llamado Fulco, que se acercó al Éufrates acompañado de unos compañeros y de su mujer, fue sorprendido y muerto por los turcos. La mujer maravilló a los sarracenos por su belleza. Era de lindo cuerpo, de largo cabello rubio y rizado como el oro labrado y de ojos verdes como las uvas maduras. Al verla tan bella se abstuvieron de tocarla y la llevaron ante el emir de Azaz. Un oficial se enamoró perdidamente de ella y ella de él, en lo que parece un flechazo bien ortodoxo, pues sólo les bastaron unas miradas para caer bajo los dardos de Cupido.

Tanto se amaban que el turco, que era un guerrero esclarecido, pidió a su emir que le dispensase de la lucha pues no pensaba matar a ninguno de la raza de su amada y más: se revolvió contra Ridwan y pidió a su emir que sellase una alianza con Godofredo. Esta alianza se selló, lo que le fue comunicado a las partes por medio de dos palomas mensajeras, con lo que Godofredo y el emir lucharon contra Ridwan juntos, vencéndolo en todas las ocasiones.

Un ovni

Parece que una noche apareció sobre las murallas de Antioquía la famosa bola de plomo que se encendía y apagaba, aquel astro u ovni (objeto volante no identificado), pero esta vez a lo grande. Dice Alberto de Aix que «todas las estrellas del cielo se habían reunido en un espacio que apenas tenía más extensión que un jardín de tres fanegas de tierra. Esas estrellas despedían un vivo resplandor y brillaban como ascuas de una hornilla».

Permaneció aquel astro raro mucho tiempo sobre la ciudad, hasta que aquella estrella que parecía única se dividió en muchas que salieron a toda velocidad para los cuatro puntos cardinales, mientras los centinelas daban gritos, los peregrinos rezaban de hinojos y, en fin, mientras se decidía que aquello era un presagio que indicaba que había que ir a conquistar Jerusalén de una vez por todas.

Entonces es cuando Bohemundo, en una de sus salidas, llegó a una pequeña ciudad, próspera, vasalla de Ridwan de Alepo y patria de una de las grandes figuras de la literatura árabe, un escritor ciego, librepensador, culto y crítico, una especie de Borges sarraceno, cuyo pensamiento —sobre la religión y los hombres— abre este libro: Abul-Ala-al-Maari.

Pues bien, esta ciudad tenía serios temores de los frany, pues distaba poco de Antioquía y sospechaban los ciudadanos que algo malo podía sucederles, aunque no suponían lo malo que iba a ser.

Una mañana los francos e italianos al mando de Bohemundo cercaron la ciudad casi sin defensas, únicamente con una pequeña milicia de ciudadanos jóvenes que les resistieron durante quince días a base de volcar sobre ellos colmenas de avispas, con lo que los cruzados estaban en un grito día y noche. Pero éstos armaron una torre de madera alta como las murallas y los defensores, asustados al verla, dejaron desguarnecidas las almenas para hacerse fuertes en el interior, en los edificios notables.

Maarat: ¿cristianos o caníbales?

La noche del 11 de diciembre los de Maarat se pusieron al habla con Bohemundo,

pidiéndole que guardase sus vidas y a cambio ellos les entregarían la ciudad, excepto algunos edificios para guarecerse. Aceptó Bohemundo que de madrugada entró con sus tropas y según el historiador árabe Ibn al-Atir *durante tres días pasaron a cuchillo a la gente matando más de cien mil y cogiendo al resto de prisioneros* — números de la época, claro—.

Pero no es esto, por otra parte acostumbrado, lo que causa vergüenza al describirlo. Lo peor es que, según confesión de Rodulfo de Caen, «los nuestros en Maarat cocían a paganos adultos en las cazuelas, ensartaban a los niños en espetones y se los comían».

Esto parece probado, pues incluso en una carta que los príncipes le dirigieron al papa Urbano se dice, aunque tratan de justificarlo añadiendo que fue a causa de un hambre terrible que padecieron, y se afirma que lo que se comieron fueron cadáveres de sarracenos. Sin embargo los historiadores árabes cuentan que, durante aquel espantoso invierno, bandadas de cruzados fanatizados que ellos llamaron *tafurs* iban por los campos y aldeas gritando que deseaban comer carne de sarracenos y se reunían por las noches alrededor de hogueras asando a sus presas.

Oigamos, para acabar tal espectáculo caníbal, la expresión de Alberto de Aquisgrán, presente en fecha y lugar: «¡A los nuestros no les repugnaba comerse a los turcos sino tampoco a los perros!».

El ansia destructora y homicida de aquel momento no se aplacó sólo con un horrible baño de sangre y las narradas escenas de canibalismo sino que los frany, en bandas, asolaron materialmente la ciudad destruyendo y deshaciendo piedra por piedra las murallas y prendiéndole fuego por los cuatro costados.

Hasta mediados de enero de 1099 no acabó aquel tormento en Maarat y esta acción vergonzosa y patológica, este afán paroxístico de muerte, dejó una brecha abierta entre el futuro de las dos grandes religiones, Islam y cristianismo.

Esta brecha iniciada en Maarat se amplió y ulceró con las siguientes espantosas jornadas de Jerusalén, hasta el punto de que aún hoy subsiste este abismo histórico y psicológico.

De aquel episodio los cruzados sacaron el beneficio de haber incrementado en un grado más la leyenda de terror que les acompañaba y, por lo tanto, ya casi no tenían que luchar para adquirir el territorio por el que pasaban. Los emires de las ciudades cercanas, enterados de cómo se las gastaban aquellos soldados de un dios que, ya veían, era terrible, entregaban sus dominios, les cubrían de regalos y les facilitaban el paso a la conquista que ansiaban: Jerusalén.

Eran pocos los cruzados pero se hacían respetar por el terror. Y, gracias al terror, lo que iban dejando atrás no precisaba guarnición, pues ya se sabe que lo que de verdad guarda la viña es el miedo.

Tampoco es que precisaran guardar las conquistas, pues no habían venido aquellos forzudos desde tan lejos sólo a calmar su avaricia. La cruzada no llevaba colonos, era más bien una excursión espiritual, aunque rudamente espiritual. Lo que

los peregrinos querían era cumplir su voto y volver a casa. Ni los peregrinos son colonos ni entre los que mandan hay funcionarios para consolidar la conquista. El efecto de aquella lucha esforzadísima se perdía tras ellos, como el polvo en el aire.

Quizá éste sea un factor que ayudó al éxito de la Primera Cruzada, pues en realidad de las ocho que hubo sólo esta cruzada lo tuvo. El otro factor de éxito — decisivo— era la anarquía que encontraron en el mundo musulmán. Sólo con que se hubiera adelantado diez años la salida de los cristianos, hubieran sido vencidos con sólo poner el pie en Asia Menor, pues estaba en pleno auge el imperio seléucida del sultán Malik-Sha. Pero las riñas internas y la corrupción de los seléucidas pusieron sus ciudades en las manos de los cruzados.

CAPÍTULO XV

Hacia Jerusalén

La tierra prometida

Fue Raymundo el primero en dirigirse a lo largo de la orilla del río Orontes en dirección a la costa mediterránea. Era maniobra muy práctica aquella de ir costeano, pues por allí habrían de llegarle los socorros y abastecimiento que traería la flota genovesa, la inglesa e incluso los corsarios. A Raymundo se unieron las fuerzas de Tancredo y Roberto de Normandía y salieron el día 7 de enero de 1099.

No formaban los cruzados una fuerza considerable. Ésta había menguado tanto que quedó reducida a unos mil hombres a caballo y cinco mil de infantería. Muy poco para intentar un asedio a plaza tan bien defendida como Jerusalén, el primer bastión de Asia. Por eso era esencial para los caballeros cristianos librar los menos combates posibles hasta llegar ante la ciudad santa.

También la opinión de los jefes estaba dividida en cuanto al camino a tomar. Mientras Raymundo defendía la marcha directa hacia la costa, donde podría recibirse el aprovisionamiento por mar desde la bizantina Chipre, Tancredo prefería la ruta directa, evitando así la complicada tarea de combatir y vencer las fortalezas interpuestas en su camino. Al fin decidieron marchar hacia la costa por el valle de la Bekaa, antes granero de Roma y hoy día refugio de los cultivadores de opio y de las guerrillas del Hezbolá proiraní.

El conde de Tolosa se había adelantado en la salida —enero de 1099— porque las querellas intestinas de los príncipes le habían hecho perder tiempo y energías. Bohemundo porfiaba por quedarse con Antioquía y con Maarat, recién conquistada. El conde provenzal, con el guión de la cruz en la mano, se veía ya destinado para la conquista de Jerusalén, mientras Bohemundo quedaba atrás gozando de las delicias de Antioquía.

El Krac de los Caballeros

La marcha fue fácil, lenta pero sin apenas contratiempos. Los emires de las zonas por las que pasaban ofrecían a los cristianos víveres y consejos sobre el camino que debían seguir. Ya en el valle de la Bekaa tuvieron un serio percance no lejos del castillo de los turcos, el Akrad, que más tarde se deformará en Krat y luego en Krac y acabará siendo el famoso *Krac des Chevaliers*, «Krac de los Caballeros» que, con su imponente silueta, aún hoy se yergue sobre la llanura.

Allí estuvo Raymundo a punto de ser hecho prisionero, pues los defensores de la fortaleza dieron suelta a unos cuantos rebaños de cabras y ovejas, lo que desconcertó a los cruzados, los dispersó y desarregló sus filas. El conde de Tolosa quedó solo y aislado, corriendo gran peligro.

No fue necesario el asalto al castillo porque al amparo de la noche los sarracenos abandonaron el fuerte dejando el botín. Allí, en sus monumentales salones vacíos, instalaron los cruzados su cuartel general durante varias semanas. Allí el conde de Tolosa recibió muchas legaciones de emires, llaves de ciudades, regalos, oro, paños y provisiones.

Años después, allí se reunió la orden de los Caballeros Hospitalarios, sobre 1115. Las órdenes militares se fundaron para la protección de los peregrinos, pero llegaron a manejar tanto dinero que, como señala Jean-Claude Guillebaud en *Sur la route des croisades*, están en el origen del mecanismo de compensación bancario. En el Krac de los Caballeros había lugar para dos mil hombres y en sus inmensas bodegas se guardaban provisiones para cinco años. Su aspecto imponente aún se eleva entre Tortosa y Homs, vigilando un extenso horizonte.

Sin embargo era conveniente, desde la óptica cristiana, hacer una demostración de fuerza. No es que Maarat no hubiera sido suficiente pero, según un viejo adagio militar, es conveniente mostrar las fuerzas para no tener que utilizarlas. Y hay que mostrarlas más de una vez.

Los reyezuelos árabes creyeron desde el primer momento, al evaluar las fuerzas cristianas, que éstas eran superiores a lo que eran en realidad. Por eso los de Raymundo conquistaron la ciudad de Tortosa sin disparar una sola flecha ni una sola catapulta.

Tortosa era una ciudad de gran valor estratégico. Su conquista sin derramamiento de sangre hizo que la noticia se extendiera hasta llegar a oídos del cadí de Trípoli, Al-Mulk. Esto le tranquilizó, pues, conociendo la suerte de Maarat, el cadí temblaba por su capital, hermosa y culta, y a estas alturas era ya partidario de negociar con los cristianos antes que enfrentarse con ellos.

El sitio de Arqa

Pero lo ocurrido en Tortosa no tuvo su equivalente en Arqa, ciudad cercana a Trípoli y dependiente de ella. Por un exceso de confianza en sus fuerzas, Raymundo de Tolosa puso sitio a Arqa con la intención de tomarla en pocos días. No ocurrió así. La fortaleza estaba bien defendida, de modo que Raymundo, puesto contra las cuerdas, se vio obligado a llamar en su ayuda a Godofredo de Bouillon y a Roberto de Flandes que habían salido con otra expedición.

Nunca lo hubiera hecho. Fue ésta una decisión que le costó tomar, pues ponía en evidencia su debilidad. Hasta entonces había llevado la iniciativa, se había adelantado

al resto de los jefes cristianos, había avanzado sin oposición hasta topar con esta resistencia: Arqa. El cerco de Arqa deshizo las esperanzas del cadí de Trípoli, Al-Mulk, perteneciente a una grande y culta familia fundada por un magistrado, un cadí, título que sus sucesores habían conservado. Trípoli era una ciudad bellísima, con una biblioteca famosa, estimada en más de cien mil volúmenes y adornada de parques y fuentes y magníficos monumentos. Y dando un salto en la historia recordemos que fue de Trípoli de donde salió Arafat con los suyos rumbo al exilio, a Túnez. Y fue precisamente el castillo de Raymundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa, la última fortaleza de los palestinos.

Pero estábamos en la antigua Trípoli. Su cadí, Al-Mulk, había tratado de evitar la guerra y la destrucción de su ciudad, de manera que el asedio a Arqa, segunda ciudad de Trípoli, le desconcertó y le preocupó.

Al ejército, con la llegada de Bohemundo, volvieron de nuevo las disputas, las luchas por el poder, las intrigas. Había quienes suspiraban porque viniera el emperador Alejo para que surgiese una dirección única y respetada entre los cristianos, como cuando vivía Ademaro. Pero no entraba en los planes de Alejo Comneno marchar sobre Siria y Jerusalén. Al emperador no le había gustado nada el comportamiento de los cruzados en Antioquía, pues habían degollado y, como mínimo, hostilizado a los cristianos ortodoxos de la localidad.

Aquel emperador griego, heredero del Imperio Romano de Oriente, prefería pactar con todos, los egipcios y los francos, de manera que trataba de ganar tiempo y se permitía seguir la evolución de los acontecimientos sin intervenir.

Mientras tanto, los frany daban muestras de impaciencia. Raymundo se había detenido allí donde lo había desaconsejado Tancredo: en lugar de pasar de largo por las muchas fortalezas que sembraban el camino, se había ido a estrellar contra una de ellas, la de Arqa. Y, lo que era peor para los cruzados, se empeñaba en tomar la plaza.

La ordalía

Estando en este cerco, entró de nuevo en escena Pedro Bartolomé, el peregrino provenzal que aseguraba haber descubierto la Santa Lanza. Este hombre raro era para unos un santo visionario y un charlatán para los más. La lanza, falsa o verdadera, se había convertido en un milagro providencial, en el tótem necesario para impulsar la cruzada.

¿Qué era lo que Pedro Bartolomé había visto esta vez? Pues ahora, a 5 de abril de 1099, se le habían aparecido nada menos que Cristo, San Andrés y San Pedro en comandita, para informarle de que debían asaltar de inmediato la ciudad de Arqa. Pero, lejos de convertirse en una invitación a la acción, las nuevas revelaciones de Pedro llevaron otra vez el cisma a un ejército cansado de supercherías y aplazamientos. Además ya antes Ademaro de Monteil había de sobra manifestado su

escepticismo ante aquel talismán llamado Santa Lanza. Por cierto que, en la actualidad, donde fue hallada la Santa Lanza hay construido un aparcamiento, y aquel puente de piedra donde se celebraron sangrientos combates lo volaron hace años para ampliar una carretera.

Dos santas lanzas existían en aquel tiempo, una en Europa y otra en Jerusalén, y la tercera era la descubierta por el provenzal. Mucha lanza nos parece.

Bien, pues los provenzales se pusieron del lado de Pedro Bartolomé por deber de paisanaje. De nuevo la cruzada se encontraba en un atasco y Pedro Bartolomé, al ver las protestas de la mayoría del ejército, no tuvo más remedio que pedir una ordalía, para aclarar el asunto de una vez por todas. La ordalía sería de fuego. El fuego — creía— acabaría por darle la razón.

Había llegado la hora de la verdad para Pedro Bartolomé. Habilitaron dos largos haces de madera de olivo con un estrecho pasillo en medio. Prendieron fuego a la leña. Pedro Bartolomé, con la famosa lanza en la mano, se dirigió al pasillo entre las hogueras. Algunos de los espectadores creyeron ver junto al fuego la figura de un santo que le animaba a Pedro (suponemos que sería San Andrés, que tanta afición había cogido al provenzal) y que le guiaba en sus pasos. Era un viernes santo. Pedro, vestido sólo con una camisa —ya conocemos de antes su afición a ir escaso de ropa—, entró en el pasillo, se echó en la hoguera y llegó al final tan quemado que apenas si podía tenerse en pie.

Fue Raimundo Pilet quien le sujetó para que no cayera al suelo. Sin embargo, el empujón de sus partidarios y paisanos hizo que Pedro se derrumbara por completo. Todos se abalanzaron sobre la lanza para palparla mientras el protagonista de la ordalía agonizaba. Pocos días después —unos dicen dos, otros tres y otros doce— Pedro murió a consecuencia de las graves quemaduras, aunque aún hubo algunos que lo negaron diciendo que murió de otras enfermedades.

Pero ni siquiera así acabó la polémica. Para los provenzales, dispuestos a defender hasta el final a su paisano, Pedro había triunfado de la prueba de la ordalía al conseguir llegar vivo al final, pero, para la mayoría, la sentencia del fuego certificó el engaño de la Santa Lanza. Para la mayoría, pero no para Raymundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa, que guardó la lanza en su tienda.

Nada que hacer

Mientras tanto, el cadí de Trípoli estaba informado de cuanto sucedía y, con muy buen seso, supuso que lo mejor que podía hacer era nada. Nada hizo y así vio cómo pasaban febrero y marzo y abril y vio cómo hasta el 13 de mayo de 1099 aguantaron, tanto Arqa como los frany. Éstos, tras un asedio agotador y sin ningún resultado, levantaron el cerco y salieron una mañana soleada hacia terrenos más practicables.

La primavera era una bendición cuando el ejército partió, caminando entre el mar

y la montaña del Líbano, por una llanura ubérrima, cubierta de mieses. Álamos, encinas, olivos, granados y naranjos se ofrecían a la vista de la expedición y campos cubiertos de caña de azúcar (*zucra* como la llamaban los árabes). Por cierto que no sólo fueron los cruzados quienes introdujeron la caña de azúcar en Europa como ya dijimos, sino que los españoles la llevaron al reino de Granada y desde allí pasó a América.

La calma de nuevo había vuelto al ejército cruzado, bien alimentado y ansioso por tocar con los dedos los muros de Jerusalén. La calma, las provisiones, el clima... y también les fueron de ayuda los muchos cristianos y ermitaños que salían a su paso por los caminos, que dejaban sus cuevas y monasterios para correr con sus hermanos de Occidente a liberar la ciudad de sus sueños. Traían éstos algunos corderos, frutas, vino y harina: eran la quinta columna.

Todos estaban tan sobrios y eran tan valientes, pacientes y caritativos durante este trayecto que, escribe Baudri, «el campo era una escuela de moral».

Esta vez parecía existir una unidad de propósito, una dirección. No se dejaban los cruzados caer en la trampa de la provocación de los infieles. Su meta era Jerusalén y nadie les apartaría de su camino. Por el camino lucharon poco y fueron poco molestados por los sarracenos, a no ser por los de Sidón.

Pero más que el hostigamiento a que les sometieron las huestes musulmanas de Sidón, sufrieron los cruzados al vivaquear a orillas del río Adonis, el ataque inesperado de las llamadas «tarentas», arañas cuyas picaduras causaban dolores insoportables y grandes inflamaciones. Con el tiempo y al repetir mucho estas historias, inflándolas de leyenda, llegaron a atribuir a aquellas tarentas raros efectos nerviosos y hasta el baile de San Vito.

El enemigo no duerme

Pero atendamos por un momento a los movimientos del enemigo. En El Cairo reinaba el gran visir Al-Afdal, guerrero tan corpulento como Godofredo y tan valiente como Bohemundo. Era un antiguo esclavo y apenas acababa de cumplir treinta y cinco años. Gobernaba a siete millones de ciudadanos y mantenía no ya buenas relaciones, sino una verdadera amistad con el emperador Alejo, en quien confiaba. Fue siguiendo con atención la presencia de los cruzados en Asia y, además de por sus espías, era informado en ocasiones por el mismo Alejo, con quien se carteaba. Creía que los cruzados eran una fuerza subordinada al Emperador y por eso no los temía lo suficiente, pero fue tras la toma de Antioquía cuando recibió Al-Afdal, alias *el Mejor*, una carta preocupante en la que Alejo Comneno le confiaba sinceramente que ya no tenía control sobre los príncipes occidentales y, como ejemplo de cuán verdadero era aquello, le contaba cómo uno de ellos —Bohemundo, por cierto— se negaba a entregar al Imperio la ciudad de Antioquía.

A vuelta de correo, El Mejor le pidió a Alejo que tratase de detener la marcha de los cruzados y sabemos que el basileus, en abril de 1099, durante el asedio de Arqa, le pidió a Saint-Gilles que no avanzara sobre Palestina, pues tenía la intención —le escribió Alejo— de unirse a ellos. Era una maniobra desesperada en la que ni siquiera él mismo confiaba.

La noticia de que no había control sobre los frany abrió los ojos al gran visir de El Cairo, que dispuso, en consejo con sus ministros, ofrecer a los cristianos la libertad de culto de Jerusalén y la apertura de la ciudad a los peregrinos sin que hubiera lucha.

Pero la contestación de los cruzados fue contundente: «¡Iremos a Jerusalén sólo en orden de combate, con las lanzas en alto, pues así Dios lo quiere!». Ante esta negativa, el gran visir decidió armar un ejército y ponerse en camino hacia Jerusalén, para ayudar a defenderla.

Y, volviendo a nuestro ejército, lo encontramos de nuevo, sin desmayo en sus planes, atravesando la frontera fatimita del «Río del Perro», con sus estandartes y máquinas, avanzando belicosos y precedidos de sus trompetas y tambores.

Un episodio de palomas

Por donde pasaban iban recibiendo regalos para evitar la destrucción y el saqueo. En esta bonanza, como nada les faltaba, empezaron los peregrinos a desear señales del cielo para escudriñar en lo posible el futuro, pues el momento decisivo se acercaba. En esta gran avidez por las señales esotéricas, ocurrió que, al pasar el monte Carmelo, cayó a los pies del obispo de Alp una paloma recién escapada de las garras de un halcón. Era una paloma mensajera y fue este obispo el encargado de leer el mensaje. Iba firmado por el emir de Tolemaida (o sea, de San Juan de Acre), un emir que acababa de proponerles la paz, e iba dirigida al emir de Cesarea. Era una invitación en toda regla para rebelar a toda Palestina contra «la maldita raza de los cristianos».

La carta fue leída ante la tropa congregada como una forma de excitar los ánimos en la recta final. «Que todos los jefes de vuestras ciudades se alcen —decía el gobernador de Acre, el mismo que se había mostrado tan obsequioso y hasta dispuesto a renegar del Islam hacía un par de días— y que tomen las medidas necesarias para destrozarnos a nuestros enemigos».

Los guerreros de la cruz vieron en la caída a sus pies de la paloma mensajera, la señal del cielo que esperaban. En efecto, Dios estaba de su parte desde el momento en que les abría los secretos de los enemigos.

Roberto de Flandes y Gastón de Bearné fueron los primeros en penetrar en la ciudad de Ramla, desierta. Sus habitantes, la mayoría musulmanes, habían preferido la huida. No quedaba un alma. La conquista sin lucha de una ciudad de la categoría de Ramla no hizo sino aguijonear a los soldados y al clero. La Iglesia decidió nombrar un obispo latino en la persona del normando Roberto de Ruán, a quien

dejaron a cargo de la ciudad.

Pero entonces ocurrió algo que rompió el espíritu de concordia o de objetivos comunes que reinaba en la expedición: el Consejo de jefes se puso a discutir si convenía seguir hacia Jerusalén o bien desviarse hacia Egipto para conquistar El Cairo. ¿Cómo es que a diez leguas de Jerusalén podían abandonar la lógica de la guerra y la conquista? Pusieron algunos sobre el tapete las más variadas razones: era mejor atacar a la cabeza del imperio fatimita y luego Jerusalén les caería en las manos como fruta madura. Otros decían que había que preparar bien el cerco a Jerusalén, pues en pleno verano aquello sería una locura o un disparate. Y otros, para complicarlo más, propusieron un cambio de dirección para acercarse a sitiar Damasco. Al fin se impuso Jerusalén.

El Monte de la Alegría

El ejército cristiano avanzó por las desoladas montañas de Judea hasta llegar a Emaús. Allí les esperaba una comisión de cristianos de Belén que venían a pedir ayuda. Tancredo escuchó sus ruegos y decidió atenderlos. Entró por la noche en Belén con trescientos de sus hombres y plantó su estandarte sobre las murallas de la ciudad en la que había nacido Cristo: lo hizo en la misma hora en que nació el Señor, la misma en que tal nueva fue anunciada a los pastores de Judea. Pero no sólo hubo esta coincidencia de fechas tan providencial, hubo algo más: esa noche un eclipse de luna rasgó el firmamento. ¿Cómo interpretar ahora esta señal del cielo? Para unos era un mal augurio y para otros, al parecer más ilustrados en los espasmos celestiales, era el eclipse de sol y no el de luna lo que perjudicaría a los cristianos, por lo que, al ser de luna, los perjudicados serían los musulmanes.

Tranquilos ya con esta noticia, no consiguieron los cruzados sin embargo pegar ojo y, nada más salir el sol, los caballeros escalaron la colina llamada Montjoie, o sea, el Monte de la Alegría, y se dieron de bruces con Jerusalén.

Esta vez no era un espejismo o una ilusión. Esta vez era Jerusalén. Aquel delirio nacido hacía ya tres años en Europa era una realidad. Si hemos seguido con los cruzados su viaje prodigioso, podremos comprobar en este momento cómo detrás de todos los sueños perseguidos se esconde ese puñado de materia llamado realidad.

CAPÍTULO XVI

Contemplación de Jerusalén

Los cruzados ven la Ciudad Santa

Sobre la cima del Monte de la Alegría una rara gente se enfrentaba a un paisaje insólito. Hombres vestidos para la guerra sobre enormes caballos lloraban. Una muchedumbre malvestida, sucia, delgada y agotada por la marcha gritaba sin pausa ni contención «¡Jerusalén, Jerusalén!» y «Deus vult! Diex le volt!». Otros, en silencio, dejaban correr las lágrimas por sus rostros quemados por el sol del desierto y algunos se abrazaban con sus familias, estrechaban a sus hijos contra el pecho, mientras los clérigos cantaban antífonas y recitaban los salmos de David.

Bohemundo, erguido en la cumbre, sostenía sus lágrimas. Recordaba los versos de Salomón que a veces le bullían en la memoria: «Hermosa eres, suave y graciosa como Jerusalén: temible como un ejército de escuadrones ordenado».

La emoción a la vista de la Ciudad Santa era un sentimiento incontenible y uno de los cronistas le puso letra: «Habíamos padecido mucho, pero cuando vimos Jerusalén creímos estar en el cielo».

Jerusalén mostraba entonces la línea de las murallas que construyó Adriano; brotaba sobre el horizonte plano, como una línea roja, casi espantosa, muy ruda. Era difícil imaginar así el cielo, tan seco y ascético. Las gentes que la contemplaban se echaban al suelo a besar aquella tierra ardiente y el griterío de los cruzados aquella mañana del 7 de junio de 1099 resonaba en los montes Olivete y Sión, asustando a los moradores de la cercana ciudad e interrumpiendo sus sueños de madrugada. Al alcance de los occidentales estaba la ciudad que Jeremías llamó «la más admirable» y David, su rey, «la más gloriosa e ilustre de las ciudades de Oriente».

Un viajero romántico

Pero merece hacer parada ante Jerusalén antes de seguir a los cruzados. Un viajero ilustre, entre los muchos viajeros ilustres que han acudido a contemplar esta ciudad celestial, nos puede mostrar una visión intermedia entre lo que aquellos príncipes y mendigos vieron y lo que hoy vemos nosotros. Este viajero es Chateaubriand, el romántico cristiano ferviente.

«Cuando vi Jerusalén no sabía lo que estaba viendo, porque me pareció un montón de rocas hechas pedazos. La súbita aparición de esta ciudad de desolaciones en medio de tan horrible soledad no podía por menos de causarme espanto», escribió

el vizconde de Chateaubriand en su *Itinerario de París a Jerusalén*.

Y más explícitamente: «Cuando la vi comprendí muy bien lo que los historiadores y viajeros nos cuentan de la sorpresa de los cruzados y de los peregrinos al ver por primera vez Jerusalén. Puedo asegurar que el que haya tenido, como yo, la paciencia de leer unas doscientas descripciones de Tierra Santa aún conoce muy poco. Yo me quedé sorprendido mirando la altura de sus murallas y recordando toda la historia, desde Abraham hasta Godofredo de Bouillon; meditando la suerte del género humano enteramente cambiado por la venida del Hijo del Hombre y buscando en vano aquel templo del cual no queda piedra sobre piedra. Aun cuando yo viviese mil años no olvidaría jamás aquel desierto que parece respirar todavía la grandeza de Jehová, y los espantos de la muerte». Aclaremos que en las Biblias antiguas a la muerte se la llamaba «el Rey de los espantos».

Este vizconde francés, que viajó no hace más de cien años a las tierras por las que pasaron conquistándolas sus antepasados, hace una descripción maravillada y maravillosa de la ciudad y de toda Judea. Afirma que es una tierra misteriosa y que en el sol abrasador, en el águila impetuosa, en la higuera estéril, en la tierra roja, está toda la poesía; todos los cuadros de la Escritura están allí. «Cada nombre contiene un misterio, cada gruta manifiesta un porvenir, cada cima de un monte resuena con la voz de un profeta. El mismo Dios habló en estas riberas; los arroyos secos, las rocas hendidas, los sepulcros entreabiertos atestiguan el prodigio; el desierto parece todavía inclinado por el terror y diríase que no se atreve a romper el silencio desde que oyó la voz del Padre Eterno».

Y, como conocedor del género humano, afirma que a la vista de que nadie lee los viajes de los antiguos ni sus fantásticas descripciones ni se introduce en los pliegues de la historia ni a nadie le interesa más que sus pequeñeces cotidianas, va a describir lo que ha visto para sumarse así al abandono de los que antes lo escribieron. Por cierto que, entre los muchos viajeros que cita y de los que se tienen documentos y memoria, hay dos españoles, uno, Vera —de quien dice que es muy conciso—, y otro, Pedro del Valle, de quien dice que es gracioso en el estilo, pero que vale poco su autoridad. De él mismo asegura que tiene la única autoridad de ser uno de los últimos occidentales en ver la iglesia del Santo Sepulcro que poco después fue asolada.

Los turcos guardaban entonces la llave de esta iglesia y nos cuenta el vizconde que en ella hay una ventanita enrejada a través de la cual los de afuera dan pan y agua a los que están dentro, que son de ocho naciones, a saber: la primera, los latinos o romanos, que son los que guardan el Santo Sepulcro; la segunda los griegos, que tienen el coro de la iglesia en el que hay un círculo de mármol del que dicen es el centro de la tierra; la tercera es la de los abisinios, que habitan la capilla donde está la columna en la que Jesús fue azotado; la cuarta es la de los coptos, que son los cristianos de Egipto y que tienen una capilla al lado del sepulcro; la quinta es la de los armenios, que ocupan la capilla donde se jugaron a los dados las ropas de Nuestro Señor; la sexta es la de los nestorianos de Caldea, que tienen una capilla donde Jesús

se le apareció a la Magdalena vestido de hortelano; la séptima es de los georgianos, que vienen de la orilla del mar Caspio y que ocupan el paraje donde se plantó la cruz y la octava es la de los maronitas, que habitan en el Líbano y son papistas.

Además de estas capillas fijas hay muchas para otras naciones, para que celebren según sus ritos particulares, pero al parecer no era posible permanecer mucho tiempo dentro de este sagrado recinto sin enfermar, pues no tenía ventilación y las bóvedas y paredes «despiden una humedad muy dañosa. Sin embargo hallamos un ermitaño que había tomado el hábito de San Francisco y hacía veinte años que estaba allí sin salir, bien que tiene mucho que trabajar cuidando de doscientas lámparas y limpiando y adornando los Santos Lugares, de modo que apenas le quedan cuatro horas de descanso al día».

También allí estaban los sepulcros de Godofredo de Bouillon y de su hermano Balduino, justo en el Monte Calvario, bajo la cruz que —dicen los eruditos— estaba de espaldas a Jerusalén, lo que indica que Nuestro Señor murió dando el rostro a Occidente. Allí ardían sin desmayo cincuenta lámparas.

Un incendio pavoroso

Cuando Chateaubriand señala que él es uno de los últimos en ver el templo del Santo Sepulcro, se refiere a que, a poco de su visita y por una mala maniobra de vaya usted a saber quién —dicen que un griego echó aguardiente a unas llamas—, la cúpula se vino abajo y todo fue destruido. Si entonces hubo una gran pelea entre todos los fieles custodios del lugar, a la hora de la reconstrucción no fue la cosa mejor. Cada comunidad hacía valer sus derechos y su influencia hasta que, por medio de una suculenta «mordida», los griegos ortodoxos se hicieron con el control de las obras. Se dice que pagaron al gobierno turco (Jerusalén formaba por entonces parte del Imperio Otomano) la nada despreciable suma de dos millones y medio de rublos rusos, casi el doble de lo que costó la reconstrucción.

El arquitecto no se lució en su trabajo, ya que el nuevo edificio figura con todos los honores en el libro negro de las más espantosas y feas obras arquitectónicas del siglo. «Se parece a un quiosco de periódicos de Salónica —fue el comentario de un franciscano—. El martillo sacrílego de los griegos no pretendió otra cosa que borrar del edificio de los cruzados cualquier vestigio de civilización latina. El arquitecto hizo más daño en la basílica que el incendio de 1808», puntualizó el experto e irónico fraile.

Las tumbas de los reyes de Jerusalén que Chateaubriand había contemplado se perdieron y las piedras se usaron en la reconstrucción del sepulcro.

Desde el incendio de la basílica, los choques entre los guardianes de las sectas cristianas se hicieron más violentos y frecuentes: reflejaban la rivalidad de las potencias europeas entre sí. A lo largo de la primera mitad del siglo XIX —señala

Amós Elón en su libro sobre Jerusalén— clérigos de todas las procedencias acostumbraban a enseñar las heridas que decían haber sufrido en la batalla por el sepulcro. En 1854 los belicosos monjes griegos irrumpieron en la residencia del recién nombrado patriarca latino de Jerusalén, el primero desde el tiempo de las cruzadas, y lo echaron del edificio y llenaron de camellos sus habitaciones. Dos años más tarde, una semana santa, armenios y griegos se dieron de mamporros en la tumba de Cristo. Diez hombres resultaron heridos, cuatro de ellos de gravedad. Cualquier disculpa era buena para iniciar las hostilidades: un candelabro encendido fuera de su hora, el cambio de posición de una alfombra... hasta la limpieza de la basílica se convirtió en *casus belli* por un quítame allá esos polvos.

Cuando el general Allenby devolvió el mando de las cruzadas a Jerusalén en 1917, el primer gobernador británico de Jerusalén, *sir* Ronald Storrs, mencionó en sus memorias el espíritu y la letra de las cartas que recibía: Excelencia —escribía el patriarca griego— «vuelvo a llamar su atención sobre la insufrible arrogancia de los coptos», o «Su Excelencia ya conoce las insoportables transgresiones de los etíopes», firmaban los coptos. En cuanto al patriarca armenio, pedía la *inmediata intervención* contra la codicia y la hipocresía de los griegos. Ésos habían movido unos centímetros la alfombra.

Los coptos y los frailes franciscanos se atizaban también de lo lindo. Cuenta Amos Elón que los coptos disponían de una capillita situada detrás del Santo Sepulcro, en realidad un nicho en el que apenas si cabía una persona. El sacerdote copto se veía obligado, por falta de espacio, a celebrar la misa de rodillas con su congregación alrededor de la tumba. En la guerra de guerrillas que siguió en el interior de la basílica los franciscanos bloquearon el pasaje con bancos, «con un celo —escribe el gobernador Storrs— que en ningún caso hubiera recibido la aprobación de San Francisco». En la estrategia de la tensión, los coptos respondieron con métodos propios. Estos cristianos de Egipto eran dueños de un convento sobre la Vía Dolorosa; pues en la novena estación del calvario no se les ocurrió otra cosa que arrojar desde la ventana las aguas fecales (también se puede decir el orinal) sobre el lugar en que los franciscanos solían arrodillarse durante la procesión que celebraban los viernes.

Historia sagrada

En un repaso rápido, diremos que Jerusalén fue fundada en el año 2023 a. J.C., por el gran sacerdote Melquisedec, quien la llamó Salem, es decir, la Paz. Cincuenta años después la tomaron los jebuseos e hicieron en ella una fortaleza llamada Jebus (por ser el nombre de su padre) y así la ciudad se llamó Jebus-Salem que quiere decir Visión de Paz.

Ochocientos veinticuatro años después David tomó el guijarro del fondo de un

arroyo que corre por el valle de Terebrinto y mató a Goliat. Luego engrandeció la ciudad y edificó el Tabernáculo para guardar el Arca de la Alianza. Salomón siguiendo números misteriosos de la Cábala construyó el Templo, que fue destruido por primera vez a los cuatrocientos setenta años, seis meses y diez días después de haber sido erigido.

Después de setenta y siete reyes cuyos nombres constan en la Biblia, Zorobabel reconstruyó el templo y en él oró Alejandro Magno.

Tito tomó Jerusalén y mató a ciento ochenta mil ochocientos ochenta judíos. Y fue quemado el templo. «Los que quedaron se comieron las pieles de los zapatos y hubo madre que devoró a su hijo. Los sitiados se tragaban las monedas de oro y cuando lo supieron los soldados romanos abrían a los prisioneros en canal para extraerles el oro. En aquella ocasión murieron en la ciudad un millón y cien mil judíos».

Pero fue Adriano quien prohibió la entrada de los judíos en Jerusalén y puso encima de la puerta de Belén, para afrentarles, la figura de un cerdo, aunque una vez al año y pagando, podían entrar a llorar sus desgracias. Cuando, muchos años después, Juliano inició las obras de reconstrucción del Templo de Salomón, los hombres trabajaban «con azadones y picos de plata y las mujeres llevaban la tierra en el regazo de sus mejores vestiduras; pero apenas se abrieron los cimientos, cuando salieron de ellos llamaradas que aterraron a los trabajadores e impidieron la continuación de la obra».

La iglesia del Santo Sepulcro que llegó a ver el vizconde era, según él, muy misteriosa y plagada de sombras. Los muchos ermitaños y cenobitas que allí habitaban lo hacían en los lugares más raros y recónditos; al parecer, estos hombres de Dios vivían metidos en huecos sobre los arcos acompañando a las palomas, escondidos en lo hondo de las cúpulas y en los sepulcros junto a los esqueletos. Y dice el francés que a todas horas se escuchaban lejanos cánticos, oraciones musitadas y letanías ampliadas o distorsionadas por los ecos variados que arrancaban en los muros. Todo ello mezclado con el pesado olor a incienso y a mirra, con los acordes del órgano cristiano, los címbalos de los abisinios, la voz monótona del pope griego, las oraciones del salterio armenio, el largo quejido copto. Todos estos ruidos y olores rodeaban al visitante sin que lograra descubrir de dónde brotaban y sólo sombras veía transitar y desaparecer por entre las columnas.

Jerusalén hoy

Es difícil visitar Jerusalén incluso hoy en día sin sentir la descarga espiritual, sobre todo si se ha visitado antes de la guerra de 1967, cuando la ciudad vieja de Jordania no había sido conquistada por el ejército de Israel.

Ésta es la ciudad de las mil caras y las mil interpretaciones. Para los musulmanes,

la cúpula de la Roca de Omar es el lugar desde donde Mahoma ascendió a los cielos en su Viaje Nocturno; para los judíos, esa Roca es el sitio donde tuvo lugar el frustrado sacrificio de Isaac. Los judíos se dirigen hacia el Muro de Lamentaciones, que marca el antiguo emplazamiento del Templo de Salomón, mientras los cristianos se dirigen al Santo Sepulcro, apuntalado y siempre a punto de desplomarse.

También conviven con la fe, escudados en ella, los intereses más mundanos: cuando se asoman los visitantes al rectángulo de mármol blanco que indica el lugar donde Cristo fue sepultado, el barbudo monje que hace de cicerone interrumpe la meditación, indica las lámparas y adornos y, cerciorándose de que los turistas no perdemos detalle, dice como en trance: «¡Oro, oro! ¡Todo oro!».

En ninguna parte del mundo hay tantas comunidades religiosas pero, en medio de la disputa de los Santos Lugares, de la tensión y la guerra psicológica entre las diversas sectas y del reto entre tantos dioses, llega a anularse la emoción religiosa. Hoy los santuarios se amontonan en desorden y hay que saber elegir los lugares, las horas, la misma luz, para alcanzar el recogimiento o llegar a ese éxtasis en el que algunos turistas sufren tal emoción que les lleva al desmayo.

Más de un tercio de la humanidad tiene raíces espirituales en esta ciudad que contaba diecinueve siglos antes de que naciera Cristo. Se la cita ya en la Biblia con el nombre de Salem y los egipcios la llamaban Urusalimu, la ciudad de la paz. Una paz de la que nunca hasta el presente ha disfrutado.

Fue la ciudad de Abraham, de David, de Salomón, de Nabucodonosor, de Herodes el Grande; el escenario de la condena de Cristo, del asesinato del Hijo de Dios y también de su resurrección. Como en las excavaciones arqueológicas, los restos de las religiones aparecen superpuestos una a otra, entre sus míticos valles y colinas.

En el pasado fue la emperatriz Helena quien descubrió la Cruz y su hijo Constantino quien erigió la iglesia del Santo Sepulcro, el lugar por el que los cruzados que hemos dejado sobre el Monte de la Alegría, suspiraban aquel junio de 1099.

Hoy las cinco últimas estaciones de la cruz se extienden sobre los muros. Todos los viernes los padres franciscanos recuerdan los pasos de Cristo por el Gólgota. Quedan en la vía dolorosa algunas de las piedras del tiempo de los romanos. Eccehomo, corona de espinas, Poncio Pilatos: todo aparecía en la ciudad jordana anterior a la guerra de los Seis Días. Mezclado, heteróclito, indescifrible.

Los haces de zucra aparecían tendidos sobre las viejas murallas construidas por Solimán el Magnífico; tenderetes de dulces taxidermizados, borriquillos con árabes gordos sobre sus lomos, mercaderes que escuchaban a Um Kalsum en la radio a todo volumen, monjes barbudos vestidos con hábitos pardos o blancos, archimandriles ataviados de negro, ruido y olor de zoco, cajas fabricadas con madera de olivo, rosarios de palma del Jordán, algún camello despistado, monedas envejecidas artificialmente, mujeres con jarros de terracota. Por algún lado resonaba la voz del

almuédano llamando a la oración: «¡Dios es grande. No hay más dios que Dios y Mahoma es su profeta!». Se pueden recorrer tres mil años en un minuto.

La mezcolanza: la iglesia de Santa Ana en la que rezan los cristianos de origen judío convertida en escuela por Saladino y que años más tarde pasó a manos de los Padres Blancos; la mezquita de Al-Aqsa, construida sobre el templo de Salomón, es hoy el tercer lugar sagrado del Islam después de La Meca y Medina; las siete puertas, el cenáculo... Ninguna ciudad del mundo, ni siquiera Roma, reúne tal densidad de edificios antiguos, de reverenciados monumentos.

Los maestros italianos del Renacimiento habían pintado a Jerusalén idealizada, una ciudad de torres imponentes, patios con columnas y una profusión de árboles como cualquier bella y verdeante ciudad de Toscana. Pero Jerusalén es más bien seca y árida, una emanación del desierto bajo un sol de plomo. Y sobre las ruinas del Santo Sepulcro no era raro en el pasado ver a una procesión de popes griegos y sacerdotes católicos arremeter unos contra otros cargados de estandartes, cruces y banderas.

Shalom, Saalam, Salem, Jerusalén. Paz en hebreo y en árabe; pero los cruzados que la contemplaban desde el Monte de la Alegría no venían a ella en son de paz, como nunca vino ninguno de los extranjeros que la poseyeron. Estaban quizá admirando al primer sol de la aurora, los ciclámenes, narcisos, anémonas, los lirios del valle, cantados por Salomón en el *Cantar de los Cantares*, aunque es posible que el ya rotundo calor de verano hubiera agostado todas las flores.

Y es que las colinas brillan con tiernos colores en primavera, así descritos por el pintor Tomas Seddon en 1854: «Cuando el sol cae directamente sobre las colinas, éstas aparecen blancas con rayas amarillas por la mancha seca de la yerba; pero cuando el sol está alto y los bordes rocosos quedan en la sombra, la colina es de un rojo radiante mezclado con tintas doradas y pardas. La roca blanca puede variar también de color por los rayos del sol, levante o poniente, y la tierra visible se vuelve roja. Todas las tardes el Monte de los Olivos se cubre de un rojo púrpura».

Jerusalén lo ha soportado todo. Aldous Huxley la ha llamado «matadero de las religiones» y Graham Greene «la gran superviviente del mundo». El aire de la ciudad está saturado de plegarias y sueños: como el aire que se respira en las ciudades industriales, es difícil respirar aquí, escribió en 1967 el poeta Yehuda Amichai. «Una piscina de oro llena de escorpiones», la llamó hace diez siglos el geógrafo árabe Muqadasi.

Ante ese matadero, ante esa piscina de oro estaban ya los cruzados, que habían cumplido parte de su sueño. Ahora debían conquistarla.

CAPÍTULO XVII

El sitio de Jerusalén

Los planes de Iftikar

Jerusalén era una de las ciudades mejor fortificadas del mundo, pero su destino era el de la demolición y la fortificación sucesivas, hasta treinta veces, el de la destrucción-reconstrucción. Ante la presencia de las tropas cristianas, los defensores de Jerusalén —los egipcios del gobernador Iftikar— envenenaron los pozos que rodeaban la ciudad, talaron los árboles, estabularon los rebaños. Al llegar los cristianos se encontraron con un erial; desierto, puro desierto.

El gobernador lo tenía todo a su favor: unas tropas con moral alta, dispuestas a resistir el asedio, los almacenes llenos de provisiones, las cisternas rebosantes de agua, las armas a punto para un largo cerco y, para mejorar sus perspectivas de futuro, una expedición de socorro había salido de El Cairo en dirección a Jerusalén.

El gobernador egipcio tomó otras medidas para evitar quintas columnas o caballos de Troya: expulsó a todos los cristianos que vivían en Jerusalén y los abandonó en medio de la desolación de Judea, como ya recordaremos que lo hizo en Antioquía el emir Yaghi-Siyan. Este general egipcio tenía precisamente un nombre muy parecido al del hijo del difunto Siyan, aquel Samh al-Dawla apodado *Sol del Estado*. Daba la casualidad de que este Iftikar era también Al-Dawla, que traducido significa Orgullo del Estado. Pues bien, *Orgullo del Estado* expulsó a los cristianos pero permitió, sin embargo, que los judíos se quedaran, quizá porque eran dueños de almacenes de víveres que les serían necesarios si las cosas se ponían feas.

Por sus espías infiltrados en el campo enemigo y sus propias observaciones desde las almenas, Iftikar descubrió algo que hizo crecer su optimismo: sus tropas árabes y nubias y sus arqueros sudaneses superaban con mucho al número de los asaltantes. Además Orgullo del Estado estaba sorprendido porque, en vez de haber asistido a una exhibición enemiga de modernas armas y maquinaria pesada, aquellos temibles frany se habían dedicado casi en exclusiva a las procesiones. Día y noche los veía desde las almenas cantar y rezar a voz en grito, pero no disponían de la menor escala o torre. Esto tenía a Iftikar muy impresionado y la verdad es que no entendía nada de lo que se refería a los asediantes.

A pesar de las señales del cielo y de su entusiasmo, los cristianos no lo iban a tener fácil. Iftikar era el hombre ideal para la ocasión: sabía cómo sacar el mejor partido a sus hombres, sabía cómo inspirar actos de heroísmo, pero estaba lejos de ser un loco o un fanático. Era por el contrario cauto y precavido. No sólo se preocupó por los alimentos y el agua sino que rellenoó las torres con balas de algodón y heno para

defenderse mejor de la acción de las catapultas enemigas. Admira que en estas condiciones los cristianos tuvieran, no ya posibilidades de éxito, sino ni siquiera moral de éxito.

Bajo mínimos

Los príncipes cristianos montaron el campamento, cuyo aspecto distaba mucho de aquellos primitivos. Las tiendas habían sufrido mil arreglos, las ropas estaban gastadas y sin apresto, y ni siquiera a los provenzales les quedaban ganas de muchos lujos. Raymundo, con el agotamiento y la incomodidad del camino, había revelado su rostro y figura verdaderos de sesentón cansado, con el pelo blanquecino —cuando se podía observar el color bajo el polvo amarillento de los caminos— y la faz llena de arrugas que la sequedad del ambiente aumentaba. Roberto de Normandía se había hecho un hombre pausado y serio tras aquella dura aventura. Bohemundo, muy joven todavía, conservaba su belleza, ahora un poco salvaje por la vida castrense, y llevaba la melena muy larga y dorada y la barba al descuido. Faltaba en todos ellos la alegría provocadora de los primeros momentos, pero no era de extrañar después de tan largo tiempo soportando aquella vida dura y peligrosa. Lo que sí resultaba extraño era el coraje de aquellos hombres que aún tenían fuerzas para la más difícil de todas las empresas.

En fin, los jefes se reunieron en consejo en la tienda de Godofredo, que era la más digna, y examinaron los mapas, los informes de los espías, la naturaleza del terreno, la ciudad fortificada por bizantinos, omeyas y los propios fatimitas y los turcos. Después se rascaron la cabeza, meditabundos. ¿Podrían los cristianos doblegar la ciudad inexpugnable? ¿Se repetiría el triunfo de Antioquía?

Pero, a pesar de todo, la ciudad tenía sus flancos débiles. El monte Sión ya no se encontraba en su recinto y los tres valles que rodeaban sus murallas habían sido cegados por Adriano cuando reconstruyó la ciudad. Tres gargantas profundas la defendían por el este, el sur y el oeste. El muro norte era de fácil acceso, lo mismo que el monte Sión en el rincón del suroeste. Roberto de Normandía tomó posiciones frente a la muralla norte. Sus soldados repetían las palabras de Isaías: «Jerusalén: levanta los ojos y mira tu libertador que viene a romper tus cadenas». Las fuerzas bajo el mando del conde de Tolosa se desplegaron frente al monte Sión. Godofredo de Bouillon cubrió con sus tropas el ángulo nordeste hasta la puerta de Jaifa, y Roberto de Flandes se encargaba de la puerta de Damasco. Mientras tanto, en el interior de la ciudad los imanes recorrían las calles y subían a las almenas para invitar a los habitantes a que tomaran las armas junto a sus cincuenta mil soldados.

La sed

Los primeros días se consumieron en los preparativos para el asalto, aprestar las máquinas de sitio, la recogida de víveres y el almacenamiento de agua. Raymundo de Aguilers, que acompañaba a Tolosa, cuenta cómo los soldados se arracimaban en la piscina de Siloé. La fuente manaba cada tres días, lo que se interpretó como la voluntad de Dios, en un nuevo signo sobrenatural. Los soldados, sedientos, dieron en pelearse por el agua. Esperaban ansiosos junto a la fuente a que ésta manara y, cuando lo hacía, se disputaban el agua de tal modo que algunos cayeron en ella lo mismo que sus caballerías y los rebaños que llevaban con ellos. Era la guerra civil antes de la gran batalla.

En la guerra por el agua los fuertes vencieron a los más débiles. Se abrieron paso con violencia inaudita hacia la piscina sobre la que flotaban animales muertos, hasta alcanzar la boca rocosa de la fuente, mientras que los más débiles quedaban abandonados en medio del agua sucia. Con sus lenguas acorchadas por la sed, los desafortunados tendían sus manos hacia los más fuertes para implorarles un poco de agua. En los campos adyacentes, caballos, mulas, cabras y ovejas permanecían como paralizados. Eran incapaces de moverse. Morían poco a poco sobre el mismo lugar en que se encontraban. «El aire se llenó pronto —escribe Aguilers— del olor de la muerte».

El suministro de agua se convertiría pronto en un grave problema para los sitiadores. El reloj parecía avanzar en favor de los sitiados: aunque no podían cubrir todas las murallas, disponían de mejor armamento y hasta el tiempo, un verano de fuego, corría en su ayuda. Como es natural, los sitiadores resistían peor el calor que los sitiados. Por añadidura, el calor los achicharraba en sus pesadas armaduras. Hay que tener en cuenta que un cruzado sobre su armadura pesaba una tonelada.

Con la honda y la ballesta, con picas y martillos, bajo la protección de sus escudos colocados en forma de testudo, los cristianos se acercaban a las murallas. Los fatimitas entonces se limitaban a responder con la descarga de aceite y pez hirviendo, pedruscos y vigas.

Sin tecnología

La guerra empezó el 7 de junio. El primer asalto fue casi suicida y comprobaron en sus propias carnes los cristianos que no les bastaba con la protección del cielo, que necesitaban máquinas de asedio, una mejor tecnología para un enemigo tan bien encastillado. El asedio era un infierno, sin sombra bajo la que cobijarse, los atacantes iban cubiertos de polvo y envueltos en el viento abrasador y enervante del desierto; todo ello rompía sus nervios. Era necesaria una fe muy profunda para no dejarse abatir por estas experiencias primeras de los pioneros del inútil sacrificio en las murallas.

La fuente de Siloé no bastaba para dar de beber a las legiones de la cruz y sin

agua no podrían mantener el cerco: se hacía necesario buscar pozos. Ahora peregrinos y grupos de soldados partieron hacia las áridas montañas de Judea y los valles para descubrir agua. Aquello se parecía mucho a la fiebre del oro en California, porque, en cuanto algún afortunado buscador de agua daba con un aljibe o un curso de agua cenagosa, todos se precipitaban para arrancar con las manos el fango y beberse.

La venta de agua fétida, ponzoñosa, se convirtió en un negocio, el típico negocio de todas las guerras sobre la base de la escasez. El que tiene dinero paga y bebe, el que no lo tiene revienta... «Una sed ardiente —escribió Guilón— vino a devorar al pueblo de Dios: el soldado cavaba la tierra con la punta de la espada y aplicando a ella su abrasada boca trataba así de apaciguar la sed que le devoraba. Otros recogían con sus ansiosos labios el rocío que durante la noche había humedecido la arena. ¡Quién los creyera! Cuando mataban un buey en el ejército no hacían caso de la carne y bebían la sangre». Los sarracenos se emboscaban y perseguían a los buscadores de agua para matarlos, así que uno no sabía si morir de sed o por arma blanca. Cruda elección. La situación se hacía insostenible: había que impetrar una ayuda más directa del cielo.

Un clarividente

El 12 de junio los príncipes se dirigieron al Monte de los Olivos, donde se entrevistaron con un viejo eremita, Pedro Desiderio, que parecía tener las ideas claras: «Si atacáis mañana la ciudad a la hora nona, el Señor hará que caiga en vuestras manos», les espetó. Se miraron unos a otros con indisimulado abatimiento. No tenían armas de asalto; era necesaria tecnología de guerra. Así se lo hicieron saber al ermitaño profeta:

—Nos faltan las máquinas de asedio, torres, castillos de madera o cigoñinos. Sin ellos no podemos arriesgar el asalto final.

—Confiáis demasiado en las máquinas de guerra —se rió aquel santo hombre visionario y clarividente—. Es el poder de Dios el que lo decide todo, hombres de poca fe. Si Él lo quiere, podréis escalar las murallas con una simple cuerda. Él está siempre del lado de los que trabajan por la verdad.

Una vez más la fe. Primero la fe, luego las máquinas.

Los príncipes cristianos salieron impresionados de la entrevista. Tan enfervorizados y convencidos salieron que se decidieron por el asalto inmediato. Siguieron al pie de la letra los consejos del ermitaño. Se sirvieron de máquinas de asediar improvisadas, pues ni siquiera contaban con escalas suficientes cuando atacaron la muralla norte. La operación fue un completo fracaso. Tan sólo un puñado de soldados lograron alcanzar los parapetos. No pasaron de la hora tercia.

El resultado del ataque desmintió la profecía del ermitaño de los Olivos. Parecería

que había quedado en el más perfecto de los ridículos, pero no: en su habitual costumbre de confundir deseos con realidades, cronistas como Raymundo de Aguilers se apresuraron a culpar del desastre a la poca fe de los asaltantes y, ya en el plano táctico, a una retirada llena de apresuramiento ordenada antes de tiempo. Todo menos reconocer lo absurdo y caprichoso del consejo.

Ensayo y error

La derrota sumió en el desánimo a los soldados, que bajaron varios puntos en la curva de la fe. Ahora el fervor pasó a un segundo plano: primero vivir, luego filosofar o hacer la guerra. Los decepcionados guerreros se pusieron a buscar agua y condumio por montes y valles sin querer oír hablar de asaltos ni de ermitaños.

Se dejaron arrastrar por la melancolía y por el egoísmo. Fueron momentos de desconcierto y alguna desbandada. Maldecían la canícula, maldecían la sed, maldecían la ausencia de catapultas. Las auroras no traían el rocío necesario para refrescar sus bocas, las noches eran tórridas (maldecían las noches, maldecían las auroras). ¿Era esto una conspiración del cielo?

Alberto de Aix cuenta que había quienes no buscaban otro alivio que la muerte, a veces se les veía correr con precipitación hacia las murallas de la ciudad de Dios «y besar enajenados las piedras insensibles mientras exclamaban con voz interrumpida por los sollozos: Jerusalén recibe nuestros últimos suspiros; caigan tus muros sobre nosotros y cubra nuestros huesos el polvo santo que te rodea».

Esta vez fueron los genoveses, la flota genovesa, la encargada de devolver la sonrisa a la atribulada grey cristiana. La flota —muy hostigada por los musulmanes—, en la que figuraban naves inglesas, pudo desembarcar en el puerto de Jaffa. No sólo traían provisiones, sino lo que es aún mejor, venían carpinteros genoveses expertos en la construcción de torres de asedio. Llegaban los técnicos, pero seguía faltando la materia prima, ¿dónde encontrar madera?

Aquellos hombres llevaban casi tres años en el camino. Habían pasado por toda clase de padecimientos, la pobreza, la enfermedad, las plagas, el frío polar y el calor, la sed y el hambre, toda clase de privaciones. Algunos de ellos, en pleno ataque de nostalgia, se bañaron en el Jordán para dar por terminada su misión y se dirigieron al puerto de Jaifa para encontrar algún barco que les devolviera a Europa. Habían visto morir a miles y miles de sus compañeros de viaje.

Cualquiera con dos dedos de frente comprendería este afán de deserciones, pues nadie es tan fuerte que pueda siempre con la vida, y menos con aquella vida espantosa, de dolor y batalla incesante. No es difícil de entender que, en este paréntesis de vacilación y desánimo, olvidaran las lágrimas que habían derramado al contemplar por primera vez las murallas de Jerusalén o aquellos brazos alzados al cielo entre los gritos de emoción.

Trabajos forzados

Era necesaria pues una nueva dosis de vigor, de esperanza. De un lado la retórica, de otro la técnica. De momento la técnica: Tancredo y Roberto de Flandes organizaron expediciones para rebañar toda la madera posible. Los marinos aportaron sogas y las escalas de sus buques. Cualquier instrumento sería útil para levantar las torres de asedio. Las pesquisas en la búsqueda de la madera condujeron a Tancredo hasta una selva en Samaria, allí donde el milagro del sol frenado en su carrera. Derribaron robles y los transportaron en carros tirados por camellos hasta el campamento, para que los carpinteros pusieran manos a la obra.

Volvió con el esfuerzo el entusiasmo a las maniacodepresivas huestes cristianas, que pasaban de la postración al frenesí, de la pasividad al entusiasmo. Todos arrimaban ahora el hombro. ¿Se necesitaban fondos, dinero para engrasar la maquinaria de guerra? Pues se sacaba de donde no había. El conde Raymundo pudo pagar una de las torres de asedio, pues todavía le quedaba dinero. La otra máquina fue para Godofredo de Bouillon. Las riquezas ganadas en Antioquía ya estaban gastadas y el duque de Lorena hubo de recurrir a las limosnas y aportaciones de los peregrinos, que se rascaron los bolsillos hasta las costuras para pagarse una segunda torre.

Y luego el trabajo. Todo valía para la tarea: las ramas de olivo o de higuera, los arbustos del monte bajo y hasta las pieles de las bestias muertas de sed con las que cubrían las torres, los arietes y las catapultas para evitar que ardieran bajo los efectos del fuego griego.

Todos sacaron fuerzas de flaqueza, las últimas energías para, en aquel paraje inhóspito, poner a punto las máquinas de asedio. Los historiadores alaban la destreza de Gastón el bearnés y de Guillermo Embriaco en la construcción de las torres y la labor de los predicadores que invitaban a peregrinos y guerreros de la cruz a la concordia y al buen entendimiento.

Se trabajó sin descanso en los dos frentes, el técnico y el moral. El bearnés completó su tarea en la torre de Godofredo y Guillermo en la de Raymundo. Las torres tenían tres pisos, en el de abajo se movían y empujaban los acarreadores y en los dos pisos superiores operaban los soldados en el asalto, situados desde esa altura por encima de las murallas. El instrumento de asalto era un puente levadizo situado en el piso superior que permitía el salto a la fortaleza.

Fue entonces, cuando se completaban los últimos detalles en los castillos que se desplazaban sobre ruedas, cuando llegaron noticias sobre la cercanía del ejército egipcio solicitado por Iftikar, una especie de séptimo de caballería que venía a liberar el fuerte de los fatimitas: el ejército de Al-Afdal, alias *el Mejor*, gobernador de Egipto. No había tiempo que perder.

Arengas y misas

El 8 de julio Pedro Desiderio, el ermitaño del Monte de los Olivos, se puso al frente de la procesión que discurrió en torno a las murallas. Soldados y peregrinos habían ayunado durante tres días, iban con los pies descalzos y la cabeza descubierta. Los curas vestidos de blanco paseaban a sus santos y sus sagradas reliquias mientras sonaban himnos y timbales.

Se necesitaba una voz elocuente, una arenga persuasiva, y ésa fue la de Arnolde de Rohes, capellán del duque de Normandía. Sobre el mismo lugar en el que Cristo ascendió a los cielos, el discurso belicoteológico del capellán conmovió hasta las entrañas a los presentes. Fue tal el voltaje de sus palabras que hasta dos rivales, al parecer tan irreconciliables como Raymundo y Tancredo, se abrazaron y olvidaron sus diferencias para contento de los peregrinos y guerreros. También les dirigieron la palabra Pedro el Ermitaño y Raymundo de Aguilers.

Al terminar su homilía, en un gesto teatral calculado, Arnolde de Rohes miró hacia Jerusalén: «He ahí por fin —dijo— el digno premio a vuestros trabajos y los lugares donde Dios os perdonará todas vuestras culpas y todas vuestras victorias».

La guerra santa es un invento de los cristianos. Éstas o parecidas palabras las hemos escuchado en boca de los *Mullahs*, los sacerdotes iraníes cuando despedían a los soldados de Jomeini camino de las trincheras en su conflicto contra Irak.

Al abrazarse Tancredo y Raymundo, el resto de los barones y caballeros imitaron su ejemplo y se arrodillaron con devoción.

Mientras tanto los sarracenos, así lo cuenta al menos Raymundo de Aguilers, desafiaban a los cruzados «reunidos sobre las murallas de Jerusalén, levantaban en el aire cruces que llenaban de ultrajes, se insultaban y se mofaban por medio de ademanes y gritos de las ceremonias de los cristianos». Pedro el Ermitaño sacó provecho de esas burlas para subir el tono de su voz y su retórica. «Ya oís, ya oís las amenazas y blasfemias de los enemigos del verdadero Dios. Jurad defender a Jesucristo, perseguido y crucificado por segunda vez por los infieles. Vedle de nuevo en el Calvario para redimiros de vuestros pecados». La respuesta fueron los gemidos y los gritos de indignación de la parroquia.

Los reunidos bajaron transfigurados del Monte de los Olivos, oraron con fervor renovado en su campamento, recibieron la comunión. Los carpinteros genoveses habían terminado su trabajo en las dos torres de asedio y en una tercera, de menor envergadura, que fue trasladada también sobre ruedas hacia el rincón del noroeste. El campamento se había convertido en un taller de carpintería. No podían haber hecho una mejor labor en menos tiempo y con tan poca materia prima. Todos, mujeres, ancianos y niños arrimaron el hombro.

Faltaba un último toque mágico. Lo aportó el sacerdote Pedro Desiderio. Receptor de numerosas visiones, aseguró que se le había aparecido Ademaro, obispo de Puy, fallecido en agosto de 1098 de fiebres, para decirle que si se libraban de las

miserias del mundo, se confesaban y corrían descalzos en torno a las murallas, al cabo de nueve días la ciudad caería en sus manos. Había elegido el personaje ideal: Ademaro, el obispo al que el papa Urbano había entregado la cruz y la espada. No les quedaba otro remedio que cumplir con la orden del respetado y difunto obispo de Puy.

Desde la mañana de la procesión, respondida desde las murallas musulmanas con silbidos, higas, cortes de mangas y otros gestos obscenos, todos parecían convencidos de que Jerusalén sería conquistada.

CAPÍTULO XVIII

Jerusalén libertada

La batalla por Jerusalén

El 9 de julio se decidió que el ataque definitivo se llevaría a cabo la noche del 13 de julio sobre dos posiciones enemigas: sobre el monte Sión y a todo lo largo del sector oriental del muro norte. En el último minuto hubo un cambio de planes repentino, decidido por Godofredo y los condes de Flandes y Normandía. El cambio respondía al hecho de que los defensores habían concentrado el grueso de sus fuerzas justo enfrente de donde los cristianos habían emplazado uno de sus castillos, al interpretar que el primer asalto se produciría allí. No era fácil trasladar aquella mole de asedio, de modo que hubieron de empujarla de nuevo con gran fatiga casi a un kilómetro de distancia, hasta el muro norte, cerca de la Puerta de Herodes. El traslado suponía además tener que rellenar de piedras las zanjas y alisar el terreno, en un esfuerzo considerable.

En el monte Sión, el conde de Tolosa ofreció un denario a cualquiera que acarreará tres piedras con las que llenar un declive del terreno, un foso grande que impedía que la torre pudiera acercarse al baluarte musulmán. La pendiente se cubrió enseguida y el conde pagó de su bolsillo a los obreros. La operación le costó demasiado para el poco uso que pudo hacerse del castillo.

Aquel jueves 14 de julio sonó al amanecer el toque de generala en forma de clarines. Todos corrieron a sus posiciones como un solo hombre: los pedreros, los arqueros, los ballesteros y cualesquiera que manejaran los ingenios de cerco. Las catapultas comenzaron a vomitar piedras, los que portaban los arietes cargaron sobre las murallas, los asaltantes tendieron sus escalas. El griterío era enorme. Los soldados —ayer y hoy— gritan en las ofensivas para darse ánimos; así los pasdaranes iraníes vociferaban y llenaban de aullidos el campo de batalla (¡Dios es grande! ¡Dios es grande!) al atacar, entre 1980 y 1988, las posiciones de Irak. El grito en batalla es una forma de exorcizar el miedo.

No se oían las saetas enemigas. Subidos en las torres, los príncipes daban ejemplo a la tropa, arengando desde las alturas a sus hombres. Raymundo, Normandía, Flandes, prefirieron unirse a los infantes —las bases— para combatir mezclados con ellos, a su lado.

Fue un primer asalto fallido. Los musulmanes lograron abrir una brecha entre la vanguardia cristiana y sembraron el desconcierto. Sobre los asaltantes cayó una lluvia de fuego griego (líquido ardiente en forma de estopas empapadas en una mezcla de betún inflamable, pez y azufre) y un diluvio de flechas, piedras y venablos. No sólo

eso: los musulmanes lograron neutralizar las dos torres cristianas. El propósito de los asaltantes, que era abrir un boquete para permitir la entrada en tromba de la caballería, quedó en agua de borrajas.

¿Qué había ocurrido? ¿Eran las catorce máquinas que tenían los musulmanes, era la superioridad numérica (según Raymundo de Aguilers sesenta mil caballeros sarracenos contra mil trescientos cruzados)? Quizá es que los cristianos habían atacado al mismo tiempo en demasiados lados.

El fuego era el arma preferida de los musulmanes. Toda clase de fuego —griego, sulfato, cera líquida, aceite hirviendo, haces de heno prendidos, que ardían tiempo después de haber caído entre los cruzados—. Y éstos respondían con flechas encendidas, así que muy pronto el humo cubrió la zona de combate y algunas casas de Jerusalén empezaron a arder.

Se escuchaba el impacto de las piedras lanzadas por las catapultas, el grito de los heridos que se mezclaba con las voces de asaltantes y defensores. Las huestes musulmanas tenían menos capacidad de maniobra y eran más indisciplinadas, pero desde los primeros compases demostraron su capacidad y su preparación.

Armas sarracenas

Pero los sitiados disponían de un arma secreta: la brujería; un arma que era anatema para los caballeros de la cruz. Dos brujos ataviados con mantos negros bordados de signos solares y astros fueron izados hasta el parapeto para que con sus visajes y abracadabras echaran el mal de ojo a las catapultas cristianas. Señala el cronista Raymundo de Aguilers con indisimulada satisfacción que, al poco de haber empezado sus maniobras mágicas y sus hechicerías, un pedrusco que voló desde el campo cristiano los tiró patas arriba, matándolos.

Al amanecer del día 15, el ataque cristiano empezó a perder pulso, iniciativa, profundidad. La respuesta decidida del enemigo, la falta de agua, el esfuerzo titánico de la arremetida, la imposibilidad de tender al otro lado ninguno de los puentes levadizos, todo ello hizo que ningún cristiano pudiera dar el salto. Como dijeron los dos Robertos: «Dios no nos había juzgado dignos, al menos por ahora, de entrar en la Ciudad Santa y de adorar el sepulcro de su Hijo».

A Dios rogando y con la catapulta dando. Mientras los sacerdotes marchaban en procesión en torno a las murallas, los soldados cristianos volvieron a la carga con redoblados bríos. Alberto de Aix cuenta que el fuego griego se concentró sobre la torre de Godofredo «sobre la cual brillaba una cruz de oro». Desde el Monte de los Olivos un caballero desconocido hizo una señal con su escudo para que el conde de Tolosa pasara en ese momento a la ofensiva frente al emir de Jerusalén, que fue quien le tocó en suerte. Aguilers explica que aquel caballero o bien era un ángel o posiblemente San Jorge. En ese momento Godofredo dio la orden a sus soldados para

que prendieran las estopas de algodón que colgaban de los muros y ofuscó a los defensores... Sin embargo los sarracenos no cedían en su infernal descarga de fuego y piedras.

Las ayudas acostumbradas

Pronto se corrió la noticia de que estaba San Jorge en la colina de los Olivos. También los musulmanes, fracasados los brujos, tenían su buena nueva: la expedición de Al-Dawla, el gobernador de El Cairo, se acercaba a Jerusalén.

La torre rodante de Godofredo logró al fin adosarse a la muralla; tendió éste el puente levadizo sobre el baluarte musulmán y dos caballeros flamencos, Lethaldo y Engerberto Tournai, tuvieron el honor de ser los primeros en pasar por el puente tendido entre la torre móvil y la muralla, seguidos de cerca por Godofredo de Bouillon, su hermano Eustaquio de Bolonia y los dos Robertos, Normandía y Flandes.

Eran las tres de la tarde del viernes 15 de julio, el día exacto profetizado en su aparición por el obispo de Puy, Ademaro, al que ahora aseguran algunos soldados haber visto aparecer al frente de sus soldados. Dios con nosotros, Ademaro con nosotros, San Jorge con nosotros... Los cristianos son conscientes de que han puesto el pie en Jerusalén a la misma hora en que murió Cristo en la Cruz.

¡Dios lo quiere!, gritaban ahora los de la fuerza de choque. Tancredo, los dos Robertos, junto con Hugo de San Pablo, Gastón de Bearné y otros caballeros armados de hachas, se lanzaron sobre la puerta de San Esteban. Era una fuerza incontenible. Los cruzados se multiplicaban en el impulso, aparecían por todas partes, escalaban, saltaban de las torres al baluarte. Los defensores retrocedían hacia su última trinchera, la mezquita de Al-Aqsa, con la esperanza de hacerse fuertes en ella.

Tancredo fue más rápido, cayó como el rayo sobre el bastión y rindió allí a los que se encontraban. La oriflama cristiana tremolaba sobre la mezquita que ya estaban profanando y saqueando. Fue el primer acto de pillaje y de barbarie, al que seguirían otros con crueldad sin contemplaciones.

Raymundo combatía con Iftikar en el monte Sión. En medio del fragor del combate, unos mensajeros se acercaron al gobernador para comunicarle malas nuevas: los cristianos habían roto la línea de defensa y corrían a su antojo por las calles de Jerusalén y mataban a todos los que encontraban a su paso, mujeres y niños incluidos. Era una escabechina.

Iftikar entonces se replegó hacia la torre de David con sus escoltas. Estaba perdido. No le quedaba otro remedio que pactar la rendición. Le ofreció al conde de Tolosa toda su fortuna a cambio de su vida y la de su guardia de corps y el paso franco hacia Ascalón. El conde de Tolosa aceptó las condiciones y cumplió su palabra —debió de ser el único—, pues al poco Iftikar y los suyos eran llevados con

un salvoconducto fuera de Jerusalén. De esta manera el gobernador y sus guardaespaldas se salvaron de una matanza generalizada.

La torre del conde de Tolosa no fue necesaria en el combate. Los provenzales entraron por las puertas de la ciudad y así dio comienzo una de las carnicerías más espantosas que ha conocido la historia: como quien dice, no quedó un musulmán para contarlo. La furia asesina de la cristiandad desató una orgía de sangre sobre los infortunados defensores. Tancredo y sus caballeros fueron los primeros en llegar a Haram as Sharif y saquearon la cúpula de la Roca y se llevaron todos sus tesoros. Los sarracenos creyeron que su último refugio podía ser la mezquita de Al-Aqsa y se ocultaron en el techo. Nada podía resistir la fuerza, velocidad y eficacia de Tancredo, así que aquellos hombres capitularon sin remisión a cambio de salvar sus vidas mediante entrega de todas sus riquezas. Tancredo aceptó el trato y permitió a los musulmanes que se quedaran. Hizo ondear su enseña sobre la mezquita en señal de que quedaban bajo su protección y nadie debía tocarlos.

Matadlos a todos

Pero fue la noche de los cuchillos largos, del baño de sangre. Los cristianos entraban en las casas con dos intenciones: matar y robar. Los alaridos con el nombre de Dios, el ¡Dios lo quiere!, se habían trocado en gritos de furia, de venganza, de codicia, de destrucción, de obnubilación, de saña.

Abramos un paréntesis para hacer algunas lucubraciones. El Islam («sumisión a Dios») no ha olvidado el crimen de Jerusalén, aunque habría que matizar que aquel cruel saqueo no fue un asunto de fanatismo religioso, sino que probablemente se debió a las condiciones extremas en que aquellos cristianos se movían, a la desesperación de las penalidades sufridas, a su largo viaje que les había desarraigado, a las enfermedades padecidas y terribles hambrunas, al largo asedio, al sol, a la sed y a la fatiga. No se trata de juzgar pero sí de tratar de explicar.

Hoy, los extremistas de los dos bandos se sirven de los mitos de las cruzadas — que duraron dos siglos— para atizar el fuego de la enemistad y de las pasiones religiosas dormidas. Es una manipulación que convierte a la historia en arma arrojadiza. Sin embargo, aquella guerra no fue una guerra contra el Islam; los cruzados ni siquiera distinguían a un musulmán de cualquier otro creyente y para ellos todos eran nada más —y nada menos— que enemigos: la idea de guerra contra el Islam era extraña al espíritu de aquel tiempo; pero aquella idea infausta ha desteñido las rencillas actuales.

Todavía lo recordaban los musulmanes de Kenia cuando, en septiembre de 1995 (novecientos años después), se negaron a sumarse a la ceremonia de recepción del Papa tras citar aquel sangriento episodio. También después del atentado al metro de París de julio de 1995 las llamadas Brigadas del Grupo Islámico en su boletín

clandestino dirán: «Una violenta explosión ha sacudido la capital francesa de las cruzadas: París». Y no quedan en esto los síntomas, sino que Pierre Gemanel, jefe de los maronitas cristianos del Líbano habla, cuando comienza la guerra civil de 1975, de «retomar el espíritu de la cruzada».

Cuando el terrorista turco Alí Agca, hoy encarcelado, disparó contra el Papa el 13 de mayo de 1981 en la Plaza de San Pedro, escribió una carta sobre sus móviles: «He decidido matar a Juan Pablo II, comandante supremo de los cruzados...». Pero hay más. Tanto Nasser como Gadaffi, Hafez el Asad (de Siria) o Sadam Hussein reclaman su identificación con Saladino y evocan la batalla de Hatin, en la que se expulsó a los cristianos en 1187.

El Asad vive obsesionado con la historia de los cruzados y el mismo George Bush en la guerra del Golfo quiere ser Godofredo, frente a Sadam-Saladino. Ahora no batallan los cristianos por el Santo Sepulcro pero lo hacen por el petróleo de Kuwait. Tanto los cruzados como Bush quieren «un nuevo orden internacional».

Y más paralelismos: «Los serbios —escribe en abril de 1993 François Fetjó— no olvidan servirse de la ortodoxia cristiana al presentarse como los sucesores de los cruzados frente al islamismo, al que acusan de pretender, a través de los Balcanes, nada menos que la conquista de Europa. Por eso ponen sitio a Sarajevo, que para ellos es un bastión islamista, como los cristianos pusieron sitio a Antioquía o Jerusalén». Y cerrado este paréntesis tan actual, volvamos atrás novecientos años.

Al día siguiente un grupo de cruzados que nada tenían que ver con Tancredo penetraron en la mezquita de Al-Aqsa y pasaron a cuchillo a todos los refugiados. Los cadáveres se amontonaban en las calles, en las plazas, en las casas. Raymundo de Aguilers que presencié el asesinato con una envidiable sangre fría escribe: «Es el día del Señor ¡regocijémonos todos con Él!». Y da todo lujo de detalles sobre la escabechina: «En el pórtico y en el atrio de la mezquita la sangre subía hasta las rodillas y hasta el freno de los caballos».

Jerusalén se quedó sin musulmanes y sin judíos. Fue una limpieza étnica. Los judíos se habían refugiado en su sinagoga principal, pero no les sirvió de nada, pues los cristianos enloquecidos quemaron el templo con todos sus fieles dentro.

Fue quizá una reacción histérica, una catarsis de sus propios sufrimientos y, cuando la furia se aplacó, los cuerpos putrefactos se apilaban en las calles y el ambiente era irrespirable. Los pocos prisioneros que no habían muerto fueron obligados a recoger los cadáveres y a tirarlos más allá de las murallas.

Para ocupar una casa, para quedarse con ella, bastaba que un peregrino colocara a la puerta algún tipo de símbolo, una cruz, una bandera, un escudo y hasta un sombrero.

Aunque Guillermo de Tiro —al escribir más de un siglo después— afirma que Godofredo fue el primero en lanzarse a espada descubierta sobre las estrechas calles de Jerusalén, Alberto de Aix saca la cara para defender el buen nombre de su héroe e insiste en que fue incapaz de sostener a los loreneses, responsables de algunos de los

peores excesos.

En vano los musulmanes imploraron la piedad (amán) de los cristianos. Fue sincera la furia de Tancredo, el caballero normando, al saber que una banda de criminales violó la defensa de su bandera, su pacto con los refugiados en Al-Aqsa. Guillermo de Tiro hace una valoración objetiva de los hechos, que no puede comprender, y los condena sin paliativos: «La ciudad mostraba tal carnicería de los enemigos que algunos de los vencedores sintieron horror y disgusto».

Fue algo peor que un crimen. Las ciudades costeras desde Beirut a Arsuf estaban a punto de negociar una rendición o la sumisión a los guerreros de la cruz, pero las noticias que llegaron de Jerusalén les sumieron en el terror. No estaban dispuestos a correr la misma suerte de sus hermanos: ofrecerían una resistencia desesperada.

La purificación

Después de la degollina vino la purificación. El Santo Sepulcro fue el Ganges, el lugar elegido. Godofredo se desprendió de su armadura y con los otros caballeros, descalzos, se dirigió al sepulcro donde, con las lágrimas en los ojos, dio gracias a Dios porque había permitido que se cumpliera lo que tanto habían deseado. Se lavaron las manos y los pies, cambiaron sus vestidos bañados de sangre por ropas limpias. Caminaron por la Vía Dolorosa y besaron el lugar donde el Salvador del mundo había puesto su pie. Sonaron los himnos, tambores y timbales. Cada uno de los cruzados, arrodillado ante el Santo Sepulcro creyó ver ante sí el cuerpo del crucificado. Se sentían a la puerta del cielo.

Para todos ellos la conquista de los Santos Lugares se debía a la intervención divina. Entre los himnos religiosos, el olor a incienso y cera, los caballeros vivieron en la caverna del Sepulcro, sumida en la penumbra, un momento de exaltación, un éxtasis de fervor.

En el resto de la ciudad reinaba el silencio y la calma de los muertos. De vez en cuando un peregrino recitaba las palabras de Isaías: «Vosotros que amáis a Jerusalén regocijaos con ella».

No se habían respetado las leyes del honor, aquellas que distinguen a los pueblos civilizados de los bárbaros, ni las de la caballería. «El piadoso fervor de los cristianos —escribe el historiador Michaud— no hizo más que suspender las escenas de la mortandad. La política de algunos jefes pudo hacerles creer que era necesario inspirar un gran terror a los sarracenos: pensaron quizá que, si dejaban marchar a los que habían defendido Jerusalén, tendrían que pelear luego contra ellos, y que no podían, en un país distante y rodeados de enemigos, conservar sin peligro unos prisioneros cuyo número excedía al de sus soldados. Se anunciaba por otra parte la aproximación del ejército egipcio y el temor de un nuevo riesgo cerró sus corazones a la compasión pronunciando en el Consejo la sentencia de muerte contra todos los musulmanes que

quedaban en la ciudad. En virtud de esta orden todos los enemigos que habían primero perdonado por humanidad, todos los que se habían salvado con la esperanza de un inmenso rescate, fueron degollados. Obligaban a los sarracenos a arrojar desde lo alto de las torres y casas; se les hacía perecer en medio de las llamas, se les arrancaba del interior de los sótanos y los arrastraban a las plazas públicas donde eran sacrificados sobre montones de cadáveres. Ni las lágrimas de los musulmanes, ni los gritos de los niños, ni el aspecto de los lugares en los que Jesucristo perdonó a sus verdugos, nada fue capaz de conmover a un vencedor irritado...»

¿Cincuenta, sesenta, setenta mil muertos? No se ponen de acuerdo en la estadística del horror. Saciada su sed de venganza, ocupada una casa o un palacio, reunido el botín, cobrados los cuantiosos rescates, enterrados los cadáveres, llegó la hora de dar una nueva ley a la ciudad conquistada. Pero antes Tancredo vació la mezquita de Omar, se llevó las lámparas, los candelabros de oro y plata y los ricos ornamentos. Tardó tres días en vaciar la mezquita y lo que sacó ocupó seis carros. Tancredo compartió estas riquezas con el duque de Bouillon al que le rindió a partir de ese momento pleitesía. El clero no quedó conforme con lo recibido —nunca quedaba conforme—, pero se dio por satisfecho al recibir la Santa Cruz, la auténtica, llevada por Cosroes y guardada en secreto por los cristianos de Jerusalén. Lo primero fue llevar esta magnífica reliquia en procesión.

Había que elegir un jefe, un rey. Existían ambiciones sueltas pero no un proyecto de estado, de sociedad, de dirección. ¿Quién mandaba, los curas o los caballeros? Alguien tenía que sentarse en el trono de David y Salomón: era llegado el momento de organizar y administrar la conquista. Tanto Normandía como Flandes, los dos Robertos, querían regresar a Europa y los dos candidatos punteros eran Raymundo de Saint-Gilles y Godofredo de Bouillon. Parecía que el primero de ellos era el aspirante natural.

El Consejo se reunió una semana después, cuando ya había llegado a las capitales musulmanas la noticia de la espantosa matanza. Dicen que el cadí de Damasco se arrancó las barbas en presencia del diván entero (es decir, el consejo), el califa y vicario. Por todos lados se escuchaban en el universo islámico palabras de dolor y consternación, pero en el consejo de los cristianos no hubo la menor señal de arrepentimiento. Ningún caballero se levantó para expresar sus escrúpulos. «Cosas de la guerra», debieron pensar. Los cruzados estaban a lo suyo: la elección de un rey.

CAPÍTULO XIX

Rey para Jerusalén

Toma de posiciones

El primero en hablar en el cónclave de jefes fue Roberto de Flandes, con un discurso medido y sensato, lo que no era de despreciar en aquella olla de pasiones y anhelos de poder. Después de templar gaitas, definió así las necesidades de la jefatura: «Es preciso que aquel que sea llamado a gobernar este país tenga las cualidades necesarias para mantenerse en él con gloria; es necesario que reúna el valor natural de los francos con la templanza y la fe y la humanidad, pues la historia nos enseña que es inútil el haber triunfado por medio de las armas si no se confían los frutos de la victoria a la sabiduría y la virtud».

El conde de Flandes veía en el rey al futuro defensor de Jerusalén, al padre de todos los que, hacía tanto tiempo, habían dejado su patria. Estaba obligado también a hacer abrazar a los infieles la religión cristiana. «Si llegáis a elegir a alguien que no sea digno de ello, destruiréis vuestra propia obra y traeréis a este país la ruina del hombre cristiano».

Roberto de Flandes dejó claro que no ambicionaba el cetro. «No, no tengo tanta presunción como aspirar a ese honor. Pongo por testigo al cielo y a la tierra de que, aun cuando quisierais darme la corona, no la aceptaría porque estoy resuelto a volver a mis estados». (Y fue cierto: Roberto volvió a su tierra, fue un buen estadista y murió de una caída de caballo.)

Un príncipe capaz de pronunciar un discurso tan desprendido podía hacerse acreedor a la corona, pues aquel que en semejantes circunstancias la rechazaba parecía ser el más digno de ella. Pero estaba decidido a volver y se conformaba con el título de Hijo de San Jorge.

Quedaban Godofredo, Raymundo, el duque de Normandía y Tancredo. Tolosa era, en la constelación de príncipes cristianos, el más ambicioso, el más poderoso y el más rico. No se había cubierto de gloria en la toma de Jerusalén, pero se había enfrentado con éxito a Iftikar en el Monte Sión. Raymundo de Aguilers escribe que los príncipes cristianos le ofrecieron el título de Rey latino de Jerusalén, pero que éste rechazó la oferta por considerarse demasiado humilde para ocupar el trono de David. Demasiada humildad nos parece para un ciudadano como Tolosa, cuyo currículum hemos ido conociendo. La verdad es que a Raymundo nadie le quería, ni siquiera sus propios soldados. Además tenía muchas pegas: se estaba haciendo viejo, estaba enfermo y era dilapidador y mal administrador. Sólo sabía mandar por medio del látigo y la humillación.

Así que quedaban en la lista Godofredo, Normandía y Tancredo. Ninguno de los dos últimos estaba dotado de prendas personales, ni inteligencia ni capacidad diplomática ni mano izquierda; no sabían de leyes y, en el caso de Roberto, su biografía era más bien desastrosa. Voluble, caprichoso, jugador y mujeriego, había perdido su ducado en Inglaterra y nada hacía suponer que pudiera administrar un reino.

En cuanto a Tancredo, su interés era la acción y hubiera hecho buenas migas con el Guerrero del Antifaz. Estaba dotado para la exhibición bélica, las cabalgadas, los asaltos, o sea, para la épica. Además Tancredo no había dejado de ser un personaje de segunda fila a pesar de todos sus esfuerzos.

El conde de Tolosa tenía sus partidarios pero era sospechoso para los barones, pues demostraba excesivas simpatías por Bizancio. En su hoja de servicios estaba el hecho de que fue él quien hizo reaccionar a la cruzada sacándola del ensimismamiento. De haber sido nombrado rey, sospechaban que el primer paso hubiera sido poner a la nueva monarquía a los pies de Bizancio, como vasalla del Emperador, cosa que no gustaba a los barones. Era —decían— impulsivo, orgulloso, terco..., pero ¿quién no lo era en aquella galería de personajes?

El rey

Quedaba Godofredo de Bouillon que, aunque fuera por eliminación, reunía todas las condiciones: valiente, compasivo, adorado por sus hombres, paciente. Su participación en el asalto de Jerusalén había sido decisiva.

Antes de tomar la decisión final, nos cuenta Guillermo de Tiro que los barones hicieron una discreta encuesta de opinión entre los criados de los distintos candidatos. Ya es sabido que nadie conoce mejor la verdad íntima del príncipe que su ayuda de cámara. Los criados y mayordomos hubieron de jurar que no hablarían a nadie de las opiniones vertidas en la encuesta. La opinión de los sirvientes sobre Godofredo no pudo ser más positiva. Rozaba la idolatría. Aunque no hay unanimidad sobre su figura, porque hay quien en este vaivén de impresiones opina que el duque era un tipo irascible, vendido al clero, testarudo, envidioso, enrevesado y un poco lerdo, en general la impresión fue favorable. Su leal mayordomo Josfredo, que fue también su ayo en la infancia, debió de tener que ver mucho con la decisión final.

Nadie se acogió al «no sabe, no contesta»; alabaron las virtudes del lorenés y tan sólo le pusieron una falta que debe interpretarse como un tierno elogio: era tal la piedad del duque que se pasaba las horas muertas mirando las estampas de la Virgen o los retratos de los santos y rezando, e incluso se olvidaba de comer. Los comensales o los camareros le esperaban en vano y «los manjares preparados para su mesa se enfriaban y perdían el sabor».

Y eso en cuanto a las virtudes domésticas porque, en cuanto a sus hazañas bélicas,

los elogios no podían ser más unánimes y encendidos. Godofredo era una máquina de matar que cortaba cuellos al cercén, un San Jorge, un brazo tan poderoso que dejaba a los enemigos sobre el caballo como el caballero demediado de Italo Calvino. Se recordaba la gesta del oso. Era popular en el ejército y también entre los peregrinos, a muchos de los cuales se les había aparecido en sueños, y uno de ellos confesó haberlo visto sentado en el mismo trono del sol, rodeado de aves del cielo que eran la imagen de los peregrinos. Otro, con una lámpara en la mano, parecido a una de las estrellas de la noche y subiendo por una escala de oro a la celestial Jerusalén. Otro lo había soñado recibiendo, sobre el monte Sinaí, la misión de conducir y gobernar al pueblo de Dios. Como vemos, los peregrinos tenían una gran vocación televisiva.

Esta manía de soñar, propia de aquella edad en la que no se distinguía bien lo natural de lo sobrenatural, estaba muy intervenida por la Iglesia que ejercía como censora onírica, de manera que los sueños buenos eran competencia de Dios; los sueños digamos sucios, del cuerpo; mientras los sueños peligrosos emanaban del diablo. Tan sólo los monjes y los soñadores privilegiados podían sacar partido de sus sueños. En este caso, y como estos sueños eran todos provechosos para el poder, eran muy bien aceptados.

Corona de oro, corona de espinas

Godofredo rechazó la corona de Jerusalén con unas palabras inmortales. Dijo que no podía llevar *una corona de oro allí donde Cristo soportó una corona de espinas*. Dos semanas después de la conquista de Jerusalén, el 29 de julio de 1099, moría en Roma el papa Urbano II sin conocer la noticia. También había fallecido, como vimos, el obispo de Puy, candidato natural al reino latino de Jerusalén. El Papa había nombrado a aquel Daimberto cuyo currículum no era el idóneo para el caso.

Godofredo se contentó con el título *Advocatus Sancti Sepulchri*. Siglos después reyes de España, Inglaterra, Francia, Chipre y Sicilia se disputaron el título de Rey de Jerusalén, pero para el caballero lorenés sólo Cristo —o en su defecto el romano pontífice— podía ser rey de aquella ciudad.

La noche en que fue nombrado Lorena los caballeros se encontraban en la iglesia rezando para acertar, con cirios encendidos en las manos, cuando un terremoto sacudió el edificio. Todos cayeron de bruces y se apagaron sus velas excepto la de Godofredo que, al contrario, aún brilló con más luz. Esto fue definitivo.

Quizá la reputación del duque hubiera sufrido de haber vivido más tiempo, pero pronto desapareció de escena. O por una fruta envenenada que había comido o por unas fiebres tifoideas. Esto se lo llevó a la tumba, pues la salubridad y la higiene eran un completo desastre. Los adultos no se cuidaban nada y los recién nacidos —sobre todo los varones— caían como moscas. Otros héroes como el Cid o el rey Arturo, el de la Tabla Redonda, murieron de viejos, pero Godofredo lo hizo en la cumbre de la

gloria.

Tarea urgente

Godofredo hubo de ponerse a la labor. La tarea más urgente era derrotar al cuerpo expedicionario egipcio. También tenía que rendir las guarniciones árabes que quedaban en la costa y hacer salir de Jerusalén al ejército de Tolosa que se hacía el remolón. Mientras gobernó Jerusalén dio Godofredo muchas muestras de bondad y humildad. ¿Lo era? Dicen que cuando una legación de las tribus de la montaña solicitó audiencia, lo encontraron sentado sobre un cojín de paja, solo, en una tienda sin adornos y sin protección de escolta.

Tres semanas habían transcurrido desde la toma de Jerusalén cuando el ejército egipcio, con el propio visir al frente, entró en Palestina. Godofredo no se encontraba en la mejor de las posiciones para hacer frente a tan poderoso señor. Tancredo se había lanzado a la conquista de Nablusa y el conde de Tolosa, enfadado y humillado —con bastante razón— se había ido, despechado, hacia el Jordán. Los francos por cuyas venas corría sangre germana, contaban tan sólo con mil doscientos hombres a caballo y cerca de nueve mil de infantería. Las fuerzas egipcias les superaban cinco veces en número.

¿Qué hubiera ocurrido de haber proseguido Al-Afdal en un ataque directo hasta la Ciudad Santa? El hecho es que los egipcios se detuvieron en Ascalon, lo que le dio tiempo a Godofredo para aglutinar a los suyos dispersos. El conde de Tolosa —al que había echado de Jerusalén hacía unos días— se negó al principio, luego se dejó querer y se hizo de rogar pero, al fin, ante el peligro, accedió y el 12 de agosto se topó con las tropas egipcias entre Ascalon y el mar. El mismo Godofredo se puso al frente del flanco izquierdo. Tancredo, Normandía y Flandes se situaron en el centro y Tolosa en la proximidad de la costa. En Jerusalén quedaron los peregrinos con Pedro el Ermitaño y una pequeña guarnición. Se encargaron de los rezos y súplicas y de cantar gregoriano.

Por el camino los cruzados se encontraron con rebaños de búfalos, vacas, cabras y ovejas y, deshaciendo las filas, pretendieron apoderarse de ellos. Pero Godofredo lo prohibió pensando que podía ser una estratagema del enemigo y les amenazó con cortarles las orejas y la nariz, lo que no era raro, como ya hemos visto anteriormente. Y aquellos rebaños que se pegaron al ejército sirvieron mucho, pues, entre su bulto y el polvo que levantaban y cómo evolucionaban siguiendo al ejército, lo cierto es que cuando se encontraron frente a Al-Afdal, en la distancia, éste creyó que el ejército cruzado era mayor de lo que era en realidad. Ante el ejército egipcio, escribe Fulco de Chartres, «Como los cuernos de un ciervo así estaban formados los batallones del ejército egipcio».

Ascalon

El ataque, fulminante, les cogió por sorpresa a los musulmanes. Ni siquiera tuvieron tiempo de armar sus arcos. Roberto de Normandía, al divisar entre el tumulto la bandera egipcia, se lanzó hacia ella; cogió el portaestandarte y lo hizo trizas. Tancredo cayó en tromba sobre el campamento enemigo. Muertos de miedo, como en otras ocasiones, los egipcios no aceptaron el cuerpo a cuerpo y en pocos minutos se decidió el signo de la batalla: los cristianos empujaron a los musulmanes hacia un bosque de sicomoros al que prendieron fuego y pronto se extendió por el campo el olor a carne quemada. De los restantes soldados egipcios, unos fueron arrojados al mar, otros fueron acuchillados y el resto trató de esconderse en las copas de los árboles pero —informa el cronista— eran perseguidos a flechazos y caían a tierra como el pájaro al tiro de cazador. Se dejaban degollar sin defenderse o morían a los pies de los caballos. El gran visir Al-Afdal perdió el alfanje y corrió a refugiarse en las murallas de Ascalon, en donde no pudo contener las lágrimas y en su desesperación maldijo a Jerusalén, causa de todos sus males y blasfemó de Mahoma a quien acusaba de haberle abandonado. El monje Roberto le hace decir al derrotado visir, que poco después se retiraba rumbo a Egipto: «¡Oh Mahoma! ¿será cierto que el poder del Crucificado es mayor que el tuyo ya que los cristianos han dispersado a tus discípulos?».

Musulmán significa (además de «el que cree en la verdad») «los que han hecho la paz con Dios», y Al-Afdal no debía de haberla hecho, puesto en plan Salman Rushdie. Mahoma podía haberle contestado como a aquel otro pelmazo que le importunaba: «Déjame en paz, de manera que mi deseo de ti pueda crecer». La aflicción ganaba ya, con esta derrota que sella el final de la primera cruzada, al campo del Islam (que significa «sumisión a Dios») dividido entre turcos y chiítas y sunitas. Se ordenaron, desde El Cairo a Bagdad, el ayuno, la penitencia y el luto. Modaffer-Abuverdy lloraba así: «Nuestras lágrimas se han mezclado a nuestra sangre y ni una parte de nosotros mismos ha quedado intacta como resultado de los nuevos golpes del enemigo. ¡Oh infelices de nosotros si las lágrimas llegan a reemplazar a las armas cuando la guerra siembra su furor o su incendio! ¿Cómo es posible que el párpado cubra el ojo cuando descalabros semejantes al nuestro despertarían a aquel que durmiera profundamente?». Y todo en este tono.

Algún sabio musulmán dice que en el mundo sólo hay tres paraísos: las bellas mujeres, los buenos olores, las santas plegarias. Ahora necesitaban de estas últimas.

La hora del *delicioso festín*, en el sentido literal, llegaba para los batallones de la cruz: entre las arenas abrasadas por el sol hallaron vasijas de agua colgadas del cuello de los muertos. «Había en el campo de Ascalon tantas riquezas y provisiones, en tan grandes cantidades —transmite un corresponsal de guerra de la época— que se saciaron hasta disgustarse de la miel y de las tortas de maíz traídas de Egipto; y los últimos soldados del ejército pudieron decir en esta ocasión: la abundancia ha hecho

pobres».

Los egipcios eran peores soldados que los turcos —y lo siguen siendo—. Era un ejército de novatos alistado con precipitación, sin experiencia en el combate. En cambio los cruzados estaban curtidos en el fuego y no necesitaron por una vez cometas ni visiones ni excesivas ayudas celestiales. También la meteorología estuvo acorde con nubes y pocos rayos de sol y hasta con viento fresco.

Era la primera victoria de Godofredo, el descendiente de Carlomagno, desde su elección. El ejército de Al-Afdal podría haberlos destruido y su plan, hecho público, consistía en la matanza de todos los cruzados, la destrucción de todos sus templos y la captura de todos los jóvenes y hembras para formar con ellos una raza capaz de defender Egipto de sus enemigos.

El reposo de los guerreros

Tras esta victoria los francos podían haber tomado Ascalon, pero una vez más se vieron paralizados por la discordia. Los habitantes de Ascalon se ofrecieron a Tolosa, pero éste, herido en su orgullo, pasó nota a la ciudadela recomendándoles que no se rindieran.

Ascalon era un baluarte de Egipto en Palestina, su plaza fuerte. Algo que los francos podían haber tomado sin esfuerzo en 1099 tuvieron que hacerlo con sudor, sangre y lágrimas en 1153.

Pero Godofredo era un ser débil a pesar de todas sus proezas y, cuando se enteró de la traición de Tolosa, se limitó a exasperarse a tal extremo que estuvieron los caballeros a punto de enfrentarse en batalla. Roberto de Flandes logró tranquilizarlos, pero estos litigios cada vez más subidos de tono anunciaban que los barones ya debían volver a Europa. El conde de Tolosa, que había sido desalojado de la torre de David en Jerusalén, marchó lleno de ira y, por consejo del visionario del Monte de los Olivos, se dirigió al Jordán con intención de bañarse en sus aguas y lograr así un nuevo bautismo y una nueva piel, como las serpientes. El agua es siempre el remedio que el hombre se aplica para emerger como un hombre nuevo. Pero no emergió nuevo Tolosa, ya que ni el bautismo del Jordán le quitó del todo la irritación.

Por fin se nombró nuevo patriarca de Jerusalén y la suerte cayó sobre Arnulfo, capellán de Roberto de Normandía, bastante desinformado en cuanto a letras y derecho canónico.

Había pocos puestos para tantos príncipes y barones, y por si no bastaba con las rencillas internas, apareció la flota pisana con el arzobispo Daimberto a bordo. Bohemundo, que andaba por aquellos andurriales, quiso poner de su parte a la flota para enfrentarse a Alejo y fueron Normandía y Flandes los que le recomendaron al normando paciencia y barajar, pues, estando Tierra Santa en tanta debilidad, no convenía —le dijeron— enojar a Bizancio. Por lo tanto instaron a Bohemundo a que

levantara el asedio que había puesto a Latakia, puerto sirio. Tolosa se vio obligado a acudir a Latakia a defenderla en nombre del emperador.

La hora de volver o asentarse había llegado. Las aventuras tocaban a su fin.

CAPÍTULO XX

Despedidas

Era el momento de partir, era el momento del recuento. Seis millones de europeos en total habían tomado parte a lo largo de cuatro años en la primera cruzada; como siempre, muchos nos parecen. De todos ellos apenas quedaban trescientos caballeros con Godofredo, algunos en Trípoli con Raymundo, otros en Edesa con Balduino y en Antioquía con Bohemundo. ¿Qué había sido del resto? El cronista lo explica de forma lapidaria: «Sus osamentas cubrían el camino que lleva a Jerusalén desde la extremidad de Europa».

Los caballeros se habían ganado el reposo, la hora de saborear sus triunfos militares, de contar los prodigios de los que habían sido testigos, el mayor de los cuales parecía que era el estar vivos, de poder mostrar las palmas sagradas del Jordán y los despojos, las sagradas reliquias. Los que buscaron en vano a sus deudos entre los cruzados, cuya ausencia habían llorado, se conformaban con la idea de tener un mártir en la familia.

El destino de los jefes

El rastro de los hombres grandes ha quedado reseñado por los cronistas. Pedro el Ermitaño, tras algunas idas y venidas, murió oscuramente en el monasterio de Huy, que él había fundado. Murió diez años después de la fundación y fue enterrado con los cenobitas.

Normandía, uno de los dos famosos Robertos, era, como ya sabemos, más inclinado a los amores terrenos que a los celestiales: tenía gran afición a correr faldas y una vocación por lo que los moralistas llaman vida fácil y disoluta. Se enredó en las camas de las italianas y, cuando volvió a su ducado, en vez de gobernar vació las arcas en francachelas y juergas y gastó su salud y su seso en veleidades y amoríos. Perdió Roberto el contacto con la realidad hasta tal punto que, en un acceso de megalomanía, intentó la conquista de Inglaterra, lo que le hizo perder su ducado. Su hermano Enrique I lo encarceló en el castillo de Cardiff, donde murió pobre como las ratas y cargado de pecados —veniales, pues eran de la carne— aunque olvidado de todos.

Mal les fue a Hugo de Vermandois y a Esteban de Blois, que habían abandonado de manera vergonzante la cruzada. El desprecio del pueblo empujó a Hugo a tomar de nuevo las armas y el camino por el que había vuelto con el rabo entre las patas. Murió en Oriente. A Esteban, quien le empujó fue Adela, la madre de sus hijos, que también

le hizo volver a lavar su vergüenza.

Flandes, el otro Roberto del dúo, que había cumplido como un bravo, quedó en su casa y enriqueció su estado. Tolosa, afín a Alejo, recibió como premio un palacio de sueño en Constantinopla y el principado de Laodicea, donde construyó una capilla para la Santa Lanza. El conde, nos cuenta Orderic Vital, se entregó a la vida muelle y hasta se casó de nuevo —Elvira de Aragón debió de morir sin causar molestia, ya que nadie nos cuenta cómo fue— y tuvo un hijo, lo que de momento le retiró de las aventuras de Tierra Santa. El conde que había luchado en Tudela, Navarra, murió ya mayor, cayendo de un tejado sobre el que estaba peleando a espada con un turco.

Gastón de Bearné volvió a Francia y era de tal calibre su deformación profesional que no podía vivir sin empuñar la espada: murió en España en una refriega con los moros.

De la suerte de Bohemundo se encargó Ana Comneno que cuenta sus extraordinarias hazañas, más propias de la imaginación que de la realidad. Hecho prisionero en una batalla, Antioquía permaneció amparada por su sobrino Tancredo mientras Bohemundo se pudría en prisión. Suerte que una princesa musulmana de juvenil hermosura se enamoró del cautivo y, jugándose el tipo, le abrió una noche el calabozo. Bohemundo (que estaba muy enemistado con Alejo, pues éste no le perdonaba que reinara en Antioquía) quiso en su huida pasar por Grecia sin riesgo y se le ocurrió hacerlo metido en un ataúd, dentro del cual se embarcó en el puerto de San Simón para llegar a Italia. Allí volvió a predicar de nuevo la cruzada con la intención de reclutar caballeros para fortalecer su reino, pero se entretuvo en la corte de París. En vez de persistir en su interés se fue por los cerros de Úbeda y se enamoró, casándose con una belleza de la época. Después de amar, guerrear y predicar, la fortuna le dio la espalda y fue a fallecer a su patria chica, Tarento, sin poder cumplir el sueño de volver a ver Antioquía.

El rey se muere

Los últimos días de Godofredo se consumieron en arduas negociaciones con los venecianos que querían una parte del pastel de los nuevos proyectos de conquista de ciudades musulmanas. Su legendaria fortaleza se estaba consumiendo a ojos vistas, aunque todos seguían haciéndose lenguas de su austeridad. Cada vez que alguien quería halagarle hablaba de la sobriedad de sus costumbres, pues llamaban la atención sus estancias sin alfombras ni lujos de ninguna clase. Él siempre decía aquello tan deprimente de *polvo eres y en polvo te convertirás*.

Hizo testamento a favor del patriarca y delegó la plaza en su primo Guarnerio de Gray, conde de Borgoña. El reino de Jerusalén, desguarnecido, podía haber caído entonces en manos de los enemigos, pero éstos se limitaban a lamerse las heridas mientras Tancredo, hiperactivo, iba de aquí para allá conquistando todo lo que se le

ponía por delante.

El cuerpo de Godofredo, una vez que le llegó la hora, estuvo expuesto al público durante cinco días. Contaba a la hora de su muerte cuarenta y un años y había gobernado Jerusalén un año exacto. Fue enterrado en el Santo Sepulcro. El gran baldón de su biografía es también su hora más excelsa: la conquista de Jerusalén y la matanza subsiguiente. Por mucho que los cronistas quieran exculparle por aquello, no cabe duda de que Godofredo fue responsable, pues era el jefe de las milicias y ya se sabe que la responsabilidad —y la gloria— cae en el jefe, tanto si es por acción como si es por omisión.

La estatua de Godofredo se convirtió en objeto de culto y el epitafio, muy en el estilo austero del muerto, decía así: «Aquí yace el renombrado Godofredo de Bouillon que ganó toda esta tierra para la cristiandad. Descanse en paz. Amén». A su lado se colocó la de su hermano y sucesor, Balduino de Edesa. Las dos tumbas se perdieron en el pavoroso incendio que destruyó la iglesia del Santo Sepulcro el 11 de octubre de 1808. La cúpula se vino abajo y, en el mejor estilo de la casa, coptos, griegos, armenios y latinos se acusaron unos a otros de negligencia criminal. Se dijo que alguno de ellos había echado aguardiente a las llamas en lugar de agua.

Clérigos a la gresca

En fin, que como ya vimos, las peleas entre los clérigos eran cosa de siempre. Y no fue la menor de ellas la agarrada entre el patriarca de Jerusalén, el normando Arnulfo, y el legado del Papa, Daimberto de Pisa, mal elegido por un Urbano II en las postrimerías de su vida. Arnulfo era inteligente, muy buen orador pero con gran inclinación hacia la intriga y una vida poco acorde con la santidad. Daimberto hizo todo lo posible para ensuciar la imagen del patriarca. Le sobraban argumentos para ello, entre otros que su nombramiento había sido de forma ilegal y no paró hasta que logró hacerse con el patriarcado de Jerusalén.

Tampoco Daimberto era un bendito; lejos de ello era muy ambicioso y autoritario, pero defendió el reino con uñas, dientes e hisopo. Era bien conocido en la corte de Alfonso VI rey de Castilla, donde el Papa le había enviado como nuncio en 1098. Era sin duda un guerrero entregado en cuerpo y alma a la causa cristiana contra los moros, pero también dio muestras de su corrupción y su codicia al quedarse con los tesoros que el rey castellano envió como tributo al pontífice de Roma. Un chorizo en la vía del Señor.

El ansia de poder del nuevo patriarca no conocía límites, no se detenía ante nada. Pidió a Godofredo que le entregara Jerusalén y le hizo la vida imposible en los últimos días de su agonía. Si la hipótesis del veneno en la fruta, que con gran abundancia comió Godofredo la noche anterior a sentirse enfermo, es plausible como afirman los peor pensados, ¿tuvo algo que ver la *longa manu* del arzobispo de Pisa?

El veneno, la daga y el rumor de sables, no abandonaron Jerusalén ni siquiera cuando el grueso de la tropa volvió a la añorada Europa. Cuando ya se veía Daimberto de Pisa dueño y señor como arzobispo, legado del Papa, patriarca y defensor del Santo Sepulcro, llegó no el aliado que esperaba —su amigo Bohemundo señor de Antioquía— sino un visitante mucho más inoportuno: Balduino, conde de Edesa, que reclamaba el trono de la Ciudad Santa en nombre de su hermano Godofredo. Con la espada había topado la iglesia.

La vuelta a casa

La despedida de los cruzados fue triste. En medio de cánticos, himnos, plegarias, botafumeiros y lágrimas, los que se quedaban se sintieron de pronto huérfanos de Godofredo y ante un sombrío futuro.

«No olvidéis a los hermanos que dejáis en el destierro —decían a la hora del adiós—; cuando os halléis en Europa inspirad a los cristianos el deseo de visitar los Santos Lugares que hemos restaurado y exhortad a los guerreros que vengan a pelear con nosotros contra las naciones infieles». O sea, que pedían tropas de refresco.

A través del Mediterráneo o por Siria y el Asia Menor, los cruzados llegaron a una Europa que les recibió en éxtasis, con los mismos cánticos con los que les habían despedido en Jerusalén. Fue un recibimiento de héroes y santos pues, aunque habían gastado en su misión la salud y la fortuna, traían a cambio reliquias y santas cicatrices.

La llegada en triunfo de los cruzados encendió en Italia, Francia y Alemania una hoguera de vanidades, bienaventuranzas, glorias e indulgencias. El relato de las hazañas y los prodigios, la lectura de sus cartas desde los púlpitos, excitó la imaginación de los europeos, turistas, peregrinos armados sólo del báculo o combatientes de la fe. Nuevas levadas de cruzados caerían otra vez sobre Constantinopla.

El que no se apuntaba a esta cruzada pasaba por ser débil o por cobarde, lo mismo que ocurrió con los desertores de la cruz. Esta nueva expedición era la segunda oportunidad para los que no aprovecharon la primera. Participaron otros príncipes y aristócratas, entre ellos Guillermo IX, conde de Poitiers, el vasallo más poderoso de la corona de Francia. Dijo adiós a sus tierras, a su vida cómoda, «a la caballería que tanto había amado, a las vanidades mundanas, a los vestidos de color y los primorosos calzados».

Caballeros novatos

Esta segunda expedición hacia la tierra prometida, al paraíso perdido, reunió más

cruzados y peregrinos que la nacida del Concilio de Clermont. Tan sólo en la Lombardía, en el norte de Italia, cien mil cristianos (cifra hiperbólica) se pusieron a las órdenes del conde de Blandrate, Alberto, y del obispo de Milán, Anselmo. El primer tramo de este viaje a Tierra Santa apenas si tuvo complicaciones. Iban cruzados y peregrinos llenos de confianza, arrogantes, mesiánicos, pagados de sí mismos y de su misión. Eran unos novatos fiados en la parte buena y romántica de la aventura de la Primera Cruzada. No podían imaginarse lo que les esperaba: un descenso a los infiernos. Fue el suyo un camino tortuoso y lleno de peligros y emboscadas, un auténtico vía crucis.

Los turcos, que habían acudido de todas las provincias de Asia Menor, de Siria y de Mesopotamia, les dieron un recibimiento de sangre, fuego y venablos. El viajero anglosajón Saewulf cuenta que los sarracenos esperaban en las cuevas de las montañas el momento de abalanzarse sobre las columnas cristianas: «Esperaban día y noche para atacar a los que caminaban en grupos reducidos o sobre los que se habían descolgado de sus compañeros acosados por la fatiga o la enfermedad. Tan pronto veías a los sarracenos en todas partes como se volvían invisibles». No les dieron respiro. Los cristianos de la segunda hornada, deseosos de tocar las puertas doradas de Jerusalén, descubrieron así la cruda realidad. El gobierno de la Ciudad Santa no podía de ningún modo garantizar la seguridad de los peregrinos. Ni siquiera la milagrosa lanza de Longinos, que el conde de Tolosa hacía pasar entre las filas de cruzados antes de los combates, sirvió de talismán. El acecho era constante. Las guerrillas musulmanas pegaban fuego a los bosques de abetos allí por donde pasaban. Quemaban las cosechas, acosaban la expedición desde todos los puntos con trampas, con flechas, humo y fuego. ¿Qué podía hacer el obispo de Milán con su brazo de San Ambrosio y sus invitaciones a la fe, a la calma y a la defensa?

Había que poner pronto remedio a las emboscadas y asechanzas sarracenas. Los jefes cristianos decidieron recomponer sus filas o profesionalizarlas para el combate, pero ¿quién podía amalgamar aquella horda dispersa, en la que se entremezclaban soldados, peregrinos, mujeres, ancianos y niños? El resultado fue que, a pesar de la buena voluntad de los estrategas cristianos, los sarracenos, conocedores del terreno, no les dieron tregua. El propio conde de Tolosa, aislado sobre una roca, estuvo a punto de pagar caro un error de cálculo.

Aquel ejército no servía para nada y así lo entendió un hombre tan experimentado como Tolosa que dejó plantados a los expedicionarios. El conde salió de estampida en una ocasión, lo que provocó el pánico de los que quedaron desamparados a merced de la cimitarra.

Fue el sálvese quien pueda. Así pudo contemplarse el vergonzoso espectáculo de unos caballeros cristianos, que pocas semanas antes hacían protestas de heroísmo, huyendo a uña de caballo y abandonando a su suerte a sus mujeres y a sus niños y monjes. Sobre aquel pueblo cayó la cuchilla de los turcos que, conocedores de la fuga del ejército, entraron sin resistencia en el campamento. Alberto de Aix pinta la

desesperación de las matronas y de las vírgenes «entregadas al furor y la lujuria de los turcos» y, para dar una idea de su desventura, se entretiene en describir «las horribles barbas, la fea cabellera y la espantosa figura de sus raptos». Pero ¿es que tenían mejor pinta los cruzados?

Dios, un dios menor, no el dios sectario, sino el clemente y misericordioso, había castigado así a los cristianos que robaron y pillaron a su paso por Bulgaria y las provincias griegas los graneros, los almacenes, las iglesias, los bueyes, carneros y toda clase de rebaños y llegaron a comérselos aun cuando fuera tiempo de cuaresma, de ayuno y penitencia —el ramadán de los cristianos— Les castigó también por las tropelías que habían cometido al llegar a Constantinopla.

Esta vez el emperador Alejo se vio amenazado de veras por la turbamulta cristiana. El Basileus les soltó los leopardos y leones antes que sus soldados. El león favorito del emperador resultó muerto. Nada se oponía a la fuerza de aquellos bárbaros cristianos, como elefantes en una cacharrería. Nada pudo hacer el obispo de Milán para sosegar los ánimos desatados. Dicen las crónicas que eran más de doscientos mil entre soldados y peregrinos, aunque nosotros lo podíamos dejar en veinte mil.

A duras penas pudo el astuto emperador poner fin a la anarquía. Por medio de promesas y dádivas logró que pasaran el estrecho de San Jorge y alejarlos de su capital. En cuanto entraron en zona turca pagaban sus mujeres, hijos y frailes las fechorías del camino, la estúpida osadía de los lombardos. Los sarracenos no sólo pasaron a cuchillo al campamento —«por todas partes caían bajo la cuchilla como las espigas bajo la hoz del segador»—, sino que sin prisa y sin pausa recogieron los tesoros que llevaba la expedición.

Nuevas oleadas

No estaba de Dios que una segunda fuerza mandada por el duque de Nevers corriera mejor suerte. Al principio su expedición se vio acosada por los fuertes calores que desataron la sed. Lo que vino después fue aún peor, una nueva carnicería. Los musulmanes estaban crecidos por su reciente victoria, de modo que apenas hubo batalla en los alrededores de Stancon. Los caballeros pusieron pies en polvorosa o murieron bajo la lluvia de venablos turcos o atravesados por sus lanzas y alfanjes. El duque de Nevers se salvó de puro milagro. Sus escoltas griegos le robaron todo lo que llevaba encima, lo dejaron solo y desamparado en el sotobosque. Sin saber hacia dónde dirigirse, desnortado, vagó durante días por la espesura, escondido para que los turcos no pudieran verle hasta que, por un golpe de fortuna, pudo alcanzar las murallas de Antioquía.

Mientras tanto, los aquitanos del conde Porties llegaban a Constantinopla donde conocieron la magnitud del desastre. Le acompañaban el duque de Baviera y la

margrave Ida de Austria. Al enterarse de lo ocurrido, los recién llegados la tomaron con el emperador al que hacían cómplice de la matanza: «Acusaban al emperador de que mantenía inteligencias pérfidas con los turcos y de que armaba emboscadas a los peregrinos hasta en el mar, de suerte que no veían ya delante de sí más que peligros. En medio de las crueles incertidumbres se veía al padre separarse del hijo, al hermano del hermano, al amigo de su amigo. Y en esta desesperación, en que cada uno llevaba por objeto salvar su vida, había más amarguras y pesares que los que se padecen para morir. Uno quería entregarse a las olas, otro atravesar la Romania, alguno, después de haber tomado puesto en un navío, se precipitaba sobre la playa y volviendo a comprar los caballos que había vendido corría a la muerte que quería evitar», escribe Eckard.

CAPÍTULO XXI

Balduino Rey

Durante los dieciocho años que duró su reinado, Balduino demostró que reunía las mejores condiciones para inspirar confianza en sus súbditos, tan necesitados de estabilidad, porque tenía mano izquierda y era previsor y prudente.

Balduino, el nuevo rey de Jerusalén, en palabras de Guiberto, «no era el cruzado piadoso de corazón humilde, sino un espíritu ambicioso, animado del deseo de sobrepasar en fasto a sus compatriotas y de rivalizar con los príncipes de Oriente en su ducado de Edesa, una espléndida corte, y, cada vez que se ponía en camino, hacía llevar delante de él un escudo de oro de figura griega donde estaba representada un águila. Se dejaba crecer la barba al estilo asiático, llevaba vestiduras que le arrastraban, permitía que le hicieran profundas reverencias, comía tendido en el suelo sobre alfombras y entraba en las ciudades precedido de dos jinetes que tocaban la trompeta».

Quizá es que los cronistas estaban acostumbrados a la sencillez de conducta de su hermano Godofredo. Los caballeros defendieron con el mismo ardor a Jerusalén de los sarracenos que a su reino frente a las ambiciones terrenales de los clérigos, porque no querían de ningún modo que aquello se convirtiera en una teocracia. Por eso defendieron Jerusalén contra Daimberto de Pisa, al que Godofredo, en su lecho de muerte, había entregado la Ciudad Santa y Jaifa al patriarca y al papado a perpetuidad. No estuvieron de acuerdo los caballeros, siempre suspicaces, con las apetencias temporales de la iglesia. Por eso abrieron el camino a Balduino después de echar a Daimberto, que se retiró a la vida monacal en un cenobio del Monte Sión. Lo expulsaron mediante la técnica de ocupar la torre de David, colocar tropas en las puertas y rodear la iglesia del Santo Sepulcro. Era la técnica del golpe de estado, la ocupación de los puntos neurálgicos, sobre la que siglos después escribió un tratado el italiano Curzio Malaparte. El reino era algo demasiado serio como para dejarlo en manos de los eclesiásticos.

El trono le correspondía a Balduino por derecho hereditario. Éste se puso unos días de luto por la muerte de su hermano, mientras se alegraba en secreto de la herencia que le había caído en suerte; al menos eso dice Fulco de Chartres, que le conocía bien. Todo lo que Balduino quería era que le dejaran hacer: poner orden, someter a los turcos y reunir una fortuna por el peculiar sistema de reparto: primero yo, luego yo y después los demás. Éste fue el ensayo de un aventurero hábil y sin escrúpulos para las tareas que le esperaban en el trono de Jerusalén. Cuando una delegación de la Ciudad Santa vino a ofrecerle la corona, Balduino no se lo pensó dos veces. Era la oportunidad de su vida; nada de lo que había soñado —y recordemos

que había soñado mucho— y ambicionado hasta entonces podía compararse con aquel honor. Dejó a su primo Balduino del Burgo (que le sucedería en el trono de Jerusalén a su muerte) al frente de Edesa y salió hacia la Ciudad Santa acompañado de doscientos caballeros y setecientos infantes. Tenía que cruzar territorio enemigo.

El servicio de inteligencia de los turcos funcionaba muy bien. El sultán de Damasco (Ducac), quizá por sacarse la espina de no haber ganado contra los cristianos ni una sola batalla, se empeñó en cortarle el paso al rey *in pectore*. Cruzó Balduino por Antioquía, donde le fue ofrecido el cargo de regente, que rechazó. Marchó por el litoral donde fue bien recibido por los emires, siendo el de Trípoli quien le envió como tributo pan, vino, miel y un rebaño de cabras. Pero sobre todo le facilitó una valiosa información que no tenía precio: le advirtió que Ducac le esperaba en el camino, cerca del río del Perro, a unos quince kilómetros al norte de Beirut. Fue aquí, en esta emboscada sarracena, donde Balduino libró la más difícil batalla de toda su vida.

Ducac «versus» Balduino

Los damascenos le esperaban escondidos en las montañas. El caballero franco no perdió la calma. Con sangre fría admirable ordenó a su ejército que permaneciera alerta en el campamento. Las tropas del sultán cayeron sobre los batallones de Balduino, pero sin lograr romper su formación. Tocaron a retreta y se batieron en retirada a la espera de una mejor oportunidad. La noche transcurrió en ese clima que los cronistas modernos llaman de «calma tensa». Al amanecer, Balduino ordenó el repliegue de sus fuerzas entre la montaña y el mar.

Al llegar a Junie, ese puerto cristiano de Beirut (al que llegábamos en barco desde Chipre durante la atroz guerra civil libanesa), Balduino detuvo su escapada, tocó a generala y mandó un ataque inmediato contra una encrucijada de tres carreteras. El caballero francés era un genio como táctico y como estratega. Había elegido el mejor momento y lugar para pasar a la ofensiva y eso que muchos de sus camaradas y soldados le habían abandonado amedrentados por la superioridad numérica de los turcos. «Los que tengan miedo pueden irse», les gritó Balduino, siempre seguro de sí mismo. Se había quedado con ciento sesenta caballeros y quinientos de infantería.

El lugar elegido por el sultán de Damasco para la celada fue el paso de Nahr el-Kelb. Un corresponsal de guerra puso así la situación: «Hacia el mar la flota enemiga, al otro lado las impresionantes montañas, en frente todo el ejército turco».

La noche se hizo larga, interminable. Fulco, capellán de Balduino, resumió aquellas horas angustiosas cercados por los damascenos con estas palabras: «Lo que daría por estar en casa. Y no sólo yo...».

No había salido el sol cuando Balduino, ante la imposibilidad de romper por las líneas enemigas, ordenó la retirada o al menos fingió que huía acobardado. Ahora fue

el francés el que les metió en la ratonera, en el angosto paso de Nahr donde la caballería sarracena no pudo efectuar la maniobra de despliegue. El contraataque de los francos fue demoledor, sembró el desorden en las filas enemigas y dejó el camino despejado. Así pudo Balduino marchar, sin temor a emboscadas, hacia su trono.

Daimberto dobla

En las encrucijadas le esperaban alegres procesiones con sacerdotes de todas las sectas cristianas. Le aclamaban como a su dios y señor, pues era el hombre fuerte que necesitaban en medio de un universo hostil. El primer paso que dio ahora Balduino para dejar su tarjeta de visita, su imagen de marca, fue despejar de enemigos los territorios circundantes. No se le pasó por la cabeza la idea de una venganza contra sus rivales —era más fino—, sino que actuó de forma cauta y sutil. Y fue Daimberto el que, de mala gana, bajó de su cenobio en el Monte Sión para poner la corona de Jerusalén en la cabeza de su enemigo durante el curso de una misa celebrada en la iglesia de la Natividad de Belén, el día de Navidad del año 1100. El arzobispo de Pisa, frustrado rey de Jerusalén, hizo de tripas corazón y le entregó la espada: «para defender la justicia, la fe y la Santa Iglesia, el anillo que significa lealtad, la corona que expresa dignidad, el cetro para castigar y proteger y el globo que representa las tierras del reino».

Escriben los cronistas presentes en la ceremonia que fue investido con *bíblica majestuosidad* con su vestido de brocados de oro y luciendo una barba tan larga como la de un emperador bizantino. Balduino tenía el sentido de la puesta en escena y conocía el valor de la etiqueta y de los símbolos; era una forma de imponer respeto. Prefirió ser respetado a ser amado.

Balduino, comadrona

Era tierno y sanguinario, rudo y afable, maestro en el arte de lo que hoy llamaríamos la *realpolitik* (el pragmatismo por encima de la moral). Un político de una pieza que supo ganarse el corazón de los cristianos nativos. Tenía la sensibilidad y la intuición del Oriente, no como el papa Pascual II —el sucesor de Urbano II—, personaje obtuso y retrógrado que en una ocasión amonestó con toda la severidad posible al patriarca Arnulfo porque había unido en matrimonio a un cristiano y una musulmana.

Hay un episodio que pone al descubierto otras cualidades más o menos ocultas de Balduino. Sus espías y escuchas le informaron de que se encontraba de paso por la Transjordania (territorio del que siglos más tarde sería soberano el abuelo del rey Hussein, Abdullah, asesinado a las puertas de la mezquita de El Qasa en Jerusalén) una tribu formada por ricos árabes. Ávido como siempre de dinero y riquezas,

Balduino lanzó un destacamento que cayó por la noche sobre los desprevenidos árabes, que sucumbieron en un decir Jesús. Degolló a los hombres en sus tiendas, hizo prisioneras a las mujeres y a los niños y se apoderó de un considerable botín.

Cuando aquella cuerda de presos era trasladada a Jerusalén, supo el rey que una cautiva, que era esposa de un jeque árabe, estaba a punto de dar a luz. La prisionera viajaba, como era costumbre entonces, en el serón de un camello. Balduino dio la orden de que fuera bajada de su alforja a tierra, que fuera extendida en un cómodo jergón y que le fueran facilitados los alimentos necesarios y dos odres de agua. También le fue concedida una sirvienta.

El propio Balduino se aseguró de que se la cobijara a la sombra y fue llevada bajo unos árboles. Recibió además dos comadronas y dos camellos para que le procuraran leche al niño. El rey tendió su manto sobre la parturienta y marchó al galope con su escolta hacia la capital de su reino. Fue entonces cuando el jeque, lleno de angustia, se acercó hacia donde yacía su esposa y la encontró como nunca lo hubiera imaginado.

En medio de tanta barbarie, estos gestos de caballerosidad se daban a menudo. No olvidemos, por ejemplo, que el gran caudillo árabe aunque de origen kurdo, nacido en Takrit —la misma ciudad de Sadam Hussein—, Saladino, no dudó en enviar nieve de las montañas a un Ricardo Corazón de León encerrado en aquel horno insalubre que era Jerusalén, para aliviar su sed y la de sus hombres. Los cruzados mataban o convertían en esclavas a las mujeres musulmanas pero en general trataban con consideración a las esposas de los principales. El jefe beduino dijo que nunca olvidaría aquel gesto de magnanimidad y juró eterna gratitud. Pronto tendría ocasión de demostrarlo.

Generoso y despiadado

Cuando conquistó el puerto de Arsuf fue generoso. Contó para su conquista con la ayuda de la flota genovesa, pero impidió el saqueo. Balduino ayudaba así al comercio entre venecianos, genoveses y pisanos con Oriente pero, al no permitir que la ciudad fuera saqueada, no sólo se mostraba humanitario, sino que guardaba un puerto que podía ser importante para refugiar a las naves cristianas. No mató a nadie ni autorizó el pillaje.

Pero en Cesarea pintaron bastos. Con la ayuda de escalas y torres de asedio, los francos y los italianos rindieron la ciudad al cabo de quince días de cerco. Los hombres fueron asesinados sin compasión y las mujeres se salvaron: «serían útiles para manejar los molinos de grano», escribió Fulquerio de Chartres. El emir y el cadí salvaron la vida (de cadí, magistrado, viene la palabra española alcalde) tras pagar un abultado rescate. Quemaron en la hoguera a todos los turcos y así, sobre las cenizas, pudieron los cruzados recuperar todos los besantes, las monedas de oro acuñadas por

orden del emperador Constantino, que los turcos se habían tragado.

Al-Afdal vuelve a la brecha

Ahora eran los egipcios los que acantonaban tropas en Ascalon. No estaban tocados por el fuego de Marte, pero superaban a los cruzados en una proporción de treinta a uno. El 6 de septiembre de 1101 Balduino partió con su ejército desde Jaifa hasta la llanura de Ascalon, donde sólo podría servirse de la sorpresa de un ataque preventivo para fulminar a tan apabullante ejército.

Quiso Balduino ver con sus propios ojos el despliegue de los egipcios, de modo que cabalgó a unos doce kilómetros de la ciudad musulmana y comprobó sobre el terreno la dimensión y la envergadura de las fuerzas enemigas. Volvió grupas hacia su campamento: esta vez debía echar mano de sus conocimientos teológicos. Para evitar el desaliento y las deserciones, el exseminarista dijo a sus batallones que allí les esperaban las puertas del cielo, pues ganarían en la batalla todas las indulgencias imaginables. A los candidatos a la deserción les dijo algo que no carecía de lógica: «Vosotros veréis. Francia queda muy lejos».

Distribuyó su ejército en seis batallones y en un mástil muy alto portaba la verdadera cruz.

El factor sorpresa, esencial en tantas batallas no funcionó esta vez. Los egipcios estaban alertas, ojo avizor. Subido en su caballo favorito, *Gacela*, el rey de Jerusalén, conde de Edesa, señor de Jaifa, Arsuf y Cesarea, cargó sobre el campo enemigo con tal determinación que, después de una hora de lucha, los egipcios sólo pensaban en ponerse a salvo tras las murallas de su fortaleza. Fue una victoria pírrica, en la que Balduino había perdido en el envite un tercio de sus caballeros y trescientos infantes.

Pero la guerra seguía su curso. Los fatimitas egipcios no se daban por derrotados y en la primavera del año siguiente aparecieron de nuevo con renovados bríos al mando del hijo de Al-Afdal.

Lo más prudente hubiera sido para Balduino mantenerse bajo la protección de las murallas de Jerusalén, pero su costumbre era adelantarse a los acontecimientos, dar la cara, tomar la iniciativa. La suerte no le sonrió ahora. La superioridad numérica del enemigo era evidente: Balduino tenía una cita con el destino. El hijo de Afdal destrozó una cuarta parte de las tropas cristianas y Balduino, protegido por la oscuridad, tuvo que ponerse a salvo en la fortaleza de Ramla. Lo de fortaleza es un decir, pues tan sólo constaba de una torre muy vulnerable, construida el año anterior y a toda prisa.

Nunca estuvo el rey tan cerca de la derrota. En la madrugada un jeque beduino a caballo logró penetrar en Ramla y pidió a los centinelas que le llevasen ante el rey. Tan sólo le quedaba al monarca una pequeña partida de caballeros, pues el resto de sus fuerzas o bien había huido en desbandada o había perecido en el combate. El

jeque árabe se identificó como el esposo de aquella mujer parturienta a la que había socorrido Balduino.

—Los egipcios —le dijo— atacarán en cuanto amanezca. Tiene que escapar ahora mismo. Es la única oportunidad. Yo le mostraré el camino. No hay tiempo que perder. Sígame.

Sin pensarlo dos veces el rey de Jerusalén y cuatro de sus lugartenientes se deslizaron en silencio precedidos por el jeque. Poco después lo hizo el resto de los caballeros cristianos, pues preferían intentar una salida a la desesperada antes que morir achicharrados en la torre, ya que en ese mismo instante los egipcios amontonaban haces de leña para incendiar la fortaleza. Y, una vez más, la celeridad de *Gacela* le permitió a Balduino escapar de sus perseguidores.

El rey era ahora un fugitivo por las colinas del norte de Ramla. Durante dos días y dos noches anduvo errante por las montañas burlando las patrullas egipcias que le pisaban los talones. La última noche consiguió llegar a Arsuf, pero cien de sus caballeros fueron hechos prisioneros y otros tantos resultaron muertos.

Un rosario de victorias

Los venecianos, genoveses y pisanos (los italianos siempre a remolque, ayudando al vencedor), los bizantinos e ingleses, acudieron en su ayuda. Por entonces se había librado de alguno de sus enemigos, como Bohemundo, que, liberado por los turcos, había regresado a Apulia y no tenía intención de volver a Oriente. El conde de Tolosa acababa de morir en combate.

El año 1102 Balduino tomó Tortosa y de ahí en adelante todo fue un rosario de victorias. Las ciudades costeras cayeron como fichas de dominó: Acre, Tiro, Trípoli, Beirut, Sidón y, por fin, aquella fortaleza tan deseada y que tanto daño había hecho a los cristianos: Ascalon. Acre, ganada por Balduino en 1104, la perderían los cruzados para siempre en 1291. La gran aventura oriental —de la cruz con la espada— de la Edad Media tocó a su fin. Desde entonces, durante el siglo XIII, el reino latino de Jerusalén y Chipre ejerció tan sólo una vaga soberanía de derecho sobre Tierra Santa. Quinientos años después la flota británica bajo el mando de *sir* Sidney Smith hizo que Napoleón conociera el sabor amargo de la derrota en aguas de Acre. La ciudad tantas veces atacada, sitiada, ocupada y bombardeada languideció en la costa de Israel. La artillería derribó el malecón, destrozó el pintoresco puerto y sólo algunos vestigios de las posadas de antiguas caravanas recordaban los tiempos en que dos mil o tres mil camellos cargados de cereales entraban a diario por sus puertas. El naranjo, la vid, el jazmín y las rosas crecían indiferentes al pasado, mientras la gente del pueblo se dedicaba todavía, cuando la visitamos en los años sesenta, a la pesca del Múrex de los fenicios, con el que fabricaban el famoso tinte púrpura que tanto valor tuvo en el mundo antiguo.

Allá por donde Balduino pasaba con sus fuerzas, siempre en danza a lomos de *Gacela*, construía castillos y baluartes. El imperio de los cruzados se extendía ya desde Edesa al norte de Siria hasta el mar Rojo, en una distancia de casi novecientos kilómetros, con unas líneas de comunicación demasiado largas en un imperio lleno de ciudades florecientes, desiertos, principados y oasis.

Nuevas empresas

Otras empresas cristianas tuvieron peor suerte. La tercera expedición por aquellos años, la del duque de Baviera, Guillermo de Poitiers, y el conde de Vermandois entre otros, terminó en catástrofe. Cuando llegaron a territorio turco se encontraron con tierra quemada. Los sarracenos hicieron, muchos siglos antes, lo que los generales rusos ante la llegada de Napoleón o de Hitler y lo que había hecho el sabio Kilij Arslan, emir de Nicea: lo destruyeron todo para que el invasor no encontrara nada. Les recibió el vacío: cosechas incendiadas, aljibes cegados, puentes destruidos, senderos inutilizados y —sobre todo ello— el General Verano. En aquel desierto era imposible sobrevivir.

Los ejércitos cristianos camparon por sus respetos, cada uno a su aire, hambrientos, sedientos y desesperados. La orilla del río Halis fue su tumba, pues los turcos que seguían sus pasos los aniquilaron. Los cruzados aguantaron con dificultad el primer embate, pero después, inmóviles, se dejaron matar sin oponer resistencia. Estaban agotados y enfermos.

El conde de Poitiers pudo llegar a Antioquía casi desnudo, el de Vermandois fue atravesado por dos flechas y murió de las heridas. Ida, la margrave de Austria, y sus nobles damas de compañía fueron hechas prisioneras. La aristócrata austríaca, mujer de gran belleza en su juventud, cantada por poetas y trovadores, murió a los pies de los caballos o fue llevada a un remoto harén en donde, según la leyenda, dio a luz al que sería uno de los grandes caudillos árabes. Cien mil peregrinos sucumbieron a orilla del río Halis.

Un tercer ejército, una tercera expedición, esta vez anárquica y sin dirección, fue despedazada por los turcos y los que escaparon del alfanje de los sarracenos cayeron en la diáspora y «Dios permitió que sus huesos fuesen dispersados por la arena y las hojas llevadas por los vientos».

Era la guerra sin fin. El duque de Borgoña y el conde de Blois murieron con la espada en una mano y la cruz en la otra, cerca de Ramla. Al conde de Bourges, hecho prisionero, lo convirtieron los musulmanes en esclavo. El duque de Baviera falleció en su travesía del Mediterráneo cuando volvía a Europa y fue enterrado en Chipre. Nada dicen los historiadores de la suerte del conde de Nevers ni del de Blandrate. Guillermo de Poitiers volvió casi solo a su Aquitania, «donde la caballería y las damas le hicieron bien pronto olvidar sus tristes aventuras del Oriente».

CAPÍTULO XXII

Balduino I el mujeriego

Las damas: ése fue uno de los pocos puntos flacos y débiles de Balduino de Jerusalén, que tenía la pasión de los clérigos y la bravura del soldado. Dice algún cronista que ese amor a las mujeres le ayudó a humanizarse. Se casó tres veces y no tuvo hijos, por lo que la corona pasó a su primo Balduino del Burgo, que llegó desde Edesa a Jerusalén el mismo día de sus funerales.

Los últimos años de la vida de Balduino I estuvieron marcados por el escándalo de la bigamia. Le traían sin cuidado las cuestiones de moral conyugal, pero la Iglesia puso el grito en el mismísimo cielo cuando se llevó al altar a una de las princesas más bellas y solicitadas de Europa. Como Alejandro Magno, Balduino se sirvió del matrimonio para fortalecer alianzas y consolidar reinos. Una de sus primeras decisiones como conde de Edesa fue casarse con la princesa Arda, hija esplendorosa del anciano Gabriel, señor de Metilene, armenio y ortodoxo de religión.

Reales trampas

Como algunos hombres del tiempo en los programas televisivos, que apuestan su bigote si el pronóstico meteorológico falla, Balduino prometió en Edesa que si no podía pagar la soldada a sus hombres se afeitaría la barba, signo de distinción entre los armenios. Les debía la nada despreciable cantidad de treinta mil besantes. Fue una estafa, una artimaña, un engaño del conde que se había conchabado con sus soldados para sacarle el dinero a su suegro «el anciano Gabriel. Pensó —escribe Runciman— que un yerno sin barba sería nocivo para su prestigio y cuando los hombres de Balduino, tomando parte en la comedia, corroboraron que su jefe realmente había prestado tal juramento, Gabriel se apresuró a entregar la cantidad necesaria para evitar tan lamentable humillación. Los armenios, igual que los griegos, consideraban necesaria la barba para demostrar la dignidad viril. Su suegro obligó a Balduino a hacer un nuevo juramento en el sentido de que nunca más volvería a pignorar su barba».

El caballero franco, cuya rapacidad era bien conocida, era capaz de cualquier cosa por un duro y no digamos por treinta mil besantes, la moneda bizantina de oro o plata que tuvo curso legal hasta en las zonas musulmanas.

Con tan azarosa vida, puede imaginarse el lector el tipo de vida conyugal que llevarían Balduino y la princesa Arda. Apenas si se veían, ya que, cuando no estaba en la guerra, el rey —un ligón, un rijoso— se las arreglaba para seducir doncellas o

casadas. Arda terminó por acostumbrarse a las escapadas de un marido tan infiel. Lo tenía todo para triunfar en el arte de la seducción; además de ser rey y otros títulos, Balduino era un tipo de gran envergadura física, más alto que todos, de ojos negros llenos de fuego y verbo fluido: un atleta sexual.

Una princesa molesta

En casa y con la pata quebrada, la princesa Arda se resignaba a su papel, en la ansiedad de las largas esperas: a Balduino le habían dado por desaparecido, por herido grave, por prisionero en celda sarracena y hasta por muerto, como cuando fue rodeado por las fuerzas enemigas en la fortaleza de Ramla.

En aquella ocasión, a la mañana siguiente, los egipcios se presentaron en Jaifa blandiendo la cabeza segada del monarca. Arda, que se hallaba en la ciudad, estalló en sollozos y preparó el luto. Esta vez la baraca, la buena suerte, había abandonado a Balduino. La sorpresa de las autoridades de Jaifa fue mayúscula cuando, cuatro días después, vieron aparecer una barca que lucía el pabellón de Balduino. La cabeza cortada que los egipcios exhibieron ante las murallas era la de un doble del rey Gerbod de Winthic. Tras escapar sobre *Gacela* y refugiarse en Arsuf, Balduino había conseguido que un corsario inglés llamado Goderico lo llevara en su barca hasta Jaifa.

Arda le sirvió mientras residió en Edesa. Pero en Jerusalén, donde los armenios no contaban nada, la princesa y esposa era más un estorbo que una ayuda. Un día Balduino internó a su mujer en un convento y la convirtió en monja de la iglesia de Santa Ana. ¿Cuáles fueron las razones para que el rey tomara una decisión tan drástica? Quizá es que Arda no tenía ya nada que ofrecerle, pues ya había gastado todo su dinero, o quizá es que —como se decía en los mentideros de Jerusalén— él había encontrado una amante rica y joven o puede —como también se decía— que Arda fuera ligera de cascos, una cortesana que se daba con mucha facilidad, aunque nunca, pensamos, con la facilidad y ligereza con que se daba su marido.

La reina pareció al principio muy complacida por haber entrado en religión, hasta que solicitó permiso a su esposo para dirigirse a Constantinopla, donde vivían sus padres. «Quiero pedirles la dote para tomar los hábitos», fue la disculpa. Lo cierto es que, al llegar a la capital bizantina, Arda colgó los hábitos y se sumergió en los placeres de la vida carnal; «groseros», los llamaban los predicadores. Entonces se supo que había concedido sus favores a los piratas musulmanes que la llevaron desde Antioquía a Jerusalén para unirse a su esposo.

He aquí a Balduino, sintiéndose soltero y sin compromiso con una libertad que estimulaba mucho su vida sensual, aunque poco a su bolsillo. Se puso a buscar una rica heredera o una esposa con fortuna hasta que dio en 1112 con «la viuda más apetecible de Europa», Adelaida de Salona, condesa viuda de Sicilia que, de vivir

hoy, habría monopolizado las portadas de las revistas del corazón. Su marido, el conde normando Roger I, había muerto en 1101.

Fue un braguetazo. Adelaida era una mujer madura, pero conservaba la resplandeciente belleza de sus años mozos (hay mujeres que, como los buenos caldos, mejoran con la edad). Balduino vio así la solución a su penuria, pues necesitaba fondos con los que pagar a sus caballeros y los últimos besantes los había gastado en hacer una donación al convento de Santa Ana para tranquilizar su mala conciencia.

Balduino I bígamo

Entonces el rey de Jerusalén pidió la mano de la viuda, que, como es natural, se sintió halagada por ser elegida por un caballero de tanto prestigio y tanta alcurnia. Se firmó el contrato nupcial y, en los primeros días de agosto de 1113, Adelaida desembarcó en el puerto de San Juan de Acre.

La novia apareció en un buque engalanado escoltado por dos trirremes con quinientos marinos de tripulación cada uno y otros siete barcos cargados hasta los topes de oro, plata, púrpura, piedras preciosas, tapices, ricas alfombras y otros tesoros de fábula. No se había visto tanto esplendor en el Mediterráneo —recuerda Runciman— desde que Cleopatra se embarcó rumbo a Cydnus para encontrar a su amado Marco Antonio. Balduino no iba a ser menos en cuanto a lujo y ostentación y echó el resto para impresionar a su prometida.

La población de Jerusalén los recibió con júbilo, pues aquellos barcos sicilianos olían a prosperidad y opulencia. Balduino vestía sus mejores galas, rodeado en el muelle de Acre por los dignatarios de la corte y sus pajes con sus caballos de gualdrapas doradas y sus mulas enjaezadas en púrpura y oro, entre la fanfarria de las trompetas. Los balcones de Acre aparecían engalanados con banderas y las calles cubiertas de alfombras. Pero pasó la alegría del recibimiento y la realidad se hizo presente en toda su crudeza: aquella situación era irregular porque la señora de Balduino, Arda, vivía. El rey era un bígamo.

No ocurría nada que chocara con las costumbres disolutas del lugar y la época, ni tampoco eran más edificantes las costumbres de los demás cruzados. Tenemos la prueba en la pintura que hacía de ellos el concilio celebrado en Nablusa en 1120. Las reiteradas amenazas contra la sodomía indican lo extendida que se hallaba esta perversión. La bigamia, el adulterio, estaban a la orden del día. Por ello, el concilio decidió tomar medidas.

Y las medidas que tomó fueron las siguientes: la parte engañada podría separarse de la culpable y contraer nuevo matrimonio. El marido que sospechase de su mujer debía presentarse en casa del seductor y, en presencia de testigos, entonar el lamento del cabrón cornudo y prohibirle la entrada en su domicilio. Pero, si lo encontraba después con su mujer, debía llevarle —con cuidado de no causarle ningún daño—

ante la justicia eclesiástica que le sometería a la prueba del fuego. El adúltero era luego expulsado del país y la mujer condenada a muerte si es que el marido se negaba a concederle el perdón. El que violaba a una sarracena era condenado a ser castrado y ella se convertía en propiedad del fisco.

Adelaida tuvo que recibir una rociada de sales tras su desmayo al conocer la noticia de la bigamia de su novio. ¿Era una ingenua? ¿Jugaba con ventaja? ¿Cómo es que no sabía que Balduino estaba casado con Arda?

Pero al rey lo que le importaba era el huevo y no el fuero. Se apresuró a descargar todos los tesoros que traían los barcos sicilianos protegidos por la guardia mora de la condesa y cobró sin dilación la dote que le correspondía. El que ahora se encargó de tranquilizar su conciencia no fue otro que el patriarca Arnulfo: pelillos a la mar.

Roma no opinaba lo mismo. El Papa, tan puritano, clamó contra el bígamo y contra la manga ancha del patriarca. Pascual II, tan levítico, pidió a Arnulfo que pusiera fin al escándalo. El patriarca recibió una severa reprimenda por su permisividad y se le exigió una solución inmediata. Berengario, obispo de Orange, llegó a Jerusalén armado de la caja de los truenos papales. Reunió el sínodo de los obispos y de los abades y cesó a Arnulfo en su cargo. Pero el patriarca, que tenía más conchas que un galápago, se dedicó a ganar tiempo para poner en marcha un plan que incluía sobornos (estaba ya acusado de simonía), zalemas y donativos. Con tal preparación artillera (dicen en Latinoamérica que no hay general que resista un cañonazo de un millón de dólares) Arnulfo viajó a Roma para convencer al Papa.

Lo logró con creces. Pascual II revocó el cese y desautorizó a su legado Berengario. Pueden imaginarse cuál sería la capacidad de persuasión de Arnulfo si decimos que salió de la Santa Sede bajo palio. La única condición que le había impuesto el Papa era que Balduino debía repudiar a su esposa.

El rey, que se sentía severamente enfermo, aceptó el trato. A estas alturas, Balduino I había dilapidado la dote. A la condesa siciliana, cumplido este trámite, sólo le quedaba el regreso a casa, sin dote, sin trirremes y sin barcos con las bodegas cargadas de oro y joyas. Se sintió burlada y, hecha un mar de lágrimas, embarcó hacia el *dolce far niente* de Palermo. En el viaje se le pasaron los hipos y los suspiros: al fin y al cabo, la vida en el templo de Salomón era incómoda y el rey un caradura.

En efecto, lo era: violento y paciente, embaucador y trapacero, hipócrita, cínico, corrupto y tendente a confundir libertad con libertinaje. Todo fue por la patria y por la razón de estado. Fue el creador, el fundador de un imperio en la línea de David y Salomón. Un inmoral, pero un gran estadista.

La pesca en el Nilo

En junio de 1117 hubo un eclipse de luna, otro el 11 de diciembre y en mayo una aurora boreal que «era un portentoso terrible —sentencia Runciman— que presagiaba

muerte de príncipes». Y no fue mentira o falsa alarma, porque en enero de 1118 murió el papa Pascual en Roma. En abril la exreina Adelaida de Sicilia exhaló su último suspiro. El patriarca Arnulfo falleció doce días después. También en abril fue sepultado el sultán Monahem del Irán y, cuatro meses más tarde, el califa Mustazir de Bagdad. Una serie de muertes en cadena, porque el 15 de agosto del mismo año pasaba a mejor vida el emperador de Bizancio Alejo Comneno.

En la primavera de 1118 Balduino condujo una expedición a Egipto con la idea, la misma que tuvo Napoleón, de levantar el velo islámico. Un día, mientras paseaba a orillas del Nilo, encontró a un grupo de caballeros cristianos que pescaban con sus lanzas. Balduino se unió a ellos. Tras la pesca asaron los peces y se los comieron en alegre camaradería.

De pronto el rey se sintió indispuerto, enfermo de muerte. Alarmados lo llevaron a una litera hasta el Arish, escenario de las batallas entre Nasser y el general tuerto Moshe Dayan. Allí fue donde murió Balduino, el 2 de abril, en los brazos del obispo de Ramla.

Cuando el egregio enfermo notó la cercanía inequívoca de la Parca, no llamó a sus generales o lugartenientes, sino a su cocinero y sus pinches. Fue al cocinero a quien el rey de Jerusalén dirigió el último discurso de su vida, que Alberto de Aix recogió en latín clásico para la posteridad. «Toma un cuchillo para abrirme en canal; saca mis vísceras, luego frota con sal mi cuerpo por dentro y por fuera, llenando bien mis ojos, mis orejas y boca. Anda, ve y no escatimes la sal...»

Así, vaciado y puesto en salmuera, lo colocaron en un ataúd y toda la expedición de pesca, convertida en comitiva funeraria, tomó el camino de Jerusalén. El domingo de palmas fue enterrado en la iglesia del Santo Sepulcro, junto a su hermano Godofredo. Sobre su tumba escribieron este epitafio: «Fue un segundo Judas Macabeo, temido desde El Cairo hasta Damasco».

Judas Macabeo, caudillo judío, había sido el libertador de su pueblo y conquistador de Jerusalén. Balduino I, el bígamo, murió excomulgado por la Santa Madre Iglesia. Un final que nunca hubiera imaginado Urbano II cuando, el 27 de noviembre de 1095, predicó la Primera Cruzada en las afueras de la ciudad de Clermont.



MANUEL LEGUINECHE, Nacido en Arrazua (Vizcaya) en 1941, es uno de los periodistas más populares de nuestro país, y también uno de los de mayor prestigio. Cursó estudios de Derecho y de Filosofía en las universidades de Deusto, Valladolid, Madrid y Toulouse. Dedicado al periodismo, ha triunfado en prensa y televisión, pero es también un reconocido autor literario. Tiene más de veinte obras publicadas y ha obtenido innumerables premios, entre otros el Nacional de Periodismo, el Pluma de Oro, el Ortega y Gasset y el Cirilo Rodríguez.

MARÍA ANTONIA VELASCO, estudió Medicina y Filosofía Pura en la Universidad de Madrid. Ha cultivado el periodismo, como columnista durante cuatro años, y desde 1981, año de publicación del libro *Relatos en primera persona*, también la literatura. Ha ganado, en 1987 y en 1988, respectivamente, dos de los galardones más importantes que se otorgan en España a la narrativa breve: el Emilio Hurtado y el Tiflos.